



# William Boyd

Traducción  
Damià Alou

## Suave caricia

### Las muchas vidas de Amory Clay



Lectulandia

«Dure lo que dure vuestra estancia en este pequeño planeta, tanto da lo que ocurra en ella, lo más importante es sentir —de vez en cuando— la suave caricia de la vida.»

Nacida en la Inglaterra de principios del siglo XX, Amory Clay crece en la permanente ausencia de su padre, quien lucha en la Primera Guerra Mundial, hasta que su tío Greville, carismático fotógrafo, le regala una cámara, sin saber que ese presente será el motor de su vida. Así, al terminar el colegio Amory se dirige a Londres para trabajar como aprendiz de Greville fotografiando a la alta sociedad para la revista *Beau Monde*.

En busca de nuevas emociones se desplaza al loco Berlín de los años veinte, al Nueva York vibrante de los treinta, vive de primera mano las protestas de los camisas negras de Londres y el final de la Segunda Guerra Mundial en Francia, donde se convierte en una de las primeras corresponsales de guerra. Su deseo de vivir al límite la lleva a nuevas contiendas, a los brazos de distintos amantes y a la maternidad, en una lucha sin tregua por conseguir sus sueños.

Suave caricia cuenta la historia del siglo XX a través de la cámara y la voz de Anory Clay.

«La mejor novela de Boyd desde Sin respiro. En el retrato íntimo de Amory es donde brilla especialmente. No es una mal epitafio, sino más bien un tributo al talento de Boyd, afirmar que extrañamos a Amory como a una amiga cuando nosotros, y ella, llegamos al final de libro.»

MARY HOFFMAN, *The Independent*

**Lectulandia**

William Boyd

# **Suave caricia**

**Las muchas vidas de Amory Clay**

ePub r1.0

orhi-Meddle 15.10.16

Título original: *Sweet Caress. The Many Lives of Amory Clay*  
William Boyd, 2015  
Traducción: Damià Alou

Editor digital: orhi-Meddle  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

---

*A Susan*



AMORY CLAY EN 1928.

«Quelle que soit la durée de votre séjour sur cette petite planète, et quoi qu'il vous advienne, le plus important c'est que vous puissiez de temps en temps sentir la caresse exquise de la vie.»

[Dure lo que dure vuestra estancia en este pequeño planeta, tanto da lo que ocurra en ella, lo más importante es sentir de vez en cuando la suave caricia de la vida.]

JEAN-BAPTISTE CHARBONNEAU,  
*Avis de passage* (1957)

## Prólogo

¿Qué me atrajo, me pregunto, hasta el borde del jardín? Recuerdo la luz de verano: los árboles, los arbustos, la hierba verde y luminosa, impregnada del suave y amable sol de la caída de la tarde. ¿Fue la luz? Pero también se oyeron risas, procedentes de un grupo de gente congregada junto al estanque. Alguien debía de estar haciendo el tonto y todo el mundo se reía. La luz y las risas, por tanto.

Yo estaba en casa, en mi dormitorio, aburrida, con la ventana completamente abierta para escuchar el parloteo de los invitados. De repente, el arpegio de las risas de alegría me impulsó a saltar de la cama y dirigirme a la ventana para ver a todas aquellas damas y caballeros, el entoldado y las mesas con caballete sobre las que se disponían los canapés y los cuencos con el ponche. Sentía curiosidad: ¿por qué todos se dirigían hacia el estanque? ¿Cuál era el origen de todo ese júbilo? Así que bajé a toda prisa para unirme a ellos.

Y entonces, cuando había recorrido la mitad del césped, di media vuelta y regresé corriendo a casa para coger la cámara. ¿Por qué lo hice? Creo que ahora, después de todos estos años, tengo una ligera idea. Quería capturar aquel momento, esa amable reunión en el jardín durante una cálida tarde de verano en Inglaterra; capturarla y encerrarla para siempre. De algún modo, sabía que tenía la capacidad de detener el implacable avance del tiempo y conservar aquella escena, aquella fracción de segundo en la que todas aquellas damas y caballeros, ataviados con sus mejores galas, se reían, indiferentes y despreocupados. Los captaría en un instante, para siempre, gracias a las propiedades de mi maravillosa máquina. Tenía en mis manos el poder de detener el tiempo, o eso me imaginaba.



## **Libro primero: 1908-1927**

# 1. Una chica con una cámara

Ahora que lo pienso, hubo un error el día que nació. Ahora no parece importante, pero el 7 de marzo de 1908 —hace mucho tiempo, casi setenta años atrás— mi madre se enfadó mucho. No obstante, fuera como fuese, yo nació y mi padre, siguiendo las estrictas órdenes de mi madre, insertó un anuncio en el *Times*. Yo era la primogénita, así que el mundo —los lectores del *Times* de Londres— tenía que ser debidamente informado. «El 7 de marzo de 1908, Beverley y Wilfreda Clay tuvieron un hijo varón, Amory.»

¿Por qué puso «hijo varón»? ¿Para fastidiar a su esposa, mi madre? ¿O fue el perverso deseo de que yo no fuera una niña, el hecho de que no quisiera tener una hija? Me pregunto si fue por eso que más tarde intentó matarme. Cuando me encontré ese recorte reseco y amarillento escondido en un álbum, hacía décadas que mi padre había muerto. Demasiado tarde para preguntarle. Otro error.

Beverley Vernon Clay, mi padre, aunque sin duda vosotros y sus pocos lectores (casi todos desaparecidos hace ya mucho) le conocéis como B. V. Clay. Un escritor de relatos cortos de principios del siglo XX —relatos sobre todo de fantasmas y de lo sobrenatural—, novelista fracasado y hombre de letras en el más amplio sentido. Nacido en 1878, murió en 1944. Esto es lo que de él dice el *Oxford Companion to English Literature* (tercera edición):

## *Clay, Beverley Vernon*

B. V. Clay (1878-1944). Escritor de relatos cortos, reunidos en sus libros *La tarea ingrata* (1901), *Maligna canción de cuna* (1905), *Placeres culpables* (1907), *El Club Viernes* (1910) y otros. Escribió varias historias del mundo de lo sobrenatural, de las cuales la más conocida es «La bendición de la belladona». La dramatizó Eric Maude (vid.) en 1906 y se representó durante más de tres años, llegando a las mil representaciones en el West End londinense (véase *Teatro eduardiano*).

No es gran cosa, ¿verdad? Pocas palabras para resumir una vida complicada y difícil, pero también es más de lo que nos corresponderá a la mayoría de nosotros en los diversos canales de la posteridad que registrarán nuestro breve paso por este pequeño planeta. Por extraño que parezca, siempre estuve segura de que nunca se escribiría nada sobre mí, la hija de B. V. Clay, pero resultó que me equivocaba...

De todos modos, aunque conservo recuerdos de mi padre de los años de mi primera infancia, tengo la impresión de que solo comencé a conocerlo cuando regresó de la guerra —la Gran Guerra, la guerra de 1914-1918—, cuando yo tenía diez años, y, en cierto modo, ya había recorrido un buen trecho a la hora de convertirme en la persona que soy actualmente, con esta misma personalidad. Así que esa brecha en el

tiempo que la guerra impuso tuvo su importancia, pues todo el mundo me dijo que cuando volvió era un hombre distinto, irreversiblemente transformado por sus experiencias. Ojalá lo hubiera conocido mejor antes de ese trauma y, en cualquier caso, ¿quién no querría viajar en el tiempo y conocer a sus padres antes de que se convirtieran en sus padres? Antes de que «madre» y «padre» los transformaran en figuras del mito doméstico, para siempre atrapadas y fijas en el ámbar de esos apelativos y sus consecuencias.

La familia Clay.

Mi padre: B. V. Clay.

Mi madre: Wilfreda Clay (de soltera Reade-Hill) (n. 1879).

Yo: Amory, primogénita. Una niña (n. 1908).

Hermana: Peggy (n. 1914).

Hermano: Alexander, conocido siempre como Xan (n. 1916).

La familia Clay.

\* \* \*

#### EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Aquella noche regresaba en coche a Barrandale procedente de Oban —en el embrujado ocaso de un verano escocés— cuando vi que un gato montés cruzaba la carretera, a menos de doscientos metros del puente que enlazaba con la isla. Paré el coche enseguida y apagué el motor, y me quedé mirando, a la espera. El gato se detuvo en su lento avance y volvió la cabeza hacia mí, casi de manera altiva, como si le hubiera interrumpido. Sin pensar, eché mano a la cámara —mi vieja Leica— y me la llevé a los ojos. Pero entonces la bajé. No hay fotografías más aburridas que las de animales (comentarlo). Me quedé observando cómo aquel gato pinto —del tamaño de un cocker spaniel— terminaba su pedante travesía por la carretera y enseguida se perdía en la nueva plantación de coníferas. Puse en marcha el motor y volví a mi granja, extrañamente eufórica.

Yo lo llamo «la granja», pero su denominación postal es Druim Rigg Road, 6, isla de Barrandale. Dónde están los números del 1 al 5 es algo que ignoro por completo, porque la cabaña se alza solitaria en su pequeña bahía, y la carretera, Druim Rigg Road, termina allí. Es una casa sólida del siglo XIX, de dos plantas, muros gruesos y habitaciones pequeñas, con dos chimeneas y dos edificios anexos de poca altura y una planta adosados a cada lado. Supuse que alguien había cultivado la tierra cien años atrás, pero de todo eso no quedaba ni rastro. La cubrían tejas musgosas y los muros estaban revestidos de cemento, envejecidos hasta adquirir un bilioso y desagradable gris verdoso que ya había pintado de blanco al mudarme.



LA GRANJA DE LA ISLA DE BARRANDALE, ANTES DE LAS REFORMAS Y DE PINTARLA, C. 1960.

La parte delantera daba a una pequeña calle sin nombre, y si volvías la cabeza a la izquierda, al oeste, podías ver la punta meridional de Mull y, más allá, la extensión gris, azotada por el viento, del inmenso océano Atlántico.

Entré por la puerta principal y Flam, mi perro, un labrador negro, emitió su glótico y grave ladrido de bienvenida. Guardé la compra y me dirigí hasta la habitación que utilizaba de sala de estar, para comprobar cómo iba el fuego. Tenía una gran estufa acristalada que había instalado en el hueco de la chimenea, donde quemaba ladrillos de turba. La llama era tan escasa que arrojé unos ladrillos más. Me gustaba la idea de quemar turba en lugar de carbón, como si consumiera antiguos paisajes, eones completos de tiempo, geografías enteras, que se transformaban en ceniza mientras me calentaban la casa y el agua.

Todavía era de día cuando llamé a Flam y nos fuimos a dar un paseo hasta la bahía. Me quedé en la pequeña playa en media luna, mientras Flam merodeaba entre los pecios que trae la marea y las pozas que forma, y observé cómo el día se convertía en noche, contemplando las maravillosas transformaciones tonales del ocaso en su cambio de luces: cómo el naranja-sangre pasaba imperceptiblemente a un azul hielo sobre el filo de cuchilla del horizonte, mientras escuchaba la interminable invitación al silencio del océano: *shh, shh, shh*.

\* \* \*

Cuando nací —en la Inglaterra eduardiana—, «Beverley» era completamente aceptable como nombre de chico (al igual que Evelyn, Hilary, Vivian), y me pregunto

si fue por eso por lo que mi padre eligió para mí un nombre andrógino: Amory. Creo que los nombres son importantes, y que no habría que escogerlos a la buena de Dios. El nombre se convierte en tu etiqueta, tu clasificación; es como te refieres a ti misma. ¿Qué podría ser más importante? Solo he conocido a otro Amory en toda mi vida, y era un hombre: un hombre aburrido, por cierto, y su interesante nombre tampoco lo hacía más animado.

Cuando nació mi hermana, mi padre ya estaba en la guerra, y mi madre consultó con su hermano, mi tío Greville, qué nombre ponerle al recién nacido. Entre ambos se decidieron por algo «familiar y sólido», o eso dice la tradición familiar, y de este modo la segunda hija de los Clay se llamó «Peggy»; no Margaret, sino directamente un simple diminutivo. Quizá fue así como mi madre decidió contrarrestar el andrógino nombre de «Amory» que me habían puesto a mí, y que ella no había elegido. Peggy llegó así al mundo; Peggy, sólida y familiar. Creo que no ha existido nadie con un nombre tan equivocado. Cuando mi padre regresó a casa de permiso para conocer a su hija de seis meses, el nombre quedó completamente consolidado, y todos nosotros la conocimos como «Peg», «Peggoty» o «Peggysy», y ya no se pudo hacer nada. A mi padre nunca le gustó de verdad ese nombre, Peggy, y como resultado nunca quiso del todo a Peggy, creo, como si fuera una especie de huérfana que hubiéramos recogido. Ya veis lo que quiero decir acerca de la importancia de los nombres. ¿Quizá Peggy tenía la impresión de que le habían puesto un nombre equivocado porque a su padre no le gustaba especialmente, como tampoco a ella? ¿Fue otro error? ¿Fue por eso por lo que posteriormente se lo cambió?

En cuanto a Alexander, «Xan», fue una solución de mutuo acuerdo. El padre de mi madre, un juez comarcal que murió antes de que yo naciera, se llamaba Alexander. Fue mi padre quien al instante lo abrevió a Xan, y así se quedó. Y esos éramos los hijos de los Clay: Amory, Peggy y Xan.

Lo primero que recuerdo de mi padre es verle cabeza abajo en el jardín de Beckburrow, nuestra casa, cercana a Claverleigh, en East Sussex. Era algo que podía hacer sin ningún esfuerzo, un truco que había aprendido de joven. No había más que darle un cuadrado de césped, y con toda facilidad se colocaba sobre las manos y daba unos pasos. No obstante, después de que lo hirieran en la guerra, lo fue haciendo cada vez menos, por mucho que le imploráramos. Decía que le provocaba dolor de cabeza y se le desenfocaba la vista. De todos modos, cuando éramos pequeños no hacía falta que insistiéramos. Le encantaba ponerse cabeza abajo, según él, porque reajustaba sus sentidos y su perspectiva. Hacía el pino y decía: «Chicas, os veo colgadas de los pies como si fuerais murciélagos, y lo siento mucho por vosotras, ya lo creo, en vuestro mundo al revés con la tierra encima y el cielo abajo. Pobrecitas». ¡No, no, le gritábamos nosotras, eres tú quien está cabeza abajo, papá, no nosotras!

Recuerdo verle llegar de permiso, vestido de uniforme, después del nacimiento de Xan. Este ya tenía tres o cuatro meses, de manera que debía de ser hacia finales de

1916. Xan nació el 1 de julio de 1916, el primer día de la batalla del Somme. Es la única vez que recuerdo haber visto a mi padre de uniforme —capitán B. V. Clay, Orden por Servicios Distinguidos—, la única ocasión en que lo vi como un soldado. Supongo que debí verlo uniformado otras veces, pero recuerdo ese permiso en concreto probablemente porque acababa de nacer Xan, y mi padre lo sostenía en brazos con una expresión extraña e inmutable en la cara.

Al parecer, había dejado instrucciones precisas acerca del nombre que quería para su tercer hijo: Alexander si era un varón; Marjorie si era una niña. ¿Cómo lo sé? Porque a veces, cuando me enfadaba con Xan y quería meterme con él, lo llamaba «Marjorie», así que debía de ser algo que todo el mundo sabía. Tengo la impresión de que todas las historias familiares, todas las historias personales, son tan imprecisas y poco de fiar como las historias de los fenicios. Deberíamos anotarlo todo, llenar todos los huecos, si pudiéramos. Y por eso escribo estas líneas, queridos míos.

Durante la guerra, el hombre al que más vimos, pues de vez en cuando vivía con nosotros en Beckburrow, era el hermano menor de mi madre, Greville, mi tío Greville. Greville Reade-Hill había sido observador de fotorreconocimiento en el Real Cuerpo Aéreo, y era una especie de leyenda tras haber salido ileso de cuatro accidentes de aviación, hasta que en el quinto se rompió la pierna derecha por cinco sitios y lo declararon no apto para el servicio. Recuerdo verlo cojear por Beckburrow enfundado en su uniforme. Y a continuación se transformó en Greville Reade-Hill, fotógrafo de sociedad. Detestaba que lo llamaran «fotógrafo de sociedad», aun cuando esa era, de manera evidente y exacta, su profesión. «Soy *fotógrafo* —decía quejumbroso—, de manera impura y no tan simple». Greville —nunca lo llamé tío, él nos lo tenía prohibido— fue quien le dio un rumbo a mi vida, sin saberlo, cuando me regaló una Kodak Brownie n.º 2 al cumplir yo siete años, en 1915. Esta es la primera fotografía que tomé.



EN EL JARDÍN DE BECKBURROW. PRIMAVERA DE 1915.

Greville Reade-Hill. Dejad que lo rememore justo después de la guerra, cuando su carrera comenzaba a despegar, titubeante pero sin lugar a dudas ascendente, como un globo de hidrógeno semilleno. Era alto, de hombros anchos, y bien parecido; solo una nariz un poco grande de más estropeaba su belleza. La nariz Reade-Hill, no la nariz Clay (yo también tengo la nariz Reade-Hill). Una nariz ligeramente grande puede darte un aspecto más interesante, en eso Greville y yo siempre hemos estado de acuerdo: ¿quién quiere parecer «convencionalmente» apuesto o hermoso? Yo no. No, muchas gracias.

No recuerdo gran cosa de esa primera fotografía, ese primer y memorable chasquido del obturador que constituyó el pistoletazo de salida de una carrera que ya no abandonaría el resto de mi vida. Fue una fiesta de cumpleaños —creo que era el de mi madre— celebrada en Beckburrow en la primavera de 1915. También creo recordar un entoldado en el jardín. Greville me enseñó a cargar la película y cómo funcionaba la cámara. La simplicidad encarnada: mirabas por el cuadrado pequeño y límpido del visor, escogías un objetivo y apretabas la palanquita que había a un lado. *Clic*. Hacías correr la película y tirabas otra.

Oí las carcajadas en el jardín y corrí a buscar mi cámara. A continuación crucé correteando el césped y enfoqué la lente hacia las señoras tocadas con sombrero y de largos vestidos que caminaban rumbo a las hayas que, en un extremo del jardín, ocultaban el estanque.

*Clic*. Saqué la foto.

Pero los recuerdos que guardo de ese día tienen más que ver con Greville. Del momento en que se acuclilló a mi lado para enseñarme cómo funcionaba la cámara, lo que ha permanecido en mi mente, más que ninguna otra cosa, es el olor de la

pomada o macasar que se ponía en el pelo: un aroma a natillas y jazmín. Creo que lo que utilizaba era Rowland's Macasar. Era muy quisquilloso con la ropa y con su aspecto personal, como si siempre estuviera exhibiéndose de una manera u otra, o, ahora que lo pienso, como si fueran a fotografiarlo. Y quizá era así: al dedicarse a fotografiar a gente con sus mejores galas, era muy consciente de su propio aspecto, a cualquier hora del día. No creo haberle visto jamás despeinado ni con la ropa desarreglada, excepto en una ocasión... Pero ya llegaremos a eso a su debido tiempo.

Beckburrow, East Sussex, nuestra casa. De hecho, yo nací en Londres, en Hampstead Village, donde vivíamos en una pequeña mansión alquilada de dos plantas en Well Walk, a unos cien metros del parque de Hampstead Heath. Nos marchamos de allí cuando yo tenía dos años porque mi padre se hizo temporalmente rico de resultados de los derechos de autor que recibió de la adaptación teatral de Eric Maude de su relato «La bendición de la belladona». Aprovechó sus ganancias para comprar una vieja casa con un jardín de casi dos hectáreas a poco menos de un kilómetro del pueblo de Claverleigh, East Sussex (entre Herstmonceaux y Battle). Hizo añadir una nueva ala que servía de cocina, con unos cuantos dormitorios en la zona de arriba, e instaló luz eléctrica y calefacción central: todo muy moderno en 1910. He aquí lo que *The Buildings of England: Sussex* tenía que decir acerca de Beckburrow en 1965:

CLAVERLEIGH, un pequeño pueblo sin ningún plan urbanístico, pero con considerable encanto, que queda por debajo de los South Downs. Una calle serpenteante acaba en una pequeña iglesia, St. James the Less, en el extremo sur (1744, reconstruida en 1865 en una versión híbrida y sin interés de estilo clásico). [...] BECKBURROW, 800 metros al E por el camino a Battle, una buena y espaciosa casa del siglo XVIII con materiales atractivos —ladrillo, pedernal, piedra caliza— y restos de la estructura de madera en uno de los tejados. Las pequeñas ventanas con maineles de la antigua fachada le proporcionan un aire de inmensa solidez. Sobrios añadidos neogeorgianos (1910) con un tejado a cuatro aguas muy inclinado. Discreta, una casa para vivir más que una exposición de buen gusto. Un buen GRANERO de madera.

Esa era la impresión que siempre me provocó Beckburrow: «Una casa para vivir». Allí fuimos felices, la familia Clay, o eso me pareció cuando era pequeña. Incluso cuando papá volvía a casa después de la guerra —delgado, irritable, incapaz de escribir—, se diría que nada cambió la apacible atmósfera que rodeaba el lugar. Teníamos una niñera, dos doncellas, una cocinera (la señora Royston, que vivía en Claverleigh) y un jardinero/factótum llamado Ned Gunn. Yo iba a una especie de preescolar en Battle, a la casa de la maestra, y me llevaba Ned Gunn en un carruaje de dos ruedas, hasta que compramos nuestro propio automóvil en 1914 y Ned añadió



la palabra *chófer* a su lista de habilidades.

Cuando mi padre volvió, en aquellos primeros años tras la guerra, parecía que lo único que le proporcionaba auténtico placer eran aquellos largos paseos que daba hasta el mar, cerca de los Downs, a las playas de Pevensey y Cooden. Caminaba a grandes zancadas, delante de sus hijos y de los amigos y parientes que nos acompañaban en aquel momento, como un flautista de Hamelín ligeramente chalado, instándonos a no quedarnos atrás. «¡Vivo ese paso, vamos, vamos!», nos gritaba cuando nos entreteníamos a explorar.



Mi madre se nos unía más tarde con el coche, y al final del día nos llevaba de vuelta a casa. No obstante, en cuanto llegábamos a la playa era evidente de inmediato que el humor de mi padre había cambiado. La animación del paseo daba paso a una irritabilidad taciturna cuando se sentaba a fumar su pipa mirando al mar. Nunca le prestamos mucha atención. Tu padre siempre ha sido un tanto melancólico, decía mi madre, siempre dándole vueltas a algo. Es un escritor que no puede escribir, y eso le pone de mal humor. Y así era como soportábamos sus interminables silencios, solo rotos cuando se lanzaba a despotricar como un poseso en los momentos en que por fin perdía la paciencia y se ponía a deambular por la casa gritándole a todo el mundo, bramando: «¡Un poco de paz y tranquilidad, por amor de Dios! ¿Es mucho pedir?». Nosotros simplemente nos escabullíamos, y mi madre lo calmaba, llevándolo de vuelta a su estudio mientras le susurraba al oído. No tengo ni idea de lo que le decía, pero al parecer funcionaba.

Los padres, por raros que puedan ser en realidad, a sus hijos siempre les parecen «normales». De hecho, el comprender poco a poco la rareza que define a tus padres constituye un presagio de que estás madurando, una señal de que te estás volviendo adulto, de que te estás convirtiendo en la persona que serás. En aquellos primeros años en Beckburrow, desde que nos mudamos hasta mediados de la década de 1920, todo parecía ir bien en nuestro pequeño mundo. Los criados iban y venían, el jardín

floreecía; daba la impresión de que Peggy era una especie de niña prodigio del piano; el pequeño Xan se convirtió en un muchacho autónomo, reflexivo y casi simplón, capaz de pasarse horas entretenido ideando complejas estructuras con un puñado de palitos y hojas, o construyendo una pequeña presa en el arroyo que había al final del césped, al sur, creando un pequeño imperio de ríos y lagos y canales de irrigación, por los que se zarpaba en pequeñas balsas de madera en minúsculos viajes de descubrimiento. Aquello lo mantenía ocupado todo el día, hasta que lo llamaban para cenar.

¿Y nuestra Amory? ¿Y yo? Hasta ese momento, todo iba bien. Después de asistir a la escuela de Battle, comencé la primaria en Hastings. Luego, en 1921, se anunció que me iba de casa, a un internado femenino, la Escuela Femenina Amberfield, cerca de Worthing. Cuando me marché rumbo a Amberfield (me acompañaba mi madre, y Ned conducía), y a medida que nos íbamos alejando de Beckburrow, comprendí por primera vez en mi vida el nivel de dolor, injusticia y decepción que resumimos en la palabra *traición*. Mi madre no quiso escucharme: «Eres una chica afortunada, es una escuela maravillosa, no protestes tanto. Detesto las protestas y a los protestones».

Volvía a casa para las vacaciones, desde luego, pero como era la única ausente, me sentía como una especie de forastera. Habían convertido el granero en una sala de música para Peggy: estaba revestido de madera, pintado, con una alfombra en el suelo y amueblado con un piano de media cola, donde le daba clases una tal madame Duplessis, de Brighton. Xan deambulaba por el jardín y los caminos que había en torno a la casa, un mozalbete solemne con una singular y voluble sonrisa. Al parecer, mi padre pasaba casi toda la semana en Londres, buscando algún trabajo literario. Consiguió un empleo a tiempo parcial como editor y colaborador de la revista *Strand*, y era lector de diversas editoriales. El dinero de «La bendición de la belladona» se estaba agotando. En 1919 se estrenó una producción en Nueva York, que cerró al cabo de un mes, pero los cheques seguían llegando por correo, el legado misterioso y permanente de una obra que una vez fue un éxito. Yo tenía la impresión de que mi madre estaba contenta al frente de aquella gran casa, o sentada en el estrado del tribunal de primera instancia de Lewes, o iniciando y organizando obras de beneficencia en los pueblos de East Sussex que había alrededor de Claverleigh: fiestas, tómbolas, mercadillos de segunda mano.

Y Greville, que vivía en Londres, venía de vez en cuando. Yo tenía la impresión de que solo él era mi amigo. Me enseñó a sacar fotos mejores cambiando mi Box Brownie por una 2A Kodak Jnr., con una lente extensible sobre un soporte en acordeón, y una misteriosa tarde oscureció la despensa, desempaqueté sus bandejas y frascos de olor acre, y me enseñó la asombrosa alquimia de coger las imágenes atrapadas en la película y, mediante la aplicación de productos químicos —el revelador, el baño de paro, el fijador, el lavado—, convertirlas milagrosamente en negativos que luego se podían positivar en fotos en blanco y negro.

Sin embargo, todavía siento el escozor del resentimiento por mi destierro. Un día

reuní valor suficiente para enfrentarme a mi madre y preguntarle por qué me había mandado a un internado mientras Peggy y Xan se quedaban en casa. Mi madre hizo que me sentara y me cogió las manos. «Peggy es un genio —dijo con toda tranquilidad—, y Xan tiene problemas». Y se acabó, ahí quedó todo hasta que mi padre se volvió loco de remate.

\* \* \*

#### EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Le doy de comer a Flam, mi perro, mi leal y cariñoso labrador, y, a medida que la noche de verano cae lentamente, enciendo las lámparas de aceite. Utilizo mi generador diésel para mi pequeña nevera, la lavadora y mi aparato de radio y alta fidelidad. No quiero luz eléctrica ni televisión, y de todos modos, tampoco me queda demasiado de estar por aquí, por lo que no tiene sentido hacer más mejoras en la casa. Vivo en un cómodo limbo tecnológico, una casa que está en un término medio: por un lado, lavadora, música, las noticias del mundo y cubitos de hielo para mi gin tonic; y por el otro, un fuego de turba y ese especial resplandor que emiten las lámparas de aceite, ese leve y permanente titubeo de la mecha incandescente, el malvavisco que brilla con luz tenue, generando ese sutil juego de sombras que le da vida a la habitación, que en cierto modo respira, palpita.

En realidad, Barrandale no merece el nombre de isla. Está separada del oeste de Escocia por un estrecho «canal», de entre quince y veinte metros en su parte más ancha. Y en ese canal hay un puente, el «Puente sobre el Atlántico», como nos gusta llamarlo pomposamente a los del lugar. Hay otra isla que también cuenta con un puente de piedra (el nuestro está hecho de vigas y traviesas de ferrocarril) más famoso, más impresionante y más antiguo, pero el nuestro es tres metros más largo que el otro, lo cual nos hace sentirnos un poco superiores: cruzamos una porción mayor del Atlántico. Sin embargo, Barrandale es sin la menor duda una isla, y conducir por el puente —cruzando el canal— te contagia, casi sin que te des cuenta, de una mentalidad isleña.

Resultó que el hecho de que me mandaran a estudiar a un internado fue el resultado de un testamento, tal como averigüé más adelante. La muerte de una tía abuela (por parte de madre) le otorgó a la familia Clay cierta suma de dinero para la educación de Amory, sobrina nieta y primogénita. Los ingresos de mi padre, que iban disminuyendo poco a poco y eran siempre irregulares, no le habrían permitido pagar la tarifa trimestral que exigía Amberfield, pero, si no me hubiera enviado allí, o a algún sitio parecido, tampoco habríamos cobrado el dinero. Hay que ver cómo corrientes completamente extrañas y desconocidas pueden modelar nuestras vidas. ¿Por qué no me lo dijeron mis padres? ¿Por qué fingieron que la decisión era suya? Me apartaron de las comodidades y seguridades familiares de Beckburrow, y encima

tenía que sentirme agradecida, privilegiada.

Mi madre era una mujer alta, con gafas, un tanto voluminosa. Consiguió ocultar con gran éxito cualquier afecto que pudiera haber sentido por sus hijos. Tenía dos expresiones que utilizaba constantemente: «No me gusta el alboroto» y «Pues te aguantas». Siempre era paciente con nosotros, pero de una manera que parecía sugerir que tenía la cabeza en otra parte, que podría estar haciendo cosas más interesantes. Siempre la llamábamos «madre», como si fuera una categoría, una definición, y no reflejara nuestra relación, como si dijéramos «ferretera» o «historiadora». Esta es la clase de diálogo que solía darse con ella:

YO: Madre, ¿podría tomar otra porción de manjar blanco, por favor?

MADRE: No.

YO: ¿Por qué no? Ha quedado mucho.

MADRE: Porque lo digo yo.

YO: ¡Eso no es justo!

MADRE: Bueno, pues vas a tener que aguantarte, ¿entendido?

Nunca vi ninguna verdadera expresión de afecto entre mi madre y mi padre, aunque al mismo tiempo he de admitir que tampoco vi ninguna señal de resentimiento ni hostilidad.



MI MADRE EN COODEN BEACH EN LA DÉCADA DE 1920. TOMADA CON MI 2A KODAK JNR. XAN RÍE DETRÁS DE ELLA.

El padre de mi padre, mi abuelo, Edwin Clay, era minero en Staffordshire, y había asistido a clases nocturnas en el Working Men's College. Estudió, se sacó un título y acabó su carrera profesional como director de la editorial Edgware & Rackham, donde con el tiempo acabaría siendo director ejecutivo de cinco revistas especializadas relacionadas con la industria de la construcción. Llegó a ser lo bastante rico como para mandar a sus dos hijos a la escuela privada. Mi padre, un muchacho inteligente, obtuvo una beca para el Lincoln College, en Oxford, y se convirtió en escritor profesional (su hermano menor, Walter, murió en la batalla de Jutlandia en 1915). Supongo que el salto generacional fue extraordinario, y sin embargo, siempre percibía en mi padre que esa mezcla familiar de orgullo por sus éxitos se combinaba con..., no, no era vergüenza, pero sí con cierto retraimiento, inseguridad: una inseguridad social inglesa. ¿Alguien lo tomaría en serio como escritor, a él, el hijo de un minero? Creo que una de las razones por las que compró Beckburrow, lo amplió y vivió como un terrateniente fue para demostrarse que aquellas inseguridades no le afectaban y quedaban completamente borradas. Se había convertido del todo en una persona de clase media; un escritor de éxito con varios libros que habían encontrado una buena acogida y casado con la hija de un juez, con tres hijos, que vivía en una

casa grande y codiciable en la zona rural de East Sussex. Y sin embargo, su felicidad no era completa. Y entonces vino la guerra y todo se fue al garete.

Creo que esta noche debería comenzar a ordenar todas estas viejas cajas de fotos. O puede que no.

\* \* \*

Es 1925. Estamos en la Escuela Femenina Amberfield, en Worthing. Mi mejor amiga, Millicent Lowther, se había pegado un bigote postizo y se lo estaba alisando con la punta de los dedos.

—Ha sido lo único que he podido encontrar —dijo—. Solo tenían barbas.

—Es perfecto —dije—. Solo quiero hacerme una idea del efecto.

Estábamos sentadas en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Me incliné hacia delante y la besé con suavidad, labio con labio, sin gran presión.

—No frunzas los labios —dije sin apartarme—. Los hombres no fruncen los labios.

El contacto con el bigote postizo no era desagradable, aunque, puestos a elegir, siempre preferí un labio superior bien afeitado. Me desplazé ligeramente, cambié de ángulo y sentí el cosquilleo de esos pelillos en la mejilla. No, era soportable.

En Amberfield, las chicas mayores practicábamos el beso con regularidad, pero debo decir que la experiencia no era muy diferente de besarte los dedos o la parte interior del brazo. Como nunca había besado a un hombre, y ya tenía diecisiete años, no estaba segura de a qué venía tanto alboroto, como habría dicho mi madre.

Nos separamos.

—¿Eres una apasionada de los bigotes? —preguntó Millicent.

—La verdad es que no. Es solo que Greville se lo ha dejado, y quería comprobar qué se sentía.

—Ah, ese guapísimo Greville. ¿Por qué no lo invitas a visitarte?

—Porque no quiero ver cómo os lo coméis con los ojos. ¿Tienes los pitillos?

Comprábamos cigarrillos a uno de los jóvenes jardineros de Amberfield, un chaval bastante corto, de labio leporino, que se llamaba Roy.

—Ah, sí —dijo Millicent, y tras rebuscar en los bolsillos sacó un pequeño envoltorio de papel y una caja de cerillas.

Millicent me gustaba mucho. Era una chica inteligente y sardónica, casi tanto como yo, pero habría preferido que tuviera los labios más carnosos, los mejores para practicar los besos, pues su labio superior era casi inexistente.

Introduje uno de sus pequeños Woodbine en el interior de la boquilla de ébano que le había robado a mi madre.

—No son más que Woodbine —dijo Millicent—. Me temo que no son gran cosa.

—No esperarás que un pobre proletario como Roy fume Craven «A».

—Roy, el plebeyo. Supongo que no, pero estos me quemán la garganta.

—Mientras te dé vueltas la cabeza.

Encendí el cigarrillo de Millicent y a continuación el mío, y expulsamos el humo hacia el techo. Estábamos en mi «cuarto oscuro», un trastero para los utensilios de limpieza delante del laboratorio de química.

—Gracias a Dios que tus productos químicos apestan tanto —dijo Millicent—. ¿Qué es este olor?

—Es el fijador. Se llama hipo.

—No me sorprende que nadie haya atisbado el olor a humo de cigarrillo en tu pequeño cubil.

—Ni una vez. ¿Es *atisbado* el *mot juste*?

—Es una palabra que debería usarse más a menudo —dijo Millicent, un tanto engreída, pensé, como si ella misma hubiera inventado el verbo de manera espontánea.

—Pero correctamente —la reprendí.

—Pedante. Irritantemente pedante.

—Aparte de nosotras, solo la Mataniños entra aquí, y ella me adora.

—¿Crees que de veras es una *femme*, la Mataniños?

—No, creo que es asexuada —di una calada a mi Woodbine, sintiendo que la cabeza ya me daba vueltas—. No creo que sepa de verdad lo que siente.

La Mataniños era en realidad la señorita Milburn, la profesora de Ciencias, y yo le debía mucho. Me había conseguido ese trastero para las cosas de limpieza y me había animado a instalar allí mi cuarto oscuro. Tenía unas cejas densas y sin depilar que casi le llegaban a la nariz, y de ahí su apodo.

—Pero ¿nosotras no somos *femmes*? —preguntó Millicent—. ¿Y nos besamos así?

—No —dije—. Solo lo hacemos para instruirnos, para comprender lo que sería besarse con un hombre. No somos unas amargadas, querida —*amargada* era la palabra en argot que se utilizaba en Amberfield para *pervertida*.

—Entonces, ¿por qué quieres besar a tu tío? ¡*Puaj!*

—Muy sencillo. Estoy enamorada de él.

—¡Y dices que no eres una amargada!

—Es el hombre más guapo, más divertido, más amable y más sardónico que he conocido. Si estuvieras en su presencia, cosa que no ocurrirá nunca, lo comprenderías.

—A mí me parece un poco raro.

—En la vida todo es un poco raro, si te paras a pensarlo —estaba citando a mi padre: era algo que él decía de vez en cuando.

Millicent se puso en pie con el cigarrillo entre los labios y se apretó los pequeños pechos.

—No me imagino a un hombre haciéndome esto. Frotándome los pechos. ¿Cómo iba a sentirme, a reaccionar? A lo mejor le daba un puñetazo.

—Por eso conviene que primero lo probemos aquí. Un día saldremos de esta jungla y seremos libres. Tenemos que hacernos una idea de cómo van a ser las cosas.

—A ti no te afecta —dijo Millicent, a regañadientes—. El mundo en que tú te mueves... escritores, fotógrafos de sociedad... Mi padre es comerciante de madera.

—No se lo contaré a nadie.

—¡Descarada! ¡La reina de las descaradas!

—No soy ninguna esnob, Millicent. Mi abuelo era minero en Staffordshire.

—Preferiría que mi padre fuera escritor a comerciante de madera, eso es todo lo que digo —con cuidado, Millicent se quitó el bigote postizo y apagó su cigarrillo—. ¿Vamos a besarnos más? —preguntó—. Todavía no hemos probado con lengua.

—¡Amargada! Debería darte vergüenza —me puse en pie y contemplé las fotografías que había puesto a secar en una cuerda. En algún lejano pasillo sonó un timbre.

—Creo que tengo que ir a supervisar a algunos de los especímenes más jóvenes —dijo—. Te veo luego, querida.

Se marchó y con mucho cuidado descolgué las fotos. No positivaba todos los negativos que revelaba, pues no quería desperdiciar papel en contactos. Examinaba el negativo con una lupa y solía estar muy segura de las fotos que acababa eligiendo. En mi idea de la fotografía, la decisión de positivizar resultaba fundamental, y a todas las fotos que seleccionaba tenía que ponerles título. No sabía por qué lo hacía —supongo que por alguna vaga relación con la pintura—, pero si titulaba una fotografía, esta se fijaba en la memoria de manera más fácil y permanente. Podía recordar casi todas las fotos que había positivado: un archivo de la memoria; un álbum en mi cabeza. También creo que, en esa fase de la vida, todo el proceso de la fotografía seguía pareciéndome increíble. La permanente magia del proceso de atrapar una imagen en una película tras exponerla brevemente a la luz, y luego, con la ayuda, controlada con precisión, de productos químicos y papel, producir una imagen monocroma de ese instante en el tiempo, todavía poseía su atractivo embrujo.

En aquel momento, después de que Millicent se marchara obedeciendo a la llamada de timbre, cogí mis tres nuevas fotografías —rígidas, secas— y las coloqué sobre la pequeña mesa que había en un extremo de aquel trastero. Las había titulado: *Xan, volando*; *Niño con paleta y sombrero* y *En el Lido*. Estaba satisfecha con las tres, sobre todo con *Xan, volando*.





*XAN, VOLANDO, 1924.*



*EN EL LIDO, 1924.*



*NIÑO CON PALETA Y SOMBRERO (XAN CLAY), 1924.*

Un caluroso día de finales de agosto habíamos ido al Westbourne Swimming Club Lido de Hove, donde tenían una piscina de agua salada no climatizada de media hectárea de extensión, en cuyo extremo había un trampolín situado a siete metros y medio de altura. Xan tuvo que lanzarse tres veces antes de que yo quedara contenta con la foto que había tomado del salto.

Escribí los títulos en el dorso de las fotos con un lápiz blando, añadí la fecha y las introduje en el álbum. Las tres fotos se parecían en que se trataba de instantáneas naturales de gente en movimiento. Me gustaba fotografiar a gente en acción: caminando, bajando las escaleras, corriendo, saltando y, lo más importante, que no miraran hacia la lente de la cámara. Me encantaba el modo en que la cámara era capaz de captar esa animación suspendida e irreflexiva. La imagen de alguien completamente detenido en el tiempo: su siguiente paso, su siguiente gesto, su siguiente movimiento, incompletos para siempre. Detenidos en aquella postura, por mí, con el chasquido del obturador. Creo que entonces ya era consciente de que solo la fotografía podía hacer eso con tanta confianza, con tan poco esfuerzo. Solo la

fotografía podía llevar a cabo ese truco mágico de detener el tiempo, de capturar ese milisegundo de nuestra existencia, permitiéndonos vivir para siempre.

Dos días después me encontraba en la sala de estudio de sexto participando en un enfrentamiento de miradas con Laura Hassall. Era ella quien me había retado, pero yo sabía que ganaría: siempre ganaba los enfrentamientos de miradas. Se nos permitía hablar entre nosotras, buscando provocar una pérdida de concentración o distraernos a fin de que se interrumpiera el contacto visual.

—Stanley Baldwin ha sido asesinado —dijo Laura.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—No. Lo han asesinado de verdad.

—Bien. Era un hombre horrible.

Seguimos mirándonos la una a la otra, las caras separadas dos palmos, la barbilla apoyada en la mano, ojo con ojo. Todas las que estaban en el aula hacían los deberes, sin que les interesara ni remotamente nuestro enfrentamiento.

—¿Laura?

—¿Sí?

—Rómulo y Remo. ¿Has oído hablar de ellos?

—Esto... *Sííí* —lo dijo como lo haría una zopenca, irritada.

—Entonces, imagina —dije en un tono especulativo, como si aquella idea se me acabara de ocurrir—, imagina que Roma la hubiera fundado Remo, en lugar de Rómulo.

—Sí. ¿Y qué?

—En ese caso, la ciudad se llamaría Remo.

Laura se puso a pensar en ello de manera instintiva, y parpadeó.

—¡Maldita sea! ¡Mierda!

Llamaron a la puerta y apareció un espécimen de los primeros cursos. Se me quedó mirando. A los especímenes de los primeros cursos no se les permitía hablar a menos que te dirigieras a ellos.

—¿Qué ocurre, odiosa niña? —dije.

—Dios quiere verte.

«Dios» era nuestra directora, la señorita Grace Ashe. Cuando estaba con ella, yo siempre me andaba con ojo, pues sospechaba que me tenía calada, veía cuál era mi naturaleza. Llamé a la puerta de su despacho y esperé, consciente de que estaba un poco tensa, nerviosa, sin terminar de controlar la situación. Era extraño que te llamara a esa hora de la tarde. La oí decir: «Entre», y comprobé mi uniforme, alisé las arrugas de las rodillas de mis medias marrones de hilo de Escocia y empujé la puerta.

El «despacho» de la señorita Ashe no hacía honor a ese nombre: era una sala de estar, con un gran escritorio de raíz de nogal cubierto de papeles y carpetas ubicado en un hueco del aposento. Podría haber estado en una casa de campo. La alfombra era de un azul marino oscuro con una cenefa escarlata; había un sofá alargado encarado a dos butacas, todo ello forrado con unas fundas sueltas de hilo blanco, y delante había

un escabel alargado, tapizado y acolchado sobre que el que se desperdigaban algunos libros. El papel pintado tenía una franja color café con crema, y los cuadros de la habitación eran originales y modernos, paisajes estilizados y naturalezas muertas cuyo autor era el hermano de la señorita Ashe, Ivo (que había muerto en la guerra). Unas cortinas azul pálido de arpillera llegaban hasta el suelo, y las lámparas de la mesa emitían un tenue resplandor detrás de unas pantallas oscuras de pergamino. Comprendí que en aquella habitación el gusto se exhibía con naturalidad, aunque también con discreción.

La señorita Ashe tenía cuarenta y pocos años, pues los habíamos calculado, y era una mujer pálida y delgada, de pelo caoba oscuro que llevaba peinado hacia atrás y recogido en un moño complejo y muy apretado. Todas coincidíamos en que era «chic». Millicent y yo habíamos decidido que parecía una primera bailarina retirada. En realidad, todas nos sentíamos bastante amedrentadas e intimidadas por su actitud elegante e impasible, aunque mi estrategia consistía en no demostrarlo nunca. Delante de ella procuraba mostrarme inusitadamente despreocupada y alegre, y creo que a consecuencia de ello mi actitud la irritaba considerablemente, consciente de que fingía por ella. Conmigo era siempre bastante brusca y severa. Sin sonrisas, por norma.

Pero cuando me hizo una seña para que me sentara, estaba sonriendo. Durante un par de segundos me dejó desarmada.

—Buenas tardes, señorita Ashe —dije, procurando tomar la iniciativa—. Lleva una bonita pulsera.

Observó la pesada pulsera de plata y baquelita que lucía en la muñeca como si no recordara habérsela puesto.

—Gracias, Amory. Siéntate.

Ella también se sentó y cogió una carpeta de cartón que abrió sobre las rodillas. Llevaba un vestido de tarde color verde esmeralda, adornado con un pañuelo amarillo limón en el cuello. Levantó la tapa de la pitillera plateada que había sobre la mesa, junto a su silla, extrajo un cigarrillo, buscó el mechero y encendió el cigarrillo, todo ello sin apartar la mirada de la carpeta abierta. Ya habíamos observado que la señorita Ashe fumaba de manera deliberada delante de las alumnas mayores: era una provocación. Y así, provocada, hablé.

—Supongo que ese es mi dossier.

Levantó la vista.

—Es tu *expediente*. Todas las alumnas tienen un expediente.

—Con todos los datos.

—Con todos los datos que conocemos... —inclinó la cabeza, como para estudiarme mejor. Sus ojos azul pálido no parpadearon. Yo no quería entablar un enfrentamiento de miradas con la señorita Ashe, así que humillé la mía y recogí una pelusa invisible de mi falda—. Estoy segura de que hay muchos más «datos» que no conocemos.

—No lo creo, señorita Ashe —esboqué una dulce sonrisa—. No tengo nada que ocultar.

—¿De verdad? Así que eres un libro abierto, ¿no, Amory?

—Para aquellos que saben leerme.

Se rio, al parecer sinceramente divertida por mi comentario, y yo sentí el comienzo de un rubor subiéndome por el cuello y calentándome las mejillas y las orejas. «Qué estúpida eres, Amory —me dije—. Habla lo menos posible». La señorita Ashe volvía a examinar mi expediente.

—Has aprobado todas las asignaturas del examen de Reválida con mención especial.

—Sí.

—Y has decidido abandonar las Matemáticas, las Ciencias y el Griego.

—Me interesan más...

—La Historia, el Francés y la Literatura inglesa. ¿Cuál es tu asignatura complementaria?

Pasó una página.

—Geografía.

Apuntó algo y a continuación cerró el expediente, mirándome a los ojos de nuevo.

—¿Eres feliz en Amberfield, Amory?

—¿Podría definir *feliz*, señorita Ashe?

—Estás contestando una pregunta con otra pregunta. Para ganar tiempo. Sé honesta... pero no digas que te aburres. No importa que una chica sea estúpida o mala, pero aburrirse es una derrota, un *échec*. Si te aburre la vida, más te vale morirte.

Había algo en la absoluta seguridad en sí misma de la señorita Ashe que me irritaba profundamente. Sin pensar, solté lo primero que me vino a la cabeza.

—Si quiere que sea honesta, entonces le diré que tengo la impresión de que aquí me estoy desintegrando. No soy una quejica, señorita Ashe. Sé que detesta a las quejicas tanto como odia el aburrimiento. Pero me siento... sin vida. Todo es falso, estéril y mortecino. A veces me siento inhumana, como un robot... —me interrumpí. Ya lamentaba haber abandonado mi pose habitual.

—Válgame Dios. Jamás lo habría imaginado —la señorita Ashe apagó su cigarrillo con mucho esmero.

«Eres una boba, Amory —me dije furiosa—. La has dejado ganar». Me quedé mirando el libro que había sobre el escabel, entre nosotras: *El destino de la carne*, de Samuel Butler.

—Es interesante el lenguaje que utilizas —dijo la señorita Ashe.

—¿Perdón?

—Desintegrarse, sin vida, mortecino, inhumano, robot. Esto no es más que una escuela, Amory. Intentamos enseñarte, prepararte para la vida adulta. No somos un régimen autocrático que intenta aplastar la vida que hay en ti.

—Me siento estancada. Atrapada en esta jungla cobarde y antisocial... —me

interrumpí por segunda vez. Se me habían acabado las palabras.

—Bueno, no hay duda de que sabes expresarte, Amory. Lo cual es un don. Muy interesante. Lo que me lleva al motivo de este delicioso encuentro —se puso en pie y se dirigió a su escritorio para recoger un papelito—. Me complace mucho informarte —dijo con cierta formalidad, mientras daba media vuelta y cruzaba la alfombra hacia mí— que has ganado el Premio de Redacción Roxburgh. Cinco guineas. Lo anunciaré esta noche durante las oraciones. Pero mientras tanto a lo mejor se lo quieres contar a tus mejores amigas.

Me entregó el papelito, que resultó ser un cheque. No pude ocultar mi sorpresa al cogerlo. No estaba segura de por qué había decidido participar en esa competición; había sido de manera espontánea. Quizá porque el tema de aquel año me había intrigado: «¿Es realmente “moderno” ser moderno?». En cualquier caso, había participado, escrito la redacción y, lo que son las cosas, había ganado.

La señorita Ashe se sentó y me estudió. Yo me quedé contemplando mi cheque, al tiempo que comprendía que ahora me podía comprar la nueva cámara que deseaba, la Butcher «Klimax».

—Estaba pensando en Oxford, Amory.

—¿Oxford?

—Después del examen de Bachillerato, volverás para pasar un trimestre y prepararte para la prueba de ingreso en Oxford. Para ser exactos, para la beca en Historia del Somerville College. Creo que tienes muchas opciones, a juzgar por tu trabajo, y por la redacción que has escrito.

La señorita Ashe se había graduado en el Somerville College, Universidad de Oxford. Era consciente de que estaba a punto de convertirme en su protegida, ahora que me había hecho esa sugerencia.

—Pero yo no quiero ir a Oxford —dije.

—Ese ha sido un comentario muy estúpido.

—No quiero ir a ninguna universidad en concreto.

—Supongo que quieres «vivir».

Me daba cuenta de que en aquel momento la señorita Ashe estaba bastante irritada. Aquella confrontación se estaba decantando de mi parte.

—¿Y quién no?

—Es completamente posible «vivir» mientras estás en la universidad, ¿sabes?

—Preferiría hacer otra cosa.

—¿Y qué quieres hacer, Amory?

—Quiero ser fotógrafa.

—Una afición fascinante y gratificante. La señorita Milburn me ha contado lo de tu cuarto oscuro.

—Quiero ser fotógrafa profesional.

La señorita Ashe se me quedó mirando, como si me burlara de ella de alguna manera abstrusa. Como si hubiera dicho que quería convertirme en prostituta

profesional.

—Pero no puedes hacer eso —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque eres una... —consiguió reprimirse y no decir «mujer»—. Porque no es una profesión segura. Para alguien como tú.

—Puedo intentarlo, ¿no le parece?

—Naturalmente que puedes, mi querida Amory. Pero recuerda que ir a la universidad no te va a impedir seguir con tu carrera de «fotógrafa». Y obtendrás un título, algo a lo que recurrir en caso de necesidad. Piénsate lo de Somerville, te lo ruego.

Se puso en pie y cruzó la sala de nuevo para colocar mi expediente en el escritorio. El encuentro con Dios había terminado. Hice ademán de dirigirme a la puerta, pero ella me detuvo levantando la palma de la mano.

—Casi se me olvidaba. Tu padre ha telefoneado esta mañana. Me ha preguntado si podía llevarte a tomar el té mañana por la tarde.

—¿Ah, sí? Pero si mañana es miércoles.

—Puedes solicitar un permiso. Por un día haremos caso omiso de las reglas. Considéralo un extra al Premio Roxburgh.

Arrugué la frente.

—¿Y por qué quiere llevarme a tomar el té?

—Ha dicho que quería comentar algo contigo, cara a cara. No quería decírtelo por carta —la señorita Ashe me miró, pensé que casi con amabilidad, percibiendo que mi desconcierto rápidamente se teñía de preocupación—. ¿Tienes alguna idea de por qué quiere hablar contigo? —preguntó, y por un momento me puso la mano en el hombro.

—Debe de ser por algún asunto familiar, supongo. No se me ocurre otra cosa.

La señorita Ashe sonrió.

—Yo lo he notado muy positivo y alegre. Quizá sean buenas noticias.

## 2. Asuntos familiares

Estaba delante de la puerta principal de Gethsemane, la casa de huéspedes donde me alojaba en Amberfield, esperando a mi padre. Ataviada con el humillante uniforme de paseo completo: la trinchera larga y negra con mangas raglán, con aquella capa adosada adornada con ribetes rojo cereza, el sombrero de paja, aquellos prácticos zapatos con hebilla. Mitad solterona de alguna novela de Jane Austen, mitad veterano de la guerra de Crimea, pensábamos. Los groseros muchachos de Worthing se divertían muchísimo metiéndose con nosotras cada vez que paseábamos en falange por el pueblo.

Entonces vi el coche de la familia, el Crossley 14 marrón, atravesar la verja de la entrada para vehículos del lado sur, y saludé con la mano, procurando hacer caso omiso de mi aprensión, y notando de repente la boca seca y salada. Era un fresco día de septiembre en el que una errática brisa formaba pequeños huecos azules entre las densas y luminosas nubes —blanco grises, pizarrosas—, los cielos a vetas y manchas de colores.

El coche se detuvo y mi padre se apeó. Vestía un traje cruzado oscuro, azul marino, y la corbata de su regimiento, verde y dorada. Se le veía apuesto y seguro de sí mismo, y recordé lo que la señorita Ashe había dicho de su estado de ánimo cuando habló con él por teléfono, así que me relajé un poco. Quizá no iba a contarme ninguna noticia espantosa, como una separación, un divorcio, que tenía una amante, o alguna enfermedad mortal.

Me puso las manos en los hombros y me besó en la frente.

—Ah, Amory, Bamory, Tamory. ¿No estás muy rara con este atuendo? ¿En qué estaban pensando? Quítate ese ridículo sombrero enseguida.

—Tengo que esperar a que salgamos del recinto de la escuela. ¿Te encuentras bien, papá?

—Nunca he estado mejor —se lo pensó, y a continuación sonrió—. Para ser escritor.

—¿Por qué has venido a mitad de semana?

—Necesitaba verte, querida, hablarte de algo.

—¿Algún contratiempo? ¿Se trata de mamá? ¿De Peggy? ¿De Xan?

—Todo va perfectamente. Tengo una noticia interesante, eso es todo.

Volví a relajarme y abrí la portezuela del copiloto, pero mi padre me sugirió que estaría más cómoda detrás.

—En el asiento delantero hay un muelle a punto de salirse. No quiero que te apuñale.

Así que me instalé en el asiento de atrás mientras él se ponía al volante y me dirigía una sonrisa.

—He pensado que podríamos ir hasta West Grinstead.

—Pero eso está a muchos kilómetros de distancia. La señorita Ashe ha dicho que



tengo que volver para las oraciones.

—Allí conozco un delicioso salón de té, muy acogedor. Volveremos a tiempo para tus rezos, no te preocupes.

Nos dirigimos hacia el norte, alejándonos de Worthing y de la costa, y pasamos por los Downs al tomar la carretera de Horsham. Papá estuvo hablando de Peggy y de su interminable sucesión de éxitos, su beca, lo mucho que la habían aplaudido en la Real Academia de Música: mi hermana, la niña prodigio.

—¿Cómo está Xan? —pregunté, deseando no tener tantas noticias de Peggy.

—Oh, ya le conoces. Se pasa el día deambulando, hablando solo. Ahora cría conejillos de Indias. Tiene docenas. Le mantienen ocupado.

—¿Cómo le va en la escuela?

—Muy mal, lo mires como lo mires. Gracias a Dios que os tengo a vosotras. Creo que mi hijo no tiene remedio.

—¡No digas eso, papá, es horrible! Xan tiene auténtico... —me lo pensé—. Xan no ve el mundo igual que nosotros.

Mi padre volvió la cabeza y me lanzó una mirada.

—Todos vemos el mundo de manera distinta a los demás. No hay nada insólito en eso. Esa es la cuestión: que todos tenemos un punto de vista único.

No le vi el sentido a lo que decía, así que miré por la ventanilla mientras cruzábamos Findon y Washington.

—¿De qué querías hablarme? —pregunté al cabo de un rato.

—De mi novela —dijo—. Voy por la mitad. Y va estupendamente.

—¿Sobre qué trata?

—Sobre la guerra. Estoy contando toda la verdad. La verdad sin adornos. Nadie ha escrito nada parecido. La voy a titular *Desnudos en el infierno*.

—No creo que la gente quiera leer nada sobre la guerra. Prefieren mirar hacia delante.

—Solo puedes mirar hacia delante con confianza si sabes la verdad de tu pasado.

—¡Ahí está la señal de West Grinstead!

Pero en lugar de girar a la derecha, mi padre dobló a la izquierda, y tomó un estrecho camino entre densos espinos y viejos setos que conducía a un hayedo.

—¿Adónde vamos, papá?

Vi un poste señalizador que indicaba «Castillo Hookland», y a continuación, a través de los árboles, atisbé una extensión plateada de agua, un lago estrecho y alargado. El camino que habíamos tomado nos conducía sin rodeos a la orilla más meridional, y se curvaba para adentrarse en otra zona boscosa que teníamos delante y que ocultaba el castillo parcialmente, con su torre almenada. A lo mejor había algún salón de té en el castillo, me dije, cuando llegamos a la orilla del lago. Ahora me daba cuenta de que era artificial, parte de un inmenso parque; el agua era gris y se ondulaba por la brisa. Había una especie de extravagante templo clásico griego sobre una pequeña isla redondeada. De repente pareció que íbamos a más velocidad, y mi

padre se volvió hacia mí, la cara deformada en una extraña mueca, como si estuviera reprimiendo las lágrimas.

—Te quiero, cariño. Nunca lo olvides.

Y entonces dio un volantazo hacia la derecha y abandonamos la carretera de grava con una sacudida, cruzamos a toda velocidad una estrecha franja de hierba y el coche cayó de morro en el lago. El impacto me lanzó contra el asiento delantero, dejándome los pulmones sin aire. Solté un chillido cuando todo se oscureció y nos hundimos debajo del agua, y un gorgoteo y un resoplido monstruosos llenaron el interior del coche.

A continuación, casi al instante, el Crossley tocó fondo, se detuvo nuestra caída y el auto se escoró unos pocos grados. El agua entraba por el suelo, y se colaba por los marcos de las ventanillas a pequeños chorros. Mi padre había caído de lado, lejos del volante, y parecía inconsciente; tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla en un extraño ángulo. Sentí cómo los segundos se convertían en minutos. Me mantenía semiflexionada, ahora con el agua hasta las rodillas, chillando: «¡Papá! ¡Papá!». Pero no me respondió. De una patada me desprendí de los zapatos, y encogiéndome los hombros me quité el pesado abrigo. Luché con la manecilla, pero no podía abrir. Cedió apenas un centímetro, pues la presión del agua del exterior era demasiado poderosa. Bajé la ventanilla, y un gran torrente de agua helada se abrió paso; el nivel subió casi al instante hasta llegarme a la cintura. Pero ahora se había abierto la portezuela, y conseguí salir a duras penas, nadar hasta la superficie y emerger, ahogándome, jadeando, en un segundo. El Crossley apenas se había sumergido, y el techo no estaba a más de dos palmos bajo la superficie. Me subí encima y me puse en pie, aspirando enormes bocanadas de aire. Vi las rodadas que habíamos dejado sobre la hierba antes de que el coche saltara por encima del terraplén de piedra del lago y se hundiera. Con el impulso nos habíamos adentrado unos seis o siete metros en el lago. Unas cuantas brazadas bastaron para llegar a la ribera. Era un lago artificial, y por tanto no muy profundo, me dije con absurda racionalidad. Entonces me acordé de mi padre.

Volví a zambullirme de un salto, bucéé y comprobé que el interior del coche estaba lleno de agua. Mi padre flotaba en el espacio comprendido entre el asiento delantero y el parabrisas. Tenía los ojos abiertos y le salían burbujas de los labios entrecerrados cada vez que sus pulmones se vaciaban. Abrí la puerta delantera —se abrió fácilmente—, agarré el extremo ondulante de la corbata de su regimiento y tiré. Salió flotando; lo aferré por el cuello con una llave como si fuera un luchador, levantándole la cabeza para que pudiera respirar, y lo coloqué sobre el techo antes de subir a él reptando.

Razoné que eso era todo lo que podía hacer. Solo había estado unos segundos bajo el agua, y sin duda no había tenido tiempo de ahogarse. Así que me quedé allí sentada y esperé, manteniéndolo erguido, y en el momento justo tosió, y el agua le salió de la boca y abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —dijo, y volvió a toser vomitando más agua.

—Estamos a salvo —dije—. ¿Qué pretendías hacernos?

—Dios mío. ¡Dios mío, no! —gritó. Se zafó de mi brazo y se puso en pie. Durante un instante terrible pensé que iba a arrojarse otra vez al agua.

—¡Papá! ¡No! —me puse en pie y agarré la pechera empapada de su chaqueta. Me miró con una aterradora intensidad, mientras me colocaba las manos en los hombros.

—Esto no tenía que ocurrir así, Amory —su voz sonaba más serena, casi razonable—. No quería hacerlo solo, ya ves. Quería que vinieras conmigo.

Un coche se detuvo en el camino. Sin duda al conductor le había llamado la atención ver a dos personas que parecían caminar sobre las aguas. Hizo sonar la bocina. Me volví, le hice señas con la mano y grité que habíamos tenido un accidente y habíamos caído al lago.

—¡Llamaré a los bomberos! Desde el castillo —gritó el conductor a través de la ventanilla abierta—. ¡Serán dos minutos! —y se alejó a toda velocidad.

Mi padre cambió de posición sobre el techo del Crossley, y el coche se bamboleó ligeramente. Se pasó las manos por el pelo empapado.

—Qué desastre —dijo. Me rodeó los hombros con el brazo y sonrió, una sonrisa apenas esbozada y extraña. Una sonrisa de loco, con la mirada vacía—. Creía que el lago era más profundo —dijo—. Creía haber leído en alguna parte que el lago era enormemente profundo.

—Suerte que no.

—Me has salvado la vida, Amory —dijo.

A continuación se echó a llorar de repente, aullando casi como un animal. Me abracé a él y le supliqué que parara, y me obedeció enseguida, sorbiendo por la nariz y tosiendo, mientras respiraba hondo.

—No estoy bien, Amory —dijo con voz pausada—. No lo olvides. Tienes que perdonarme.

—Te perdono, papá. Estamos a salvo, ilesos, y eso es lo principal.

—Solo empapados de arriba abajo —me besó la frente—. Amory, Famory, Damory... ¿Volvemos a la orilla? Me parece ridículo quedarnos esperando de pie sobre el techo del coche.

—No harás ninguna tontería. ¿Me lo prometes?

—Tengo la sensación de que no volveré a hacer ninguna tontería. Te lo prometo.

Nos metimos en el agua otra vez y nadamos hasta la orilla.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Bebo ginebra a la hora del almuerzo, y whisky por la tarde. Un gran vaso de

ginebra me sienta bien a mitad del día, pero cuando cae la noche me atrae más el whisky. Lo bebo diluido con un poco de agua en un vaso de culo grueso —whisky normal y corriente, lo que encuentro en las tiendas de Oban (nunca compraría en la isla, en Achnalorn, demasiados curiosos)—, pero creo que soy adicta, de todos modos. Tres vasos, a veces cuatro. Me siento a leer, fumo, escucho la radio o algo de música y dejo que mis sentidos se deslicen lentamente hacia una suave y deliciosa ebriedad mientras escucho el ruido sordo del viento, el ronco ajeteo del mar. Me duermo de manera plácida, y creo que también calma y alivia mis perturbadores sueños. Las pocas noches que me ha faltado el anestésico whisky me he visto perseguida por el pasado, demasiado febril para poder soportarlo. Salgo de la cama, echo un par más de ladrillos de turba al fuego, contemplo la oscilación y el parpadeo de las llamas y espero a que llegue el alba, mientras mi perro, Flam, enroscado sobre su manta, me observa inquieto, preocupado.

La consecuencia inmediata de nuestra inmersión automovilística en las aguas del lago del Castillo de Hookland fue que a mi padre lo declararon loco y lo mandaron a un «manicomio pijo», tal como lo denominó mi madre. Yo sufrí lo que ahora supongo que fue una forma de crisis nerviosa. No podía dejar de llorar, e incluso experimentaba una especie de ataques —temblores en todo el cuerpo y un copioso sudor— que parecían epilépticos pero que de hecho eran psicóticos, catalizados por el recuerdo repentino y espontáneo de aquellos frenéticos segundos que pasé dentro del coche mientras subía el nivel del agua, luchando por abrir la portezuela, y siempre surgía la imagen de la cara impassible y flotante de mi padre, las burbujitas que le salían de la boca, como si esos pocos momentos de conciencia que se le concedieron se transformaran en esas perlas de aire azogadas y flotantes, que se iban reduciendo a ojos vistas a medida que sus pulmones se llenaban de agua.

Me perdí el resto del tercer trimestre, y el primero del curso siguiente, confinada en la cama, sujeta a regímenes que cambiaban constantemente: baños de agua muy caliente y cataplasmas en la espalda —como si tuvieran que sacarme algo de dentro—, caldos, té y algún tipo de medicamento, sin duda. Regresé en la primavera de 1926 para preparar el examen de Bachillerato. Las demás chicas fueron amables conmigo, pues en cuanto se conoció la historia del coche en el lago y el rescate de mi padre me convertí en una figura casi mítica. Incluso la señorita Ashe, cada vez que nos cruzábamos, se paraba y charlaba un poco conmigo tras preguntarme de manera solícita: «¿Cómo te va, querida Amory?». Los exámenes me fueron mal —dos aprobados y un suspenso—, pero no me culparon. No se volvió a hablar del Somerville College ni de la beca en Historia.

Curiosamente, pasé varios meses sin sacar ninguna foto, y tuve mi cuarto oscuro abandonado. Aquel verano, después de los exámenes, registré el estudio de mi padre en busca de su novela «sobre la guerra», hurgando en los cajones de su escritorio y en sus estanterías para ver si encontraba *Desnudos en el infierno*, al creer que podría

darme alguna pista acerca de por qué había intentado matarse, y a mí con él, pero no encontré nada. Cuando le pregunté en qué estaba trabajando papá, mi madre dijo que no había escrito ni una sola palabra al menos en dos años, que ella supiera.

En una cosa yo acertaba, sin embargo: la guerra tenía algo que ver con la locura de mi padre, pero la clave no la encontraría en la novela que nunca escribió sino, muchos años más tarde, cuando intenté descubrir lo que le había ocurrido en Francia y por qué había regresado a casa tan cambiado. Fue la historia de su regimiento, la Infantería Ligera de East Sussex, los «Marlets», y me ayudó a comprender un poco por qué su mente se había vuelto en su contra. Y por tanto, en la mía.

### *Acontecimientos de marzo de 1918*

Tras retirarse de la posición situada ante la linde del Bois de Vinaigre, en las afueras de Saint-Croix, el batallón de servicio 5/1 ocupó la nueva línea del frente. Debido a la naturaleza del terreno, el enemigo nunca se acercó a menos de cuatrocientos metros, y a veces incluso permaneció a más de ochocientos. Fue la mayor extensión de tierra de nadie con que el Regimiento de Infantería Ligera de East Sussex se encontraba desde 1915 en Loos, y planteaba problemas específicos; el más importante de los cuales era la falta de información clara sobre la disposición de las fuerzas alemanas.

El breve período de calma en los combates permitió que se reforzaran las nuevas trincheras, y en los días siguientes hubo pocas víctimas (dos muertos y siete heridos). El coronel Shawfield, comandante del batallón 5/1, ordenó una batida la noche del 26 a fin de determinar la naturaleza y grado de preparación para el combate de las fuerzas que tenían delante antes de la contraofensiva del Quinto Ejército, programada para el día 30.

El grupo de batida (comandado por el capitán B. V. Clay, Orden por Servicios Distinguidos) estaba compuesto de veinte hombres, entre ellos, dos señalizadores que iban a tender una línea telefónica hasta la granja en ruinas de Trois Tables, que antes de la retirada había sido el cuartel general del batallón. El grupo de batida abandonó las trincheras a las 2.00 a. m. Como distracción, una descarga de artillería tuvo lugar a las 2.30 a. m., dirigida a la izquierda de la línea alemana, en Lembras-la-Chapelle. La batida del capitán Clay encontró una fuerte resistencia, y a las 4.00 a. m. solo diez hombres habían regresado a las líneas del batallón. El propio capitán Clay había desaparecido.

Tres días más tarde, durante el contraataque del Quinto Ejército, se reconquistó Trois Tables, y se encontró al capitán Clay escondido en un profundo sótano bajo el edificio de la granja en ruinas, apenas cubierto por unos cuantos harapos de lo que quedaba de su uniforme. En el mismo sótano hallaron los cadáveres del cabo S. D. Westmacott, del soldado W. D. Hawes y del señalizador S. R. Thatcher. El capitán Clay estaba muerto de hambre y semiinconsciente, y fue incapaz de ofrecer una explicación coherente de lo que había sucedido

durante los tres días transcurridos desde que su grupo de batida abandonó las líneas del regimiento. Lo mandaron al hospital base de St. Omer, donde poco a poco recuperó las fuerzas, aunque no volvió a recordar lo ocurrido esos tres días. Se le concedió un galón a su Orden por Servicios Distinguidos, y en la citación se dijo que su ejemplo «fue testimonio de la fuerza e instinto de supervivencia de la voluntad humana bajo las condiciones bélicas más angustiosas y espeluznantes».

*Historia del Regimiento de Infantería Ligera de East Sussex, vol. III, 1914-1918.*

### 3. Alta sociedad

Me gustaba mi aspecto. Greville dijo que lo más importante era que «no desentonara». Él iba impecable. Me miró de arriba abajo antes de encaminarnos a la recepción de lady Cremlaine —para celebrar el veintiún cumpleaños de su hija—; dio una vuelta a mi alrededor, con el ceño fruncido y asintiendo, como si me dirigiera a un desfile. Yo llevaba un vestido de noche de satén plateado largo hasta el suelo, y encima una chaquetilla marrón de terciopelo. Me había peinado con el pelo a un costado, sujeto con un broche de estrás. Calzaba unos zapatos de piel de becerro dorados, con los tacones más altos que pude encontrar. Iba muy maquillada: kohl en los párpados, y unos labios de un carmesí chillón.

—Muy bien, querida —dijo Greville—. Tendrás que apartar los moscones a manotazos —había reducido su ancho y exuberante bigote de húsar a unas finas líneas de pelillos insulsos y recortados, de una forma que parecía un galón invertido. Le daba un aspecto bastante distinto, me dije, más sofisticado y misterioso.

Salimos del apartamento de Greville y nos dirigimos hasta las antiguas caballerizas que había detrás del edificio, donde estaban el estudio y el cuarto oscuro, para encontrarnos con Lockwood Mower, el aprendiz de Greville, que cargaba los telones de fondo, las luces, los trípodes y las cajas de cuero que contenían las pesadas cámaras de placas —la Dallmeyer Reflex y la Busch Portrait—, tras lo cual las aseguró sobre el portaequipajes que había en la parte trasera del coche.

—Parece una auténtica estrella de cine, señorita Clay —dijo Lockwood.

Le concedí una contenida reverencia. Lockwood era un muchacho alto y fornido, más o menos de mi edad, supongo, con un pelo negro alquitrán y una tez muy oscura, como si fuera un gitano o estuviera muy bronceado, como un marinero del Mediterráneo o un aceitunero. Sus rasgos regulares los estropeaban una mandíbula un tanto salida y unos ojos un poco separados de más. Tenía un aire agresivo y algo sorprendido, «como un boxeador que acaba de recibir malas noticias», fue como se lo describí a Greville, que lo encontró muy divertido.

Lockwood hablaba en voz baja y era una persona diligente, y había observado, en las semanas que llevaba trabajando con Greville, que este cada vez confiaba más en él. Tanto daba que Lockwood desentonara o no. Su misión era instalar el equipo en la habitación que utilizábamos como estudio improvisado en cualquier casa o local donde trabajáramos y quedarse allí. Aquella noche llevaba su atuendo habitual: un tres piezas de sarga negro, una camisa de franela azul marino y una corbata color guinda. Había comenzado a copiar a Greville untándose una especie de pomada en el pelo, y siempre lo acompañaba un fuerte olor a colonia barata.

Greville y yo íbamos sentados atrás, y Lockwood al volante.

—*Allons-y, mes braves* —dijo Greville, y nos pusimos en marcha.

Cuando tomamos Kensington High Street en dirección a Mayfair sentí un remolino de excitación en el estómago. Allí íbamos, como si nos encamináramos a

una especie de misión, dispuestos a asaltar los reductos de la alta sociedad.

Greville sacó su pitillera y me ofreció un cigarrillo. Escogí uno y me lo encendió, antes de prender el suyo.

—¿Para qué revista hacemos lo de esta noche? —pregunté, expulsando el humo hacia el techo del coche—. *¿Illustrated?*

—*Beau Monde*.

—Oh, querido, *Tatler* se enfadará contigo.

—Bueno —dijo sonriéndome—. Esta noche podemos conseguir algunas piezas de categoría. Puede que te necesite para que me las saques de la madriguera.

—Encantada.

Me recosté en mi asiento conforme recorriamos Knightsbridge. Siempre me había parecido muy probable que acabara enamorándome de mi tío, y en cuanto había empezado a trabajar con él esa posibilidad me había resultado irresistible, al menos para mí. Ir sentada a su lado, fumando un cigarrillo, nuestros codos rozándose mientras nos llevaban a la fiesta de lady Cremlaine, me pareció la apoteosis de la dicha. Ya éramos socios, trabajábamos juntos, y sabía que yo le caía muy bien, que me apreciaba mucho —no dejaba de decirlo—, por lo que solo podía ser cuestión de tiempo.

Comprobé que todo estuviera preparado. Lockwood lo había instalado todo en una sala de recepción de la planta baja, delante del vestíbulo. Las luces estaban colocadas, el telón de fondo colgaba de su marco formando pliegues esmeradamente dispuestos, había unas cuantas macetas ubicadas al detalle, y las dos grandes cámaras estaban situadas en sus trípodes de madera. Las lentes recibían un lustrado final con el trapo libre de pelusa de Lockwood.

—Todo limpio y ordenado, señorita Clay. ¿Quién es el primero?

Comprobé mi lista.

—La honorable señorita Edith Medcalf. ¿Es importante? ¿Ya la hemos fotografiado antes?

—Yo no. A lo mejor el señor Reade-Hill la conoce.

—Le preguntaré a nuestra anfitriona.

Encontré a la honorable señorita Medcalf: una mujer más bien joven de rasgos bulbosos y bastante brusca, que supuestamente rondaba los treinta pero que parecía mucho mayor (daba la impresión de que le hubieran confeccionado el vestido con un par de cortinas viejas). Era una de esas personas que no envejecen, que tienen el mismo aspecto a los veinticinco que a los sesenta y cinco. Se la veía muy satisfecha de sí misma y de su nuevo anillo de compromiso, y se la llevé a Lockwood. A continuación fui en busca de Greville. Él tenía que estar presente cuando se tomaba la foto, aunque solo fuera para dar unos segundos de cháchara y apretar el disparador. Lockwood y yo hacíamos todo el trabajo, pero las damas de la sociedad querían que quien les tomara la foto fuera Greville Reade-Hill, no su sobrina ni, por amor de



Dios, su aprendiz.

Volví a subir hasta el salón de baile, donde una banda de tamaño considerable interpretaba «Ain't She Sweet», y en el amplio descansillo que había delante vi a Greville charlando con un hombre enjuto y diminuto y dos mujeres vestidas con hinchados encajes. Me desplacé furtivamente para que Greville me viera; cuando ocurrió, se excusó y se me acercó.

—La señorita Medcalf espera —dije.

Me entregó otra lista de nombres.

—Busca a todas estas personas —dijo—. Deberíamos irnos de aquí en una hora.

—¿Quién era ese hombrecillo que estaba hablando contigo? Creo que me suena de algo.

—Ese «hombrecillo» es el príncipe de Gales. Nuestro futuro rey.

Miré a mi alrededor, pero se había ido.

—Pensándolo bien —dijo Greville—, será mejor que vaya yo a buscarlo. Fotografía tú a la señorita Medcalf. Luego iré a ver si encuentro a lady Foster-Porter.

—¿Yo?

—Creo que estás más que preparada para salir a batear —dijo, y me dio un rápido beso en la mejilla.

A la señorita Medcalf no le hizo mucha gracia descubrir que sería la señorita Amory Clay quien la fotografiaría, y al principio se negó, exigiendo la presencia de Greville.

—Está con el príncipe de Gales —dije, y eso sirvió para calmarla e impresionarla, pero tras sacarle la foto se marchó sin decir una palabra de despedida ni de agradecimiento.



LA HONORABLE SEÑORITA EDITH MEDCALF EN EL BAILE DE LADY CREMLAINE, 1927.

—Maravilloso —dijo Lockwood—. ¿Una copa de champán, señorita Clay? He birlado una botella abajo —Lockwood nos sirvió una copa a cada uno, brindamos por mi primera foto de «sociedad» y a continuación fui en busca de la condesa de Rackham y la marquesa Lucrezia Barberini.

Greville tenía razón, en poco más de una hora habíamos pescado nuestros trofeos y Lockwood me conducía a mí y al equipo de vuelta a Falkland Court. Greville vendría más tarde, pues tenía que seguir cortejando al príncipe: si conseguía sacarle una foto a la familia real, pasaría directamente a formar parte de la élite, y sus honorarios y clientes aumentarían. Ya había fotografiado al príncipe Ali Khan y ahora iba en busca de la señora Dudley Ward y de Marmaduke Furness.<sup>[1]</sup> El príncipe de Gales le abriría muchas puertas.

Lockwood aparcó delante de las antiguas caballerizas y comenzó a descargar el coche —vivía en una pequeña habitación abuhardillada con un diminuto tragaluz— mientras yo me aseguraba de que la película y las placas quedaran debidamente almacenadas y a salvo, después de lo cual regresé al piso. El apartamento de Greville ocupaba la planta superior de una gran mansión situada justo a la espalda de High Street, y desde las ventanas de la sala de estar se veían perfectamente los jardines de Kensington y el palacio. El dormitorio, el vestidor, el cuarto de baño y el estudio de

Greville ocupaban casi todo el resto del espacio. Yo me alojaba en la habitación de la doncella, detrás de la cocina —un pequeño cuarto con un retrete y una palangana en un armario—, pero por lo demás era quien estaba al frente del piso. Había pintado las paredes de mi cuarto de un verde esmeralda, y había colgado cortinas rojas de arpillera en la ventanita. Adornaban la pared algunas de mis fotografías enmarcadas (*Xan, volando; Niño con paleta; Niño corriendo*), había colocado una alfombra persa de segunda mano en el suelo y una colcha de retales sobre la cama. Era una habitación demasiado pequeña para tanto color y tanto recargamiento, pero yo me sentía cómoda y segura. Vivía en Londres —y Falkland Court era mi primer domicilio lejos de Beckburrow— y me ganaba la vida —siete chelines y seis peniques al día—, e iba a fiestas de gente distinguida al menos tres veces por semana, si no cuatro.

Me quité mi elegante vestido, lo coloqué en el armario y me puse mi nueva «Zemana» —unos pantalones de pijama de estar por casa— con sus motivos florales. Me dirigí a la sala de estar, me serví un poco de coñac con soda, encendí un cigarrillo, y me quedé a esperar el regreso de Greville.

La verdad es que tenía un gusto excelente para ser un hombre, me dije. Las paredes de la sala eran de un rojo lacado, y el suelo de parqué, casi blanco, estaba perfectamente lustrado, con alfombras de seda desperdigadas aquí y allá. Sobre la repisa de la chimenea colgaba una pintura que representaba a un bailarín negro y desnudo, y las mesas estaban casi completamente cubiertas de fotografías enmarcadas en plata y en carey de sus trofeos sociales más distinguidos. Me quedé junto a la ventana fumando y contemplando la extensión de tejados que llegaba hasta el palacio. Sin duda, la vida era buena. «Solo tienes diecinueve años —me dije—, y mira lo bien que te va, y eso que solo hace un año que saliste del internado». Laura y Millicent venderían su alma al diablo con tal de estar donde yo estaba. ¿Y quién lo habría dicho? Mi destino era estudiar Historia en el Somerville College, Oxford. *Non, merci*. Deja que la vida se te acerque, decía siempre mi padre, no tengas prisa a la hora de ir a buscarla. Entonces oí llegar a Greville y me sentí tensa de tantas ganas como tenía de verle.

—¿Todavía estás levantada, niña traviesa?

—¿Y bien? —dije cuando entró, llena de curiosidad—. Tienes que contármelo todo.

—No ha dicho que sí... y tampoco ha dicho que no. Creo que está interesado de verdad. Quiere ver las fotos que he tomado de algunos de su círculo. ¿Tenemos esos retratos de lady Furness? Con eso bastará. Se los llevaremos por la mañana —se desanudó la corbata y se dirigió a la mesa de las bebidas para servirse un whisky—. La velada era de lo más satisfactoria hasta que la estropeó una desagradable riña con lady Foster-Porter —apuró la copa y se la volvió a llenar—. No hay otra palabra: me temo que lady Foster-Porter es una horrible hija de puta.

Aquello no me escandalizó. En privado Greville no paraba de decir palabrotas,

con la excusa de que le debíamos a la lengua inglesa explotar la amplia variedad de expresiones contundentes que nos ofrecía. Pasó a explicar la razón de su desacuerdo con lady Foster-Porter: se había negado a pagarle los honorarios exigidos por la boda de su hijo.

—Es una mujer muy latosa —dijo—. Acabó diciéndome que su chófer habría hecho un trabajo mejor.

—¡Zorra amargada! —intervine con lealtad—. ¿Cómo se atreve?

—Bueno, por entonces yo ya echaba humo, como te puedes imaginar. Hervía de rabia. Le dije que la boda de su hijo merecía exactamente el tratamiento que le había dado. Y le recordé que al día siguiente había hecho la boda del conde de Wargrave. Y que había quedado encantado.

—¿Se calló?

—Me dijo que era un esnob. Vieja bruja de los cojones. Me... —se interrumpió—. ¿Por qué me miras así?

—De repente estás muy guapo, maldiciendo por los codos. Reniegas como una pescadera.

Se me acercó, me cogió la mano y me dio un beso.

—Greville y Amory contra el mundo —dijo.

—Ganaremos sin despeinarnos.

—¿Lockwood lo ha guardado todo?

—Sí, por la mañana le echaré una mano con el revelado y el positivado. Lo mandaré todo a la revista.

—Siéntate, querida. Hay una cosa que quiero comentar contigo.

Me condujo hasta una butaca que había delante de la chimenea, y en cuanto me hube sentado se arrodilló delante de mí y me cogió las dos manos. «Ahora —me dije—, va a ocurrir ahora mismo».

—Se trata de tu padre —dijo—. Tienes que ir a verlo.

No había visto a mi padre desde el día del lago del Castillo de Hookland, cuando se lo llevó la policía. Le dije a Greville —procurando que no me temblara la voz— que no soportaba estar en la misma habitación que mi padre, que me ponía enferma, me desequilibraba.

—No puedo, Greville. Intentó matarme.

—No se encontraba bien, estaba trastornado. Ahora está mucho mejor y pregunta por ti cada vez que se despierta, o eso es lo que me ha dicho tu madre. Los médicos dicen que a lo mejor lo ayudaría que fueras a visitarlo. Cada semana, cada mes que pasa y no vas a verlo, está más agitado.

Cerré los ojos. ¿Por qué era tan boba?

—Iré contigo —dijo Greville—. No has de tener miedo de nada. Está mejorando de verdad. Y también podría ayudarte a ti. La catarsis y todo eso.

Tenía razón. Pero me asomaron algunas lágrimas y emití un ligero sollozo. Como esperaba, Greville me tomó en sus brazos y me acunó suavemente. En la alegría del

momento aspiré, y mi cabeza se llenó de ese olor a natillas y jazmín.

## 4. Cloudsley Hall

Cloudsley Hall, cerca de Rochester, en Kent, era el manicomio al que habían llevado a mi padre después del incidente en el lago del Castillo de Hookland. Se trataba de una fea mansión victoriana del primer neogótico, construida sobre el emplazamiento de una imponente granja del siglo XVIII, y por tanto favorecida por su antiguo parque ajardinado, que se remontaba a esa época. Cloudsley Hall contaba con almenas, torres esquineras y un belvedere increíble, y había dos cabañas de guarda en la puerta, que conducía a un camino levemente serpenteante que cruzaba unos prados ondulados, boscosos, donde pacían las ovejas, hasta llegar al edificio propiamente dicho. Cualquiera habría pensado que visitábamos un hotel o una escuela privada.

Greville me llevó allí con su Alvis. Mi madre, Peggy y Xan habían decidido no acompañarme, pues habían visto a papá en numerosas ocasiones, y les parecía que mi visita sería más efectiva si iba sola. Nos acompañaron hasta el despacho del director médico, un tal doctor Fabien Lustenburger, que era suizo, según me dijo Greville, un experto en los últimos tratamientos de las «manías».

El doctor Lustenburger era un joven grande y corpulento que medía más de metro ochenta, ya bastante calvo, pero con un amplio y denso bigote que servía de contrapeso a su cráneo casi indecentemente bruñido. Era un hombre cálido y afable, y estaba muy contento de que yo hubiera ido. Enseguida me llevó escaleras arriba hasta el pabellón de mi padre. Greville dijo que esperaría en la biblioteca.

—Verá que su padre está perfectamente —dijo el doctor Lustenburger cuando llegamos al descansillo de la primera planta—. Quiero advertirle que le sorprenderá. Se preguntará usted por qué está en una institución como esta —casi no se le notaba el acento—. A lo mejor está algo adormilado. Cuando despertamos a los pacientes, el estado de «vigilia» les parece un poco raro y les cuesta afrontarlo. Pasan mucho tiempo durmiendo, ya ve.

Me condujo a través de un pabellón en el que había una docena de camas, casi todas ellas ocupadas por hombres y muchachos que dormían, por lo que pude ver tras echar un rápido vistazo a derecha e izquierda. La atmósfera era apropiadamente silenciosa. El doctor Lustenburger me llevó hasta una galería acristalada que daba al ancho césped posterior de Cloudsley Hall, y a un lago ornamental estrecho y oblongo, vi con cierta alarma. El lugar estaba lleno de exuberantes plantas en macetas —palmeras y aspidistras—, y de butacas exageradamente mullidas con reposabrazos. Mi padre estaba sentado en una de esas butacas, iba en pijama, y encima llevaba una bata escarlata guateada. Tenía muy buen aspecto, lozano, con el pelo más largo de lo habitual, sin recortar, casi juvenil, me pareció. Me besó y me abrazó con entusiasmo, y también de manera completamente natural, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros.

—¡Amory, Bamory, Tamory! Mírate, cariño. ¿No es el colmo de la modernez,

doctor Lustenburger?

El doctor Lustenburger, sonriendo, se alejó sin más comentarios.

Yo me puse a parlotear de forma un tanto histérica acerca de mi vida en Londres, de mi trabajo con Greville, de las fiestas a las que asistía y la gente a la que había conocido. Me sentía muy incómoda a solas con él. Lo vi completamente normal y tenso y tembloroso al mismo tiempo. Mi padre daba la impresión de estar escuchando, con una vaga sonrisa en la cara, y de vez en cuando asentía y decía: «Maravilloso», y «Qué divertido, Amory», y «Válgame Dios». A continuación se recostó en la butaca y cerró los ojos.

Me quedé mirándolo unos segundos.

—¿Qué ocurrió, papá?

Se despertó enseguida y alejó las piernas de la butaca.

—No me acuerdo —dijo bruscamente—. Se me ha olvidado todo, ese es el problema. Las medicinas que te dan aquí, ya sabes... —me cogió la mano y la estudió—. Sé que ocurrió algo terrible, y me acuerdo de que tú y yo estábamos encima de un coche en una especie de lago... —señaló con el dedo la vista que se contemplaba al otro lado del cristal, indicando el lago de Cloudsley Hall—. Más grande que ese. Y también me acuerdo de la policía, de una comisaría, y de que vinieron los médicos y que luego... Llegué aquí —hizo una pausa, se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Sabes, cuando me trajeron aquí y me desperté a la mañana siguiente, dije: «¡Caramba, he dormido estupendamente toda la noche!». Y la enfermera me contestó: «Lleva dos semanas durmiendo, señor Clay» —frunció la frente—. Aquí te hacen dormir, Amory, días y días seguidos, semanas. No tengo ni idea de cuánto he dormido. Meses. Tengo la impresión de que casi nunca estoy despierto.

—Bueno, pero estás mejorando.

—Te hice algo malo, ¿verdad?

—Ahora ya no importa, papá. Todo va bien. Te sentirás mejor.

—Mucho mejor, para ser escritor. Mándame una foto, cariño. Eso me hará sentir bien. Así podré verte cada día —volvió a recostarse en la butaca y cerró los ojos.

Detrás de mí se oyó una tos de cortesía y me volví. El doctor Lustenburger había llegado en silencio para acompañarme a la salida. Mi padre dormía profundamente, así que le di un beso en la frente y seguí al doctor hasta su despacho, donde me explicó algo de sus métodos. En Cloudsley Hall practicaban la «terapia del sueño». El doctor Lustenburger estaba convencido de que todas las manías aberrantes y antisociales procedían de recuerdos desdichados. Un sueño profundo y que se prolongara muchos días era, en su opinión, la mejor forma de eliminar el poder de esos recuerdos.

—Y en el caso de su padre —añadió—, todos esos recuerdos proceden de la Gran Guerra —sonreía confiado—. Sin embargo, de manera lenta pero segura, los estamos borrando.

Cogimos el coche y Greville me llevó a un pub, The Grenadier, que estaba en las proximidades de London Road, no lejos de Gravesend, donde tomamos un whisky con soda cada uno. Expresé cierto optimismo acerca de la visita.

—¿El doctor Lustenburger te ha mencionado los medicamentos que le dan y demás? —preguntó Greville.

—Papá habló de algunas medicinas, pero no ha sido muy concreto.

—Es una droga que les hace dormir mucho tiempo. Los deja fuera de combate durante días.

—¡Eso parece maravilloso!

Greville dibujó una sonrisa de complicidad.

—Se llama SomniBrom, una mezcla de barbitúricos y bromuro.

—Entonces quizá no sea tan maravilloso. ¿Cómo sabes todo esto?

—Querida. «Terapia de Sueño Profundo». TSP. Está *muy* de moda. La angustia eliminada mediante la narcosis —puso una mueca—. Con la ayuda de unos cuantos electroshocks mientras echas un sueñecito.

—¡Dios mío! ¡No!

—¡Dios mío, sí! ¿Te sorprende que no pueda recordar nada, nada de nada? Le colocan electrodos en la cabeza y todo eso. Pero no sientes nada. Supongo que es algo bastante benigno.

—Pobre papá... —de repente, al pensar en mi padre, me sentí triste—. Fue la guerra, ¿verdad? —añadí vagamente—. La culpa fue de la guerra.

Greville no quiso discrepar de aquel tópico y seguimos charlando después de pedir otra ronda de whiskies con soda. Mientras él traía las bebidas, se me ocurrió que, conforme nosotros estábamos sentados a una mesa en un rincón de The Grenadier, cualquiera que hubiera entrado y nos hubiese visto allí sentados, charlando con tanta seriedad, podría haber pensado que éramos una pareja que había salido a cortejar.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Me acerqué hasta Inverbarr —un buen paseo de tres kilómetros— para comer con Calder y Greer McLennan, mis mejores amigos en la isla. Hacía un poco de fresco y soplaba la brisa, que me levantaba la chaqueta y el sombrero. El sol tenía un brillo insólito, casi alpino en su claridad, cuando aparecía entre las hileras de nubes. Además de ir a comer, aprovechaba el viaje para devolver un libro que Calder me había prestado, titulado *The Last Year: April 1944-April 1945*, de Dennis Fullerton. Era un relato de la guerra en Europa durante su tumultuoso final, y me había ilustrado un poco a la hora de seguir mi propia biografía durante esos doce meses. Al menos



ahora tenía una gran imagen general donde poder insertar la mía, pequeña y precisa, en la que encajaban mis viajes sin rumbo entre la gran marcha de la historia militar.

Ascendí hasta la elevación escarpada que conectaba las dos colinas más grandes de Barrandale, Beinn Morr y Cnoc Torran, que formaban una tosca espina dorsal hasta la isla, y una vez en lo alto pude ver Inverbarr a mis pies, recogido en la orilla de su pequeña cala; también se atisbaba la punta meridional de Mull y la amartillada plancha color plata del Atlántico.

Greer me recibió en la puerta de atrás, con un gin tonic en una mano y un cigarrillo en la otra. Era una mujer alta y guapa que llevaba el pelo, blanco como la nieve, cortado en una severa melena con un flequillo perfilado a navaja que le alcanzaba las cejas. Era diez años más joven que yo, pero el pelo blanco a veces hacía que se sintiera mayor, o eso me parecía. Ella y Calder eran profesores retirados de la Universidad de Edimburgo. Calder había sido profesor de Economía, mientras que Greer era cosmóloga, «carente de cualquier eminencia», añadía. Calder —menudo, enjuto, con barba— era un adulto hiperactivo y un caminante obsesivo que siempre estaba recorriendo las colinas. Greer era más tranquila, y estaba escribiendo un libro sobre moluscos, o eso afirmaba. Una extraña labor para una cosmóloga, le comenté cuando me lo dijo. Entonces me sonrió y simplemente contestó que había sentido la necesidad de centrarse en algo más cercano.

Calder se las daba de buen cocinero, y comimos una sopa de cebada perlada y un estofado de venado a la pimienta. Tomamos café y fumamos en la biblioteca. En uno de los estantes inferiores divisé un gran atlas y pregunté si podía tomarlo prestado. El atlas era demasiado voluminoso para cargarlo hasta casa a pie —grande como una losa—, así que Greer se ofreció a llevarme en coche hasta la granja rodeando la isla. Dijo que tenía cosas que recoger en Achnalorn.

En el pueblo aparcamos delante del pequeño supermercado y aproveché para comprar un periódico, el *Glasgow Herald*, y dos cajetillas de cigarrillos. Greer había hecho lo mismo y nos sentamos en el aparcamiento y fumamos, hojeando nuestros periódicos y contemplando las idas y venidas de los botes de pesca en el pequeño puerto.

Señalé una noticia que había en la portada del *Herald*. Habían encontrado una nueva galaxia en un remoto rincón del universo conocido.

—¿No te emociona? —pregunté.

—La verdad es que no es mi campo —dijo Greer—. Yo me concentraba en lo que ocurrió antes del Big Bang. Cuando no había nada.

—Un momento —repliqué con una carcajada—. No entiendo estos conceptos: «nada», «infinito», «fuera del tiempo». Mi cerebro no llega hasta ahí.

—Por eso me jubilé pronto —dijo Greer, con una sonrisa de pesar—. Comprendí que lo que estaba haciendo no significaba nada para el resto de la raza humana, más allá de seis personas en universidades lejanas.

—Yo necesito límites —dije—. Soy incapaz de manejarme con la «nada». Eso de

que hubiera un momento en que solo estuviera la nada y no existiera el tiempo, y que esa «nada» fuera infinita... —sonreí—. O a lo mejor es que simplemente soy estúpida.

—Por eso ahora estudio pequeños moluscos en los diminutos charcos que forma la marea —dijo Greer, arrojando su cigarrillo por la ventanilla y expulsando el humo—. No somos más que un cierto tipo de simio en un pequeño planeta que da vueltas alrededor de una insignificante estrella. ¿Por qué íbamos a preocuparnos de lo que pudo o no pudo haber ocurrido hace trece mil millones de años?

—Un cierto tipo de simio. Eso me gusta.

—Así que decidí mandarlo todo a la porra. De repente todo me pareció absurdo.

—Me alegro por ti —dije, y a continuación añadí, con más sentimiento del que pretendía—: Como si el aquí y el ahora no fueran ya bastante problemáticos.

—Exacto —dijo mientras arrancaba el coche y salíamos del aparcamiento.

—Y ya que estamos, ¿cómo anda Alisdair? —Alisdair era su hijo, el diplomático, que recientemente había pasado por un divorcio muy complicado. Tenía dos hijos muy pequeños y una exmujer amargada.

—Lo han destinado a Vietnam —dijo de manera lacónica—. Ahí no debería tener problemas.

—Vietnam —dije sin pensar—. Bueno, yo ahí sí que tuve problemas graves.

Greer me lanzó una mirada penetrante.

—Caramba, estás llena de sorpresas, Amory —dijo—. Siempre me sales con algo diferente. ¿Cuándo estuviste en Vietnam, por amor de Dios?

—¿Qué? ¿Yo?... Hace años. En plena guerra.

Habíamos llegado a la granja. Greer detuvo el coche y se volvió hacia mí, comprendí que con ganas de seguir hablando. Pero yo no quería entretenerme y abrí la puerta.

—Gracias por el almuerzo.

—No te olvides el atlas —dijo Greer.

Abrí la portezuela de atrás y lo saqué.

—Un día te hablaré de Vietnam —dije.

—Promesas, promesas —contestó.

Aquella noche bebí demasiado whisky para no pensar en las guerras que había vivido. En la cama me sentí idealmente adormilada, y cuando cerré los ojos la habitación se inclinó un poco, de una manera agradable. El whisky: mi Terapia de Sueño Profundo.

\* \* \*

Greville abrió la botella de champán, sirvió una copa a cada uno y brindamos.

—Ha tenido que ser un récord —dijo—. Tres bailes en una noche. ¿Qué le está pasando a Londres? Esto no tiene precedentes.

Encendí un cigarrillo mientras veía cómo se quitaba la chaqueta y se derrumbaba en una butaca. Sabía que esa tenía que ser la noche.

—No podría haberlo hecho sin ti, querida. Un millón de gracias.

—Ni sin Lockwood.

—Locky es incansable. Pero si esto sigue así, a lo mejor necesitaremos otro ayudante.

Me senté delante de él.

—Pero esto no puede seguir así. Es una especie de excepción, una locura. Todo está descontrolado.

—Y ni siquiera ha empezado la temporada... —Greville pareció meditar—. Ya sé. Divide y vencerás. ¿Y si nos dividimos? ¿Crees que podrías hacer un baile tú sola? Llévate a Lockwood. Yo encontraré a alguien nuevo —se puso en pie y comenzó a caminar por la sala, pensando—. Podríamos hacer cuatro eventos por noche. Dos cada uno.

—Parece lógico —contesté—. Pero la gente solo me presta atención porque sabe que estoy contigo. No quieren que les fotografíe Amory Clay. No *pagarán* para que les fotografíe Amory Clay, para ser más precisos.

—Sí que lo harán —cruzó la sala hacia mí—. Espera a que vean tu trabajo —me cogió la mano derecha y la besó—. Eres mi brazo derecho. Estoy agotado. Dulces sueños.

En mi pequeño dormitorio me quité el vestido y la ropa interior y me puse un vaporoso camión de seda que me llegaba hasta las rodillas. Añadí un pequeño toque de perfume detrás de las orejas y me solté el pelo. Me sentía muy tranquila, observé con sorpresa. No era una decisión alocada ni producto de la embriaguez. Las cosas habían llegado a una situación crítica. Entonces me paré a pensar, con toda la frialdad de la que fui capaz, en lo que iba a hacer y los riesgos que entrañaba. Todo podía ir terriblemente mal, desde luego, pero también me dije que podía haber muerto tiempo atrás, atrapada en un coche bajo las aguas del lago del Castillo de Hookland. No dejes que la vida te pase por delante pensando en lo que podrías haber hecho. Vive para ti, para lo que quieres realmente.

«Vive para ti», me repetía mientras caminaba sin hacer ruido por el oscuro piso en dirección al dormitorio de Greville. No se veía luz por debajo de la puerta. Llamé.

—¿Greville? ¿Podemos hablar un momento? —empujé la puerta y él encendió la luz de la mesita de noche. Tenía el pelo alborotado, y un grueso mechón le caía sobre la frente. Nunca le había visto tan despeinado.

—Amory, ¿qué ocurre? ¿Pasa algo?

Me metí en la cama a su lado.

—Tengo frío —dije, y mientras le rodeaba con los brazos, intenté besarle en los labios.

Me apartó dulcemente, pero con firmeza.

—¿Qué estás haciendo? ¿Has perdido la cabeza?

—Estoy enamorada de ti.

—Joder, no seas estúpida, ¡soy tu tío!

—¿Y qué? No importa.

Se incorporó y se pasó los dedos por el pelo, alisándoselo. Salió de la cama y cogió su bata. Vi que llevaba un pijama marrón topo con un ribete más oscuro. Me arrojó la bata.

—Vas prácticamente desnuda, niña tonta. Ponte la bata. ¿Por qué intentas seducirme? ¿Has bebido demasiado? —¡Porque estoy harta de ser una «niña»! —la voz me salió más estridente de lo que pretendía—. ¡Harta de ser una niña «tonta», peor aún! Y te quiero. Y no deseo que nadie más me ame, ni... —no se me ocurría la palabra adecuada— me posea.

Soltó una carcajada y a continuación se acercó a su tocador, encontró un cigarrillo y lo encendió.

—Tienes muchísimas cosas que aprender, querida.

—Tengo diecinueve años. Podría haber muerto. Mi padre intentó matarme. No puedo quedarme esperando a que...

Levantó la mano para hacerme callar y negó con la cabeza, incrédulo. Le oí imitar pequeñas explosiones con los labios.

—La cuestión es que no me interesan las chicas, Amory. ¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—De que me interesan los hombres. Y los chicos... Soy lo que la gente fina llamaría una «loca».

Me lo quedé mirando.

—Jesús. Dios mío... Yo no... No sé qué decir.

—No te avergüences, querida. De hecho, me siento bastante halagado de que me consideraras un género apropiado para ti. Eso significa que el disfraz funciona muy bien.

Me puse su bata, de pronto absurdamente consciente de mi escasísimo camisón, de la luz que se reflejaba en mis brazos y hombros desnudos. De súbito mis pechos parecían risiblemente grandes y blancos. Apreté la bata contra mi cuerpo, sintiendo un escalofrío en la espalda. Un frío de vergüenza, en lugar de un sofoco de vergüenza, todavía peor. No me echaría a llorar, pero nunca me había sentido tan estúpida. Como si fuera un inmenso bloque de hierro colado, toneladas de metal insensato.

Greville se sentó a mi lado y me cogió las dos manos, igual que había hecho la noche anterior. En otro mundo.

—¿De verdad quieres dejar de ser virgen?

—Ese era el plan. Ahora ya no estoy tan segura. Como has dicho, me queda mucho por aprender. A lo mejor me hago monja.

Greville me examinó con atención.

—Eres increíblemente impetuosa, Amory, ¿sabes? Muy cabezota.

—Muy estúpida.

—Sí, esa es otra manera de expresarlo. En el futuro puede acabar causándote problemas.

—Ya me los ha causado —tensé de nuevo el cinturón de la bata, sintiendo unas lágrimas saladas en los ojos. No iba a llorar—. Es mi problema. Mi maldición.

—Lo cual significa que no creo que fueras una buena monja, me temo.

Tuve que sonreír.

—Probablemente no.

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—Mira, si pensara que soy capaz, te echaría una mano. Eres una chica muy guapa. Pero sería terrible... para los dos. Sería espantoso y embarazoso. Podría arruinarte la vida. Simplemente no estoy hecho así, querida. La maquinaria no funcionaría, si sabes a qué me refiero.

—Será mejor que me vaya. Creo que voy a morir de vergüenza. Lo siento muchísimo, Greville, nunca...

—¿Por qué no seduces al joven Lockwood?

—¿Qué? ¿A Lockwood?

—Está obsesionado contigo. Se le ve en los ojos. Te adora. ¿Es que no te has dado cuenta?

—Me temo que solo pensaba en ti.

—Te irá mucho mejor perder la virginidad con el joven y fornido Lockwood que con un mariquita inoperante como yo.

Solo vemos lo que queremos ver, y así es como se cometen los errores. De repente vi con claridad lo que era Greville, como cuando aplicas la lente adecuada.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, entré a hurtadillas en la cocina, pero él ya estaba allí, acicalado con su traje matinal, a punto para la boda que íbamos a fotografiar en el oratorio de Brompton. Parecía una ilustración de *Tailor & Cutter*.

—No irás a saltar sobre mí, ¿verdad, Amory?

—Muy gracioso.

Pero, naturalmente, eso era lo mejor que podía haber dicho. Le quitó hierro. Podíamos tomárnoslo a broma, para que yo fuera capaz de estar con él de nuevo, seguir haciendo lo que hacía, sin sentirme incómoda, aun cuando todo fuera distinto. De una manera extraña, me sentía más cerca de él, ahora que le conocía mejor. Ahora que teníamos nuestro secreto.

—¿Has tenido suerte con Lockwood? —me dijo un día.

—¡Greville! ¡Por favor!

—Es un chaval agradable. Fuerte, pero amable.

—Haces que parezca un caballo de tiro.

—Ya sabes lo que dicen de los caballos de tiro, ¿verdad, querida?

—No, no lo sé. Y no quiero saberlo.

Pero como Greville seguía hablando de él, introduciendo a Lockwood y sus encantos en nuestra conversación, comencé a verlo de una manera distinta. Comprendí que era verdad que siempre me miraba a hurtadillas; comencé a fijarme en que aprovechaba cualquier oportunidad para estar tan cerca de mí como lo permitía el decoro. Me di cuenta de que Greville tenía razón: Lockwood estaba realmente obsesionado conmigo.

Una tarde, semanas después de mi fiasco con Greville, estábamos cerrando el cuarto oscuro. La luz roja seguía encendida y cada uno iba a lo suyo, iluminados por ese resplandor denso e irreal. Yo estaba poniendo a secar tiras de negativos revelados y sentía la mirada de Lockwood en mí, como un invisible haz de luz que me siguiera a través del rojo. Me dije: ¿por qué no? En algún momento tiene que ocurrir, y cuanto antes, mejor. Y después de permitir que la idea se colara en mi cabeza, sentí las concurrentes consecuencias físicas: esa agitación de las tripas, esa flojera en los huesos de cuando prevés un suceso agradable.

Lockwood estiró el brazo para encender la luz principal, pero yo le cogí la muñeca antes de que llegara. Nos quedamos mirándonos fijamente.

—¿Qué ocurre, señorita Clay? —tenía la voz seca y apagada.

—¿Te gustaría besarme, Lockwood?

---

## **Libro segundo: 1927-1932**

## 1. La vida es hermosa

Levanté la cámara —mi pequeña Ensignette— y saqué una foto de Lockwood Mower echado en la cama, desnudo, durmiendo. Tenía calor, había apartado las sábanas y las mantas, y el pene, pálido, largo y flácido, le caía sobre la parte superior del muslo, flexible y semierecto. El capullo comprimido de su grueso prepucio le daba a su pene un aspecto en cierto modo tuberoso, vegetal... No parecía su sexo, su miembro, en absoluto. Era una gran fotografía —y lo sigo diciendo, mi *Desnudo masculino durmiendo*— y guardé una copia durante años, en secreto, dentro del diccionario Inglés-Portugués que casi nunca consultaba, donde fácilmente podía echar un vistazo y volver la vista atrás, recordarle a él y aquellos numerosos meses que duró nuestra relación. Y la perdí, cosa que me irrita mucho, cuando me cambié de casa después de la guerra.

Coloqué la cámara en mi bolso, me puse la chaqueta y salí rápidamente sin despertarlo. Aquella tarde tenía un trabajo y debía dirigirme a West Sussex para una «garden fête» que ofrecía la señorita Veronica Presser —hija de lord Presser, millonario gracias al mineral de hierro— en el pueblo de North Boxhurst, del que la familia Presser era propietaria hasta el último ladrillo y teja; parte de su inmensa propiedad de Boxhurst, que se extendía entre Chichester y Bognor Regis.

Tomé el metro en Kensington High Street hasta Walham Green, procurando concentrarme en el trabajo que me esperaba y no pensar más en las últimas horas que había vivido con Lockwood. Greville me había pasado el encargo de los Presser —era para *Beau Monde*— y sabía que podía resultar un momento importante en mi errática carrera como fotógrafa profesional. «Haz bien el trabajo de los Presser —me había dicho Greville—, y todos mis encargos para *Beau Monde* serán para ti. Te lo garantizo».

Yo ahora vivía en un piso un tanto sórdido de una habitación en Eel Brook Common, en una casa reformada. No tenía cuarto de baño, tan solo una pequeña cocina y un retrete a un lado de la habitación estrecha y alargada que servía de sala y dormitorio. Todavía utilizaba las antiguas caballerizas de Falkland Court como cuarto oscuro; Greville me había dado las llaves, una solución que me iba muy bien, pues me permitía ver a Lockwood con toda la frecuencia y discreción que deseara. Y la verdad es que lo veía con bastante frecuencia.

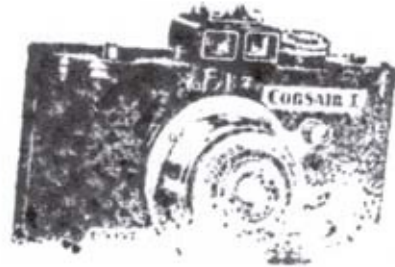
Introduje mis dos cámaras (la «Excelda» de cuarto de placa y la Goerz) en mi bolsa de cuero, metí una docena de tarjetas comerciales en mi bolso, con la esperanza de conseguir más encargos, y me dirigí a la estación Victoria. Hice trasbordo en Hayward's Heath en dirección a Amberley y a continuación tomé un taxi hasta North Boxhurst. Iba a ser un día bastante largo.



*Miss Amory Clay*

Professional photography

Tel: DUK 366



\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Supongo que todos —hombres y mujeres— recordamos nuestro primer amor, nos gustara o no; resultara bueno, malo o indiferente. Sin embargo, tengo la impresión de que las mujeres lo recuerdan más, lo recuerdan mejor. Todavía me viene a la memoria, casi con todo detalle, la primera noche que pasé con Lockwood, después de que nos besáramos en el cuarto oscuro. Lockwood había sido amable y controlador. En cuanto quedó claro cuál sería el rumbo futuro de nuestro encuentro —que no se iba a quedar solo en besos—, y en cuanto estuvimos desnudos en su estrecha cama, que olía tan fuerte, del piso de arriba, con todas las luces apagadas, me preguntó si esa era «mi primera vez». Le dije que sí. Entonces me preguntó si utilizaba compresas o «esos nuevos tampones». Compresas, dije. ¿Por qué lo preguntaba? A continuación noté que me introducía el dedo, me apretaba, y sentí un repentino y agudo dolor que me hizo gritar. «Esto ya está solucionado», dijo. Me abrió las piernas y se colocó en posición. «Espere un segundo», dijo, y se levantó de la cama. Le oí entrar en la pequeña cocina que había en lo alto de las escaleras, y luego regresó y volvió a colocarse a mi lado. Noté que me frotaba con algo. Y a continuación entró en mí con un leve resuello y gruñó del esfuerzo, pero yo no sentí gran cosa. «Procuraré no volverme loco, señorita Clay —me susurró al oído cuando comenzó a empujarme de manera rítmica—, teniendo en cuenta que es la primera vez». Muy bien, dije, apretando los puños a su espalda. «De verdad que no me puedo creer que esto esté pasando, señorita Clay. Que me esté pasando a mí, Lockwood Mower. Es como un sueño.» Y cumplió su promesa. Al cabo de unos cinco segundos exhaló ruidosamente y salió de mí, y nos quedamos abrazados.

Yo había esperado sentir más dolor, pues en Amberfield siempre se hablaba de sábanas manchadas de sangre y sufrimiento. Con cuidado, bajé la mano y me toqué: me encontré con una especie de sustancia grumosa y cérea. ¿La emisión de Lockwood? «¿Qué es esto», dije, levantando mis dedos recubiertos de una sustancia reluciente. «No es más que lubricante —dijo—. Un viejo truco. Me he acordado de que tenía manteca blanda en la cocina. Por eso no ha sentido nada». «¿Lo habías hecho antes?», le pregunté. «Bueno, ya sabe, un par de veces», dijo. Vi que se le ensanchaba la sonrisa. Me besó en la mejilla suavemente y susurró: «Mi amigo ha entrado como un pistón engrasado, señorita Clay. Tóquelo. Vamos». Me cogió la mano y la colocó sobre su «amigo». Ahora me tocaba a mí sonreír en la oscuridad, sintiendo no un placer sensual —que en ningún momento se había despertado—, sino alivio, un enorme alivio de felicidad. Todo había terminado; ya estaba hecho; ahora todo había cambiado. «Puedes llamarme Amory», dije, besándolo yo también. La cama olía bastante mal y me picaba la espalda. Lockwood hedía a sudor y a su barata pomada para el pelo. Aspiré, llenándome los pulmones, diciéndome que tenía que recordarlo todo. Nunca lo he olvidado, y desde entonces jamás he cocinado con manteca.

\* \* \*

La señorita Veronica Presser estuvo contentísima de que yo la aconsejara. Era una chica grande y entusiasta que enseñaba las encías al sonreír. La encontré junto a las pistas de tenis de hierba de Boxhurst Park, donde se celebraba un torneo de tenis benéfico de eliminatorias a un solo juego. Dije que algo informal y deportivo parecería mucho más interesante que los habituales y anodinos retratos fotográficos que habíamos visto mil veces.

—Desde luego —dijo—. Lo que usted diga.

Para ser alguien que supuestamente poseía una fortuna de varios millones de libras, resultaba de trato fácil.

—Que sea lo más natural posible —dije enfocando la Goerz—. Sea usted misma. Coja otra raqueta. ¡Sí, eso es! Perfecto —*clic*. Ya la tenía.

—¡Qué divertido! —dijo, y soltó una sonora carcajada que fue un medio relincho.

Al día siguiente, en el cuarto oscuro de las antiguas caballerizas de Falkland Court, positivé el retrato de Veronica con sus dos raquetas de tenis. Me gustó mucho. Me dije que ya iba siendo hora de que abandonáramos las imágenes clásicas de esas chicas de sociedad: las bellezas y las prometidas, las debutantes y las herederas. Que mi primer encargo para *Beau Monde* fuera una foto que se recordara, no otro papel pintado social y condenado al olvido. Sin embargo, decidí mentir cuando la mandé a *Beau Monde*, tal era mi entusiasmo: les dije que había sido una elección personal de la señorita Presser, su foto predilecta, y así se publicó, a la semana siguiente, como artículo principal a página completa en la galería de fotos de la alta sociedad.



LA SEÑORITA VERONICA PRESSER EN LA NORTH BOXHURST FÊTE.

© BEAU MONDE PUBLICATIONS LTD, 1928.

—Dios mío —dijo Greville cuando vio la revista—. ¿Estás segura de que la eligió ella? Parece que lleva ruedas en los pies. Esto no es de ninguna manera el estilo de *Beau Monde*.

—Me dijo: «¡Qué divertido!», cuando saqué la foto.

—Y tú decidiste interpretar «¡Qué divertido!» como si dijera: «Esta es mi preferida».

—Pareció implícito. Ya sabes: el mensaje que intentaba transmitir.

—A veces eres muy impetuosa, Amory. Ya te lo advertí.

—Es verdad. Sin embargo...

—Sin embargo, es la mejor foto que he visto en *Beau Monde* en un año. Se la ve muy natural. Mejor que la mía.

—Gracias, Greville. He aprendido mucho de ti. Todo.

Estábamos en la sala de estar de su piso. El sol de la tarde caía oblicuo, y una neblinosa luz ámbar parecía difuminar en un fino polvillo las ventanas que daban a los jardines y bañar la habitación de un fantástico tono dorado.

—¿Sigues viendo al joven Lockwood? —dijo Greville.

—De vez en cuando.

—Tiene un aspecto mucho más..., cómo decirlo..., más limpio, más pulcro. En conjunto está más presentable.

Había obligado a Lockwood a bañarse —había supervisado su primer baño y lo había frotado a fondo—, y le había comprado una brillantina decente (English Musk, de Del Rosa) y varias mudas de camisa, y —se suponía que Greville no tenía que saberlo— había tirado a la basura sus sábanas grises y grasientas y le había proporcionado unas recién lavadas que ponía en su cama cuando me acostaba con él y volvía a llevarme cuando me marchaba para lavarlas de nuevo.

—Nunca me gustó esa camisa de franela azul —dije—. Creo que la llevaba una semana seguida.

Greville se rio: esa singular carcajada de barítono que soltaba cada vez que encontraba algo realmente divertido.

—Amory Clay, ¿qué te he hecho?

*Beau Monde* me despidió la semana siguiente, como consecuencia de una vehemente queja por parte del propio lord Presser. Su hija era el hazmerreír, afirmó, estaba mortificada, humillada. Toda la tirada del número de junio de 1928 fue retirada del mercado y convertida en pasta de papel con un coste de varios centenares de libras. Yo fui sacrificada al instante, con la esperanza de apaciguar a lord Presser. Además, el editor de *Beau Monde*, un tal Augustin Brownlee, dejó claro que se encargaría de que los competidores de *Beau Monde* se enteraran de lo ocurrido. Mi perfidia quedaría clara, y todo el mundo se enteraría de mi abyecta falta de profesionalidad. Nunca volvería a trabajar para una revista de sociedad.

—Creo que es una buena foto, y que parece una persona de verdad, no una muñeca de trapo —dijo Lockwood, leal hasta el final. Había buscado consuelo en él una noche, sobre el cuarto oscuro. Estaba sentado en la estrecha cama, desnudo y contemplándome mientras me vestía.

—Ya no me harán más encargos —dije—. Todo por una estúpida heredera de los cojones que ha perdido todo su sentido del humor —se me estaban contagiando las malas costumbres de Greville.

—Seguramente el señor Reade-Hill podría...

—Fue él quien me consiguió el trabajo para *Beau Monde*. Me recomendó especialmente. Tampoco es que estén muy contentos con él, ahora.

Me abroché el sujetador, y cuando alargué el brazo para coger la combinación, sentí cómo Lockwood se me acercaba por detrás, me tomaba en sus brazos y sus

manos me cubrían los pechos y los sobaban.

—Me encantan tus domingos, Amory, tan redondas y...

—¡Son mis *pechos*, Lockwood! No utilices estas expresiones. Ya sabes que no me gusta.

Solía utilizar extrañas palabras de argot para las partes del cuerpo y la manera de hacer el amor: domingos, nabo, higo, batir la mantequilla, cascársela... Era de St. Albans, y me pregunté si utilizaba algún arcano dialecto de Hertfordshire.

Volvió a la cama, imperturbable. La plácida y lisa superficie de su naturaleza se había agitado muy poco. Me amaba con una intensidad insólita, y yo lo sabía.

—No tengo trabajo, Lockwood. Estoy sin empleo.

—Conseguirás un trabajo. Nada va a detenerte, Amory, nada.

Mi madre me miró sin expresión ni compasión. Oía a Peggy tocar, en el granero, interminables escalas al piano. Comenzaba a darme dolor de cabeza.

—¿Por qué no te buscas a un buen chico? —dijo mi madre—. Así no te haría falta ser «fotógrafa». Búscate a un abogado, o un militar, o... no sé..., incluso un periodista. O... —siguió pensando—. Un vicario. Un concejal, un cervecero...

—No, gracias, madre. No más profesiones.

Salí al jardín y me puse a pensar. Greville me había dicho que podía volver a hacerle de ayudante siempre que quisiera, pero cuando yo me instalé por mi cuenta, él contrató a un sustituto, un joven francés llamado Bruno Desjardins (al que creo que además deseaba sexualmente) y no me habría quedado gran cosa que hacer. Aparte de *Beau Monde*, todo el trabajo que hacía era para revistas de sociedad —*Young Woman's Companion*, *Modern Messenger*, *London Gazette*, etcétera—, y ahora tenía todas esas puertas cerradas. Había periódicos, pero tampoco podía presentarme como fotoperiodista. También podía hacer retratos, aunque para eso necesitabas un estudio, y los clientes no hacían cola en tu puerta si no te habías ganado una reputación.

Vi tres conejillos de Indias correteando bajo un laurel. Sí, siempre podía fotografiar las mascotas de los demás. Sentí náuseas: nunca había caído tan bajo. Y de todos modos, tampoco había tan buenas fotos de animales. Para mí la fotografía no consistía en retratar animales, sino en...

—Oh. Eres tú.

—Hola, Xan.

Xan rodeó el borde del macizo de arbustos con un conejillo de Indias en cada mano. Era alto para su edad, doce años, y no disimulaba una actitud vigilante, como si no confiara en ti, o esperara que lo atacaras de manera violenta. Se le veía un tanto mugriento, como si necesitara pasar un buen rato en la bañera.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Liberando algunos conejillos de Indias. Tengo demasiados.

—¿Cuántos tienes?

—Más de cien. Pero no parece que quieran salir del jardín —se acercó hasta el

seto limítrofe y puso en el suelo a sus dos roedores recién liberados. Se quedaron allí sentados, moviendo el hocico. A continuación Xan les lanzó tierra con el pie y corrieron a esconderse.

—¿Por qué no los vendes a una tienda de animales? —dije—. Ganarías algo de dinero.

—Eso sería inmoral.

—Claro. Es verdad.

Me miró con hostilidad.

—¿Por qué has venido? —dijo.

—¿Es que no puedo venir a ver a mi familia?

—Supongo que sí.

—Muy amable por tu parte, Marjorie.

—No me llames Marjorie.

Se dirigió al cobertizo del jardín.

Yo crucé el césped hasta el granero. Peggy había dejado de hacer escalas y la puerta estaba entreabierta. Cuando la puerta estaba cerrada, nadie podía molestarla. Llamé y entré. Peggy estaba sentada al piano haciendo ejercicios con las manos, cerrando el puño y haciendo estiramientos de dedos.

—Hola, Peggoty.

Se dio la vuelta y sonrió: al menos había un miembro de la familia que se alegraba de verme. Nos besamos y me fijé en que se estaba volviendo muy guapa: tenía el pelo negro, los ojos negros y una nariz delgada y perfectamente recta. La nariz de mi padre, la nariz Clay, no la nariz Reade-Hill, que era la mía. Insertó un trozo de regla entre el pulgar y el índice de la mano derecha para mantenerlos —dolorosamente— separados.

—¿Qué estás haciendo? Eso parece una tortura.

—Tengo las manos demasiado pequeñas. No me abarcan una octava. Madame Duplessis dice que no tendré éxito como concertista de piano si no puedo cubrir una octava.

—Solo tienes catorce años, querida. Aún estás creciendo.

—No puedo esperar a que la naturaleza siga su curso —dijo sonriendo—. El tiempo vuela para las mujeres —llevaba un jersey verde selva que le ceñía los pequeños pechos puntiagudos, y unos pantalones beis. Tenía aspecto más de dieciocho años que de catorce.

—¿Tienes un cigarrillo? —me preguntó, y sacó la regla con un gesto de dolor—. ¡Au!

Cerró la puerta y las dos encendimos un cigarrillo. Tras apartar montones de partituras, nos sentamos en el sofá que había en un extremo de la habitación.

—¿Madre sabe que fumas?

—Dios, no. Xan le roba cigarrillos y me los da. Madame Duplessis fuma, por lo que aquí estamos a salvo —me lanzó una mirada perspicaz—. ¿Va todo bien, Ames?

—No.

Le conté lo del fiasco de *Beau Monde*.

—Quédate unos días. De verdad. Tómate unas vacaciones.

—Tengo que ganar algo de dinero.

—Madre dice que ahora somos pobres. El hospital de papá está costando una fortuna. Dice que a lo mejor tenemos que vender Beckburrow.

Intenté asimilar esas dos noticias. Que éramos pobres. Que tendríamos que vender.

—Dios mío, qué horror. ¿Cómo está papá?

—Se le ve bastante bien. Cuando está despierto, claro.

—¿Y el legado que me dejó tía Audrey? ¿No lo podríamos utilizar para pagar el hospital?

—Madre dice que solo se podía utilizar para tu educación.

—Debería haber ido a Oxford. Lo sabía.

Peggy frunció los labios y asumió un aire pensativo.

—Cuando empiece a dar conciertos y recitales nos recuperaremos. Podría comenzar a tocar profesionalmente el año que viene, dice Peregrine.

—¿Quién es Peregrine?

—Peregrine Moxon, el compositor.

—Ah, sí —había oído hablar de Moxon—. ¿De verdad te deja que lo llames Peregrine?

—Insiste en que lo haga.

—¿De qué lo conoces?

—Es profesor visitante en la Real Academia. Me he convertido más o menos en su protegida... —se puso en pie, se acercó a la estufa, levantó la tapa y arrojó dentro la colilla. Catorce años que más parecían veinticuatro, decidí.

—¿Te quedas a tomar el té?

—Sí —dije—. Pero luego será mejor que vuelva a Londres. Intentaré resucitar el cadáver de mi carrera.

Recorrimos el césped hasta la casa agarradas del brazo. Sentí que me recorría una especie de pánico. Saber que a lo mejor habría que vender Beckburrow me hacía sentir —sin ninguna lógica— un tanto culpable, como si la enfermedad de mi padre y el precio que todos teníamos que pagar fuera en cierto modo responsabilidad mía.

—Todo irá bien, ¿verdad, Pegs?

—Oh, sí. Solo tenemos que pasar este año. Antes de que empiece a ganar dinero.

Qué ridículo, me dije cuando entramos en la casa, confiarlo todo a una hermana de catorce años, fuera un prodigio musical o no. Tenía que hacer algo.

Greville me llevó a cenar a Antonio's, un restaurante italiano de Brompton Road que nos gustaba a los dos. Pedimos *vitello al limone* y una botella de Valpolicella.

—He hecho valer mis influencias —me informó Greville—. El *Illustrated* y el

*Modern Messenger* te darán trabajo, pero ha de ser estrictamente anónimo.

—Eso tampoco ayudará a labrarme una reputación.

—Al menos es dinero. Bruno se va una semana a París. Puedes trabajar para mí mientras está fuera.

—Pero es poca cosa —dije—. Me suben el alquiler. Y a lo mejor tenemos que vender Beckburrow.

—Puedes venir a vivir conmigo, querida, siempre y cuando no intentes seducirme otra vez.

—Ja, ja. Bueno, gracias. Puede que tenga que hacerlo. Pero es como dar un paso atrás, ¿no te das cuenta? ¿Cómo voy a abrirme camino? ¿Cómo voy a ganarme la vida, aunque sea modestamente? Es imposible.

Greville llenó nuestras copas hasta el borde, asintiendo con la cabeza mientras reflexionaba.

—Lo que necesitas es cambiar la imagen que el mundo tiene de ti.

—Sí, claro —dije, quizá con demasiado sarcasmo—. Mira qué fácil.

Greville todavía estaba pensando y no escuchó mi respuesta.

—Tienes que ganarte... mala fama. Incluso mejor: caer en desgracia.

—Sacar más fotos como la de Veronica Presser.

—No, no. Algo mucho peor. Necesitas un escándalo.

—¿Un escándalo? ¿Y cómo voy a crear un escándalo?

Greville sonrió. Me di cuenta de que estaba satisfecho con su idea.

—Si yo fuera tú, querida, me iría a Berlín.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Me puse en pie y me quedé contemplando las cajas que había bajado del desván. Cinco cajas de cartón llenas de otras cajas y de sobres color manila, docenas y docenas. Fotos, negativos, diapositivas Kodachrome: la historia fotográfica de mi vida, todo lo que había conseguido conservar. Algunas de las cajas estaban húmedas y mohosas, y otras transportaban capas de polvo antiguo. ¿Valía la pena?, me pregunté. ¿Valía la pena intentar poner en orden todo aquello en el tiempo que me quedaba, por mucho que fuera? Cogí unas cuantas cajas al azar y vi una que llevaba garabateada una dirección en la parte de delante: 32b, Jäger-Strasse, Berlín, 2. Levanté la tapa. Estaba vacía.



## 2. Berlín

—A mí me parece extremadamente respetable —le comenté a Rainer—. Muy sofisticado.

Rainer miró su reloj.

—Tendremos que esperar hasta medianoche —sonrió y me mostró sus dientes pequeños y perfectamente blancos—. Es cuando empieza la diversión.

Estábamos sentados a una mesa al fondo del Iguana-Club, al norte de Berlín. Habíamos cruzado la Oranienburger-Strasse y había visto un cartel que señalaba la estación Stettiner, pero por lo demás todavía tenía que orientarme en aquella ciudad, la tercera más grande del mundo, como no dejaban de recordarme los berlineses. Di un sorbo a mi copa y esperé a que llegara la medianoche. Mientras tanto, un pequeño grupo de jazz, subido a un escenario semicircular, interpretaba «It Happened in Monterey». «Al sur de la frontera —me dije—, ahí es donde quiero estar, en algún lugar de dudosa reputación y muy, muy indiscreto». Unas cuantas parejas bailaban, aunque sin verdadero entusiasmo, o eso me pareció, como si la clientela esperara a que le dieran la señal de que podía comenzar a pasárselo bien. Casi todos los hombres vestían traje de etiqueta y corbata blanca.

Rainer me ofreció un cigarrillo y me lo encendió. Rainer Nagel era su nombre completo: un viejo amigo de Greville. Le pregunté cómo habían llegado a conocerse, y hasta qué punto se conocían, pero Rainer no soltó prenda. Era un hombre bajito y robusto, de cara cuadrada —apuesto de una manera deportiva y musculosa—, pero se comportaba de una forma agitada y nerviosa, como si procurara mantener sus niveles de energía bajo control, siempre dándose golpecitos en los bolsillos, apartando la ceniza del cigarrillo, comprobando el nudo de la corbata. Al preguntarle a qué se dedicaba me dijo: «Bueno, un poco de esto, un poco de lo otro. Compró cosas, vendo cosas». Hablaba un inglés excelente, y casi se pasaba de educado.

Chasqueó los dedos para llamar la atención de un camarero, y cuando este se acercó le susurró al oído durante casi un minuto, o esa impresión me dio. Yo llevaba un vestido negro de crepé, con un cuello de terciopelo y una estola de piel, también negros. Me había recogido el pelo bajo un sombrero campana de fieltro con una pequeña pluma azul ultramar, procurando parecer elegante y discreta a la vez. Cuando Rainer me había recogido en mi hotel —el Silesia Hospiz, en Prenzel-Strasse, cerca de Alexanderplatz—, me había dicho: «Te veo muy *à la mode*, Amory», con una especie de deliciosa falta de sinceridad que casi me hizo reír. Me pregunté si Rainer era una «loca», igual que Greville, uno de los muchos *schwulen* que podías ver por toda la ciudad, si te fijabas. A mí no me lo parecía, pero mi intuición tampoco era muy de fiar, teniendo en cuenta cómo me había traicionado con Greville.

A medianoche la banda hizo una breve pausa y me fijé en la cantidad de hombres y mujeres que se encaminaban a los lavabos, a los que se llegaba mediante un pasillo

que partía de la sala principal del club, junto a la barra, indicados por un cartel eléctrico que rezaba KLOSETT. Rainer miró a su alrededor a medida que la sala se vaciaba lentamente. Qué raro, me dije, pues sabía que los clubs berlineses abrían hasta las tres de la mañana. Entonces regresó la banda y se pusieron a tocar de nuevo, aunque era obvio que nadie estaba muy interesado en bailar. Los camareros comenzaron a despejar las mesas no ocupadas.

—¿Están cerrando? —pregunté.

—No. Estamos abriendo —Rainer se puso en pie y yo le imité, aprovechando la oportunidad para sacar rápidamente un par de fotografías de la sala con mi pequeña Ensignette. ¿Así que eso era la célebre decadencia de Berlín?, me dije. ¿Dónde iba a encontrar mi escándalo?





IGUANA-CLUB, BERLÍN, 1931.

Rainer me guio a través de las mesas y nos dirigimos al pasillo que conducía a los lavabos.

—Bienvenida al Klosett-Club —dijo.

Había una puerta —parecía la puerta del armario de la limpieza— entre los lavabos de las *Damen* y los *Herren*, y la vigilaba un hombre alto y con bigote, enfundado en una levita negra con alamares dorados que le llegaba hasta los tobillos. Rainer primero le entregó una tarjeta, luego un poco de dinero y la puerta se abrió, revelando unas empinadas escaleras que bajaban hasta una gruesa cortina de cuero. Mientras descendíamos oí una alborotada cháchara y me llegó un olor a humo de puro y de cigarrillos. Rainer abrió la cortina de cuero para que yo pasara y me adentré en el Klosett-Club. Aquello sí se parecía más a lo que se contaba de Berlín.

Era una habitación oscura, estrecha y de techo bajo, y me pregunté si en una vida anterior no habría sido un garaje subterráneo. Había algunas mesas apiñadas, y unas sillas desportilladas de color dorado estaban colocadas de cara a un diminuto escenario cuyo telón de fondo lo componían unas relucientes cortinas con lentejuelas. En todas las mesas había pequeñas lamparitas achatadas que parecían champiñones, con una pantalla carmesí en cúpula que emitía un resplandor de lo más tenue. Se oían conversaciones en inglés americano, francés y holandés. Unos cuantos camareros sorteaban las mesas acarreando bandejas de bebidas en alto. Hacía calor, y un curioso olor impregnaba la sala, por debajo del perfume y el humo. ¿Gasolina y grasa? Después de todo, quizá había sido realmente un garaje.

Me di la vuelta y me encontré a Rainer conversando con un hombre escuálido vestido con una americana de satén color pistacho y una pajarita amarilla. Rainer me hizo una seña para que me acercara.

—Este es Benno, el encargado —dijo—. Te presento a Fräulein Clay, la famosa fotógrafa inglesa.

Nos estrechamos la mano. Cuando Benno se inclinó hacia delante para hablarme en tono confidencial vi que llevaba las cejas pintadas.

—Puedes tomar las fotos que quieras, pero únicamente del espectáculo. Solo debes mencionar el Klosett-Club cuando las publiques, por favor —señaló al otro lado de la sala—. Mira..., esta noche tenemos otro fotógrafo. Estamos consiguiendo una buena publicidad.

Se rio y señaló en dirección a la otra punta de la sala, donde había un joven enfundado en un traje oscuro y apoyado en la pared. El cuello de la chaqueta parecía demasiado grande para el suyo propio —casi afectadamente grande—, y el pelo, rubio y lacio, le caía en un mechón delante de la oreja derecha. Se dio la vuelta para mirarnos, casi como si supiera que estábamos hablando de él, y vi una cara fina y demacrada, de ojos grandes. Un hermoso indigente. Me fijé en que llevaba al hombro una Rolleiflex. Maldita sea, me dije, sintiendo caer la decepción sobre mí como una mochila cargada. Otro fotógrafo. Otro puto fotógrafo, como habría dicho Greville. Era como una ruta turística.

—Muchísimas gracias —le dije a Benno, que me besó la mano y se fue a toda prisa hacia el escenario—. Podemos irnos —añadí, volviéndome hacia Rainer—, es evidente que este lugar es demasiado conocido —con la cabeza señalé al otro fotógrafo—. Tampoco es muy exclusivo.

Rainer se encogió de hombros.

—Podemos quedarnos a ver el espectáculo —dijo con alegría, sin dejarse desanimar—. Tomemos un par de copas. Benno nos conseguirá una buena mesa en las primeras filas.

Vi que Benno nos llamaba para que nos acercáramos, y al llegar nos colocó en una mesa de la segunda fila, cerca del pequeño escenario, donde un hombre estaba ubicando un micrófono sobre un pedestal. Ocupamos nuestros asientos y pedí una ginebra con naranjada, tras dejar la cámara en el bolso, bajo la mesa. Eché un vistazo a mi rival, que ahora estaba hablando con el propio Benno, y vi que este nos señalaba con el dedo: Fräulein Clay, la famosa fotógrafa inglesa. Entonces las luces se atenuaron y un par de focos iluminaron el escenario. Un negro con una trompeta en la mano apareció entre las cortinas con lentejuelas, vestido con un traje blanco a topos negros, como si fuera un dálmata. El público rugió de entusiasmo.

—¡Señoras y caballeros! —dijo en inglés con acento americano delante del micrófono—. ¡Ingeborg Hammer bailará «Cocaine Shipwreck»!

Más gritos y vítores saludaron esa noticia. Rainer se inclinó hacia mí.

—A veces baila con un hombre, pero esta noche lo hará sola. Tenemos mucha suerte.

—¿Puedes repetirme el nombre?

—Ingeborg Hammer. Es muy famosa en Berlín.

El negro comenzó a tocar la trompeta —un improvisado lamento jazzístico— y, de detrás de las cortinas, surgió una espectral mujer alta, cubierta por un delicadísimo

vestido negro, con un escote que le llegaba a la cintura. Llevaba tanto maquillaje en la cara que parecía una máscara mortuoria blanca. Tenía los ojos negros de kohl, y la boca era una herida púrpura. Se quedó inmóvil un momento hasta que los aplausos se apagaron. Extendió los brazos y aleteó las manos mientras el solo de trompeta proseguía su libre improvisación. Desde luego, era una mujer muy alta, casi metro ochenta, calculé. Cuando comenzó a moverse en una serie de pasos de baile espasmódicos e impresionistas, su vestido escotado se abrió de manera inevitable y reveló unos pechos planos y colgantes, con unos pezones prominentes pintados de púrpura, como sus labios. Se balanceaba y daba bandazos, se encorvaba y se tambaleaba, sacudía aquellos brazos blancos, acercándose a las mesas y retrocediendo de forma dramática. A veces se quedaba inmóvil durante diez o veinte segundos mientras el *riff* de trompeta continuaba. Me dije que era ridículo y totalmente fascinante a la vez.

En cierto momento del baile pasó cerca de nuestra mesa, caminó de puntillas con unos diminutos pasos de pájaro, y con el rabillo del ojo me di cuenta de que mi fotógrafo rival, con la cabeza inclinada sobre su Rolleiflex, se había puesto manos a la obra. Ingeborg Hammer esculpió una pose junto a nuestra mesa, y emitió una vaharada de su curioso perfume —alcanfor, pensé, o formaldehído—, un olor a depósito de cadáveres o a laboratorio de disección. Levanté la mirada hacia su cara blanca, completamente inexpresiva, mientras su cuerpo temblaba a medida que el aullido de la trompeta iniciaba un crescendo, indicándote que el «Cocaine Shipwreck» —naufragio de cocaína— estaba a punto de alcanzar su encuentro fatal con las rocas. Ingeborg reuló tres pasos, se arrancó el vestido y cayó al suelo, desnuda, con sus partes pudendas perfectamente afeitadas, y una mano se estremeció durante unos segundos antes de que la trompeta expulsara un chillido demoníaco final y las luces se apagaran. Cuando volvieron a encenderse, unos instantes más tarde, ella ya no estaba. No salió a saludar; el trompetista se secó su cara reluciente con un pañuelo y aceptó los aplausos en su nombre.

—*Das ist fantastisch, nein?*

Me di la vuelta. No había oído acercarse a nadie, pero ahí estaba mi fotógrafo rival, acuclillado junto a mi silla.

—*Ich spreche kein deutsche* —dije, comprendiendo al instante que el indigente de cara demacrada, con aquel mechón suelto, era una mujer.

—Me llamo Hannelore Hahn —dijo en un inglés casi sin acento—. Benno me ha contado que eres una famosa fotógrafa inglesa. ¿Dónde está tu cámara? Te has perdido una buena...

Rainer se puso en pie y la interrumpió.

—Os dejo que habléis de lentes, exposición y todo ese rollo —dijo—. Llámame por teléfono mañana, Amory. Te llevaré a otra parte.

Me dio un beso de despedida, estrechó la mano de Hannelore Hahn, y se marchó. Hannelore ocupó su silla. Una corbata a rayas rojas y negras ceñía el enorme cuello

de su camisa, y ahora que estaba delante de mí e iluminada por el resplandor de la lámpara en forma de champiñón vi que iba un poco maquillada, y que poseía una misteriosa belleza vagamente varonil. Motivo por el cual llevaba ese atuendo, imaginé.

—Me gusta más cuando baila con su pareja, Otto Deodat —añadió—. Es más..., más sexual. Otto es muy guapo, lleva la cabeza afeitada, y a menudo aparece desnudo con el cuerpo pintado. Es muy alto, como ella —sonrió mostrando unos dientes irregulares; tenía los incisivos montados, como si su estrecha mandíbula estuviera demasiado poblada—. Tengo muchas fotos de los dos. Te las puedo enseñar, si quieres —sacó su pitillera y escogió un cigarrillo negro de entre la variedad multicolor que se alineaba en su interior—. ¿Eso es ginebra? ¿Puedo pedirte que me invites a una? No tengo dinero —sonrió y levantó la cámara—. Me lo he gastado todo en mi Rollei.

Cuando salimos del Klosett-Club comprendí que estaba bastante borracha, y decidí que debía regresar al hotel. Hannelore no parecía muy afectada por todas las ginebras que se había tomado, y propuso compartir taxi. El cielo era como franela gris —anunciaba un amanecer de principios de primavera—, y el aire fresco. Sentí un escalofrío cuando salimos a Arkonaplatz en busca de un taxi.

Sin embargo, las calles que recorrimos estaban vacías, y la luz se dibujaba lentamente sobre la noche. Buscamos aquí y allá —yo andaba del todo perdida— haciendo señas y gritando en vano a cualquier vehículo que pasaba con la esperanza de que se transformara en un taxi por arte de magia. Al cabo de media hora ya volvía a estar sobria. Hannelore miró su reloj.

—Casi que podemos caminar —dijo—. Tu hotel solo está a unos veinte minutos de aquí.

Así que nos pusimos en marcha a través de las calles monocromas, con el sonido de nuestros tacones resonando en las fachadas de los bloques de apartamentos. Unos cuantos neones brillaban en la menguante oscuridad, y los barrenderos y los trabajadores nocturnos que volvían a su casa eran nuestros únicos compañeros. Pasamos junto a un pequeño hotel: fuera había un camarero vestido con un frac mugriento. Una luz densa y amarilla salía de la puerta entreabierta que había a su espalda. ¿Podríamos entrar ahí?, le pregunté a Hannelore. No, no, dijo: ese lugar no es para nosotras.

Vimos a esos jóvenes antes de que ellos nos vieran a nosotras, cuando doblamos la esquina para coger Oranienburger-Strasse, rumbo a Alexanderplatz. Eran cinco, y llevaban el uniforme pardo; iban borrachos y despeinados, y cuatro de ellos ayudaban a un quinto a trepar por una farola para arrancar un cartel. Hannelore me hizo cruzar la calle, lejos de ellos, pero escucharon el taconeo de nuestros zapatos y se volvieron para mirarnos, con ganas de diversión. Nos gritaron algo, algo obsceno que no comprendí. Me volví y vi cómo el que estaba trepando se deslizaba hasta caer

pesadamente al suelo, insultándonos, como si su caída fuera culpa nuestra.

—No los mires —dijo Hannelore mientras seguían dirigiéndonos sonidos poco agradables.

Oí las tachuelas de sus botas aplastando los adoquines mientras nos seguían y nos gritaban furiosos, ordenándonos que nos detuviéramos. Una piedra llegó desde el otro lado de la calle y cayó delante de nosotras, impactando en una furgoneta aparcada.

—Tenemos que fingir, ¿entendido?

—¿Qué? Sí, lo que digas.

Me rodeó el hombro con el brazo y me metió en la entrada de una tienda. Plantó cara a los hombres que nos seguían y se puso a gritarles, con una voz grave y ronca. Después se oyeron grandes carcajadas y vi cómo, cuando terminaron las risas, se pusieron a hablar entre ellos.

—¿Qué les has dicho?

—Les he dicho que me he pasado toda la noche intentando llevarte a la cama, y que ahora no voy a permitir que me lo impidan —se volvió hacia mí—. O algo parecido. Finge que nos besamos. Todavía están mirando.

Así que nos besamos, con la boca un tanto ladeada, y me vi transportada de nuevo a Amberfield y a mis sesiones de práctica con Millicent. Oí el clásico silbido de piropo y gritos procedentes de aquellos jóvenes. Nos pusimos en marcha. Hannelore volvió la cabeza y escenificó un gesto obsceno antes de que diéramos la vuelta a la esquina y echáramos a correr presas del pánico.

En cinco minutos llegamos a mi destartado hotelito, el Silesia Hospiz, y sin aliento llamamos al timbre para que acudiera el portero de noche.

—Dios mío —dijo Hannelore—. Una auténtica noche berlinesa. Ingeborg Hammer, nazis e incluso te he besado.

El portero de noche abrió la puerta y entramos en el vestíbulo.

—Bueno —dije—. Suerte que ibas vestida como un hombre.

—Siempre voy vestida así.

—Bueno... Pues de todos modos, ha sido una suerte.

Cogí mi llave y al volverme me encontré a Hannelore recorriendo el oscuro vestíbulo con la mirada.

—¿Es caro, este sitio?

—Me han hecho un buen precio para un mes. Cuarenta marcos a la semana.

—Si me das la mitad, te alquilo una habitación en mi apartamento —dijo sonriendo—. Y puedes utilizar mi cuarto oscuro.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Recuerdo sus nombres. Hannelore Hahn, Marianne Breslauer, Dora Kallmuss,

Jutta Gottschalk, Friedl Dicker..., sin olvidarme de Edith Suchitsky, Edeltraud Hartman y Annie Schulz, y otros muchos que se me han borrado de la memoria. Si en Londres me había considerado una especie de anomalía en cuanto que mujer fotógrafa, durante mi estancia con Hannelore me vi obligada a reconsiderar esa situación, pues comprendí que me estaba uniendo a una hermandad de mujeres fotógrafas, las cuales trabajaban y se ganaban toda la vida en Berlín, Hamburgo, Viena y París. Y no era una desilusión, sino que te hacía sentirte importante, como si formarás parte de una sociedad secreta. Las mujeres estábamos en todas partes, cámara en mano.

Cuando concebimos el plan de irme a Berlín, Greville me prestó cincuenta libras, e insistió en que era un préstamo, no un regalo, y que esperaba que se lo devolviera, pues no pensaba financiarme unas agradables vacaciones berlinesas. También me proporcionó el contacto con Rainer, asegurándome que este conocía «los mejores sitios de la ciudad». De todos modos, tenía la sensación de que Rainer me trataba como si fuera una turista. A Ingeborg Hammer la habían fotografiado miles de veces para revistas de toda Europa, pues gozaban de un amplio mercado, dijo Hannelore, motivo por el cual ella se encontraba aquel día en el Klosett-Club. Me enseñó media docena de artículos de revistas. Los fotógrafos se ganaban la vida cómodamente gracias a Ingeborg —igual que Benno—, pero yo tenía claro que debía sumergirme todavía más en el Berlín más secreto.

Mientras tanto acepté la oferta de Hannelore —ahorrar dinero y disponer de un cuarto oscuro eran dos tentaciones difíciles de resistir— y me marché del Hospiz para trasladarme a su piso, sorprendentemente espacioso, de la Jäger-Strasse, cerca de Gendarmenmarkt. Tenía dos dormitorios, una sala, cocina y una tercera habitación convertida en un cuarto oscuro. El cuarto de baño estaba en el rellano de abajo, y si queríamos bañarnos teníamos que ir a los baños de Admirals-Bad, cerca de la estación de la Friedrichs-Strasse, a pocas manzanas de distancia. Hannelore, en cualquier caso, no abandonó su asedio. Durante mi primera noche en el apartamento entró en mi habitación y se metió desnuda en la cama. Comprendí su estratagema y la aparté suavemente cuando intentó besarme. No se inmutó, y, resignada, se quedó conmigo una hora en la cama, mientras charlábamos de sexo y fumábamos. Recuerdo que me preguntó si alguna vez había estado con un hombre. Le confesé que sí. «Diablos —dijo—. ¿Estuvo bien?». La verdad es que sí, respondí, acordándome con cariño de Lockwood. «¿Cuántas veces?», insistió esperanzada. Había perdido la cuenta, dije. «Una pena —añadió—. No sabes lo que te pierdes». Le pregunté cuándo había sabido que era lesbiana. «No soy lesbiana —dijo con patente orgullo—, soy pansexual».

Al igual que me había ocurrido con Greville, y por extraño que parezca, sus frustradas insinuaciones estrecharon nuestra relación, y cuando descubrió que era improbable que sucumbiera a sus encantos pareció relajarse. Le conté por qué había ido a Berlín, la idea de Greville de que tenía que asegurarme el futuro como



fotógrafa, y se ofreció a ayudarme. Trabajábamos juntas en el cuarto oscuro y me enseñó a dominar las técnicas de la «subexposición» y de la «sobrexposición», es decir, a sobreexponer y subexponer partes de la fotografía cuando positivas, proyectando más luz en algunas zonas o filtrándola con una variedad de utensilios. Hannelore tenía su propia técnica de «subexposición», que consistía en utilizar un cedazo plano de malla muy fina. Me gustaban los efectos, y notaba que mis habilidades aumentaban. Greville retocaba sus fotos —todo el mundo lo hacía—, pero a él solo le interesaba eliminar las imperfecciones y arrugas de las caras de los fotografiados para que tuvieran mejor aspecto. La manipulación de la luz y la sombra cuando sub o sobreexponías era algo que él nunca había intentado, al menos que yo supiera, o quizá pensaba que no le hacía falta, o quizá ni siquiera había oído hablar de esa técnica. Comencé a tener la impresión de que por el solo hecho de ir a Berlín ya había dado un paso adelante: la época de «Amory Clay, Fotógrafa de Sociedad», había terminado. Yo estaba cambiando.

### 3. *Ein wenig Orgie*

Hannelore se acercó a la mesa con una botella de *schnapps* y tres vasos. Estábamos en un cabaret-salón de baile llamado Monokel. Había muchas lesbianas con traje de marinero, y un buen número de hombres de aspecto extraño que parecían escenificar una fantasía, vestidos de hidalgos españoles con sombreros de ala ancha y largas patillas, y aquí y allá había mujeres que evidentemente eran prostitutas a la espera de que alguien las invitara a salir a la pequeña pista de baile. Hannelore iba vestida de muchacho de clase obrera, con una camisa sin cuello, pantalones de dril y chaqueta de cuero. Se cubría los cortos cabellos con una gorra de *tweed* plana. Se sentó, vertió el *schnapps* en dos vasos y encendimos un cigarrillo.

—Aquí me siento un poco extraña —dije.

—Pensarán que eres mi amiga —contestó, añadiendo un énfasis lascivo a la palabra.

—¿Por qué hemos venido?

Me lo explicó.

—Conozco a una chica que suele venir aquí. Trabaja en un burdel. Si le pagas, y también a la madame, por supuesto, a lo mejor te invita a ir al burdel.

—¿Podría sacar fotos? —sentí un estremecimiento. Un burdel berlinés, eso sí que podía causar un cierto escándalo...

Hannelore miró su reloj.

—Si viene, aparecerá en cualquier momento... *et voilà!*

Hannelore se puso en pie y serpenteó entre la multitud hasta la barra; momentos después regresó llevando de la mano a una chica bajita y regordeta con el pelo teñido de un naranja zanahoria. Me la presentó.

—Esta es Trudi.

Se sentó delante de mí. Era guapa de cara, con un contorno redondeado bajo su pelo llamativo, y una expresión cansada y ojerosa que resultaba extrañamente tierna. Se cubría con un chal de lana anudado en torno a los hombros, que llevaba por encima de su vestido escotado, y enseguida aceptó el vaso de *schnapps* que Hannelore le sirvió. Dio un sorbo y me miró con curiosidad.

—¿Solo quieres foto? —dijo en un inglés vacilante—. ¿O quieres triqui triqui?

—Solo foto.

Habló rápidamente con Hannelore y esta me tradujo. En ese local en concreto había un gran salón que funcionaba como burdel de manera semiclandestina. Era una sala donde todo el mundo se reunía, como un bar, y donde las chicas se encontraban con sus clientes. Los dormitorios se hallaban en la planta de arriba. Los fines de semana, cuando estaba muy concurrido, la gente iba solo a mirar —parejas, maridos y mujeres, turistas—, por lo que sería fácil explicar mi presencia allí, aunque de todos modos tendría que esconder la cámara. Si pillaban a Trudi, la echarían, y puede que la castigaran de alguna u otra forma, por lo que necesitaría mucho dinero para

convencerla de que me ayudara.

—¿Cuánto?

Se volvió hacia Hannelore, que le susurró algo al oído.

—Quinientos marcos —dijo Trudi.

No perdí la calma. Unas veinticinco libras. Quizá lo que ganaba en un mes una chica trabajadora como Trudi si no le faltaban clientes, y casi todo lo que me quedaba del préstamo que me había hecho Greville, para ser más concretos. Fingí titubear —fruncí el ceño, puse cara pensativa—, pero sabía que no tendría otra oportunidad como esa. A lo mejor, de haber sido un hombre habría sido más fácil, e intenté no pensar en qué clase de riesgos podría correr una mujer sola en un burdel. Pero existía otro peligro: ¿y si no había nada escandaloso ni depravado que fotografiar? Un «gran salón» no sonaba muy pervertido. Aun así, la oportunidad valía la pena, me dije, aunque solo fuera por tratarse de algo auténtico y real. Sentí una oleada de entusiasmo. Metí la mano en el bolso en busca de mi cartera.

—La mitad ahora —intervino Hannelore—, y la otra mitad la noche que vayas.

Trudi aceptó, aparentando reticencia, pero comprendí lo contenta que estaba al tener el dinero en su poder.

—¿Cuándo iremos? —pregunté.

Lo mejor era siempre el sábado por la noche, dijo. Era cuando estaba más concurrido, y a veces había hasta cincuenta personas en el salón. En ocasiones parecía una fiesta, dijo Trudi con una carcajada. «*Ein wenig Orgie.*» Hannelore me tradujo: una pequeña orgía.

—A mí me vale —dije, sirviéndonos otro *schnapps*. Entrechocamos los vasos por el éxito de nuestra empresa.

Se me estaban acabando los fondos, de manera que Hannelore se ofreció a renunciar al siguiente mes de alquiler que le debía. «Lo invertiré en tu talento, querida», dijo. No obstante, me gasté el equivalente a dos libras en un bolso de charol sin asas con un broche de estrás que tenía la forma de una flor. Eliminé la piedra facetada del centro de la flor, practiqué un pequeño agujero en el charol por la parte inferior y cosí dos finas correas de tela en el interior del bolso para que sujetaran firmemente mi pequeña Zeiss Contax, asegurando la lente en el centro de la flor para que quedara oculta. Añadí un cable de control remoto que improvisé, envolviéndolo con un poco de cinta brillante, como si fuera una pequeña asa. Sonaba un chasquido apenas audible cuando apretaba el botón, pero supuse que en un bar concurrido nadie se daría cuenta. Las fotografías de prueba que saqué en un café salieron muy bien: el aspecto clave era la colocación del bolso, algo que tenía que calcular a simple vista. A veces el encuadre quedaba torcido, pero siempre podías cortar un trozo, me recordó Hannelore, y quizá era incluso mejor si la foto parecía obtenida con una cámara oculta. A medida que se acercaba el sábado, mi entusiasmo iba en aumento.

Hannelore me sugirió que vistiera como una *garçonne*, uno de los muchos

subtipos de lesbiana berlinesa, razonando que así no me molestarían los clientes. Además, si tenía aspecto de *garçonne*, cualquier confusión acerca de mi papel en el burdel sería más fácil de comprender, pues me verían como otro extraño animal nocturno berlinés en busca de presa. Trudi dijo que la madama no debía saber nada. Paga la entrada, dijo, compra un par de botellas de champán y te dejará estar allí toda la noche.

Le permití a Hanna —así es como la llamaba ahora— que se encargara de mi «aspecto». Primero me hice cortar el pelo estilo Eton, luego me buscó un par de gafas de concha redondeadas y de cristales transparentes. Me puse una larga chaqueta de estambre verde oliva, camisa y corbata, y llevaba los pantalones dentro de unas botas blandas que me llegaban hasta la rodilla.

—Te veo muy bien —dijo Hanna, observándome de arriba abajo—. Masculina y femenina. Una guapa *garçonne* con un *bubikopf*. No te quites las gafas. Atractiva, pero un poco intimidante.

Nos encontramos con Trudi en el salón para fumadores de una confitería de la Tauentzien-Strasse. Pidió más dinero —lo que me pareció una mala señal—, pero Hanna dijo que debería darle otros cien marcos; el resto cuando comprobara cómo habían salido las fotos. Después de todo, quizá necesitara volver un par de veces. Le entregué el dinero, me despedí de Hanna, que me besó en la mejilla y me deseó buena suerte, y seguí a Trudi hasta la calle. Después continuamos por un callejón hasta llegar a un patio. Cruzamos una verja en arco que nos condujo a otro patio. Apretó un timbre empotrado en una placa de latón sobre la que se leía XANADU-CLUB. De repente me acordé de Xan, mi taciturno hermano pequeño, y consideré el nombre del club un buen presagio. Estaba un poco nerviosa con mi disfraz de *garçonne*, pero también excitada. Amory Clay, fotógrafa, estaba a punto de renacer.

Abrió la puerta del Xanadu-Club un hombre de aspecto enclenque enfundado en un sobretodo de conserje, que intercambió unas palabras con Trudi.

—Tienes que pagarle veinte marcos —dijo Trudi.

—Desde luego.

Le pagué y subimos al salón.

El Xanadu-Club, al igual que todo en Berlín, era fruto de esa extraña mezcla entre lo rutinario y lo exótico. Aquella planta de la casa —el club social— era una azarosa sucesión de habitaciones. En dos de ellas había un bar, y en otra un piano en un escenario de poca altura. El mobiliario era una variedad de sofás, butacas y clásicas mesas y sillas de restaurante agrupadas aquí y allá. Había poca luz, y mientras esperábamos a que saliera la banda, unos altavoces emitían jazz. Ya estaba bastante concurrido, y se veían hombres y mujeres de todas las edades y complejiones. Al principio pensé que parecía la sala de espera de una estación de ferrocarril, pero con una observación más pausada se detectaban algunas anomalías. Recios hombres de mediana edad, ataviados de traje formal color gris, charlaban con muchachos que lucían jerséis a rayas de marinero. Ocho mujeres delgadas vestidas de hombre se

sentaban en torno a una mesa. Un hombre con un disfraz de Pierrot bailaba con una chica que llevaba un negligé de satén. Trudi me llevó hasta una mesa situada en un rincón, al otro lado de la pequeña pista de baile, y le pedí una botella de Sekt a un muchacho que solo llevaba unos pantalones cortos de lino. Trudi se fue a buscar a la *Kupplerin*, la madama de la casa.

Di un sorbo a mi copa de Sekt tibio y examiné el club con más detalle. Estaba claro que había gente que solo había venido a mirar, como si, curiosos, visitaran un zoo humano, mientras que otros pretendían participar. De nuevo sentí el pálpito de la exaltación ante mi audacia, satisfecha con mi disfraz. Otras dos *garçonnes* salieron a la pista de baile, como para que me tranquilizara al ver que formaba parte de aquella extraña multitud. Nadie se fijaba en mí; me dejaban tranquila con mi champán y mi bolso, concienzudamente colocado sobre la mesa, delante de mí. Lo giré apenas, apuntando a dos mujeres que llevaban un traje reluciente y una corbata ancha y corta, y que no perdían de vista a las chicas con sus vestidos de tubo de satén, y apreté el botón de control remoto. «Ya os tengo.» Se acercaron a dos chicas, charlaron unos momentos y a continuación desaparecieron por una salida cubierta por una cortina de cuero y situada a un lado de la barra. Supuse que conducía al piso de arriba, donde tenían lugar las travesuras sexuales. Me pregunté si podría conseguir que Trudi me llevara de visita entre bastidores.

—¿Amory?

Trudi estaba junto a una sonriente mujer de mediana edad con un enorme y saliente pecho. Me la presentó como Frau Amoureux y nos estrechamos la mano.

—Espero aquí a Trudi —dije con mi rudimentario alemán.

—*Oui, oui, ma chérie, je vous en prie.*

Trudi le susurró al oído y se volvió hacia mí.

—Creo que deberías ofrecerle a Frau Amoureux una botella de Sekt.

Le entregué el dinero.

Me marché del Xanadu-Club a las dos de la mañana, pensando que, por muchos cigarrillos que fumara, nunca podría librarme del sabor que el Sekt barato me había dejado en la boca. A medida que avanzaba la noche, el ambiente del club había cambiado lentamente. Las parejas de mirones se habían marchado y la atmósfera de burdel había acabado dominando. Los clientes y las chicas —o los clientes y los chicos— bajaban del piso de arriba y merodeaban por la barra, bebiendo y coqueteando, charlando y jugando a las cartas. Cada vez llevaban menos ropa y se sucedían las visitas arriba. El lugar estaba abarrotado antes y después de la medianoche, pero conforme se aproximaba la madrugada el espíritu se calmaba y la carnalidad parecía desaparecer de las bromas y las risas, y se convertía en algo casi doméstico. El conserje enclenque apareció en cierto momento y tomó una cerveza con Frau Amoureux. Hombres con chaleco jugaban a las cartas con muchachas semidesnudas que habían acabado su trabajo de aquella noche. Las chicas charlaban y

chismorreaban, fumaban y bebían. Al final de su turno, Trudi se sentó a mi lado y pedí un poco más de Sekt.

—¿Cuánto cuestas? —pregunté, envalentonada por el Sekt.

—Cobro diez marcos por casquete —le lanzó una mirada torva a Frau Amoureux—. Pero le doy la mitad a ella.

Comprendí que ganar quinientos marcos por haberme llevado allí suponía para ella una fortuna, y, como si me leyera la mente, Trudi me cogió la mano y me dio las gracias con evidente sinceridad. Siguió charlando en voz baja, pero deprisa, y la verdad es que no pude entenderla. Estaba agradecida, eso sí lo deduje, y me pareció que si me quedaba, ocurrirían más cosas en aquella sala. Entonces, mientras Trudi seguía bebiendo, comenzó a contarme su vida, y que el Xanadu-Club era mucho mejor que ser una vulgar chica-Kontroll en el Tiergarten, que era lo que hacía antes, a la intemperie hiciera frío o calor y con todo tipo de pervertidos que se te acercaban para pedirte que hicieras cosas desagradables. Incluso, en cierto momento, se inclinó y me besó en la mejilla. Luego divisó a uno de sus clientes habituales y se alejó pavoneándose para saludarlo. Giré mi bolso. *Clic*.

Al día siguiente Hanna y yo revelamos el negativo, hicimos unos contactos y los examinamos. Aquello no había funcionado. La cámara se había movido ligeramente en el bolso, resbalando de las correas de lona, y la mitad de las imágenes eran borrosas, como si hubiera un dedo delante de la lente.

—Tendrás que volver —dijo Hanna—. Y es una pena, algunas eran realmente estupendas.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Hoy ha venido a verme Hugo Torrance. Oí detenerse el coche delante de la granja, un suceso de lo más insólito, inesperado, pues en el único camino que llega hasta la casa he colocado unos carteles que dicen: «No se puede cambiar de sentido», «Prohibido el acceso a vehículos», precisamente para detener a los turistas curiosos de la isla, que piensan que pueden pasearse por donde les da la gana. Corrí a toda prisa a la ventana delantera y vi que se trataba de Hugo. Sacó su pierna tesa del viejo Jaguar, dio unas patadas en el suelo para recuperar la circulación y se acercó cojeando hacia la puerta. Abrí antes de que llamara.

—Vaya, vaya —dije—. Cuánto honor.

Cuando me besó en la mejilla, me llegó el olor a su loción para después del afeitado: Old Spice.

—Mañana doy una fiesta —dijo—. Improvisada. Mi hija y su marido vienen de Londres.

—Ay, estoy demasiado vieja para fiestas.

—No tanto como yo. Si yo soy capaz de organizar una, tú deberías hacernos el honor de aparecer, aunque solo sea media hora.

—La verdad es que estoy bastante ocupada.

—Y es mi cumpleaños, Amory. Ese gran cambio de dígito: siete-cero.

—Ah.

Me lanzó una de sus furibundas miradas: aspiró de manera audible, apretó los ojos y juntó las cejas.

—Te veo mañana por la noche en el hotel —dijo tajante—. A las ocho. Habrá mucha bebida.

—Allí me tendrás. Ya estoy impaciente.

—Ahora vengo de casa de Greer y Calder. Estarás entre amigos.

Le vi ir marcha atrás, dar media vuelta y alejarse. Interesante que transmita las invitaciones en persona, me he dicho, en lugar de llamar por teléfono. En persona cuesta más decir que no, así que debe de querer un buen quórum de amigos. Hugo Torrance es alto, delgado y calvo, y el pelo que le queda, blanco, resalta gracias a unas cejas negras como la tinta. Es un apuesto septuagenario y exmilitar cuya pierna izquierda quedó destrozada por balas de ametralladora en Monte Casino en 1944, y también propietario y director del hotel Glenlarig, en Achnalorn, el único local de Barrantale autorizado a vender alcohol, por lo que es un hombre importante, y si tomas una copa en el bar, o almuerzas en el comedor, es habitual verlo por allí. No obstante, lo he estado evitando, porque sé que me tiene echado el ojo. El último fin de año me besó cuando estaba a punto de marcharme, una hora después de que dieran las doce. Me dio un beso como Dios manda mientras estábamos a solas en el rincón donde se cuelgan los abrigos, y casi me abandoné. Le devolví el beso durante un segundo y luego me aparté. «Quédate a pasar la noche, lady Amory», dijo, con la voz ronca de tanto beber. Me tocó la cara y retrocedió tambaleándose. «No vuelvas a llamarme así», dije indignada. ¿Cómo lo sabía? Y ahora me pide que vaya a la fiesta de su setenta aniversario. No me lo pide, sino que de hecho me exige que vaya. Bueno, soy capaz de manejar a Hugo Torrance. Conozco a los de su clase, esos viejos soldados, perfectamente.

\* \* \*

Berlín. Justo cuando había conseguido acceso exclusivo al Xanadu-Club, Trudi desapareció. Telefoneamos al número que nos había dado: no hubo respuesta. Hanna consiguió averiguar dónde vivía, pero cuando nos presentamos, no había nadie. Un día apareció un recadero, un chaval, con una nota en la que contaba que estaba enferma y necesitaba los ciento cincuenta marcos que todavía le debía. «Volverá... —dijo Hanna—. Solo tienes que esperar». Y esperé. Era verano en Berlín. Podía estar en sitios peores, y sabía que, de una u otra manera, en el Xanadu-Club había todo lo que necesitaba. ¿Qué recuerdo de aquel verano, mientras aguardábamos a que Trudi

apareciera? Era feliz viviendo en el apartamento de Hanna, en la Jäger-Strasse. Tenía un techo sobre mi cabeza, pero el dinero desaparecía rápidamente.

#### INSTANTÁNEAS DE BERLÍN, 1930-1931

Recuerdo que fui a la estación de Lehrter, donde había una oficina de telégrafos abierta las veinticuatro horas, y le mandé un telegrama a Greville. Le pregunté si podía prestarme otras veinte libras, un préstamo más, recalqué, y añadí: «ESCÁNDALO INMINENTE». Recuerdo que sentí una curiosa euforia al marcharme, emocionada por mi propia perdición, y que en lugar de subirme al tranvía de vuelta al piso de Hanna, alquilé un taxi sidecar (tres ruedas, más barato) y le dije que me llevara al Mercedes-Palast, en Unter den Linden, donde me bebí un dry martini en el bar y brindé por mi futuro.

Recuerdo que durante dos semanas le di clases de inglés a un fotógrafo amigo de Hanna llamado Arno Hartmann. Era un cuarentón casado y con dos hijos, que alimentaba la fantasía de ir a los Estados Unidos para labrarse un nombre como fotógrafo paisajístico. «En Europa todos los paisajes son antiguos, cansinos, demasiado familiares —solía decir—. Necesito una tierra nueva». Le cobraba cinco marcos la hora, unos cinco chelines, un sueldo de miseria, pero esa era la tarifa habitual en Berlín. Una hora con Arno era lo que Trudi cobraba por un solo «casquete», que probablemente no duraba más de unos minutos. Al cabo de dos semanas el titubeante inglés de Arno no había mejorado, así que le hice un favor y lo dejé. Habían llegado las veinte libras de Greville y volvía a ser rica.

Recuerdo que una tarde estaba sentada en un mugriento *nachtlocal* en compañía de Hanna, cerca del Kurfürstendamm, ese tramo que hay al final, cuando asciende hacia Halensee. Por alguna razón hablábamos del Crac del 29, y de que en Berlín había señales de que la vida estaba mejorando, era más estable. Le encendí un cigarrillo y expulsó un chorro de humo por una comisura de la boca, con fuerza, con ese estilo *garçonne* típico de ella, mientras me miraba fijamente y se apartaba un mechón de pelo de la frente con una sacudida de cabeza.

—Amory. Mírame.

—Te miro.

—¿Seguro que no estás enamorada de mí?

—Seguro. No lo estoy.

—¿Ni un poco? ¿Una pizca?

—Te aprecio mucho, Hanna. Eres una verdadera amiga.

—Me *aprecias*. Cómo detesto esa palabra.

Recuerdo una calurosa tarde en el lago Motzen. Hanna trabajaba para diversas



revistas que, con la excusa de celebrar el inocente naturismo y un modo de vida bueno y saludable, publicaban en sus páginas —y ese era el objetivo real, apenas disimulado— abundantes fotos de jóvenes y muchachos desnudos: *Das Freibad*, *Nur Natur*, *Extra Post des Eigenen*, por ejemplo. Estos jóvenes y muchachos a menudo preferían que el fotógrafo fuera una mujer, y así se lo decían, por lo que durante los meses de verano la contrataban regularmente mientras la gente tomaba el sol y disfrutaba de la *licht*, el *luft* y la *leben* que los lagos y los espacios abiertos de los alrededores de Berlín les ofrecían. Nos desplazamos al lago Motzen para asistir a una reunión de la «Liga de los Baños de Aire». Hanna había conseguido que me pagaran para ser su ayudante, cosa que hacía de buena gana siempre que consideraba que la revista se lo podía permitir.

Era un día claro y despejado, y lo que me sorprendía más durante aquellas excursiones no era esa desnudez despreocupada, sino la extraordinaria intensidad y color de los bronceados que aquellos berlineses de pelo rubio exhibían. Tenían la piel tan quemada por el sol que parecían asiáticos, y se untaban y se bruñían con aceite para freír mejor sus cuerpos. Hanna tomaba fotos de hombres que posaban desnudos con un disco o una jabalina, o se zambullían en el lago mientras los muchachos hacían ejercicios calisténicos. Entretanto, yo recargaba las cámaras de Hanna y me maravillaba ante la textura irreal de aquellas pieles cobrizas, como si fueran de una especie alienígena o una tribu perdida del Amazonas. Por lo que a mí respecta, contemplar aquellos cuerpos desnudos retozando por el lago no me despertaba el menor asomo de erotismo. Era el efecto Berlín: cada vez resultaba más difícil que algo te escandalizara o te ofendiera. No obstante, tengo que decir que desde entonces nunca he disfrutado de verdad de tomar el sol.

Recuerdo que conocí al padre y a la madre de Hanna. Vinieron al apartamento a tomar té y pasteles. Era una pareja burguesa con conciencia social, rica, impecablemente educada, ataviada con ropas caras y suaves. De manera provocativa, Hanna había adoptado su aspecto más *garçonne*, y llevaba unos zapatos con cordones en dos tonos, pantalones Oxford, una camisa blanca de manga corta y una pajarita color cereza, con el pelo engominado y peinado hacia atrás. Cuando salió de la sala para preparar el té, vi que sus padres se miraban con una cara de angustia e incompreensión. ¿Qué le había pasado a la pequeña Hanna?

Recuerdo haber ido al piso de Trudi, que constaba de una sola habitación, en un viejo bloque de apartamentos cerca de Alexanderplatz. Había tenido lugar una gran pelea callejera delante de la sinagoga de Kaiserstrasse, y los trabajadores de la limpieza barrían los escombros con aire cansado: pancartas, palos, trozos de adoquín, cristales rotos. En la puerta donde vivía Trudi estaba su nombre: un papel escrito a mano y clavado sobre la aldaba: G. Fenstermacher. «Fabricante de ventanas», significaba su apellido. Hanna lo encontraba muy divertido. Para mi bochorno, no se

me había ocurrido que Trudi tuviera apellido: para mí era simplemente «Trudi». Hanna y yo nos sentamos en la cama mientras ella ocupaba la única silla de la habitación. Estaba mucho más delgada, y nos confirmó que había estado fuera para abortar, que habían surgido complicaciones y se había visto obligada a pasar una temporada en el hospital. Ya había tenido dos hijos que su madre cuidaba, pero esta había rechazado de manera categórica quedarse con un tercero. «¿Qué opciones me quedaban?», dijo Trudi, enfurruñada y resentida. Le entregué los ciento cincuenta marcos que le había prometido y le dije que al sábado siguiente, por la noche, me encontraría con ella en el Xanadu-Club para otra sesión. Me pidió otros cien, aduciendo que podía llevarme a un lugar muy privado, muy secreto. Por aquel entonces ya me había llegado el dinero de Greville, así que se los di, llena de curiosidad.

## 4. Un lugar muy privado, muy secreto

Estaba sentada en mi rincón del Xanadu-Club, bebiendo Sekt y fumando, muy feliz mientras sacaba fotos a escondidas desde la cámara que llevaba en el bolso. Era ya tarde, y algunas de las chicas —que habían estado bebiendo toda la noche— llevaron a cabo un *striptease* improvisado para los habituales que se habían quedado. Hombres y mujeres —en aquel momento se había transformado en un local muy heterosexual— charlaban, se besaban y se acariciaban como amantes más que como prostitutas y clientes de pago, como si estuvieran encantados de verse y disfrutaran de ese instante, despreocupados y olvidando el comercio sexual del lugar durante unos minutos, en una atmósfera cálida y cordial. Yo era feliz porque tenía desnudos. Había fotografiado a las prostitutas de Berlín medio desnudas hablando entre ellas, con sus clientes sentados al lado, mirando. Todo iba bien.

Trudi apareció con el sombrero y el abrigo y se despidió de Frau Amoureux.

—Cogeremos un taxi —dijo.

Nos encaminamos hacia el este, en dirección a Lichtenberg, adentrándonos en calles oscuras de viejos edificios de apartamentos. Divisé un teatro y un cartel que ponía Blumenstrasse, y a continuación tomamos un callejón estrecho y sombrío. Vi tres taxis delante de nosotras, de los que se apeaban los pasajeros. Los seguimos a través del habitual patio húmedo y mal iluminado, y encontramos una pequeña cola de hombres que llegaba hasta la puerta de un apartamento. Llevaban el sombrero calado hasta las orejas y el cuello subido. Trudi me acompañó hasta otra puerta lateral, donde apretó un timbre y un hombre se asomó, suspicaz. Tenía un rostro encarnado e hinchado, y un amplio bigote. Trudi le susurró unas palabras y a continuación se volvió hacia mí.

—Tienes que darle cincuenta marcos.

—Pero acabo de darte cien.

—Y yo te he traído hasta aquí.

Le pagué al hombre del bigote y subimos un piso por una escalera trasera hasta llegar a una cocina. Había un fogón de cinc ennegrecido, un fregadero de piedra con un grifo de agua fría y unos cuantos estantes con ollas y sartenes. Otro hombre, de pie, leía un periódico, y solo se cubría con una toalla anudada a la cintura. Levantó la vista cuando entramos y vi que tenía el labio leporino, mal encajado. Abrazó y besó a Trudi y ella me presentó.

—Este es Volker, mi hermano.

Nos estrechamos la mano.

—Estaría bien que pudieras darle algo de dinero.

Le entregué a Volker los cincuenta marcos de rigor. Gracias, Greville.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunté.

Trudi me condujo cautelosamente a otra puerta que salía de la cocina, y la abrió un par de centímetros. Al mirar vi que daba a una habitación más grande, una sala,

quizá, transformada en una especie de tosco teatro. Ya había unos veinte hombres, desperdigados en las sillas en hileras. Iban llegando más: gente adinerada, o eso me pareció mientras se quitaban el sombrero y el abrigo e iban llenando el aforo. Vi que se iban pasando petacas plateadas, encendían un cigarrillo, y conversaban en escuetos susurros. Ante ellos había una sencilla cama de madera con cabecero, provista de almohadón y sábanas, iluminada por una lámpara corriente en cada extremo. Comencé a comprender por qué Trudi había dicho que se trataba de un lugar muy privado, muy secreto.

Volví la cabeza al oír pasos subiendo por la escalera de la cocina. Apareció una joven con gafas que llevaba un abrigo de pelo de camello color habano y un sombrero de fieltro con un lazo a un lado. Tenía la cara huesuda y angulosa, se la veía visiblemente cansada, y parecía como si acabara de salir de la oficina en la que había trabajado todo el día. Besó a Volker con familiaridad y rebuscó en su bolso, entregándole lo que parecía un tubo de pasta de dientes.

Nos presentaron. Se llamaba Franziska, y le di los correspondientes cincuenta marcos. Me pareció reconocerla como una de las chicas del Xanadu-Club. Un intercambio de susurros con Trudi me confirmó que no me equivocaba. Hasta ese momento había gastado doscientos cincuenta marcos en aquella velada, pero no lo lamentaba, pues tenía la sensación de que lo que iba a presenciar valía la pena. Había algo que me preocupaba: cuánta película me quedaba en la cámara, pues había sacado muchas fotos en el Xanadu-Club.

El señor Bigotes asomó la cabeza por la puerta y preguntó si todo el mundo estaba preparado.

—Estamos preparados —dijo Franziska, y pasó a mi lado en dirección a la sala. No hubo aplausos, apenas el sonido de dos docenas de hombres recolocándose en la silla.

Trudi me dio unos golpecitos en el hombro.

—Yo me voy ahora. Volker te buscará un taxi.

—Te veo el sábado que viene.

Se marchó y me di la vuelta para ver qué hacía Franziska en el escenario. Se había quitado el sombrero y el abrigo y comenzaba a desvestirse sin más ceremonias, exactamente igual que si estuviera en su dormitorio, canturreando para sí y suspirando exasperada cuando se resistía un botón. No tardó en quedarse en ropa interior. Se quitó las gafas y las colocó debajo del almohadón.

Me volví hacia Volker. Ahora estaba desnudo. Tenía el cuerpo muy blanco y la musculatura bien definida, solo con los antebrazos bronceados. En el pecho le brotaba una fina línea de vello oscuro que bajaba hasta el ombligo. Apretó la pasta de dientes y se la puso en la palma de la mano, y a continuación frotó las dos manos vigorosamente para que la pasta se ablandara. Enseguida comenzó a untarse la crema en el pene.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté de manera espontánea, levantando el bolso.

*Clic.*

Se manipulaba el pene nada cohibido mientras se untaba la pasta.

—Uau. Quema —dijo—. La pasta de dientes me pone caliente. *Stechend* —escuece. Su labio leporino le producía un extraño ceceo—. Y cuando está así de caliente, se pone más grande, ves.

Apartó las manos. Comprobé que aquello funcionaba. No había erección, pero el tamaño era impresionante.

—¡Dios mío! —levanté el bolso y tosí al apretar el botón de control remoto.

—No es más que un truco —dijo, y se encogió de hombros como disculpándose.

Me di la vuelta para observar a través de la rendija de la puerta. Ahora Franziska estaba desnuda y caminó en torno a la cama, doblando y recogiendo las ropas que se había quitado antes de meterse entre las sábanas. Volker apareció a mi lado. El único olor que me llegaba era el de la pasta de dientes.

—Diez segundos —dijo.

Franziska fingía dormir y respiraba profunda y sonoramente, agitándose y dando vueltas como si estuviese soñando.

En ese momento apareció Volker: el sueño hecho realidad, y el truco de la pasta de dientes provocó un grito entrecortado de admiración y envidia por parte del público masculino.

Y entonces Volker y Franziska hicieron el amor. Sexo ortodoxo y directo, después de apartar las sábanas e iluminados por las dos lamparillas. Cuando acabó, Volker regresó a la cocina. Oí cómo se vestía detrás de mí, pero yo tenía la mirada clavada en Franziska mientras despertaba de su sueño, miraba a su alrededor, y, al no ver a ningún hombre desnudo, sonreía para sí, se estiraba con aire lascivo, salía de la cama y comenzaba a ponerse la ropa, hasta terminar con las gafas, que sacaba de debajo del almohadón, y el abrigo y el sombrero de fieltro, y así era como una chica trabajadora quedaba completamente vestida para la jornada que la esperaba. Abandonó la sala sin mirar a su alrededor.

Entonces se oyeron aplausos, una breve ovación, y de repente se escuchó una conversación en voz baja mientras el señor Bigotes se paseaba entre el público recogiendo el dinero.

Franziska estaba a mi lado, observando sin expresión. Tenía la cara afilada y puntiaguda, casi hermosa, pero los labios finos y caídos en las comisuras, como en una permanente expresión de desaprobación o amargura.

—¿Le has visto guardarse el dinero en el bolsillo? —preguntó.

—Sí.

—Son nuestras propinas, mías y de Volker, pero él se las queda. Los hombres ya han pagado al entrar —me dedicó una leve sonrisa—. Aunque esta noche me pagas tú —y añadió en inglés—: Muchísimas gracias, *miss*.

—¿De quién fue la idea de este espectáculo? —pregunté—. ¿Suya? —a través de la puerta señalé al señor Bigotes. La sala se estaba vaciando deprisa—. ¿O de Volker?

—No. Fue idea mía. ¿Tienes un cigarrillo?

Le ofrecí un cigarrillo y yo también cogí uno. Los encendimos. Volker se había ido al cuarto de baño que había en el descansillo, delante de la cocina.

—Este espectáculo es una idea muy inteligente —dije, maravillada ante su potente y absoluta simplicidad. El sueño de Franziska. Todos esos hombres pagando para disfrutar de la fantasía de Franziska, no de la suya—. Bravo.



TRUDI (ARRIBA) Y FRANZISKA DELANTE DEL XANADU-CLUB, ANTES DE ENTRAR A TRABAJAR.  
BERLÍN, 1931.

Volví al club unas cuantas veces más y conseguí más sesiones fotográficas con las chicas. Por entonces ya me conocían, y estaban muy contentas de que las

fotografiaran. Cuando me fui de Berlín, dos semanas después, decidí volver a Londres en avión. Fue un dispendio, casi diez libras, y liquidé lo que me quedaba del segundo préstamo de Greville, pero nunca había estado en un avión de pasajeros, y me pareció que el final de mi aventura berlinesa exigía una especie de acto simbólico.

Hanna me acompañó al aeródromo de Staaken. Nos despedimos algo tristes —habíamos acabado siendo amigas de verdad—, y sin embargo consiguió robarme todo un beso en los labios, mientras me abrazaba y me prometía venir a ver mi exposición de fotografías berlinesas cuando se inaugurara en Londres.

Yo volaba con la compañía Deutsche Luft Hansa, y mientras recorría la pista de cemento con la otra veintena de pasajeros hacia el inmenso aeroplano —de cuatro motores, una especie de enorme ala voladora—, me volví hacia la terminal de salidas para saludar con la mano a Hanna, pero no la vi. Me pregunté si se habría ido.

Ocupaba un asiento en el ala propiamente dicha —podías ponerte erguida sin esfuerzo—, y delante tenía una ventanita cuadrada, igual que los pilotos sentados en la cabina de mando, a casi un metro a mi derecha. Las puertas se cerraron, los motores se pusieron en marcha, y el aparato rodó por la pista. Pareció que el aeroplano se elevaba casi en el acto, ascendiendo muy lentamente y poniendo rumbo a Ámsterdam, donde pararíamos a repostar antes de llegar al aeropuerto de Croydon. Verme alzada así de la tierra me produjo una euforia extraordinaria, como si fuera a desmayarme: el zumbido de los motores en mis oídos, el hecho de flotar y sin embargo sentirme tan segura, con un suelo metálico y alfombrado a mis pies.

Era un día nuboso, y en cuando perdimos de vista la tierra recorrí el fuselaje —el aparato era perfectamente estable— hasta el salón de fumar, donde encendí un cigarrillo y me tomé una ginebra con vermut, servida por un camarero con chaqueta blanca.

Le pregunté qué clase de avión era ese, pues siempre me ha gustado ser concreta, conservar esos datos para el futuro.

—Es un Junkers, *fräulein* —dijo—. Un Junkers G-38.

Pedí otra ginebra y disfruté de esa sensación única: cruzar Europa volando en un Junkers G-38 con una copa y un cigarrillo en la mano. Experimentaba mi habitual estado de ánimo berlinés, un contraste simultáneo entre la tristeza por marcharme y el entusiasmo por lo que me esperaba. No había positivado las fotos; tan solo había hecho contactos de las que había tomado en el Xanadu-Club y en el espectáculo de Franziska. Lo demás ya llegaría, aplicando una acertada sub y sobreexposición aquí y allá. Me dije que Greville estaría encantado. Le telegrafíé: «MISIÓN CUMPLIDA». Y tuve la premonición —acompañada de una poco justificada autocomplacencia— de que mis fotos causarían cierto revuelo.

## 5. ¡Escándalo!

Me volví para encontrarme con Greville y levanté una lata oxidada de sopa Mulligatawny que había encontrado detrás de un montón de viejas bolsas de papel marrón.

—Es una verdulería —dije—. O *era* una verdulería.

—Entonces la llamaremos galería Green and Grocer.<sup>[2]</sup>

Greville caminó unos pasos, pensativo. Llevaba un traje de *tweed* ligero color beis, una camisa crema y una corbata de seda color mostaza, todo perfectamente conjuntado. Rebusqué en otro armario y encontré una caja húmeda de croquetas de nueces y cinco latas de levadura. De repente se me ocurrió una idea. Arranqué un poco de papel pintado de la pared, hurgué en mi bolso en busca de mi estilográfica y, cuando la encontré, escribí las palabras y se las enseñé a Greville.

—Sí. Me gusta —dijo—. Consigue ser exótico y discreto al mismo tiempo.

—Grösze and Greene.

—Me gusta la diéresis y la «e» al final de Greene —lo pronunció en voz alta varias veces: la galería Grösze and Green. A continuación me besó en la mejilla.

—Chica lista. ¿Cómo vas a llamar a la exposición?

—*Berlin bei Nacht*.

—Sí, que sea en alemán. Es más decadente —Greville miró a su alrededor y le arreó una indolente patada a una ratonera: saltó, pero sin queso—. Lo único que hemos de hacer ahora es darle una mano de pintura al local.

Me enorgullece decir que, en las semanas siguientes, yo sola pinté el noventa y nueve por ciento de la galería Grösze and Greene (Bruno Desjardins me ayudó un poco). Mientras tanto, Greville se ocupó de conseguir el alquiler, que no fue muy caro —en el Soho eran baratos—, pero yo insistí en que lo pusiera a mi nombre, no al suyo, para lo que fue necesario ir a visitar varias veces a un abogado, e incluso obligó a mi madre a ser mi avalista.

La llevé a almorzar después de haber firmado las declaraciones juradas necesarias. Fuimos a Primavera, en Old Compton Street, donde comimos unos duros escalopes de ternera con guisantes de lata. Mi madre apartó su plato sin terminarlo y se recostó en la silla, mirándome con curiosidad al tiempo que insertaba un cigarrillo en la boquilla. Se lo encendí.

—¿Por qué tienes que abrir tu propia galería? —preguntó escéptica—. Si tus fotos son buenas, seguro que una galería las exhibe.

—Mis fotografías son un poco... chocantes —dije, sirviéndome un vaso de Chianti de la botella que teníamos en la mesa.

—Bueno, desde luego no vendré a verlas.

—Bueno, desde luego no te mandaré una invitación.

Se inclinó hacia delante y vi mi cara reflejada por partida doble en sus gafas de



concha.

—¿Qué te traes entre manos, Amory?

—No me traigo nada «entre manos», madre. Simplemente intento establecerme. Abrirme camino en la vida.

—Cuando dices «chocantes», ¿a qué te refieres? —pero enseguida añadió—: No, no. No quiero más información —suspiró de manera dramática, agitando la mano como si una mosca zumbara a su alrededor y la molestara—. No sé qué ha pasado con mis hijos. Xan acaba de comprarse una moto. Está obsesionado con ella.

—¿Qué clase de moto?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Por qué siempre quieres saber el nombre exacto de todo, Amory? Es algo de lo más peculiar.

Me encogí de hombros y dije:

—O sea, que se han terminado los conejillos de Indias.

—Los liberé a todos. En medio del campo..., tenía centenares. Habrá una plaga de conejillos de Indias por todo Sussex —volvió a mirarme fijamente, expulsando el humo como para crear una especie de pantalla entre nosotras, y que yo me volviera más borrosa y oscura—. Tu padre pregunta por ti todo el rato.

—Le mandé una foto.

—Eso fue peor. Creo que aún se siente culpable. ¿Por qué no vas a verlo? Eso le anima.

—Iré —dije, procurando parecer lo más sincera posible—. En cuanto haya inaugurado la exposición.

Resultó irritante lo mucho que tardamos en solucionar el papeleo del alquiler, pero al final se me concedió la posesión temporal —durante seis meses— del número 42a de Brewer Street, y un cartel pintado en lo alto señaló la nueva encarnación del lugar: la galería Grösze and Greene. La exposición se anunció para mediados de enero de 1932: un mes tranquilo, pensamos, lo que atraerá aún más la atención de la prensa.

Me puse a positivar unas cuarenta fotografías berlinesas, procurando que todas fueran del mismo tamaño —veinticinco por quince—, a fin de poder ordenar los marcos y los paspartús por separado: no quería que ningún enmarcador pudiera ver mi trabajo antes de la exposición. *Berlin bei Nacht* tenía que llegar a la galería de manera inesperada, sin que nadie la hubiera visto, como la explosión de una mina terrestre, afirmé.

—O de un petardo mojado —me corrigió Greville—. En la vida no hay nada seguro, querida. Nunca sabes si llamará la atención. Incluso en enero, en Londres hay un montón de exposiciones.

—Puedes invitar a tus amigos de la alta sociedad —dije—. Piensa en todas las revistas para las que has trabajado.

—Buena idea —dijo Greville—. Veré a cuánta chusma puedo reunir.

Me llevó dos semanas de ardua labor positivar y enmarcar todas las fotos. En mi opinión tenían un aire artístico y profesional, con sus marcos de roble pálido y sin barnizar, y un ancho paspartú de cartón color crema: un «paspartú de museo» me dijeron que se llamaba ese estilo, cuando el paspartú es considerablemente más grande que la propia foto. Mientras escribía los títulos y ponía mi firma bajo las fotos, se me ocurrió pensar, y no por primera vez en la vida, que la presentación era la mitad de la batalla si querías que te tomaran en serio.

Habíamos encargado unas sencillas persianas de lona para el gran ventanal que daba a Brewer Street, a fin de protegernos de los curiosos. Una fría tarde de principios de año Greville y yo colgamos las fotos en aquellas paredes blanquísimas, dejando entre ellas la misma separación. Habíamos arrancado el viejo hule que cubría el suelo y habíamos pintado los tablones de madera con un barniz oscuro. La galería Grösze and Greene parecía extraordinariamente auténtica, teníamos que admitirlo. Mucho más presentable.

Greville se paseó entre las hileras de fotos antes de cubrirlas todas con un papel marrón, y se detuvo ante la de Volker, desnudo, excepto por la toalla que le colgaba de la mano y le cubría la entrepierna.

—*Modelo* —dijo leyendo el título—. Caramba, parece un gran tipo.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Dejé que Hugo Torrance me besara en su fiesta del hotel Glenlarig. Me había estado divirtiendo, charlando con Greer y Calder, recordando con la hija de Hugo, Sandra, las partes de Londres que las dos conocíamos, y me había pasado un poquito con el whisky.

Fui al lavabo de señoras y al salir me encontré con que Hugo me esperaba en la penumbra del descansillo del primer piso. Me bloqueó el paso, me rodeó con los brazos y me besó en los labios.

—Quédate a pasar la noche, Amory —me sugirió, y durante un segundo casi cedí a la tentación, pero al final dije «no», en voz baja pero firme—. Seguiré intentándolo —dijo mientras me dejaba pasar.

—Me lo imagino.

Conduje hasta casa con cuidado, sabiendo que estaba un poco achispada, y al llegar me serví otro whisky, removí las brasas y me puse a pensar. Me pregunté si Hugo Torrance sería el último hombre al que besaría. La idea me entristeció.

\* \* \*

La tarde de la inauguración de *Berlin bei Nacht* decidí llevar algo recatado, pensando de repente que no quería que se fijaran en mí ni me identificaran como la «fotógrafa», la «artista».

—Muy discreta —dijo Greville cuando llegué—. Parece que vayas a recogerles los abrigos.

Me había puesto un vestido de punto de crepé azul marino con un cuello de seda alto y cruzado, y una gorra con pliegues.

—No quiero llamar la atención —dije, sintiéndome de repente nerviosa—. Solo quiero observar, permanecer en un segundo plano.

—Una de las ventajas de llamarse Amory, supongo —dijo Greville—. Todos están buscando a un hombre.

Señaló el cartel de cartón apoyado en el escaparate sobre un pequeño caballete que anunciaba la exposición y mi nombre. BERLIN BEI NACHT. Fotografías de Amory Clay.

—Ah —levantó un dedo—. ¿Pero y si alguien quiere entrevistarte?

—Pasaremos ese trago cuando llegue.

Greville había contratado una empresa de catering para que sirvieran vino del Rin en unas copas de pie verde —idealmente teutónicas, pensaba él— y diversos canapés: palitos de queso, rollitos de salchicha, *vol-au-vent*. En la puerta había un pequeño montón de ejemplares de mi delgado catálogo con los precios de las fotografías. En la invitación que habíamos mandado quedaba claro que la exposición la «ofrecía» Greville Reade-Hill, así que él se encargó de recibir a todo el mundo que llegaba mientras yo permanecía en la trastienda de la galería fingiendo mirar mis propias fotos como si las contemplara por primera vez.

Al final se presentó bastante gente, unas sesenta o setenta personas, calculamos, y como corría el vino del Rin, el nivel de ruido iba aumentando constantemente, y la atmósfera se asemejaba más a la de un cóctel que a la de un serio *vernissage*. Cuando parecía que todos habían llegado, Greville y yo nos colocamos en un rincón y estudiamos a la concurrencia.

—Bueno, parecen bastante ricos y burgueses —dije—. El tipo adecuado de persona, supongo. ¿Hay algún periodista?

—Ninguno dispuesto a admitirlo.

—Pero necesitamos publicidad, ¿no?

—El boca a boca, querida. No hay nada mejor. Dios bendito, mira eso.

Me volví ligeramente y vi a un joven medio calvo con una chaqueta gris con cuello de rata almizclera.

—Mira esas polainas —dijo Greville, procurando no echarse a reír. A continuación añadió—: Inseguro, rico, feo, engreído.

Respondí:

—Sin talento, afectado, miope, estúpido.

Greville tenía la teoría de que, en todo el mundo, solo hacían falta cuatro

adjetivos para describir a cualquiera. La idea había evolucionado hasta convertirse en un juego privado que practicábamos en las fiestas mientras esperábamos a que la gente se acercara para que la fotografiáramos.

—Ahí hay uno bueno —dije señalando con la barbilla a un anciano fornido que miraba una foto de las prostitutas medio desnudas de Berlín—. Gordo, rico, libidinoso, hipócrita.

—Hambriento de sexo, aburrido, pomposo, asustado.

—Vamos a dar una vuelta —dije.

Comenzaba a relajarme y a pasármelo bien. Cuando se acercó el camarero cogí otra copa de vino y deambulamos por la galería intentando determinar quién podía ser miembro de la prensa. A Greville no cesaban de pararle personas que conocía, pero deliberadamente no me presentaba.

—La gente imaginará que eres mi secretaria —dijo en un aparte, mientras avanzábamos.

—Perfecto. Ahora, échale un vistazo a ese, creo que le hemos visto antes...

Contemplamos a un joven zanquilargo de nariz ganchuda y una melena que le llegaba a la parte posterior del cuello de la chaqueta. Llevaba un traje gris marengo bien cortado y unos zapatos escarlata mate, y se rodeaba el cuello con una bufanda de seda oriental que caía suelta.

—Ah. Sir Max Gartside. Creo que escribe para un periódico... a veces.

—Narcisista, elegante, adinerado, pretencioso —dije.

—¿Lo sondeo?

Greville se le acercó y yo me quedé mirando cómo los dos charlaban un rato, reían de algún chiste mientras Gartside señalaba una de mis fotos y yo pensaba: espero que no se burlen de mí. Greville regresó con un puchero de decepción.

—Le encantan las fotos. Y escribe para la *Gazette*, pero no le han asignado esta exposición.

—¿Le encantan? Maldita sea.

—Quiere comprar la de Volker, pero le he dicho que esa era mía. No está a la venta.

—¿Ni siquiera está un poco escandalizado? —pregunté con cierta esperanza.

—Me temo que nada puede escandalizar a nuestro Max —miró a su alrededor—. Ahí tenemos un interesante candidato.

Me di la vuelta y vi a un hombre alto y delgado que entraba en la galería y cogía el catálogo. Llevaba un abrigo de cachemira color mostaza, casi del mismo tono que su pelo. Arena mojada, me dije, o arenisca: ni rubio, ni castaño. Era de cabellos tupidos y los llevaba peinados hacia atrás. Pude ver los finos surcos que los dientes de su peine habían formado en su engominada densidad. Cuando pasó a nuestro lado vi que tenía la nariz grande y muy recta, los ojos azul claro. Un escalofrío me recorrió, una fracción de segundo que me aflojó la columna vertebral.

—Anodino, rico, aburrido, arrogante —dijo Greville por la comisura de la boca.

—Guapo, seguro de sí mismo, inteligente, extranjero.

—Hay que ver con doña Enamorada. Es periodista, me apuesto lo que quieras. Tengo un sexto sentido.

Observé a ese hombre. Tendría treinta y algo, intuí. Se movía lentamente siguiendo la hilera de fotografías, observándolas al detalle, a continuación comprobaba la referencia en el catálogo. Parecía más un marchante o un coleccionista, pensé, mientras lo veía estudiar a conciencia algunas de las fotos, retrocediendo y volviendo a acercarse. En cierto momento sacó unas gafas sin montura y miró una foto muy de cerca, como si buscara señales de retocado o verificara el grano del papel. Francés, me dije, o centroeuropeo: un aristócrata húngaro, un Esterházy o un Cseszney. Desde luego, no era inglés.

Greville me dio un golpecito en el hombro.

—Creo que ese podría ser del *Daily Express*.

Otro hombre delgado, de mediana edad, recorría rápidamente la galería: calvo, con una nuez prominente que surgía en la grieta del cuello de la camisa como un brote entre dos sépalos.

—Adusto, religioso, rencoroso, necrófilo.

—Asexuado, ulceroso, amargado, agonizante.

Nos servimos dos copas más de vino y brindamos.

—Supongo que debería ir con cuidado con lo que deseo —dije—. Pero no me importaría un poco de escándalo.

—Solo queremos que tu nombre se mencione en los periódicos. Quizás incluso un par de fotos en alguna revista. No es mucho pedir —Greville volvió a mirar a su alrededor—. Pensaba que vendría tu amiga alemana.

—Y vendrá, pero no podía para la inauguración.

—Estoy impaciente por conocerla.

Se alejó y yo regresé a la trastienda para apurar las últimas bandejas de canapés, mientras sentía cómo se apoderaba de mí un repentino agotamiento, y con él el temor de que nuestros grandes planes de conseguir mala fama quedaran en nada. Me senté en una silla de madera y terminé de un trago mi copa. Después de todo, era mi trabajo, yo era la única creadora de aquella obra, y yo debía estar en la línea de fuego, no Greville. Fumé un cigarrillo procurando no pensar más, y oí cómo el volumen de la conversación iba disminuyendo a medida que los invitados salían a la noche del Soho. Me dije que tenía que animarme, me puse en pie, apagué el cigarrillo, me alisé la falda de mi discreto vestido y me dirigí hacia la galería. Quedaban media docena de personas, que charlaban entre ellas y disfrutaban de la velada. Greville y Bruno Desjardins despedían a los invitados que se marchaban. Alguien carraspeó detrás de mí y me di la vuelta. Era mi aristócrata húngaro.

—Enhorabuena —dijo—. Son unas fotografías muy interesantes.

Comprendí que era estadounidense, y me sentí un poco decepcionada.

—¿Cómo sabe que soy la fotógrafa?

—Tengo mis métodos, señorita Clay. Necesitaba averiguarlo, y lo he hecho —sonrió, una de esas amplias sonrisas que, de manera extraña, no enseñan los dientes. Me tendió la mano. Un apretón ligero, apenas una formalidad, un agarrar los dedos —. Me llamo Cleveland Finzi.

—Bueno, usted ya sabe quién soy.

—Me gustaría invitarla a una copa, si es posible.

—Estoy terriblemente ocupada...

—Oh, ahora no. Voy a estar en Londres un par de semanas. ¿Tiene teléfono?

—¿Qué? Sí.

—¿Puedo llamarla?

En un estado de estúpida confusión me fui a buscar el bolso donde lo había dejado, en la trastienda. Rebusqué en él, pero no tenía ninguna tarjeta. ¡Idiota! Garabateé el número en una hoja de papel que arranqué de mi diario de citas de 1931 y se lo entregué. Impresionante. Se guardó el papelito en un bolsillo interior y me entregó su tarjeta. Le eché un vistazo: CLEVELAND FINZI. *GLOBAL-PHOTO-WATCH*.

—Ah. Es usted periodista.

—Lo era. Ahora soy editor —sonrió cortésmente—. Es una revista norteamericana. Puede que haya oído hablar de ella.

No había oído hablar de ella, pero como debe hacerse, dije:

—Sí, ahora que la menciona. Desde luego.

—La llamaré en un par de días —dijo—. Tengo muchas ganas de hablar con usted.

—Yo también tengo ganas de hablar con usted —repetí como una bobalicona.

En los tres días posteriores, me encargué de la venta de entradas de la galería Grösze and Greene. Lamento decir que nunca estaba muy concurrida. Prudentemente, Greville había decidido cobrar una entrada de un chelín, una suma que te acreditaba como miembro del Club Fotográfico Grösze and Greene durante veinticuatro horas. Era una medida preventiva para que no nos procesaran por obscenidad, pues a Greville le preocupaba la naturaleza gráfica de algunas fotos, por lo que la exhibición solo estaba abierta a «miembros del club» y no al público en general. Me gustó la estratagema, aunque no tenía ni idea de si funcionaría o no. La desventaja evidente era que desanimaba a los transeúntes que pasaban por allí y que a lo mejor hubieran entrado por curiosidad o por casualidad. Durante los tres días que estuve allí, nuestros ingresos solo llegaron a una libra. Un día solo sacamos cinco chelines.

Me quedaba sentada en la galería, rodeada por mis fotografías berlinesas, con la sensación de estar en una especie de limbo. Debería haberme sentido eufórica, pues era mi primera exposición como fotógrafa independiente, y en el West End de Londres, nada menos, pero mi mente no dejaba de darle vueltas a ese enigmático Cleveland Finzi de *Global-Photo-Watch* y su invitación. ¿Había sido sincera o simple cortesía?

Al tercer día, me encontraba sentada ante el escritorio, cubierta con mi abrigo de

ardilla —el tiempo se había puesto gélido— y la galería llevaba ya vacía su buena hora cuando sonó el teléfono en la trastienda. Fui corriendo a contestar, segura de que por fin era Cleveland Finzi.

—Ah. Hola, Greville —dije, incapaz de disimular la decepción de mi voz.

—Tienes una buena crítica en el *Scotsman*.

—¿De verdad?

Me la leyó.

—Escucha: «La señorita Clay siente horror al “cliché”, por lo que ha estado buscando en Berlín ejemplos de vida reales. Ha evitado el tópico, y ve las cosas con una mirada totalmente propia, y con gran claridad y honestidad». ¿No es maravilloso?

—Supongo que debería estar contenta —dije—. Mi primera crítica.

—Ahora podríamos conseguir unos cuantos periódicos más —dijo—. Veré si puedo hacer circular esta crítica.

Colgué y el teléfono volvió a sonar de inmediato.

—¿Qué ocurre, Greville?

—¿Señorita Clay? Soy Cleveland Finzi.

—Sí.

—¿Hola? ¿Está ahí?

—Sí, soy yo. La señorita Clay.

—La he llamado a su apartamento, pero no me han contestado. Por suerte se me ha ocurrido que estaría en la galería.

—Ha sido una suerte, sí.

—Me gustaría invitarla a un cóctel. Me alojo en el Earlam, en el Strand. ¿Le parece bien esta tarde a las seis?

—Sí, sí. Perfecto —parecía haber perdido la capacidad de hablar el inglés más simple.

—Entonces la veré en el Palm Court a las seis.

Conseguí convencer a Bruno de que me reemplazara después de comer y me fui a la peluquería de Charing Cross Road a que me lavaran el pelo y me lo peinaran. Decidí que no tenía tiempo de volver a Fulham y cambiarme, pero que al menos podía parecer completamente distinta de la anónima criatura que Finzi había conocido en el *vernissage*. Sin mi gorra con pliegues, y con el pelo suelto y brillante, y un poco de maquillaje un tanto extravagante, además de mi abrigo de ardilla... Si me dejaba puesto el abrigo, podía pasar por una mujer razonablemente sofisticada, me dije.

Bajaba por Charing Cross Road en dirección a Trafalgar Square, sintiéndome bien, con una bufanda de seda protegiendo mi nuevo peinado, cuando pasé por la entrada del Bardmont Concert Hall. No sé por qué me paré, quizá porque llegaba pronto a mi cita de las seis y disponía de un poco de tiempo, pero lo hice y le eché un vistazo al cartel que anunciaba el concierto de aquella noche. Decía: «La New

London Symphony Orchestra. Solista: Miss Dido Clay».

¿Dido Clay?

Volví a mirar el programa: Chopin, Debussy y un poema sinfónico, «Eneas en Cartago», de Peregrine Moxon. Dido Clay tenía que ser mi hermana Peggy.

El nuevo nombre funcionó. «He venido a ver a mi hermana, la señorita Dido Clay», dije, y un portero uniformado me llevó por los pasillos del Bardmont Concert Hall hasta la sala de ensayos que había en la parte de atrás, y mientras avanzaba escuché música de piano en un estilo moderno atonal que no reconocí.

Me abrieron la puerta y ahí estaba Peggy, al piano, con la cabeza gacha, aporreando un crescendo, los ojos cerrados y un cigarrillo entre los labios. ¡Pam! Un acorde final disonante. Levantó lentamente las manos de las teclas y se echó hacia atrás, quedando el cigarrillo vertical.

—¿Peggy?

Se volvió bruscamente, me vio, soltó un grito de placer, se quitó el cigarrillo de los labios y corrió hacia mí. Me besó.

—Nunca, nunca vuelvas a llamarme Peggy —me susurró enseguida.

—Lo siento. Dido.

—Ahora soy Dido. Para siempre.

—Dido. Dido. Dido.

Llevaba el pelo recogido en un moño apretado que le otorgaba aspecto severo y mundano. De nuevo tuve la extraña sensación de que era mayor que yo, aunque comprendí que solo tenía dieciocho años. A continuación volvió a abrazarme con fuerza, mi hermanita.

—¡Querida Amory! Estás espléndida. ¿Qué haces? ¿Vas a alguna fiesta?

—Voy a conocer a un hombre. Un norteamericano.

—¿Qué emocionante! ¿Es rico?

—Posiblemente. Pero llego tarde, debo darme prisa. He visto tu nombre en el cartel de fuera y tenía que comprobar que eras tú —sonreí—. Queridísima Dido.

—Te lo contaré todo. Fue idea de Peregrine. Te telefonaré. Esta semana tengo un concierto y dos recitales —por un momento me dirigió una sonrisa traviesa, y entonces vi a la Peggy de siempre—. Estoy impaciente por que me cuentes lo de tu amante americano.

Nos dimos un beso de despedida y regresé a la calle sintiendo un incipiente dolor de cabeza. Aparté todos los pensamientos de Peggy/Dido y llegué al Strand, donde puse rumbo al hotel Earlam. En la recepción le dije al conserje que tenía que encontrarme con el señor Finzi en el Palm Court, y me llevaron por un pasillo hacia el sonido de un arpa y un piano, que procedía de un amplio salón con demasiados muebles lleno de grupos de butacas y sofás muy apretados; en lo alto, su famosa y enorme araña de luces relucía espléndida. Tenía la garganta un poco seca y sospeché que el pulso me latía más deprisa de lo normal, pero me dije, con decisión, que no debía hacerme ilusiones.



Finzi me vio entrar y se puso en pie saludándome con la mano. Llevaba un traje oscuro, gris marengo, muy bien cortado, y lo único que anunciaba su condición de estadounidense era un extraño artilugio plateado que le daba forma al cuello de la camisa en torno al nudo de la corbata. Y también llevaba un alfiler de corbata.

—Supongo que no quiere una taza de té —dijo.

—Tomaré un coñac con soda, gracias.

Se lo pidió al camarero —él tomó un whisky con agua— y enseguida comenzamos a hablar de la exposición. No paró de elogiarla, y mientras hablaba me quedé maravillada ante la asombrosa y serena seguridad en sí mismo que emanaba como individuo. De hecho, era un hombre tan seguro de sí mismo que comencé a preguntarme si no sería una pose. He conocido a algunas personas cuyo inquebrantable aplomo no era más que una máscara que ocultaba una aterradora inseguridad, pero enseguida comprendí que Cleveland Finzi no fingía nada. Me dije que quizá era su acento americano lo que contribuía a ese *savoir faire* general, así que...

—No me está escuchando, señorita Clay —dijo con mucha calma.

—Sí que le escucho.

—Acabo de formularle una pregunta.

—Y yo se la he contestado.

—No, no lo ha hecho.

Di un sorbo a mi coñac para ganar tiempo.

—Lamento parecerle distraída, pero acabo de tener un desconcertante encuentro con mi hermana. Ha cambiado de nombre.

—Entiendo que eso pueda haberla afectado.

—Siempre ha sido Peggy, pero ahora insiste en que la llamen Dido.

Se lo pensó un momento.

—Dido... Lo prefiero a Peggy. Bonito nombre, Dido.

—Y hablando de nombres —dije—. ¿Su apellido es italiano?

—¿Perdón?

—Finzi.

—Ah, Finzi es un apellido judío —dijo.

—¿Ah, sí?

—Un apellido judío sefardí. Creo que nuestras raíces proceden de Italia. Y antes de eso de España, naturalmente.

—Naturalmente, sí... Muy interesante.

A continuación me hizo algunas preguntas muy precisas acerca de mis fotos. ¿Cómo obtuve acceso a esos lugares de Berlín? ¿Me vi obligada a pagar para sacar las fotos? ¿Los modelos posaban o se mostraban al natural?, etcétera. Se quedó muy impresionado por mi cámara secreta escondida en el bolso cuando se lo comenté, y al preguntarme por el revelado, me sentí muy satisfecha de poder introducir algunos comentarios autorizados acerca de la sub y la sobreexposición.

Pedimos una segunda copa y fumamos un cigarrillo. Creo que conseguí no perder la compostura mientras hablábamos y procuré no mirarlo demasiado fijamente. No obstante, si Cleveland Finzi me hubiera propuesto subir a su habitación y bailar desnuda en torno a su cama, le habría contestado que sí de inmediato.

Me acompañó de vuelta al vestíbulo, mientras se disculpaba por tener que interrumpir nuestra conversación bruscamente, pues tenía otra cita. Nos estrechamos la mano en la entrada principal. No era un hombre alto —aunque, desde luego, más alto que yo—, pero poseía una cualidad ágil y dinámica, como si el cuerpo que había debajo de aquel elegante traje estuviera musculado, en forma.

—¿Qué planes tiene ahora, señorita Clay?

—¿Qué? Lo siento, ¿a qué se refiere?

—A su trabajo. Sus fotos.

—No he hecho planes para después de la exposición —dije. Y entonces le mentí—: Ya me han llegado algunas seductoras ofertas de trabajo.

—No me sorprende —dijo sonriendo—. Sus fotografías son muy... seductoras. Tiene usted un auténtico ojo para captar a la gente. Por favor, si alguna vez va a Nueva York, póngase en contacto conmigo. Le prometo una cena excelente.

Cuando salí al Strand, la noche me recibió con viento y lluvia, entre descargas que caían como granizo. Las farolas brillaban con un nimbo líquido mientras me encaminaba al metro un tanto aturdida por los coñacs con soda.

## 6. El salario del pecado

El teléfono sonó en mi sala de estar y me despertó a las siete. Fui trastabillando vestida con el camión y descolgué.

—Ha ocurrido —dijo Greville—. El *Daily Express*. Creo que podríamos tener algún problema.

Rápidamente me puse algo de ropa, cogí el abrigo, me encasqueté un sombrero y corrí hacia el quiosco de la estación de metro de Walham Green para comprar un ejemplar del *Daily Express*. Había un salón de té cerca de la boca del metro, así que entré, pedí un té y un bollo con pasas (ligeramente tostado) y, después de serenarme, beber un poco de té y masticar el bollo, comencé a hojear lentamente el periódico. Encontré el artículo en la página 11. El titular decía: «Una repugnante y obscena exposición de fotos». El subtítulo que había debajo proclamaba: «Indignante exhibicionismo que se hace pasar por arte». Lo leí con una curiosa frialdad, como si leyera las noticias de una guerra en un país lejano. «La señorita Clay hunde su cámara en el cieno más pútrido y decadente que encuentra (...) Unos hombres de mirada lasciva alternando con unas mujeres a medio vestir (...) Es difícil imaginar visiones de naturaleza más bestial y degradante.» Mi frialdad se agudizó. No obstante, mientras leía aquella crónica de mi completa depravación, me quedó claro que lo que había ofendido en realidad a aquel hombre —el hombre de la nuez prominente—, o, para ser más exactos, le había excitado, eran las fotos de las mujeres semidesnudas indiferentes ante la presencia de otras mujeres semidesnudas. No hacía más que hablar de eso; sin embargo, en toda la exposición solo había tres fotos en las que podía verse aquello. Ni una palabra de Volker ni de su inocente desnudez, ni de las chicas que jugueteaban en la cama o tomaban el sol en el balcón en ropa interior. Su condena era tan estridente que en su casi histeria también resultaba reveladora: como si, después de haber montado aquella exposición, yo debiera ser lapidada hasta la muerte o llevada de inmediato al taburete sumergible para ser juzgada como bruja. «Esta repugnante muestra de fotografías en el corazón de nuestra gran ciudad, en el corazón de nuestro gran imperio, es una afrenta a todo ciudadano británico decente y temeroso de Dios.»

Di un sorbo a mi té, ya medio frío, y mientras salía de mi estupor, al tiempo que comenzaba a recorrerme un estremecimiento, comprendí el lío en el que podía estar metida. Ya me había ganado mi mala reputación.

Al llegar a mi piso telefoneé a Greville, pero no obtuve respuesta. Llamé a la galería. Contestó con un perceptible temblor en la voz, procurando no levantarla, como si alguien pudiera oírlo.

—La policía está aquí. Han confiscado todas las fotos. Se las llevan en una furgoneta...

—¿Confiscadas? ¿Que se las llevan?...

—Y hay trescientas personas haciendo cola para entrar.

—¿Debería ir?

—No estaría mal. Pero no podemos hacer nada.

Parecía asustado..., y ese no era el Greville que yo conocía. Tomé un taxi hasta Brewer Street, y cuando llegué me encontré con que la cola de amantes de la fotografía se había dispersado y solo quedaba un solitario y sonriente agente de policía que estaba de guardia delante de la galería. Greville me abrió la puerta, y al entrar me quedé hondamente impresionada: las paredes estaban del todo desnudas.

—¿Dónde se las han llevado? —pregunté, mientras comenzaba a comprender el insólito miedo de Greville. Las «autoridades», los guardianes de la decencia pública, el Estado, tras haber sufrido esa afrenta, habían actuado, y le habían obligado a obedecer sus órdenes.

—A la comisaría de Savile Row.

—¿Y ahora?

—El inspector de policía, un hombre de aspecto desagradable pero de lo más educado, me ha informado que van a procesar a la galería por obscenidad.

—¿La galería? Te refieres a mí.

—Bueno, el alquiler está a tu nombre, querida.

En un estado de estupefacción nuevo y más desagradable, regresé a la trastienda y preparé un té fuerte para los dos. Siempre que tengas algún problema que resolver, haz algo práctico, solía decir mi madre. De repente comprendí el sentido de ese dicho pueril. Nos bebimos el té y comentamos nuestra situación.

—Creía que, al ser un club, estábamos más o menos a salvo —dije.

—Yo también —dijo Greville—. O eso me habían aconsejado —encendió un cigarrillo—. Parece ser que el problema era que las fotos estaban a la venta. De no haber sido así, a lo mejor no habría pasado nada. Quién sabe. Pero ahora pueden procesarte por exhibir fotos obscenas con ánimo de «venta o beneficio». Esa es la cuestión.

Sentí que mi miedo iba creciendo, y tampoco me ayudaba el evidente pavor que parecía haberse apoderado de Greville. Nunca lo había visto tan lamentablemente inseguro y nervioso.

—¿Qué hago ahora? —pregunté en un hilo de voz.

—Creo que deberías buscarte un abogado.

El abogado que encontré era el hermano de mi mejor amiga de la escuela, Millicent Lowther. Arthur, su hermano mayor —calculé que tendría treinta y pocos años—, se alegró mucho de poder encargarse de mi caso, o eso dijo cuando nos reunimos en su bufete de Chancery Lane. Era un joven descarnado y solemne, casi calvo. Me dije que podía llegar a ser bastante atractivo solo con que se permitiera sonreír de vez en cuando. Aunque era muy flaco, tenía los rasgos armónicos y los ojos eran amables. Pero había acorazado su imagen con una armadura de rígida, seria y concentrada eficiencia.

—Sí, mantienen el cargo por obscenidad, me temo —dijo—. Puesto que el alquiler de la galería está a su nombre, tiene que presentarse ante el tribunal de primera instancia de Bow Street el martes de la próxima semana.

—¿Qué me aconseja? —pregunté débilmente.

Después del ataque del *Daily Express*, otros periodistas se habían apresurado a condenarme a pesar de no haber visto la exposición, pues habían confiscado las fotos a toda prisa. Pero no importaba, los epítetos iban subiendo de tono: depravada, sórdida, vergonzosa, mentalmente desequilibrada, escandalosa, degenerada, inmunda, repugnante, etcétera, esas eran las palabras que giraban en torno a mi nombre. Fáciles difamaciones en boca de completos desconocidos: una absoluta denigración.

Arthur Lowther me preguntó si me importaba que fumara en pipa. Le dije que no tenía nada que objetar y encendí un cigarrillo para acompañarle. Al cabo de unos buenos dos minutos consiguió producir una fina voluta de humo de su pequeña pipa de brezo. Más que hacerle parecer adulto, le daba un aspecto bobalicón, pero yo sabía que lo estaba haciendo por mí, para dar más peso a sus deliberaciones.

—Le sugiero que se declare culpable —dijo.

—¡No! ¡De ninguna manera!

Cerró los ojos. Esperó. Volvió a abrirlos. Eran de un bonito tono marrón grisáceo.

—En ese caso, intentaremos presentar una defensa que pruebe que las fotografías eran obras de arte.

—Sí, buena idea.

—Pero necesitaremos que personas eminentes den fe de ello. Que las presenten así —del bolsillo de su chaleco sacó una especie de navaja y atacó el reluciente tabaco que había en la cazoleta de su pipa. En ese momento pareció apagarse. La dejó sobre la mesa, irritado. Se volvió hacia mí—. ¿Conoce a artistas famosos? ¿Políticos, gente de peso en la sociedad?

—Esto..., no.

—Entonces declárese culpable, señorita Clay. Pague la multa. Prometa que nunca volverá a exponer estas fotografías en Inglaterra.

—¿Y qué pasará con mis fotos?

—Las destruirán.

—¡Pero eso es muy injusto, señor Lowther!

—Llámeme Arthur. Millicent siempre hablaba de usted. Tengo la impresión de que hace años que la conozco.

—Eso es muy injusto, Arthur... Esas fotografías son... un testimonio documental. Así es como vive la gente... en Berlín. Lo único que he hecho ha sido mostrarle al mundo la verdad de la vida de esas personas.

—Te creo, Amory... si puedo tutearte —afirmó con manifiesta sinceridad—. Pero has conseguido ofender terriblemente al *Daily Express*, que es quien nos ha metido en este lío. Te ahorrarás mucho tiempo y dinero, por no hablar de tensión y disgustos, si me haces caso.

Prosiguió esbozando la argumentación que pensaba exponer delante del juez, achacándolo todo a mi juventud, mi entusiasmo, el hecho de que la galería era un club. Todo eso sería de ayuda cuando impusiera la multa, que calculaba que oscilaría entre veinte y cincuenta libras.

Me quedé sentada pensando en las opciones que se me presentaban y comprendí que, desde una óptica realista, no podía hacer nada. La aventura de la galería Grösze and Greene había terminado.

El martes de la semana siguiente me senté detrás de Arthur Lowther en el tribunal de primera instancia de Bow Street mientras él informaba al magistrado, sir Pellman Dulverton, que su cliente, la señorita Amory Clay, deseaba declararse culpable del cargo de obscenidad y se disculpaba sin reservas ante el tribunal. Me pusieron una multa de treinta libras y me ordenaron no volver a exhibir jamás mis «desagradables imágenes» ante el público británico. Sir Pellman Dulverton —un hombre pálido, impasible y con gafas que lucía un pequeño bigote hirsuto— me calificó de joven necia y desorientada, y manifestó su esperanza de que yo hubiera aprendido una valiosa lección. Mantuve la cabeza gacha y asentí, decorosa y escarmentada.

Después del juicio, Arthur Lowther y yo nos quedamos delante del juzgado, en Bow Street, y fumamos un cigarrillo cada uno. Me alegré de que se hubiera deshecho de la pipa.

—Parece una terrible derrota, lo sé —dijo Arthur—. Pero en una semana prácticamente lo habrás olvidado todo, y en un mes esta experiencia se habrá borrado completamente de tu vida. Es mejor no arrastrar algo así para siempre, algo que proyecte una sombra sobre cada momento de tu existencia.

—Tienes toda la razón —dije—. Supongo que debo verlo desde esta perspectiva. Procurar no amargarme —estaba buscando a Greville con la mirada, pues había prometido presentarse y darme apoyo moral, pero no había ni rastro de él.

—¿Podría invitarte a cenar una noche, Amory? —preguntó Arthur Lowther, mientras el rubor se extendía por sus mejillas hundidas—. Podemos compadecernos y celebrarlo. Y me gustaría conocerte mejor. No tenemos por qué hablar de «obscenidad» todo el tiempo —consiguió poner una de esas escasas sonrisas que lo transformaban.

Contesté que sí, por supuesto, pues no se me ocurrió ninguna excusa, y le di mi tarjeta. Le estaba agradecida, después de todo, y sus honorarios habían sido sorprendentemente modestos. Iba a tener que pedirle prestado más dinero a Greville para pagar la multa. Arthur paró un taxi.

—Vuelvo al despacho. ¿Te dejo en alguna parte?

Respondí que no, gracias, que tenía una cita, así que nos estrechamos la mano y me dirigí al metro. De repente comprendí, ahora que el tribunal había destruido mis fotos, que tenía que asegurarme de que los negativos estuvieran a salvo.

Encontré a Greville en el cuarto oscuro de su piso de Falkland Court en compañía de Bruno: los dos llevaban una bata blanca encima del traje, pues estaban a punto de

comenzar a revelar. Greville se disculpó por no haber aparecido en el tribunal: la hija de un conde había anunciado su compromiso y quería que la fotografiaran de inmediato.

—No importa —dije—. No te has perdido nada. Fue cuestión de minutos. Solo quiero recoger mis negativos.

—¿Qué negativos?

—Los de mis fotos de Berlín.

—Bruno, querido, ¿te importaría volver al piso y recoger mi maletín?

Cuando Bruno se hubo marchado, Greville se volvió hacia mí, y enseguida comprendí que aquel estado de ánimo agitado e irritable había regresado con todo su vigor.

—Querida —dijo—. También confiscaron los negativos. Te lo dije.

—¿Confiscados? No, no me dijiste nada.

—Estoy seguro de que sí. Aquella tarde, después de que cerraran la galería. Estoy convencido de que te lo dije. El mismo inspector que se presentó en la galería me llamó y los exigió.

Sentí como si me abandonaran las fuerzas, como si me extrajeran toda la sangre del cuerpo.

—Pero, Greville, ¿por qué les dijiste que los tenías? Podrías haberles dicho..., no sé... inventarte algo. Podrías haberles dicho que los tenía yo.

—Es muy fácil decir eso, Amory, querida. Pero tú no tuviste que enfrentarte a un inspector y dos agentes horribles y enormes en tu propia sala de estar —se quitó la bata blanca y la arrojó a un rincón—. Dijeron que iban a registrarlo todo. Fueron muy agresivos.

Me quedé mirando a Greville mientras él hurgaba en sus bolsillos en busca de un cigarrillo, y experimenté una súbita pesadumbre, una palabra muy acertada, pues noté como un peso en el corazón, como si me costara más llevarlo en la cavidad del pecho, y comprendí que algo había terminado entre los dos, al tiempo que sospechaba que ambos éramos inmediatamente conscientes del hecho. Nada volvería a ser lo mismo. Expulsé el humo.

—O sea, que también se llevaron los negativos —dije en tono serio y enfadado.

—¿Qué podía hacer? Tenía que darles algo. Lo habían puesto todo patas arriba —cerró los ojos y se atusó el pelo liso al tiempo que decía, aún con los ojos cerrados—: Podemos asumir el escándalo hasta cierto punto, Amory. Yo estoy relacionado contigo. No puedo permitir que esto prosiga. La gente...

—No pasa nada —le interrumpí bruscamente—. Lo entiendo.

—Guardé los contactos. Al menos ha quedado un recuerdo.

Sabía que se sentía culpable mientras buscaba y me los entregaba en un rígido sobre marrón. A continuación me extendió un cheque por la multa: insistió en ello. Todavía le debía dinero, por furiosa y frustrada que me sintiera.

—Bueno, más o menos funcionó —dijo con un asomo de sonrisa de disculpa—.

Ahora al menos todo el mundo conoce tu nombre.

—Oh, sí. La inmunda, depravada e inmoral Amory Clay... Fue idea tuya, Greville, no mía —añadí de manera un tanto irascible, lo admito.

—Bueno, los mejores planes de los ratones y los hombres a menudo se acaban torciendo, como dijo el poeta. Podría haber salido bien.

En ese momento Bruno regresó con el maletín de Greville y yo me despedí. Nos besamos en la puerta y Greville mencionó que se celebraba un gran baile en Yorkshire y que necesitaría ayuda extra, si estaba interesada. Me telefonaría con los detalles; quizá fuera divertido. Un público animado. Fue un gesto, el intento de fingir que la vida continuaría como siempre, pero creo que los dos sabíamos que nuestra vieja camaradería, el sentimiento de antaño, había desaparecido. Cometí el error, mientras me alejaba de las caballerizas, de volverme y agitar, a modo de despedida, el sobre que contenía los contactos: el único testimonio existente en el mundo de *Berlin bei Nacht*. Seguro que Greville creyó que era un adiós.

Tres noches más tarde, en un aburrido restaurante de Kensington (el Huntsman's Halt), mientras tomábamos un coñac y un café, Arthur Lowther me cogió la mano y me pidió, con la voz temblorosa, que fuera su esposa. Tras haber conseguido disimular mi completa estupefacción dije que no, con toda la amabilidad de que fui capaz: no, me temo que no será posible, lo lamento terriblemente, no, y me marché todo lo deprisa que pude.

De vuelta en mi piso de Turnham Green me senté y me quedé contemplando las tres hojas de contactos de mis fotos de Berlín, mientras mi mente iba y venía entre la primera propuesta de matrimonio que había recibido y los problemas técnicos que surgían de utilizar una cámara truca con suficiente ampliación para sacar una buena foto de otra fotografía, diminuta y sin ajustar, cuando sonó el teléfono. Tuve la espantosa sensación de que sería Arthur, que me sugeriría que me tomara mi tiempo, que no me precipitara a la hora de tomar una decisión. Armándome de valor, cogí el auricular.

—Ah. Hola, señor Finzi.

—He leído lo de su juicio en el *Times*. Lo siento mucho.

—Gracias. Pero no ha llegado ni a juicio. Me he declarado culpable.

—Y ha hecho bien. Pero, sabe, creo que debería considerarlo una señal.

—¿Una señal de qué? —cogí un paquete de tabaco, lo abrí, seleccioné uno de los dos cigarrillos que quedaban y lo encendí. Me encantaba escuchar el acento americano de Cleveland Finzi: sonaba todavía más seguro de sí mismo, si es que eso era posible—. ¿Una señal de mi estupidez? —pregunté, expulsando el humo.

—Una señal de que ha hecho algo importante. Sus fotografías han escandalizado a la gente. Han causado impacto. ¿Cuántos fotógrafos pueden decir eso en el mundo actual?

—Procuraré consolarme con ese pensamiento.



—¿Qué va a hacer ahora, señorita Clay?

—¿Quiere decir antes de suicidarme?

—No hay prisa para eso. Puede hacerlo en cualquier momento. ¿Ha estado en Nueva York?

—No.

—¿Le gustaría ir?

—Algún día, quizá. Sí.

—Antes de suicidarse.

—Desde luego. Ja, ja.

Hubo un silencio. A continuación, Cleveland Finzi dijo:

—¿Y si le ofrezco un trabajo? ¿Eso la animaría a venir?

Sentí que el corazón me saltaba en el pecho, que se me cerraba la garganta. Aspiré hondo el cigarrillo.

—Bueno... Quizá... —dije con cautela, intuyendo las implicaciones, las expectativas..., un futuro..., que de repente se congregaban a mi alrededor.

—Doscientos al mes. ¿Qué dice?

—Doscientos ¿qué?

—Dólares.









IMÁGENES DE *BERLIN BEI NACHT* (AHORA PERDIDAS). CHICAS DEL XANADU-CLUB, BERLÍN, 1931.

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Hoy es el cumpleaños de Xan. Habría cumplido sesenta y uno. Pobre Xan. Busqué su libro de poemas, lo encontré y leí el que me dedicó. Me hizo llorar, y ahora odio llorar.

«El anticliché» (a Amory)

Éramos  
opuestos  
tropicales,  
Capricornio y  
Cáncer,  
diametralmente alineados.  
Pero  
la vida es un  
ferrocarril elevado  
y vertiginoso.

Timor Mortis  
nos tiene  
en sus manos  
como garras.  
Nos aferramos  
a la existencia,  
porque sí,  
por miedo al  
indigno aislamiento  
de la muerte,  
el largo  
hola.

## **Libro tercero: 1932-1934**

# 1. Americana

1 de enero de 1934. Me desperté muy temprano, no sé por qué, como si tuviera muchas ganas de arrancar este año concreto, ponerlo en marcha y que corriera con energía lo antes posible. Salí de la cama y me vestí. La luz matinal era pálida y empañada, ese atisbo de ictericia en el aire que presagia nieve. Me puse mi pesado abrigo de *tweed* y salí. Mi apartamento —una planta baja en la parte de atrás— estaba en Washington Square South, Greenwich Village. Consistía en un largo pasillo que unía la sala, la cocina, el cuarto de baño y el dormitorio. Era un lugar oscuro, exceptuando el dormitorio, que daba a un pequeño patio en el que se veía un ailanto alto y esbelto, y todo eso por quince dólares al mes.

Me dirigí hacia 365, en la calle 8 Oeste para comprar cigarrillos. 365 no era el número de la dirección de la tienda, sino una señal que indicaba que nunca cerraba, ni siquiera el día de Año Nuevo. Cuando llegué, Achilles, el propietario, deslizaba la puerta metálica en acordeón de la tienda. Al otro lado, un muchacho chino barría los peldaños del restaurante chino de comida para llevar. El Village despertaba. Nacía un nuevo año.

Achilles era un hombre fornido y patizambo con la mejilla y las mandíbulas cubiertas por una permanente pelusa blanca como de cadáver.

—Feliz Año Nuevo, señorita Amory —dijo, entrando delante de mí en la tienda, que en realidad no era más que un ancho y largo pasillo que daba a la calle, con estanterías a ambos lados y un mostrador al final. Del mohoso techo de cinc caían en espiral tiras matamoscas. Encima del mostrador había un cartel que decía: «Vendemos de todo aparte de alcohol».

Le pedí un paquete de Pall Mall para mí —un pequeño homenaje a Londres desde Nueva York— y una cajetilla de Camel para Cleveland. Decidí que era un buen augurio ser el primer cliente de Achilles en el nuevo año de 1934, y también compré algunos productos al azar: una caja de detergente Rinso, otra de Wheat Krumbles y una bolsa de bollos de canela.

—Y también me llevaré un tubo de Alka-Seltzer —dije.

—¿Ayer por la noche hubo fiesta?

—No, no. Me fui a la cama temprano. Tengo un amigo que viene a almorzar.

—Un amigo que fuma Camel, imagino. Una auténtica anfitriona. Yo sé que a usted le gustan los Pall Mall, señorita Amory.

Seguimos charlando. Me encantaba que me conocieran en el barrio, como si llevara allí ya una temporada, como si eso le otorgara a la vida un aire de normalidad y estar en esa ciudad fuera algo que yo hubiera planeado, no simplemente algo que me había ocurrido.

—Esperemos que el 34 sea mejor que el 33 —dijo Achilles mientras metía mi compra en una bolsa.

—Al menos puedes tomar una copa sin que te arresten —dije. Los dos nos

reímos. En los últimos dos meses habían abierto seis tiendas de licores en un radio de dos manzanas desde Washington Square. Estados Unidos volvía a beber sin esconderse.

—Sí, eso sí que es una novedad —dijo Achilles, asintiendo—. Aunque tengo que decir que voy a echar un poco de menos los bares clandestinos.

Volví a casa con la compra y me senté en el apartamento con la radio encendida, escuchando jazz y leyendo un libro —*La parcela de Dios*, de Erskine Caldwell— mientras esperaba. Había pintado las paredes de la sala de un color marfil pálido para maximizar la luz que entraba por la ventana pequeña y solitaria. Había colgado aquí y allá algunas de mis fotos, y había adecentado el sofá y las dos butacas alquiladas con unos cubrecamas acolchados que había comprado en una tienda de objetos usados de Bleecker. El pasillo de baldosas que conducía al dormitorio de atrás pasaba por la diminuta cocina y el cuarto de baño. El dormitorio daba a un patio en el que se alzaba ese árbol delgado y solitario. La habitación contaba con una ventana de guillotina grande de doce cristales, y al mediodía, en verano, cuando el sol entraba directamente, resultaba tan calurosa y luminosa que tenías la impresión de encontrarte en el trópico en lugar de en Manhattan.

Cleve llegaba tarde, como siempre, por lo que a la una y media me serví un Negroni y brindé por el Año Nuevo, y en ese momento comprendí que llevaba ya casi dieciséis meses en Nueva York, a pesar de lo cual todavía me sentía una transeúnte, alguien de paso, y que ese apartamento, esa dirección, mi trabajo y mi salario eran aspectos muy temporales de mi autobiografía, y que la importancia que tendría ese período en mi vida suponía algo imposible de discernir. ¿Por qué pensaba de un modo tan mezquino e inmisericorde?, me pregunté. Estaba mucho mejor allí que en Londres, en todos los sentidos: era solvente, tenía un techo y un empleo remunerado, y nadie conocía mi mala fama. Pero en cierto modo me sentía desasosegada, lo sabía, y sabía que todo eso tenía que ver con mi relación amorosa...

En el momento justo, Cleveland Finzi apretó el timbre de la puerta y le dejé pasar. Nos besamos suavemente, nos abrazamos y nos deseamos un feliz 1934.

—¿Quieres comer algo? —pregunté—. ¿O...?

—Me gustaría un poco de «o», por favor.

Sonreí, me di la vuelta y nos dirigimos al dormitorio mientras me desabrochaba la blusa y oía, a mi espalda, las medias lunas metálicas de los tacones de los mocasines de Cleveland, que pisaban confiados las baldosas de terracota del pasillo.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Ayer conduje hasta Glasgow para ver a mi médico, Jock Edie. Me levanté temprano, pues mi Hillman Imp tarda sus buenas tres horas en hacer este viaje hacia



el sur. Las salas de consulta del doctor Edie se encuentran en la planta baja de su enorme y mugrienta casa de arenisca de Great Western Road, una villa estilo renacentista que complacería a un pontífice, con su campanario y su jardín de casi una hectárea.

Jock Edie es un hombre corpulento de sesenta y pico años que fue tres veces internacional con la selección nacional escocesa de rugby cuando era estudiante de Medicina, antes de que una lesión en la columna vertebral acabara con su carrera. Algo pasó en una melé, me contó. No sé nada más: detesto el rugby. Posee unas cejas magníficas y densas sin recortar, como minibigotes entrecanos que bajan desde su arco cigomático hasta sus ojos húmedos y castaños. Le tengo mucho cariño, y sé que él también a mí, aunque ambos procuramos no demostrarlo adoptando una actitud amistosa pero contenida, sin tonterías.

—¿Cómo te encuentras, muchacha?

—Muy bien. En forma.

—¿Nada nuevo que deba preocuparnos?

—Nada de nada.

Abrió un cajón del escritorio con una llave y sacó una bolsa de papel decorada con globos multicolores y me la entregó.

—Esto es para ti. No son dulces.

—Gracias, Jock. Te lo agradezco mucho.

—Guárdalas herméticamente en un tarro o en una lata, solo por si acaso. O en la nevera, aún mejor.

—Lo que usted diga, señor.

Cogió un libro de una mesa lateral y vi que se titulaba *Marching on Germany*, y que el autor era el general de brigada Muir McCarty.

—Aquí habla bastante de Sholto —dijo, pasando las páginas.

—No quiero leer nada de Sholto —Jock y Sholto se habían conocido cuando iban al colegio.

—Todo son elogios —dijo.

—Todo son elogios cuando se habla de Sholto.

Me llevó a través del amplio vestíbulo hacia una puerta en la que relucía un vitral: San Miguel matando a un dragón que se retuerce. Jock guardaba los cuadros buenos en el vestíbulo, y había un pequeño e inmaculado Cadell junto al perchero con espejo, delante del cual siempre me detenía. Era una playa de las islas Hébridas blanca como la harina, al sol, y más allá se veían unas islas de un azul plateado.

—A lo mejor cojo el coche y me acerco hasta Barrandale para hacerte una visita —dijo, moviendo el cuadro una micropulgada para que quedara recto—. Echo de menos las islas.

—*Mi casa es su casa.*

—*Gracias, señora.*<sup>[3]</sup> ¿Te vuelves ahora?

—Tengo una cita para almorzar en la ciudad.

—Por cierto, ¿sigues fumando? —preguntó Jock.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo también. Probablemente soy el único médico del oeste de Escocia que fuma.

—¿Debería dejarlo? ¿Intentar dejarlo?

—Quizá. No. Déjalo cuando yo lo deje.

—Eso no es justo.

—Cierto.

Nos dimos un beso al despedirnos. Dejé el coche en la amplia entrada para vehículos y cogí un autobús a la ciudad. Me apeé en Queen Street y pasé por delante de un pub de aspecto extraño llamado The Muscular Arms mientras me dirigía a Rogano's, en Exchange Square.

El bar estaba muy concurrido. Me abrí paso entre los ruidosos jóvenes de traje oscuro que engullían gin tonics —abogados y hombres de negocios de Glasgow— y giré a la derecha para entrar en el restaurante, de un esplendor *art déco*, con paredes de color pálido, una zona en conjunto más silenciosa, con el balsámico susurro de conversaciones amortiguadas y el repiqueteo de la plata en la vajilla.

—Buenas tardes. Estoy buscando a madame Pontecorvo —le dije al *maître*.

Dido estaba sentada en un rincón del fondo, leyendo el periódico y fumando un cigarrillo. Había engordado, y bastante, desde la última vez que la había visto. Llevaba su mata de cabellos negros como la tinta peinados hacia atrás, muy engominados y lisos, como si transportara una calabaza oscura encasquetada en la cabeza. Llevaba puesto un vestido de seda, de un reluciente rosa pálido, y tres ristras de perlas le adornaban el cuello blando y arrugado. Aquella noche daba un recital en el City Halls, y seguía ganando mucho dinero.

Nos besamos y pidió champán.

—Me gusta este pelo tan corto que llevas —dijo—. Muy moderno.

—Gracias, querida —abrí el menú.

—Ojo, aun así pareces una lesbiana. Y deberías ponerte más maquillaje.

—Es cómodo. Práctico —dije—. Y de todos modos, actualmente tanto me da cómo me vean los demás.

—¡No! No digas eso. Está fatal. No te abandones, Amory, porque entonces ya vas hacia abajo.

Aspiró su cigarrillo, me estudió, observando mi ropa, mis uñas.

—Y hablando de lesbianas... —dijo, con un destello de su pérfida sonrisa de antaño.

—¿Sí?

—¿Has estado alguna vez con alguna?

—Una vez me besó una, pero eso es todo lo lejos que he llegado.

—¡No! ¿De verdad? —ahora estaba realmente interesada—. Debí de pensar que tú le responderías. Percibió algo en ti, sabes, un alma gemela, por así decir. ¿Cuándo

ocurrió?

—En Berlín, antes de la guerra.

—Me acuerdo. Aquellas asquerosas fotos tuyas.

—Quizá todas tenemos algo de lesbianas.

—Yo no, querida —dijo un sorbo a su champán—. Soy cien por cien hetero —ladeó la cabeza, pensativa, y bajó un poco la voz mientras se inclinaba hacia delante—. Y ahora que hablamos de sexo... La otra noche, como no podía dormir, me puse a contar los hombres que había conocido.

—¿Conocido?

—En el sentido bíblico. Todos los hombres con los que había tenido una aventura, incluyendo los maridos. ¿Sabes cuántos me salieron? ¿Cuál fue el total? Di una cifra.

—¿Un par de docenas?

—Cincuenta y tres.

Me quedé mirando a mi hermana. No había respuesta a eso.

—Empezaré con los chanquetes —dije—. Y luego el rodaballo.

Aquella noche, de vuelta en mi granja, me llevé a Flam hasta la pequeña bahía y me senté en una roca, fumando un cigarrillo mientras él corría por la playa olisqueando las medusas que habían acabado en la arena y persiguiendo a las gaviotas, y luego contemplé los islotes rocosos que se desperdigan en la bahía, y, más allá, el océano. Cincuenta y tres hombres, me dije. Dios mío. Conté los hombres que yo había «conocido» en el sentido bíblico. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Los dedos de una mano. Eso no habría impresionado mucho a Dido.

Flam se me acercó corriendo. Lo agarré del hocico y le sacudí la cabeza, con lo que empezó a agitar la cola.

—Perro tontorrón —dije en voz alta, y me puse en pie y me estiré.

Me sentía bien, como siempre después de visitar a Jock Edie. Seguramente no me ocurría nada: solo la edad, el paso del tiempo, el cuerpo que se va aflojando, cruje y gruñe un poco... Contemplé cómo el sol de la tarde se transformaba en un naranja legamoso mientras se ponía por el horizonte. Próxima parada, América. Allí amanece un nuevo día.

Mientras volvía a casa me puse a pensar en Cleveland Finzi y en lo entusiasmada que me sentí cuando me ofreció un trabajo, de manera completamente inesperada. Nueva York. Doscientos dólares al mes. Dos mil cuatrocientos dólares al año. Casi quinientas libras. Había dicho que sí prácticamente al instante, sin pensarlo más. Aun así, me llevó mucho más tiempo reunir la documentación necesaria y poner en orden mis asuntos para concluir mi vida londinense. Pero a principios de otoño de 1932 compré un pasaje para el barco de vapor *George Washington*, que salía de Liverpool rumbo a Halifax, Nueva Escocia, y luego a Nueva York.

Al principio me alojé en un hotel «Solo para mujeres» en el cruce de la Tercera Avenida con la calle 66, hasta que comencé a trabajar y me familiaricé con esa

extraordinaria ciudad en la que me encontraba. Era la novata de los fotógrafos en plantilla de *Global-Photo-Watch*, y fotografiaba todo lo que el editor fotográfico de *GPW*, Phil Adler, me ordenaba. *Global-Photo-Watch* era una de esas revistas mensuales profusamente ilustradas que comenzaron a proliferar por aquella época: *Life*, *Click*, *Look*, *Pic*, *Photoplay* y muchas más. *GPW*, como la llamaba todo el mundo, acentuaba su internacionalismo. «¡Nuestra mirada abarca todo el mundo!» era su estentóreo eslogan.

De vez en cuando, mientras trabajaba en las oficinas de la calle 44 Este, me topaba con Cleveland Finzi, o Cleve, como todo el mundo le llamaba, e intercambiábamos unas pocas palabras. Estaba encantado de verme, decía, ¿ya había encontrado alojamiento? ¿Me parecía interesante el trabajo? Charlábamos y nos separábamos, y yo me preguntaba cuánto tiempo tardaría, cuándo sería y cómo.

Una tarde, tres meses después de mi llegada, me estaba esperando en el vestíbulo de mármol mientras yo salía de una reunión. Me había prometido llevarme a cenar cuando llegara a Nueva York, ¿no? ¿Estaba libre aquella noche, por casualidad?

\* \* \*

Cleve estaba desnudo junto a la ventana, mirando el patio a través de una fina rendija entre las cortinas de muselina.

—¿Qué clase de árbol es ese? —me preguntó sin volverse—. El Village está lleno.

—Es un ailanto. Comúnmente se le llama el «árbol del cielo» —me gustaba esa visión trasera de Cleve: la «V» de su espalda, la profunda rendija de sus pequeñas nalgas, sus largos muslos—. Sin embargo, si te quedas ahí mucho más tiempo, a la señora Cisneros le dará un ataque al corazón —la señora Cisneros vivía al otro lado del patio, y era viuda. Me incorporé en la cama, dejando que la sábana resbalara desde mis pechos y alcancé mi cajetilla de Pall Mall, que estaba en la mesilla.

Cleve se volvió y vi que su pene estaba engordando, se alzaba como un resorte. Tenía el pene más corto que el de Lockwood, aunque más grueso y con el glande más abultado y a todas luces de mayor tamaño (sin prepucio, claro está), con la forma perfectamente dibujada. Era como un casco de soldado medieval, llamado sallet —en una ocasión se lo dije, para su sorpresa—, que solían llevar los arqueros. Siempre le desconcertaba que yo supiera cosas arcanas, mi necesidad de conocer los nombres exactos de las cosas. Parecía irritarlo un poco, igual que le pasaba a mi madre. Se recostó contra el marco de la ventana y cruzó los brazos.

—¿Cómo sabes eso? ¿Lo del maldito árbol?

—Ya te lo dije, me gusta saber los nombres de las cosas. No me gusta que sea simplemente un «árbol» anónimo en el patio trasero. Quiero saber cómo se llama. Alguien se tomó la molestia de diferenciar, nombrar y clasificar ese árbol. Un simple «árbol» no le hace justicia.

Encendí mi cigarrillo. Cleve disfrutaba de estar ahí de pie, mirando, escuchando, exhibiendo su potencia sin tapujos. Crucé las piernas bajo las sábanas y apoyé los codos sobre las rodillas, inclinando la espalda para que mis pechos colgaran hacia delante, libres. Era algo que le gustaba a Lockwood: siempre le excitaba. Cleve paseó la mirada de un lado a otro.

—El ailanto procede originariamente de China —dije para provocarlo con más información arcana—. Crece en suelos pobres y con pocos cuidados. Como yo.

—Ah. Una chica resignada a su infortunio —se acercó a la cama. Lo agarré—. ¿Tienes hambre? —preguntó.

—Ya te lo he dicho. Me conformo con un suelo pobre.

Cleve se marchó a las seis, diciendo que tenía que estar de vuelta en su casa de Connecticut para cenar. Yo sabía que para cenar en casa con su familia: su mujer, Frances, y sus dos hijos, Harry y Link. Después de marcharse me preparé otro cóctel de ginebra y seguí leyendo mi libro. No obstante, la melancolía del Año Nuevo volvió a abatirse sobre mí. Basta, me dije, arriba ese ánimo: mantenía una apasionada aventura con un hombre fascinante y me ganaba la vida, más dinero del que había cobrado nunca, como fotógrafa profesional en Nueva York. ¿Qué tenía eso de deprimente? Pero era la amante de Cleveland Finzi, la otra, me decía una agria voz en mi cabeza; solo estaba con él cuando podía mantenerlo en secreto. Y era cierto: cuando estaba conmigo todo era estupendo; cuando no, la vida regresaba a la degradante y aburrida labor de esperar hasta que no hubiera moros en la costa y nadie sospechara.

Yo se lo había contado a Cleve —la queja de toda amante secreta desde que comienza el adulterio—, y él había dicho que lo comprendía, pero que, por diversas razones, tenía que andarse con mucho cuidado, con muchísimo cuidado, de hecho. ¿Qué podía decir yo? Había aceptado aquel «trato» sabiendo dónde me metía. Pero a veces transcurrían dos semanas o más antes de que Cleve pudiera conseguir pasar una noche o una tarde conmigo. Yo llevaba ya en Nueva York más de un año; Cleve y yo nos hicimos amantes al poco de mi llegada. Y era más feliz de lo que había sido nunca, y al mismo tiempo estaba más insatisfecha. Algo fallaba en mi mundo: quizá no estaba hecha para el papel de amante, me susurraba mi voz amargada.

—Feliz 1934 —me saludó Phil Adler cuando entré en su oficina.

Era un joven flaco de treinta y pocos años que llevaba unas gafas sin montura y el pelo corto e hirsuto. Discutíamos mucho, afablemente, sobre todo de fotografía.

—Eres europea, ¿verdad? —me dijo, haciéndome el gesto de que me sentara en la silla que había delante de él.

—Eso me han dicho —contesté al tiempo que tomaba asiento.

—¿Has oído hablar de un escritor francés llamado —consultó las notas que tenía frente a él— Jean-Baptiste Charbonneau?

—No.

—Bueno, pues esta tarde lo vas a fotografiar.

Charbonneau era un diplomático de rango medio del consulado francés —me dijo Phil, leyendo sus notas—, un hombre de treinta y pocos años que también escribía novelas. Su tercera novela, *Le Trac*, acababa de publicarse en los Estados Unidos con el título de *Miedo escénico* (Steiner & Lamm) y había sido muy bien recibida, con excelentes críticas en el *New York Times*, el *Washington Post*, el *New Masses*, *Esquire*, el *Atlantic Monthly*, y ese pequeño éxito había atraído la atención de GPW.

—Etcétera, etcétera. La cultura también puede ser noticia —dijo Phil fingiendo un bostezo—. Ya sabes: una estrella literaria extranjera, fuerte contraste de luces y sombras, un cigarrillo cerca de la cara, iluminación posterior con humo de fondo, perfume a ajo.

—Creo que me las arreglaré.

Este tal Charbonneau vivía en un apartamento con personal de servicio al lado de Columbus Circle. Era un hombre grandote y de aspecto desaliñado, con la ropa arrugada —se veían manchas de comida en la corbata— y una alborotada mata de pelo oscuro y rizado. Tenía la barba cerrada, y le cubría la cara una pelusa de pocos días. La nariz era grande y los labios carnosos. No había nada realmente atractivo en él, aunque, de forma desconcertante, emitía una aureola de encanto burlón, como si todo lo que viera a su alrededor —incluida la gente con que se encontraba— le divirtiera de una manera secreta. Hablaba un inglés con un fuerte acento francés.

Me miró sorprendido cuando me abrió la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

Levanté la cámara.

—La fotógrafa.

Sonrió.

—Esperaba a un hombre. Un señor fotógrafo.

—Bueno, pues no soy un Señor Fotógrafo.

—Pero tenía que venir mañana.

—Pues he venido hoy.

Me dejó entrar y se fue corriendo a ponerse una corbata limpia, a sugerencia mía. En su sala de estar no había estanterías, pero estaba llena de libros apilados de cualquier manera, como abultadas estalagmitas que crecían hacia el techo. Bajé la persiana, instalé un foco en su mesa de trabajo y le saqué la foto habitual con un poderoso claroscuro pero sin humo de cigarrillo —novata o no, yo también tenía mi criterio—, aunque con la barbilla apoyada en la palma y el dedo índice extendido hacia el pómulo. La sesión fotográfica acabó en media hora. Hablamos de Berlín, donde había estado destinado hacía poco.

—¿Qué le parece el nuevo canciller? —pregunté.

—Está loco, ¿no? *Un fou*.

Dije que no le había prestado mucha atención, pero que en el poco tiempo que pasé en Berlín vi nazis suficientes para toda la vida.

Mientras estábamos de cháchara, Charbonneau me ofreció uno de sus cigarrillos franceses amarillos. Lo rechacé y encendí mi Pall Mall. Nos pusimos en pie y fumamos unos momentos sin hablar, hasta que él dijo:

—Supongo que espera que la invite a cenar.

Le enseñé mi anillo de compromiso. A Cleve se le había ocurrido que lo llevara, y lo había comprado en una tienda de baratillo. En caso de necesidad, contaba que estaba prometida con un joven de Inglaterra; eso me evitaba muchos problemas en el trabajo con mis colegas solteros, explicaba mis ausencias en las fiestas o cuando quedaban después del trabajo. Funcionó: Charbonneau levantó la mano en un remedo de disculpa.

—No lo había visto. Me rindo ante mi rival.

—Pensándolo mejor, se lo agradezco mucho. Acepto.

—Pensarlo mejor: ¿no es lo que deberíamos hacer todos?

¿Qué me llevó a aceptar la invitación de Charbonneau? Creo que fue producto de un descontento latente. ¿Por qué iba a irme a Washington Square South a pasar otra noche solitaria con mi ginebra, mi radio y mi libro? Charbonneau me parecía divertido y sospechaba que sería una buena compañía. Me dije que me lo debía.

Entusiasmado, Charbonneau sugirió que nos viéramos en el hotel Savoy-Plaza a las siete. Cogí un taxi hasta Central Park South y me reuní con él en el vestíbulo. Se mostró muy puntilloso a la hora de escoger el vino y pidió un bistec tan poco hecho que a mí me pareció crudo. Me hizo muchas preguntas acerca de mí —dónde había nacido, quiénes eran mis padres—, y, mientras disfrutaba de su amable interrogatorio y de la segunda botella de vino, de repente me encontré contándole mi vida, le relaté el fiasco de la galería Grösze and Greene y, de manera indirecta (en aquel momento no llevaba mi anillo de compromiso), que tenía una aventura con alguien de Nueva York.

—¿Y qué pasa con su pobre novio inglés?

—Bueno, es más un amigo que un novio. Es una artimaña útil.

Estábamos acabando de comer. Charbonneau iba por su segundo coñac y su segundo café. Yo bebía un vaso de oporto.

—Basta de hablar de mí —dije, buscando mis cigarrillos en el bolso—. Hábleme de su novela.

Se encogió de hombros.

—No es más que una novelita. Ciento treinta páginas. La escribí hace siete, no, ocho años, pero ahora que la publican en inglés tengo que recordar lo que escribí... Trata de un hombre que siente miedo escénico, *le trac*, lo llamamos, pero miedo escénico cada vez que ha de hacer el amor.

—Es impotente.

—No, no. ¿No ha sentido nunca miedo escénico? Es una sensación física terrible. Eres capaz de salir a escena, de hacer tu numerito, pero, se lo aseguro, *le trac véritable*... —trazó un gesto con el cigarrillo, dibujando una estrecha espiral— se

apodera de todo tu ser.

—¿Entonces es una novela autobiográfica?

Soltó una carcajada, lo bastante fuerte para que los que cenaban a nuestro lado se volvieran.

—Creo que es usted una mujer muy mala, señorita Clay. *Méchante*. No, he sentido miedo escénico, pero solo en el teatro. Cuando era joven.

—Eso es un alivio —dije.

Se me quedó mirando, y vi cómo la ceniza le caía sobre la manga. No se molestó en apartarla.

—De hecho —dijo—, me estoy tomando unas vacaciones del sexo. A título personal.

—¿De verdad?

—Sí. Me aburre un poco tanta chorrada. Toda la tontería que lo acompaña.

—Entiendo.

—Sí. Últimamente prefiero mantener una conversación con una joven hermosa e interesante... —se inclinó hacia delante y susurró— que follármela.

Me ponía a prueba, desde luego, pero Charbonneau no tenía ni idea de que ya había trabajado con el malhablado de Greville Reade-Hill, y escuché la palabra sin pestañear.

—No se trata de una cosa o la otra, sabe —dije, y a continuación me incliné hacia delante y le susurré—: Es posible mantener una conversación con alguien con quien follas.

Se recostó en su silla, con una sonrisa incierta en la cara. Creo que fue uno de los escasos momentos de su vida en que Jean-Baptiste Charbonneau no supo qué decir. Y no dijo nada, simplemente me señaló con el dedo y lo agitó en señal de advertencia burlona.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Y así era como avanzaba mi vida neoyorquina, norteamericana, a veces vagamente satisfactoria y otras vagamente insatisfactoria. Veía a Cleve siempre que podía escaparse de su mujer y de su familia, y, como compensación cuando no estaba libre, comencé a salir a cenar con regularidad con Jean-Baptiste Charbonneau: más o menos una vez por semana.

Recuerdo un viaje que Cleve y yo hicimos a California para la inauguración del puente de Santa Rosa en Sonoma: uno de los primeros grandes proyectos del New Deal que se llevaron a término, y conseguimos pasar cuatro días completos juntos, el período consecutivo más largo de convivencia que habíamos mantenido. Tomamos



un Boeing Air Transport 247 para cruzar el país, mi segundo vuelo en avión, y la vuelta a Nueva York fue el tercero. Quizá porque tenía a Cleve sentado a mi lado, quizá porque aquellos cuatro días quedaron enmarcados entre largos vuelos a través de los Estados Unidos con muchos despegues y aterrizajes, descubrí que me encantaba volar, a pesar de las turbulencias con que nos encontramos. En ningún momento experimenté alarma ni miedo, aunque supongo que hubieran estado justificados: por el contrario, me sentí eufórica por lo inverosímil que resultaba viajar en esas relucientes máquinas metálicas que se alzaban en el aire, mirar la Tierra mientras volábamos, abriéndonos paso entre las nubes hacia el azul luminoso del cielo.

Recuerdo la primera noche que Cleve y yo hicimos el amor. Sabía que iba a ocurrir, y por eso había ido a los Estados Unidos, después de todo, aunque he de admitir que el dinero fue un incentivo extra. Fuimos en coche hacia el noroeste de Manhattan, hasta Westchester County, a un bar de carretera de la Autopista 9 llamado Demarest Motor Lodge. Tomamos un almuerzo anodino, pero no habíamos recorrido todo ese trecho para comer. Había ocho habitaciones dobles con cuarto de baño en el piso de arriba.

Cleve dijo:

—Podría llevarte a casa, pero he tomado la precaución de reservar un par de habitaciones, caso de que estemos demasiado cansados.

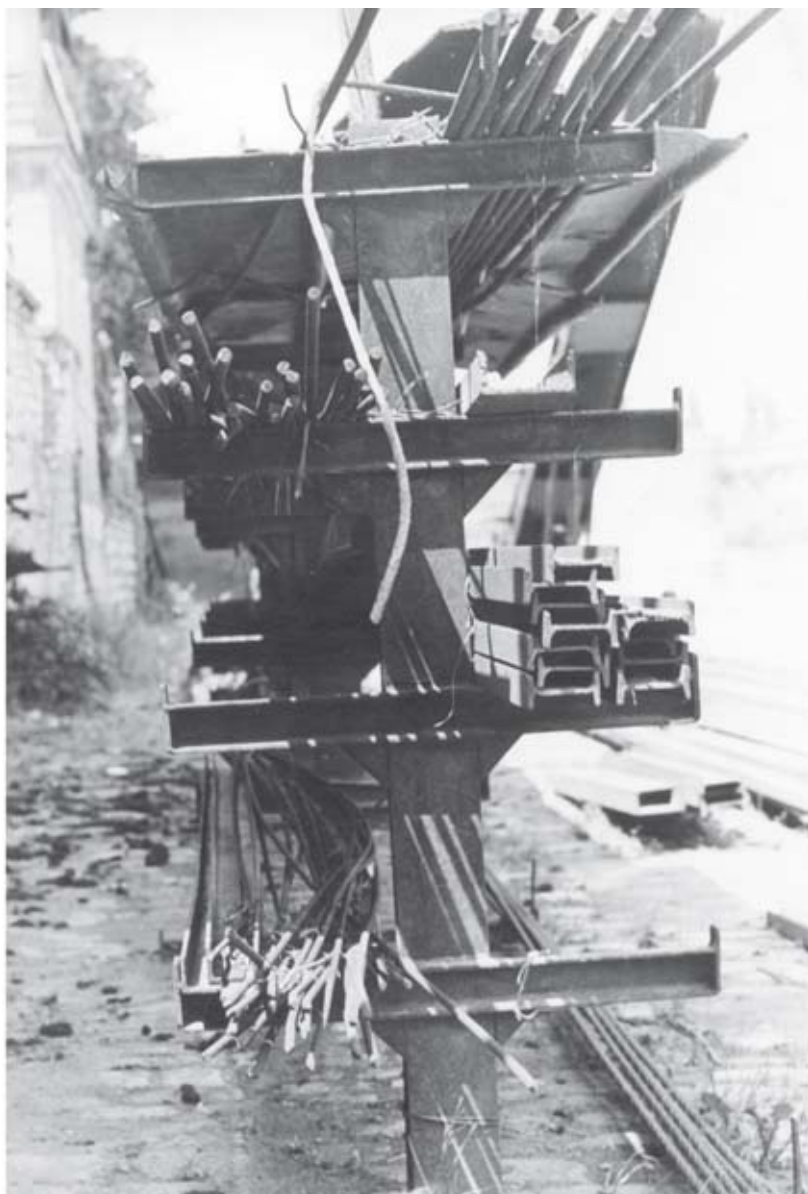
Yo dije:

—Ahora que lo mencionas, me siento demasiado cansada para volver a Manhattan. Qué buena idea.

Y subimos a nuestras habitaciones. Cinco minutos después, Cleve llamó suavemente a mi puerta.

Recuerdo que aquella noche hicimos el amor dos veces, y luego otra por la mañana. Cleve insistió en ponerse un anticonceptivo: había venido preparado. Y recuerdo, en el camino de vuelta, el estado de felicidad en que me encontraba, casi como si estuviera drogada. Recuerdo que me acurrugué en el asiento corrido y me apoyé en Cleve mientras conducía, sintiendo su calor, poniéndole la mano en el muslo. Observé por el parabrisas a la gente que vivía en las afueras y volvía a Manhattan, mientras contemplaba indolente los detalles: los colores de los coches — champiñón, gris ratón, negro reluciente, carmesí apagado— y las nubes, como grandes vigas o barrotes recortados contra el azul del cielo, como si las hubieran medido y colocado adrede a intervalos regulares. Lo contemplaba con mis ojos inocentes e ignorantes, o eso me pareció, y al tocarme el cuello sentí que mi piel estaba hipersensible, cosquilleante, fricativamente viva, debido, imaginé, al sentimiento de dicha que había en mi interior: era casi como si estuviera enfermando de gripe.

Recuerdo que cuando entré en la oficina de Phil Adler este me preguntó si me encontraba bien. ¿Por qué me lo dices? Pareces diferente, como si estuvieras en otra parte, dijo. Tardas tres segundos en contestar a mis preguntas. Oh. Entonces le dije que a lo mejor había cogido la gripe. Me mandó a fotografiar el puente de Brooklyn por tercera vez. Estaban haciendo muchas reparaciones, y yo me tomé ciertas libertades a la hora de cumplir el encargo. Fue una de mis primeras fotografías de composición, «abstracta». A lo mejor estaba inspirada. Phil dijo que no se podía utilizar.



## 2. El hotel Lafayette

Mis cenas con Charbonneau seguían una pauta. Como echaba de menos París, siempre intentaba encontrar un restaurante francés y, por muy bien que cenáramos, siempre afirmaba sentirse muy decepcionado, que lo que nos habían presentado era una parodia de cocina francesa, un fiasco a la americana. Yo a menudo le contradecía solo para despertar su indignación, pues a mi paladar inglés todo le parecía delicioso. Era muy analítico con la comida, e incluso los panecillos y la sal reclamaban su atención de gourmet. Casi sin proponérmelo, comencé a aprender mucho de lo que uno podía exigirle a la necesidad de comer: la carne, el pescado, las verduras que masticábamos y tragábamos, y que nos permitían vivir. Pero Charbonneau aplicaba a ese proceso una mentalidad tan forense que casi me parecía morbosa.

En busca de la perfecta cocina francesa en Nueva York recorrimos todos los restaurantes franceses que el Village nos ofrecía: Le Champignon, Charles, Montparnasse, y muchos más. *Pas brillant*, fue su juicio más suave.

Una noche nos encontrábamos en la cafetería Waldorf de la Sexta Avenida, donde Charbonneau afirmaba haber descubierto un Burdeos «aceptable», un Château Pavie de 1924. Él estaba en un estado de ánimo extraño y borrascoso, y ya me había criticado por mi elección del carmín —«No te sienta bien, te hace la boca demasiado fina»—, pero no le presté atención. Yo también me encontraba de un humor un tanto raro, pues hacía más de tres semanas que no veía a Cleve, de viaje por Japón y China enviado por la revista, y tampoco estaba muy tratable.

—¿No vives cerca de aquí? —me preguntó de sopetón Charbonneau.

—En Washington Square. A pocas manzanas.

—¿Por qué no me enseñas tu apartamento?

—¿Para qué quieres verlo?

—Solo quiero ver dónde vives, Amory. Conocerte mejor, ya sabes.

Así que caminamos hasta mi casa y se la enseñé. Estuvo merodeando de cuarto en cuarto, se quedó un rato mirando mis fotos, y a continuación asomó la nariz al dormitorio. Yo me estaba sirviendo un whisky con agua cuando apareció detrás de mí, me agarró los pechos y me frotó la nariz por el cuello.

—¿Qué demonios estás haciendo, Charbonneau? —dije, furiosa, dándome la vuelta y apartándolo.

—Creo que ya va siendo hora de que nos conozcamos mejor.

—O sea, que tus vacaciones sexuales han terminado.

—Sí, eso parece. Vuelvo al trabajo.

Intentó volver a sobarme, pero yo cogí el picahielo que había sobre la mesa con las bebidas y lo mantuve a raya con él.

—Novelista francés apuñalado por una fotógrafa inglesa —dije—. ¡Basta ya!

—Pero yo te deseo, Amory. Y creo que tú me deseas.

—¿Por qué quieres echar a perder una hermosa amistad como esta?

Cedió en su acoso.

—No quiero una «hermosa amistad» —dijo en tono suplicante—. Quiero algo más complicado e interesante. Más peligroso. Y ahora, si podemos ir a tu dormitorio...

—¡No, Charbonneau! *Non, merci*. Estoy enamorada de otro.

—Amor. ¿Y qué tiene que ver esto con el amor? —cogió su vaso de whisky y se sentó, farfullando para sí en tono irritado. A continuación se disculpó. Estaba cansado, no andaba muy fino, yo era una chica guapa, y su libido estaba de nuevo vivita y coleando—. No te enfades conmigo, Amory.

—No estoy enfadada. Pero no lo vuelvas a hacer.

—Lo prometo, lo prometo.

El resultado paradójico del intento de llevarme a la cama de Charbonneau y su sonoro fracaso fue que nuestra amistad se volvió más firme. Algo había salido a la luz, y había sido ahuyentado de manera explícita, pero el hecho de que hubiera surgido cambió nuestros futuros encuentros a mejor. Ahora hablábamos con tal franqueza y despreocupación que realmente parecíamos amantes. El ambiente se había despejado en todos los aspectos.

Cleve regresó de su viaje a Oriente.

—No entiendo ese mundo —dijo con una voz extraña y desconcertada—. Puedo ver lo que ocurre ante mis ojos en Shangái y Tokio, pero soy incapaz de analizarlo. Es como si me encontrara en Marte o en Neptuno.

Se calló y me miró fijamente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Mucho mejor ahora que te veo, después de todos estos años.

Pasamos la tarde haciendo el amor en mi apartamento; luego fuimos al café del hotel Lafayette, en University Place. Yo bebía ginebra con naranjada, y Cleve tomaba un café americano. En la mesa, a nuestro lado, había dos ancianas jugando a las damas. Encendí un Pall Mall.

—¿Ha ocurrido algo mientras estaba fuera? —me preguntó al ver que mi estado de ánimo era un tanto irascible, resentido.

—Han pasado muchas cosas. El mundo no ha dejado de girar, Cleve.

—Te veo un tanto diferente.

—La gente puede cambiar en cuestión de meses. Además, hace mucho que no me ves.

Miré los pequeños azulejos en forma de rombo del suelo del café: eran de un color crema pálido, con un efecto flor de un tono magenta sucio que se repetía regularmente por la sala. Cleve dijo algo en voz baja.

—¿Qué has dicho? No te he entendido.

—He dicho que te quiero, Amory. Deseo que lo sepas. Estar tanto tiempo lejos de ti me ha hecho comprenderlo.

Le miré y sentí que una gran debilidad se apoderaba de mí; le clavé la mirada, a

ese hombre apuesto, supercompetente y seguro de sí mismo con aquella nariz fina y recta y aquel tupido pelo color arena mojada. Creo que me quedé un poco impresionada, pues pensaba que nunca me lo diría, al menos sin que yo lo dijera antes. Cuando en mis fantasías intuía cómo sería nuestra vida juntos, siempre tenía la certeza de que yo sería la primera en declarar mi amor, y que él reaccionaría. Pero no, él lo dijo primero.

—Gracias —dije—. Sabes que siento lo mismo por ti.

Extendió el brazo y me cogió la mano.

—Cuando te vi aquella noche, en medio de aquella estúpida galería, supe que algo me había ocurrido.

Me sentí envalentonada.

—Y aquí estamos —dije—. Dos años después. Así pues, algo te ha ocurrido, pero ahora nos ha ocurrido algo *a nosotros*, Cleve, ¿es que no lo ves? —lo dije con un énfasis deliberado.

—Lo sé —dijo, frunciendo el entrecejo de repente—. Lo sé. No he sido justo —hizo una seña al camarero para que le trajera otra copa—. Quiero que vengas a casa. Quiero que conozcas a Frances.

—Has perdido completamente la...

—La semana que viene es su cumpleaños. Vamos a dar una gran fiesta. Habrá cientos de personas. Solo tienes que verlo por ti misma. Conocerla.

—¿Por qué estoy teniendo un horrible presagio?

—Si vienes, todo será mil veces mejor. Ya lo verás —dibujó su ancha sonrisa, sin enseñar los dientes—. Vamos a estar juntos, Amory. Siempre. No puedo dejarte ir.

¿Qué podemos saber de los instintos humanos? Mi fantasía se preguntaba si el interés sexual que Charbonneau había manifestado por mí había transformado de manera sutil mi actitud hacia Cleve. Era época de celo y había otro macho rondando por el barrio. Creo que nuestra naturaleza de la Edad de Piedra todavía funciona poderosamente en ciertas situaciones —sobre todo las que tienen que ver con el sexo y la atracción mutua— y se siente en las tripas, muy por debajo de la piel, lejos del cerebro. Pero lo mirara como lo mirara, me sentía estúpidamente feliz recordando sus últimas palabras: Vamos a estar juntos, Amory. Siempre. No puedo dejarte ir.

La siguiente vez que cenamos juntos, en un restaurante muy malo de la periferia del centro llamado P'tit Paris, Charbonneau estaba de lo más provocador. Mientras consultábamos el menú, se pasó diez minutos denigrando el apóstrofo.

—Taciturno, irascible, egoísta, malcriado —dije.

—¿De qué hablas?

—De ti. Ojalá hubiera traído la cámara —dije, intentando que dejara de lamentarse—. Habría sacado una gran foto: *Francés enfadado*.

No le hizo gracia.

—He visto tus fotos —dijo.

—¿Y qué me quieres decir con esto?

—Crees que eres una artista. He leído los títulos: *Niño con paleta de ping pong*, *Niño corriendo*.

—Te equivocas —dije—. Creo que soy fotógrafa, no artista. Les pongo títulos a mis fotos para poder recordarlas, no para hacerlas pretenciosas. Pero hay grandes artistas que son fotógrafos —comencé a nombrarlos—: Stieglitz, Adams, Kertész, August Sander...

—Eso no es *arte* —dijo, interrumpiéndome de manera agresiva—. Tú apuntas con tu cámara. *Clic*. Es un mecanismo —sacó su estilográfica del bolsillo de la americana y me la ofreció—. Aquí está mi pluma —se volvió hacia el menú—. Aquí hay un trozo de papel en blanco. Dibuja un «Francés enfadado» y debatiremos si es arte o no.

No iba a entrar en esa discusión desde ese punto de vista.

—Pero tienes que admitir que hay grandes fotógrafos —dije.

—De acuerdo... Hay fotos memorables. Fotos extraordinarias.

—Así pues, ¿qué las convierte en memorables o extraordinarias? ¿Qué criterio utilizas para juzgarlas? ¿Para llegar a esa decisión?

—No me paro a pensarlo. Simplemente lo sé. Instinto.

—Entonces quizá deberías pararte a pensarlo. Juzgas una gran foto del mismo modo que juzgas un gran cuadro, una película, una obra de teatro, una novela o una estatua. Es arte, *mon ami*.

—¿Podemos largarnos de esta mierda del P'tit Paris y tomar una copa de verdad en otra parte?

—Tengo que acostarme temprano —dije—. Mañana voy a una fiesta de cumpleaños en Connecticut.

Charbonneau me lanzó una mirada perspicaz. Ya sabía demasiado de mí.

—Ah. El amante americano. ¿Vas a conocer a su mujer y sus hijos?

—Voy a cambiar mi vida.

### 3. El momento decisivo

Phil Adler y su mujer, Irene, me llevaron en coche hasta New Hastings, Connecticut. Me recogieron delante de la estación Grand Central con su Studebaker familiar —con sus paneles laterales de madera, tuve la impresión de viajar dentro de un cobertizo móvil—, y nos fuimos zumbando hasta Connecticut. Gran parte del personal de *GPW* estaba invitado a la fiesta, me dijeron. El tiempo era frío, lloviznaba, impropio del final de la primavera; yo iba en la parte de atrás del coche, arropándome con mi abrigo de piel de camello, y me alegraba de haberlo llevado.

—¿Habéis estado antes en su casa? —pregunté.

—Sí —dijo Phil—. A veces Cleve da una gran fiesta el Día del Trabajo.

—Yo no he estado nunca —intervino Irene—. Normalmente no van las esposas.

—¿Y por qué hoy es diferente? —pregunté.

—Creo que es porque ella cumple cuarenta años —dijo Phil.

—¿Frances?

—La misma.

—O sea, que es mayor que Cleve.

—Hoy vas lanzada, Amory —dijo Phil.

—No, lo que quiero decir es... No se me había ocurrido que... —de repente mi cerebro era un torbellino—. ¿Cómo es Frances?

—Guapa, sofisticada...

—¿Rica?

—Ya lo creo —dijo Irene con énfasis.

—¿Inteligente?

—Bryn Mawr —era una de las siete universidades de mujeres de los Estados Unidos.

—O sea —dije—, que es guapa, sofisticada, rica e inteligente —comprendí que Greville lo habría hecho mejor. No me formaba ninguna imagen clara de Frances Finzi, así que les hablé a Phil y a Irene del juego de Greville, de cómo a cualquiera se lo podría resumir en cuatro adjetivos bien escogidos.

—Eso es muy inglés —dijo Irene—. Muy inglés.

—¿Conoces a Frances? —le pregunté.

—Me la presentaron una vez. Hace años.

—Muy bien. Pues entonces descríbeme a Frances Finzi en cuatro adjetivos.

Se lo pensó un momento.

—Fría, condescendiente, elegante, plutocrática.

—Eso no es justo —dijo Phil—. Que heredara dinero no es culpa suya. Yo habría dicho «afortunada» —se lo pensó un segundo—. Quizás eso no es apropiado.

—Su padre es Albert Moss —me explicó Irene—. Moss, Walter & Co. El banco de inversión, ¿te suena? Forma parte de la estampa. Lo siento. Es muy plutocrática a su manera. Espera a ver la casa.

Irene comenzaba a caerme simpática: era una mujer menuda, de facciones afiladas y unos ojos inteligentes y perspicaces.

—Creo que el adjetivo *plutocrático* es inapropiado —dijo Phil—. Yo no lo veo así.

—Dice Phil, siempre tan leal —añadió Irene—. Justamente.

La casa de los Finzi en New Bristol era una impresionante mansión neocolonial de ladrillo rojo rodeada de exuberantes jardines. Tenía un tejado a cuatro aguas con poca pendiente y un ancho alero. Había un gablete central y un extraño porche redondeado con columnas, y todas las ventanas de la planta baja eran de frontón partido. Un tanto recargada, me dije: el porche circular parecía una ocurrencia posterior, y no muy acertada, pues echaba a perder las limpias líneas.

Unos hombres de impermeable rojo nos indicaron que aparcáramos en una hilera de césped situada en una zona inferior, delante de la casa, y luego más hombres de impermeable rojo, armados con paraguas abiertos (en aquel momento lloviznaba de verdad) nos condujeron por un sendero de ladrillo hasta la casa propiamente dicha, y por el lateral hasta un amplio césped posterior donde tenía lugar la fiesta.

Sobre ese jardín principal situado detrás de la casa había una carpa con adornos. Una banda de jazz tocaba en un extremo, y en el otro unos chefs con gorro dispensaban comida caliente de unos calientaplatos alineados. Circulaban camareros y camareras con jarras de cóctel de frutas, con y sin alcohol.

A pesar del evidente gasto que allí se exhibía, el ambiente era informal. Los hombres iban de *sport*, algunos sin corbata. Los niños corrían perseguidos por niñeras. El subtexto era una naturalidad despreocupada y rebosante de dinero, aunque el mensaje principal estaba claro: pasadlo bien, comed y bebed, pasead por nuestros amplios jardines; pero por encima de todo, divertíos.

Tuve la impresión de que iba demasiado arreglada: me había puesto un vestido negro con lentejuelas con un cuello capa y unos zapatos a dos colores blancos y negros de tacón bajo, así que decidí no quitarme el abrigo. De todos modos, hacía mucho frío. Pero no era el tiempo lo que me ponía nerviosa e irritable, sino la incertidumbre. Abandoné a Phil y a Irene en cuanto me pareció educado hacerlo y fui en busca de Cleve.

Lo encontré en la terraza de atrás —un porche plataforma alargado con balaustrada— en compañía de otros cuatro hombres. Cleve fumaba un puro y llevaba un traje de sirsaca azul claro, una corbata malva y unos zapatos de lona color crema. Pasé por delante de ese grupo dos veces para que pudiera verme, y a continuación busqué un rincón en la otra punta de la terraza y le hice una foto con la pequeña Voigtländer que llevaba en el bolsillo. Me había entrado el perverso deseo de sacar una foto a la legendaria Frances, por lo que había decidido traerme la cámara, por si acaso. Ahora me daba cuenta de que no era una buena idea, un poco intimidada por la magnitud y ostentación del hogar de los Finzi. Esperé.



Cleve estaba a mi lado dos minutos después. Nos estrechamos la mano. Me pareció que sus ojos desbordaban sentimiento, casi lloraban.

—Gracias por venir —dijo—. Estaba convencido de que te echarías atrás.

—Cómo no iba a venir...

—Esto significa mucho para mí, Amory.

—Espero que... —comencé a decir, pero de repente ya no recordé lo que esperaba.

—Ven a conocer a Frances.

Dejé mi Voigtländer dentro del bolso, sobre una mesa de hierro forjado, y seguí a Cleve hacia la casa, procurando, en vano, apartar toda la presión de mi mente.

El interior era espacioso y estaba decorado con gusto, aunque también un poco recargado. No había ni un rincón vacío: mesas y sillas aquí y allá, macetas con helechos y palmeras. Estaba completamente pintado en colores pastel, y los desmesurados arreglos florales sobre todas las superficies disponibles creaban una sensación ligeramente opresiva de elegancia abigarrada.

Mientras cruzábamos el vestíbulo de mármol a cuadros beis y marrones, dos niños se acercaron hacia Cleve corriendo y gritando: «¡Papá! ¡Papá!». Les ordenó que se estuvieran quietos y me miraran.

—Este es Harris y este es Lincoln —dijo Cleve, presentándose a sus hijos (supuse que tenían seis y cuatro años, o siete y cinco: nunca se me dieron muy bien las edades de los niños).

Me tendieron la mano y se la estreché.

—Hola, yo soy Amory.

Ellos también dijeron hola, de manera educada, obediente e indiferente. Uno era moreno y el otro rubio: dos niños feúchos de pelo corto, con un peinado y una cara idénticos: en ninguno de los dos vi el menor rastro de Cleve.

—Y ahora marchaos —dijo Cleve—. Amory va a saludar a mami.

Los dos chavales se fueron corriendo por el vestíbulo y Cleve me condujo a una sala espaciosa y alargada con cuatro ventanas en saledizo que daban al césped de atrás. Había un piano de media cola, media docena de sofás mullidos y una mesa cubierta de botellas. Sobre la chimenea colgaba un ostentoso retrato de dos metros de una mujer del siglo pasado, enfundada en un vestido de baile de seda y envuelta en pieles de tití.

Cleve alzó la voz.

—¿Frances? ¿Estás aquí? —se volvió hacia mí—. ¿Quieres una copa?

—Ya lo creo que sí, querido. Coñac con soda. Y grande —tuve que recordarme que ese hombre era mi amante, que habíamos estado en la cama juntos días atrás. El hecho de conocer a «mami» no lo cambiaba ni un ápice.

Cleve se acercó a la mesa de las bebidas y comenzó a preparar una copa, y yo me di la vuelta y me encontré con una mujer enfundada en un vestido para el té de organza color albaricoque que avanzaba a través de unas puertas dobles en la otra

punta de la habitación. Iba en silla de ruedas. Rodó silenciosamente hacia mí a través del parqué.

Cleve me entregó mi coñac con soda y sonrió.

—Amory Clay, deja que te presente a Frances Moss Finzi.

Nos estrechamos la mano con una sonrisa engorrosa. Observé que llevaba unos guantes de ante grises y muy finos. Tuve la impresión de tocarle la piel. A pesar de mi sonrisa, mi mente era una zona siniestrada: se caían los puntales, el techo se derrumbaba, se declaraban incendios, los hombres chillaban e irrumpían oleadas de agua.

—Hola —dijo Frances Moss Finzi con una voz grave de fumadora—. Encantada de conocerte.

—Amory es nuestra nueva fotógrafa estrella. Viene de Inglaterra.

—Enhorabuena. Me gustaría fumar un cigarrillo, Cleve.

Cleve buscó una caja de latón adornada con figuras, ofreció cigarrillos, que se escogieron y encendieron. Yo dije que no, gracias, dando un sorbo a mi potente coñac. Frances tenía una cara inusual, fascinante. Unos ojos azul pálido de párpados caídos, la frente alta, un rostro varonil: y solo la afeaba la desacertada permanente que le ondulaba el pelo color caoba, rizado por encima de las orejas. En mi opinión, podía permitirse algo mejor.

—Feliz cumpleaños —dije levantando mi copa.

—Un momento decisivo —dijo, rechazando la felicitación con una sonrisa—. Nadie se libra. Eso es un consuelo.

Me pregunté si lo decía por mí. Mientras tanto charlamos educadamente. ¿Qué me parecía Nueva York, viniendo de Londres? ¿Tenía un apartamento decente? Adoraba el Village. La fotografía era el arte democrático de nuestro tiempo. A ella también le encantaba sacar fotos. *Clic, clic, clic.*

—¿Por qué no me sacas fuera con los demás, Cleve? Y tráeme un chal. Desafiaré los elementos.

Los seguí hasta la terraza y luego me alejé, despidiéndome de los dos por el momento. Me dirigí corriendo a la carpa, donde engullí un vaso del ponche de frutas con alcohol y fumé un cigarrillo.

Phil e Irene pasaron a mi lado.

—Mira, aquí está Amory. Creíamos que te habíamos perdido. ¿Te lo pasas bien?

—¿Por qué no me lo has dicho, Phil?

—Decirte ¿qué?

—Que Frances iba en una pu..., en una maldita silla de ruedas.

—Pensaba que lo sabías. Todo el mundo lo sabe.

—Yo no.

—Es como los aparatos ortopédicos de Roosevelt. Nuestro estimado presidente es cojo. Todo el mundo lo sabe, y nadie se molesta en mencionarlo.

—Bueno, pues me ha impresionado un poco. ¿Qué le pasó?

—Un accidente de coche —dijo Irene—. Poco después de que naciera el hijo pequeño.

—Lincoln —dijo Phil—. No. Harris. ¿Lincoln? ¿Cómo se llama el pequeño?

—Lincoln. Hubo un choque —continuó Irene—. Fue terrible. Y desde entonces va en silla de ruedas. Con los dos niños pequeños... Muy triste.

Yo hacía mis cálculos. Si Lincoln tenía cuatro o cinco años, ella ya llevaba mucho tiempo en silla de ruedas. Miré a mi alrededor, un tanto alterada, y vi que Cleve me hacía señas desde una de las aberturas de la carpa.

—Vuelvo enseguida —dije antes de marcharme.

Cleve y yo nos dirigimos al jardín, donde bajamos un amplio tramo de escaleras en dirección a un lago ornamental flanqueado de juncos y cardenchas. Una docena de gansos se deslizaban sobre el agua. Había un embarcadero recubierto de molduras en forma de galletas de jengibre, y, allí amarrada, una canoa gigantesca de proa extravagante.

—Creo que se te olvidó decirme que tu mujer estaba confinada en una silla de ruedas —dije procurando controlarme.

—Ni siquiera pienso en ello. Han pasado muchos años.

—Bueno, pues para mí ha sido una sorpresa. Por decirlo de una manera suave. Se me quedó mirando.

—Sabes lo que siento por ti, Amory. Esto no cambia nada.

—Lo siento, pero creo que sí.

—Necesitaba que lo vieras por ti misma.

—¿Por qué?

—Porque es evidente que no puedo dejarla.

—Es evidente.

—Yo conducía el coche cuando tuvimos el accidente. Los dos habíamos bebido, pero no fue culpa mía. Un chaval que conducía el Buick de su padre nos dio un golpe y rodamos por un terraplén. Yo me di un golpe en un codo. Frances se rompió la columna vertebral, y se quedó parapléjica.

—Dios mío. Qué horror.

Permanecimos en silencio junto al lago, contemplando el agitarse de sus aguas de color pizarra. Me abracé, tenía frío. Sentía la abrumadora necesidad de marcharme.

—Por eso quería que la conocieras —dijo con su tono tan razonable—. Para que pudieras comprenderlo.

—Comprender ¿el qué?

—Lo que tendremos. Tú y yo.

—Me he perdido. ¿De qué estás hablando? ¿Qué tenemos? Tú y yo.

—Todo. Todo... menos el matrimonio. Pero de todos modos, somos un matrimonio de dos personas, de dos mentes, en todo menos en sus formalidades jurídicas —me miró fijamente—. Quiero besarte. Abrazarte. Lo demás son solo palabras. Quiero que sientas cuánto te amo. Te quiero, Amory. Necesito que formes

parte de mi vida.

—Necesito pensar... —creí que iba a desmayarme y caerme al agua fría del lago. Retrocedí—. Pensar en todo esto. Tengo que asimilarlo.

Me di la vuelta y me alejé sin volver la vista atrás. Me acordé de algo que repetía mi padre: «La apatía es un estado de ánimo muy infravalorado —me dijo en una ocasión—. Si te parece que tienes que tomar una decisión, entonces decide no tomarla. Deja que pase el tiempo. No hagas nada». Y eso fue lo que decidí hacer. Regresé a la terraza, recogí mi bolso y mi cámara y me fui a buscar a Phil Adler.

Phil dijo que él e Irene todavía no querían marcharse, pero que me acompañarían a la estación de New Hastings, donde podría coger un tren de regreso a la ciudad. Se fue a buscar su coche mientras yo daba vueltas por el vestíbulo y el gran salón, procurando que mi mente permaneciera apática e ignorara las clamorosas contradicciones que hacían cola para dejarse oír. Mientras deambulaba por allí, intentando mantener la mente en blanco, vi una pequeña fotografía enmarcada sobre una mesa, entre otras muchas. Era una foto espontánea de Cleve y Frances, que no miraban a la cámara, casi de perfil, los dos vestidos de manera informal y tomada al principio de su matrimonio, imaginé, mucho antes del accidente. Cogí el marco —de concha— y aparté los pequeños clips de la parte de atrás. Me metí la foto en el bolsillo e introduje el marco en un cajón de la cómoda. No tenía ni idea de por qué lo había hecho, ni qué me había impulsado. Supuse que era una especie de trofeo, algo que había robado y podría conservar para recordar aquella fría tarde en Connecticut: el símbolo de algo que había acabado o estaba a punto de acabar.

Regresé al vestíbulo y vi que Frances se despedía de una pareja. Me quedé paralizada, pero en ese momento se giró y me vio. Dio la vuelta a su silla de ruedas y avanzó hacia mí, con su vacua sonrisa de anfitriona en la cara.

—No se marchará tan pronto, ¿verdad?

—Regreso a Inglaterra mañana —mentí sin ninguna dificultad—. Todavía tengo que recoger muchas cosas.

Levantó la mirada hacia mí desde su silla: un hermoso asiento de ébano y de mimbre blanqueado, la silla de ruedas más elegante que se podía comprar con dinero, me dije, aunque su expresión era la misma que si me observara desde un trono elevado, tal era su regia altivez y la condescendencia de su actitud.

—Cleve se acuesta con usted, ¿verdad?

—¡No sea absurda! En serio, menuda...

—Claro que sí. Siempre adivino quiénes son sus chicas.

—Me niego a dignificar esta vergonzosa acusación mediante ningún tipo de...

—No es usted la primera desde mi accidente, señorita Clay. Debe de ser la cuarta o la quinta..., tampoco llevo la cuenta. De todos modos, de una cosa estoy segura: no será la última.

Se fue, no sin antes ofrecerme una sonrisa de lástima. Vi cómo se alejaba por el vestíbulo. Petulante, asustada, poderosa, amenazada. Phil Adler asomó la cabeza por

la puerta principal. ¿Lista para irnos?



CLEVELAND Y FRANCES FINZI, ALLÁ POR 1929, ANTES DEL ACCIDENTE. LA FOTO QUE ROBÉ.

## 4. Al sur de la frontera

Después del Incidente de Connecticut —que era el nombre que le había puesto—, no me sentía con ánimos de ver a Cleve. En la oficina dije que me habían diagnosticado una pleuresía grave, y que tendría que pasar al menos una semana en la cama.

Naturalmente, Cleve telefoneó, pero no lo cogí. Y luego se presentó en Washington Square, llamó al timbre de abajo, consiguió que alguien le dejara entrar y se puso a aporrear mi puerta, y como no le contesté, deslizó una nota por debajo que decía: «Te he telefonado. Tenemos que hablar. Todo va bien. Te quiero, C.».

Me pregunté en qué mundo vivía que le permitía afirmar que «Todo va bien». Yo no odiaba a Cleve ni le culpaba de nada, tan solo me asombraba lo pagado que estaba de sí mismo.

Y una cosa extraña: había revelado el rollo de película de mi Voigtländer, pues estaba impaciente por ver la foto que había tomado a escondidas de Cleve desde el extremo de la terraza. No era muy buena, pero en esa película me encontré con una imagen que yo no había hecho. Era un plano largo en el que se nos veía a Cleve y a mí junto al lago, charlando. ¿Quién había sacado esa foto? Alguien había cogido mi Voigtländer, había captado ese momento y lo había conservado. Y me pregunté quién era ese alguien que había querido que yo lo viera, o al menos había sabido que lo vería algún día... ¿Phil Adler? ¿Irene? ¿Un desconocido? No. Sospeché que era obra de la mano enguantada en ante de Frances Moss Finzi. Eso me preocupó.

Y entonces, siguiendo el transcurso perverso e improvisado de la vida, llegó un telegrama que lo cambió todo, remitido por Hannelore Hahn, en el que anunciaba que ella y su compañera de viaje, Constanze Auger, estaban en Nueva York para pasar unos días antes de trasladarse a México. Teníamos que vernos.

Nos encontramos en el hotel Brevoort de la Quinta Avenida. Hanna había cambiado: llevaba el pelo largo, hasta los hombros; lucía un vestido de crepé de china color crema, con un cuello de terciopelo rojo. Ahora era Constanze Auger la que lucía un aspecto de chico guapo, el *bubi*: tenía el pelo rubio y corto, con un grueso rizo que le colgaba sobre un ojo; cara bronceada; vestía una torera azul marino con hombreras sobre unos pantalones muy anchos verde manzana, zapatos con cordones y sin tacón; y toda esa masculinidad se veía desmentida por unos pendientes azabache. Como persona era muy adusta y tensa, algo de lo que me di cuenta al minuto de conocerla: carecía de la desenvoltura y del sardónico sentido del humor de Hanna. Para Constanze, era como si su vida fuera una seria misión, como si poseyera una trascendencia que solo ella podía apreciar o comprender, y en la que la «diversión» no jugaba ningún papel. Era muy atractiva, delgada, alta: en el Brevoort todo el mundo se giraba para verla. Dijo que era periodista: ella y Hanna iban a México a escribir un libro; Constanze se encargaría del texto y Hanna de las

fotografías.

Mientras escuchaba sus planes y su itinerario, me di cuenta de que las envidiaba. Una poderosa ráfaga del aire que se respiraba en Berlín, con esa sensación de que todo era posible, atravesaba ahora Greenwich Village y parecía poner de relieve la realidad del lugar y sus habitantes. Comimos, bebimos, fumamos y nos reímos... Al final incluso Constanze se rio. Era como si estuviéramos de nuevo en el Klosett-Club. El Brevoort, que yo había escogido deliberadamente, el palpitante corazón intelectual del Village, parecía un lugar esclerótico, tímido, pobre, provinciano.

Pero quizá era mi estado de ánimo amargado y dolido lo que me hacía pensar eso. A medida que me iba emborrachando, pidiendo repetidas rondas de bourbon con ginger ale, que ahora era mi copa preferida, les acabé contando mi aventura con Cleve y el fiasco del fin de semana en New Hastings.

—Te diré una cosa, Amory —afirmó Constanze, mientras encendía un cigarrillo liado a mano—. Lo hizo a propósito. Está..., ¿cómo expresarlo?..., marcando los límites del campo y colocando los palos de la portería en una configuración distinta.

—El campo de juego. Según sus propias reglas, quieres decir. Sí...

—¿Cómo fue capaz de presentarte a su mujer inválida? —dijo Hanna, en un tono realmente enfadado—. Me parece muy desagradable.

—Es solo que él ve el mundo de una manera distinta —dije, con la sensación de que, en cierto modo, tenía que defender a Cleve—. Algo que a mí, o a cualquiera, nos parece difícil, o un problema, a él no se lo parece. Todo se puede solucionar.

—A esa actitud se le llama arrogancia —dijo Constanze—. ¿O es *solipsismus*? Yo vivo solo en mi mundo. No tengo problemas. ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

—No creo que tenga la menor idea de cómo le veo yo —dije un tanto confusa, con la mente enturbiada por el alcohol y perdiendo la coherencia—. Creo que se indignaría si lo llamara arrogante. Se escandalizaría.

Hanna me cogió la mano.

—No puedes quedarte aquí..., en medio de esta situación. Es imposible, *liebchen*. ¿Por qué no te vienes con nosotras?

—¿A México?

—Sí —dijo Constanze—. Trae la cámara. Dos fotografías y una escritora. Nos saldrá un libro maravilloso.

En mi estado de ánimo de agradable ebriedad autocompasiva, aturdida y heroica por culpa del alcohol, en compañía de esas mujeres vibrantes y seguras de sí mismas, me pareció la solución perfecta. Tenía dinero en el banco, sería una aventura y, lo más importante, le enseñaría a Cleve que no estaba dispuesta a ser una pieza más en su visión sesgada y solipsista de nuestro futuro.

Al día siguiente quedé con él. Nos encontramos en su oficina a la caída de la tarde. Estaba muy tranquilo.

—¿Cómo te sientes, Amory?

—Mucho mejor, gracias. Necesitaba descansar.

—Desde luego.

Estaba sentado detrás de su ancho escritorio, sin americana, con unas ligas para camisa de alambre trenzado que le mantenían los puños perfectos. Deseé, y no por primera vez, haber traído la cámara para captar a Cleve en aquel momento, con los ojos llenos de mensajes a pesar de su comprometida posición como mi jefe, con todas aquellas contradicciones reunidas en una habitación: informal, formal; redactor jefe, adúltero; hombre apuesto, marido que no daba la talla; una persona con influencias que está a punto de encontrarse con una situación en la que no puede hacer nada.

—Lo dejo —le solté, utilizando a sabiendas la expresión americana.

—No, no lo dejas. No lo acepto.

—No eres tú quien decide. Me vuelvo a Londres.

Creo que se quedó realmente estupefacto. No se lo esperaba ni de lejos.

—No hagas nada precipitado —dijo.

—Es todo lo contrario. Antes sí que vivía de manera precipitada.

—Tómame unas vacaciones. Ya se me ocurrirá algo. No te preocupes.

—No necesito que se te ocurra nada, Cleve, por una vez en la vida —le contesté; y mientras me notaba vacía por dentro retoñaba el amor que sentía por él, sin mi voluntad ni consentimiento. El hombre al que siempre se le ocurría algo. Al que se le podía ocurrir cualquier cosa. No.

Me puse en pie y le tendí la mano, insegura de ser capaz de hablar sin que se me quebrara la voz; había una secretaria justo al otro lado de la puerta. Me cogió la mano y la apretó.

—Amory... Se me ocurrirá algo. Esto no ha terminado. Llámame cuando llegues a casa. Iré a verte a Londres —y en silencio, sus labios dijeron: Te quiero. Te quiero.

—Adiós, Cleve —mi voz fue tan solo un susurro para disimular la emoción—. Yo también te quise, durante un tiempo.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Le mentí a mi hermana, Dido. Me acosté con una mujer, una vez. Fue con Constanze Auger en Guadalajara, México, en 1934, aunque ahora estoy convencida de que todo lo preparó Hanna. Habíamos llegado a Guadalajara y encontrado un hotel limpio y pequeño, con agua corriente y potable y electricidad... y de repente Hanna tuvo que irse a Ciudad de México para resolver un problema con su permiso de residencia en el consulado alemán, o algún lío burocrático que la retuvo un par de días.

Así que Constanze y yo nos quedamos solas en el hotel —mal llamado Emporia Paraíso—, esperando a que regresara Hanna. Nos sentíamos bastante cómodas una con otra, pues los papeles que jugábamos en nuestra aventura al sur de la frontera



estaban claramente definidos. Sin embargo, a medida que el primer día tocaba a su fin me pareció que yo solo estaba de oyente, pues Constanze no dejaba de hablar apasionadamente acerca del libro que ella y Hanna iban a crear (con una pequeña aportación mía, quizá). Era un poco maníaca, pero por aquel entonces yo era incapaz de reconocer a los auténticos maníacos.

La primera noche llamó a mi puerta y me dije: «Dios mío, no más monólogos», pero antes de que pudiera encender la luz, se quitó su pijama de algodón y se me metió en la cama. Nos besamos: su lengua tocó la mía. Existe un instinto animal de excitación que se despierta al instante cuando dos seres humanos, de cualquier sexo, se encuentran desnudos y se aprietan uno contra otro dentro de los confines de una cama y en la oscuridad de una habitación. Por mucho que hayamos pensado: «No, esto no es para mí, gracias», la estrecha proximidad de un cuerpo cálido y sin ropa activa mecanismos distintos. Puede que esa acometida de lujuria atávica no dure mucho, pero se deja sentir rápidamente. Constanze y yo seguimos besándonos. Ella me besuqueó los pechos, yo le pasé la mano por la espalda y le apreté las nalgas. Tenía el pecho increíblemente plano, como una adolescente, unos pequeños montículos con pezones, y me daba la impresión de estar en la cama con un muchacho alto y ágil (aunque faltara el componente clave) y sentí ese impulso sexual. A lo mejor hubiera ocurrido algo, pero de repente ella pidió que encendiera la luz, cogió uno de mis cigarrillos norteamericanos y se quedó tumbada a mi lado, fumando. Entonces se puso a hablar de su libro y de que ahora comenzaba a dudar que Hanna fuera la fotógrafa adecuada para cumplir las ambiciones que había depositado en él, como si aquellos últimos minutos en la cama nunca hubieran ocurrido. Y mientras yo permanecía echada a su lado, desconcertada, la excitación me iba abandonando. Yo también había encendido un cigarrillo, y me pregunté si me estaba ofreciendo el trabajo porque era fotógrafa y formaba parte del séquito de la caravana Constanze. *Nein, danke, Constanze...*

A continuación dijo que se sentía cansada, me dio un beso de buenas noches, se puso el pijama y se marchó. Hanna regresó al día siguiente, y en cuanto estuvimos a solas me preguntó si Constanze y yo nos habíamos acostado. Dije que sí, más o menos.

—Constanze es muy agresiva —dijo Hanna, amable e impasible—. Como nosotras..., tú y yo..., nos conocimos en Berlín, Constanze te quería... para ella.

—Bueno, pues no me ha conseguido.

Entonces Hanna comenzó a preparar un plan. Al parecer Ciudad de México ya no formaba parte de nuestra ruta. En lugar de eso íbamos a dirigirnos a Costa Rica para encontrar algún lugar donde alojarnos en San José. La dejé seguir hablando, mientras la escuchaba solo a medias. Luego se nos unió Constanze, que me besó con afecto, casi de manera posesiva —igual que una tía besa a su sobrina favorita— en la frente, algo que no había hecho hasta entonces. Y enseguida supe que tenía que abandonar a esas dos mujeres y su relación compleja e insondable y regresar a Londres. Ya no me

quedaba nada que hacer allí; no era más que un apéndice, un juguete, un acicate para unas escaramuzas emocionales en las que no deseaba participar. Ya no iba a volver a Nueva York, y el viaje con Hanna/Constanze por América Latina estaba destinado a terminar en alguna tensa crisis, de eso no cabía duda. Había llegado el momento de hacer un mutis discreto; había llegado el momento de volver a encarrilar mi vida.

## **Libro cuarto: 1934-1943**

# 1. Camisas negras

Aquel verano londinense me despertaba muy temprano: el alba parecía llegar a las cinco de la mañana, y una vez más, por enésima vez, despachado el sueño, resolvía sustituir mis finas cortinas estampadas por algo más opaco y tenebroso. Solía dar vueltas bajo las sábanas, golpeaba las almohadas e intentaba volver a dormirme, pero sin éxito. Y al final salía de la cama, me enfundaba la bata, me dirigía a la cocina, ponía el hervidor al fuego, encendía el gas y dejaba que el día comenzara.

Ahora vivía en Chelsea, en King's Road, en un pequeño apartamento en la planta superior de un edificio que estaba a medio camino entre el ayuntamiento y Paultons Square. Debajo tenía el dúplex que alquilaban el escritor Wellbeck Faraday y su esposa norteamericana, May, que era escultora, y debajo de ellos había una tienda, una ferretería. Los Faraday se iban a la cama muy tarde, siempre mucho después de medianoche, y no eran de los silenciosos. Cuando me despertaba temprano siempre procuraba ponerme las zapatillas o caminar descalza para no despertarlos, pues me caían bien. Creo que yo también les caía bien, porque siempre me invitaban a cenar para que conociera a sus amigos, aunque yo mantenía las distancias hasta cierto punto, y alegaba tener mucho trabajo. Ellos llevaban una vida complicada (¿y quién no?). May Faraday tenía un estudio en Fulham, y mientras ella estaba fuera, Wellbeck recibía visitas, sobre todo femeninas. Cuando nos quedábamos a solas, May solía preguntarme si alguien iba a casa cuando ella no estaba, pero yo siempre afirmaba que no sabía nada. Me habían alquilado el piso de arriba, de manera que de hecho eran mis caseros, y yo quería que ellos me consideraran la inquilina ideal.

Me sentaba en silencio en mi pequeña cocina y me preparaba un té mientras contemplaba cómo el sol aparecía a través de las copas de los plátanos de Dovehouse Green. Me comía un bollo de Bath un tanto rancio que cogía de la panera y regresaba a mi dormitorio para escoger el vestido que me pondría aquel día. Las oficinas de *Global-Photo-Watch* estaban en Shoe Lane, al lado de Fleet Street, y la plantilla al completo la formábamos mi secretaria, Faith Postings, y yo, pero como yo me consideraba la «directora» (y era el título que tenía), por alguna razón perversa creía que debía vestir acorde con ese papel, y siempre intentaba estar elegante. Como diría mi madre: nunca sabes a quién te puedes encontrar; siempre es mejor salir por la puerta grande, y muchas otras homilías. Aquella mañana escogí un traje pantalón de dos piezas y color beis de ondas crochet y una blusa sencilla color chocolate con pajarita. Cleve había insistido en que disponía de gastos para vestuario, y me lo había tomado al pie de la letra. Mi armario estaba hasta los topes, pero me veía un poco como una farsante: esa «directora» no era realmente yo.

Todavía pensaba eso mientras seguía el trayecto de diez minutos por King's Road hasta la parada del metro de Sloane Square, donde tomaba el tren hasta Blackfriars. Desde ahí había otros diez minutos a pie hasta la oficina. Llegaba antes que Faith y hacía un té. Ella aparecía puntualmente a las ocho y media, y fingía consternación al

verme ya en mi escritorio, el té preparándose.

Faith Postings era una muchacha grandota y desgarbada de Bermondsey, de veintipocos años, y una trabajadora diligente e infatigable. Creo que prácticamente me adoraba, pues hiciera lo que hiciera se deshacía en elogios hacia mí. Estoy segura de que lo que le impresionaba era que hubiese vivido en Nueva York —sobre todo teniendo en cuenta que no era mucho mayor que ella— y que ya tuviera una carrera como fotógrafa. O a lo mejor eran las ropas nuevas y elegantes que llevaba. En cualquier caso, ella procuraba ir borrando su acento del sur de Londres y adaptarlo más al mío, pero yo la apreciaba por su dedicación a mí, y por extensión a *GPW*. Yo solo era seis años mayor que ella, pero tenía la impresión de que ya ocupaba un papel casi maternal en su vida, cosa que me provocaba una cierta desazón. Sabía que haría cualquier cosa que yo le pidiera.

Se preparó una taza de té y se sentó en su escritorio, junto a la puerta que había al otro lado de la habitación, y repasó sus notas.

—Ah, sí. Después de que se fuera ayer por la noche, llamaron de la oficina del señor Mosley: aceptarán una entrevista el jueves de la semana que viene.

Esa era una noticia de lo más interesante.

—¿Y dónde sugieren que nos encontremos? ¿En la Casa Negra? No está lejos de mi casa —la sede central de Mosley se encontraba en Chelsea, en una antigua escuela de magisterio.

—Pendiente de confirmación. Dijeron que quizá sería mejor un hotel.

—Manda un teletipo a Nueva York.

El orgullo y la alegría de la oficina de *GPW* —nuestro Oráculo de Delfos, como la llamábamos— era la Creed Teleprinter Mark II, situada en un rincón, con mesa propia. De vez en cuando cobraba vida con un chasquido y escupía una fina cinta de papel con unos milagrosos caracteres alfanuméricos. No tenía ni idea de quién enviaba las instrucciones escritas en la cinta —seguramente no era el propio Cleve—, pues nunca iban firmadas, pero los mensajes de la Creed Teleprinter organizaban nuestra vida cotidiana. «Nec foto dq y dqesa de Yrk», «Org entrev con Irene Ravenal», «Enviar equipos selecc para la Copa», etcétera.

La orden de ayer había sido: «Entrv con Oswald Mosley lo antes pos». Faith se encargó de llamar a la Unión Británica de Fascistas. Mientras consideraban nuestra petición —éramos una revista norteamericana, y eso siempre impresionaba— nos llegó otro mensaje más singular: «UBF marcha a través del East End. Investigar. Nec fotos urg».

¿Qué marcha era esa? Hice unas cuantas llamadas telefónicas a algunos periodistas que trabajaban para nosotros, pero ninguno de ellos había oído hablar de ninguna marcha fascista. No había planeadas marchas ni concentraciones, por lo que yo pude descubrir. Tampoco me sorprendió, pues la Unión Británica de Fascistas de Mosley había sufrido humillantes derrotas públicas al ver cómo algunos grupos interrumpían sus concentraciones en Leicester, Hull y Newcastle el año anterior. La

gente abandonaba el partido; no había obtenido ningún diputado en las elecciones generales del año previo, por lo que alguien de Nueva York parecía saber más que nosotros. Por tanto, estaba claro que necesitábamos una información mejor. Miré en dirección a Faith Postings, la chica de Bermondsey, mientras se encendía un cigarrillo.

—¿Qué ocurre, señorita Clay?

—Coge el sombrero y el abrigo. Vas a unirte a la Unión Británica de Fascistas.

A la hora de comer, cuando Faith llevaba ya fuera un par de horas, me entró hambre y recorrí Shoe Lane hasta Fleet Street buscando un lugar donde comer una empanada o una chuleta. Al final acabé en el Sandy's Sandwich Bar y pedí una croqueta de pollo y jamón y un vaso de leche en la barra, mientras observaba por la ventana el ajetreo de Fleet Street y me preguntaba qué noticias me traería Faith.

Apuré mi vaso de leche, y estaba buscando la pitillera en el bolso cuando oí una voz que decía:

—¿Amory? ¿Amory Clay?

Me volví y me encontré delante a Dios. La señorita Ashe, inmaculada en seda y terciopelo negros y un cuello de piel, rematada por un canotier con hebilla que llevaba con garbo.

—No me lo puedo creer —dijo, al parecer se alegraba realmente de verme—. Ayer por la noche estaba pensando en ti. Qué cosas —señaló el velo doblado sobre el ala de su canotier—. Voy a un funeral en St. Bride's. Los funerales siempre me provocan un hambre terrible. Acabo de tomarme dos empanadas de cerdo y una botella de cerveza de jengibre.

Salí con ella a Fleet Street, y me dije que era una mujer mayor muy elegante, y que, además, ya no tenía ningún poder sobre mí. Me relajé. Podía fumar un cigarrillo si quería, así que me detuve para encenderlo lentamente.

—¿Qué es de tu vida? —preguntó, mientras yo volvía a meter el mechero y la pitillera en el bolso—. ¿Te has casado? ¿Tienes hijos?

—No a ambas preguntas —dije.

—No lo dejes para muy tarde —dijo.

—¿Como usted?

Por un momento la fría mirada de antaño volvió a aparecer en sus ojos, y rápidamente dije:

—La verdad es que estoy casi prometida.

—Pues entonces casi enhorabuena. ¿Has venido al centro de compras?

—Soy directora en una oficina aquí al lado —señalé en dirección a Shoe Lane—. Un poco más arriba. *Global-Photo-Watch*. Es una revista norteamericana. Soy la directora en Londres.

—¿De verdad? —la señorita Ashe se detuvo y volvió a mirarme.

—Soy fotógrafa profesional —manifesté con cierto orgullo, dejando que

asimilara la información.

—Caramba.

—Gano quinientas libras al año —mentí.

—Un día tienes que venir a hablar a la escuela. Pero no les digas cuánto dinero ganas o todas querrán ser fotógrafas —dibujó su fina sonrisa—. Y eso no puede ser.

Me sentí una tonta por haber mentido con el dinero que ganaba, pero quería que supiese que se había equivocado cuando era mi maestra, que era una persona falible, que no conocía a las chicas tan bien como pensaba.

—Me encantaría ir —dije.

—¿Tienes tarjeta?

Busqué en mi bolso, encontré una y se la entregué. La estudió atentamente, como si sospechase que era falsa.

—Bueno, bueno, Amory Clay —dijo—. *Global-Photo-Watch*. Te mandaré una invitación formal. ¿Cómo está tu querido padre?

—No mucho mejor, me temo.

—Lo siento mucho. Víctimas de la guerra... —se volvió y señaló a un hombre de mediana edad que vendía cerillas en un portal—. Algún valiente soldado, sin duda, que ahora tiene que ganarse la vida así —por un momento pareció conmovida, a continuación dijo con más animación—: Adiós, Amory, querida, estoy muy orgullosa de ti.

Me tocó las mejillas con su mano enguantada y se alejó a toda prisa por Fleet Street rumbo a St. Bride's.

Me quedé allí unos momentos, sintiéndome extrañamente afectada por aquel encuentro e irritada conmigo misma. Dios todavía tenía el poder de desestabilizarme, comprendí enojada. Regresé a paso lento a la oficina preguntándome cómo podría haber manejado mejor aquel encuentro, pero no se me ocurrió ninguna idea buena ni coherente.

Faith volvió y me enseñó su carné de miembro de la Unión Británica de Fascistas.

—Bien hecho —dije—. ¿Alguna noticia?

—Resulta que hay muchas marchas planeadas —dijo, satisfecha de sí misma—. E importantes, para celebrar el cuarto aniversario.

—El cuarto aniversario ¿de qué?

—De la fundación del partido. Octubre de 1932.

—Claro. Pero el teletipo decía que ocurriría algo pronto.

Faith consultó su cuaderno.

—Hay una pequeña marcha la semana que viene. El miércoles a las once de la mañana. Para tantear el terreno. Una preparación para las grandes marchas de octubre.

—¿Dónde?

—Desde la Torre de Londres hasta el salón parroquial de la iglesia St. Dunstan's, en Maroon Street. Hablará William Joyce. Mosley no, por desgracia. Dicen que habrá

un centenar de camisas negras.

—¿Dónde está Maroon Street?

—En Stepney.

Estuve a punto de decir: ¿y dónde está Stepney?, pero me contuve. La miré fijamente.

—Me gustaría que fueras a esa marcha, Faith. Pero solo si quieres.

—Si usted desea que vaya, allí estaré, señorita Clay —dijo con lealtad—. Pero no creo que haya mucho que ver.

—No importa. Nadie más cubrirá la noticia. Podría ser nuestra exclusiva. Los camisas negras marchan por el East End... —sentí cómo aumentaba mi entusiasmo—. Tú marcharás y yo tomaré fotos, y luego entrevistaremos a Mosley. Manda un teletipo a Nueva York.

Me compré una guía de Londres con detallados mapas desplegados. Mientras la estudiaba comprendí que, por lo que a mí se refería, el East End podría haberse encontrado en Siam, Tanganica o Siberia. Era como si para mí Londres se acabara en Aldgate y la City, y todas aquellas calles de casas bajas, muelles y embarcaderos y el serpenteante río formaran parte de una *terra incognita* en la que solo se adentraban sus habitantes. En la guía leí: «Hacia el este de la City se encuentra Whitechapel, un distrito en gran medida habitado por judíos (sastres, modistas, peleteros, fabricantes de botas, fabricantes de cigarrillos, etcétera). Su presencia en ese barrio, al igual que en Mile End y Stepney, se debe principalmente a las persecuciones rusas del siglo XIX».

Desplegué mi delicado y hermoso mapa y vi los distritos que quedaban al este de la City, atravesados por las amplias calles que conducían hacia el estuario del Támesis —Whitechapel Road, Commercial Road, Cable Street— y que cruzaban Stepney, Limehouse, Bromley, Poplar, Bow y Stratford... Experimenté el mismo escalofrío de impaciencia que debía de experimentar un explorador en África a punto de adentrarse en lo desconocido. Solo que en este caso el mapa no estaba en blanco, pues cada pequeña calle, calleja y callejón tenía asignado un nombre. Era un territorio densamente poblado, con iglesias y escuelas, comisarías, hospitales, oficinas de correos y centros cívicos. Entraría en la Vieja Inglaterra, y los nombres que leía poseían el aroma de la larga y compleja historia del país: Shadwell, Smithfield, Robin Hood Lane, Regent's Canal, Lochnagar Street, Ropemaker's Fields, Wapping Wall... Pero allí no iba nadie a quien yo conociera.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

En cualquier casa, en un momento dado, supongo que habrá una media docena de aparatos o componentes que no funcionan como es debido. Una bombilla fundida, un



picaporte flojo, un tablón que cruje, una estufa eléctrica que inexplicablemente no da calor. En el caso de mi granja, por ejemplo, en el cuarto de baño el grifo del agua fría gotea sin parar, en la cocina hay un cajón que no cierra bien, y tengo una butaca que ha perdido una ruedecita a saber cómo. Además, parece que el Hillman Imp pierde aceite por algún orificio, a juzgar por las manchas oscuras que se ven en la gravilla, y la recepción de mi radio desaparece por completo durante unos diez minutos, y solo se oyen voces apagadas oscurecidas por un crepitar, hasta que misteriosamente vuelve el servicio normal.

Y lo mismo que ocurre con la casa ocurre con el cuerpo. Tengo un cardenal en la pantorrilla, los restos de una astilla en la mano que parece estar infectándose, la uña del dedo gordo encarnada, y el cartílago de la rodilla izquierda me provoca un espasmo de dolor cuando me levanto de la silla. Vamos tirando: procuro utilizar más la pierna derecha, la mano izquierda, coloco un libro de bolsillo donde debería estar la ruedecita de la butaca. Me sorprende los apaños que aceptamos como si tal cosa. Vamos cojeando, con remiendos, improvisando.

Y hablando de apaños vitales, ahora me doy cuenta de que Cleve Finzi era mi caballero andante, con una armadura un tanto deslucida. El hecho de que tuviera éxito y fuera guapo, egoísta y pendiente de sí mismo —por no decir un poco insulso, de vez en cuando— creo que no me deja en mal lugar. En ciertos períodos de nuestras vidas, a todos —hombres y mujeres— nos hace falta exactamente esa clase de persona. Lo único que necesitas es que te alegren la vista: un hombre guapo, una mujer hermosa, es un placer estar a su lado. Luego la madurez te indica que esa clase de personas ya no te sirve, y de manera instintiva comprendemos que necesitamos alguien, algo, mucho más interesante.

Así que me alejé de Cleve, de Nueva York y de su aterradora esposa, y me marché al sur con Hanna y Constanze. Un error, otro error.

Recuerdo que Cleve llamó a la oficina aquella semana antes de la marcha fascista. El teletipo nos informó de la hora de la llamada; sonó el teléfono; la operadora nos conectó y hablamos uno en cada punta del Atlántico. Había mucho ruido de fondo e interferencias, pero su voz me llegaba con claridad. Le hice una seña a Faith para que saliera de la oficina, me tapé el otro oído con el dedo y escuché la voz de mi antiguo amante cruzar los miles de kilómetros que nos separaban.

—Todo está preparado —le dije con enérgica profesionalidad—. Tenemos toda la marcha cubierta. Y voy a contratar a otro fotógrafo. Yo también sacaré fotos. Entre los dos conseguiremos algo bueno.

—Es maravilloso volver a oír tu voz, Amory.

—Conozco al otro fotógrafo. Es muy competente.

—Te echo de menos.

¿Por qué las declaraciones más bobas y trilladas nos afectan tanto?

—Yo también te echo de menos —dije aclarándome la garganta, y alegrándome

de no tenerlo al lado—. Pero es mucho mejor así.

—Mándame todo lo que tengas lo antes posible. Escoge y recorta las fotos. Vamos a publicar un gran artículo sobre el fascismo en Inglaterra. Italia, Alemania, ahora Inglaterra... —hizo una pausa—. ¿Cuándo es la marcha?

—El miércoles.

—Perfecto. Vamos a conseguir una gran exclusiva. Tus camisas negras parecen tan desagradables como los nazis.

Bueno, el miércoles lo veremos, dije, y de cerca. Hablamos un poco más de cómo mandar las fotografías a los Estados Unidos, y me dijo que no reparara en gastos. Un mensajero en moto hasta Southampton, el aeroplano más rápido disponible, etcétera. Le aseguré que gastaría lo que fuera necesario y me colgó con un jovial:

—Buena suerte. No me decepciones, cariño.

Recuerdo que el fin de semana fui a Sussex, a Beckburrow, y allí me topé con Xan y, para mi sorpresa, con mi padre. Tenía buen aspecto, aunque estaba más delgado y llevaba boina. Estaba claro que le habían afeitado la cabeza. Antes de comer fuimos a dar un paseo por el jardín.

—Ahora me encuentro mejor —dijo con una amplia sonrisa—. Estoy curado. He venido a casa para quedarme.

—¿Qué ha ocurrido? —dije. Todavía me sentía un poco rara en su compañía. Era incapaz de juzgar su estado de ánimo, lo que me provocaba cierta tensión. Ese buen humor ¿era auténtico o fingido?

—Es una nueva operación, una maravilla.

Se quitó la boina y vi dos cicatrices redondeadas y de color rosa, como dos pequeñas monedas, justo encima de sus sienes, donde el pelo le volvía a crecer.

—Simplemente te taladran el cráneo, ya ves. Por ambos lados, y luego cortan las fibras, las conexiones que van a los lóbulos frontales del cerebro. Es increíble. Ya no me preocupo por nada. Por nada. He vuelto.

Abrió los brazos hacia mí y me adentré en ellos. Me apretó con fuerza.

—¿Me has perdonado, cariño? —me susurró al oído.

—Naturalmente, papá. Naturalmente.

Recuerdo que me encontré a Lockwood en un pub de Fleet Street, el Dreadnaught. Nos estrechamos la mano de manera formal y sonreímos un tanto nerviosos. Se había dejado bigotito —no le sentaba bien— y casi al momento me dijo que estaba prometido. Lo felicité, demostrando auténtica alegría —o esa fue mi intención—, y comenzó a relajarse.

Dijo que trabajaba media jornada para el *Daily Sketch*, pero que tenía la esperanza de conseguir pronto un empleo a tiempo completo. Le pregunté si le gustaría hacer un trabajo para *Global-Photo-Watch* y me dijo inmediatamente que sí.

—Me encanta esa revista —dijo—. Es mejor que *Time*. Mejor que *Illustrated*.

—El miércoles por la mañana, a las once, en la Torre de Londres.

—¿De qué se trata?

Se lo expliqué, y añadí que yo también asistiría.

—Pero que no nos vean juntos —dije—. Y sé discreto, mantén la cámara lo más oculta posible. He oído decir que a los camisas negras no les gustan los fotógrafos.

Lockwood se quedó pensativo unos segundos, alisándose el bigotito con la punta de los dedos.

—¿Cuánto pagas?

—Cinco libras por todo el día. Además de diez chelines por cada foto que utilicemos.

—Me parece bien.

Le expliqué qué clase de fotos les gustaba publicar en *GPW*, pero comprendí que no estaba escuchando y me callé.

—Pienso mucho en ti, Amory —dijo un tanto incómodo—. A veces de manera obsesiva. Me pregunto dónde estás, a qué te dedicas...

—He pasado una buena temporada en el extranjero —dije—. En Berlín... y luego en Nueva York. Incluso en México, aunque poco tiempo.

—Ah. La vida del glamour.

—La verdad es que no fue muy glamuroso.

Se fue a la barra a por otra ronda y le observé mientras estaba allí —esbelto, alto, de hombros anchos—, y me acordé de los momentos que pasamos juntos en la pequeña buhardilla que había sobre el cuarto oscuro de Greville. Y no sentí nada. Es extraño cómo las emociones más intensas menguan fácilmente a medida que pasa la vida; la intimidad más profunda se convierte en un recuerdo banal e impreciso: aquellas exóticas vacaciones que te tomaste una vez, o aquel cóctel donde bebiste demasiado, o la carrera que ganaste el día de los deportes de la escuela. Ya nada te conmueve. Mi aventura con Lockwood había ocurrido y había terminado, y se había convertido en parte de la textura y los detalles de mi historia personal. Le tenía cariño, sabía que era un buen fotógrafo, y eso era lo que ahora importaba.

Recuerdo que el día antes de la marcha me llegó una carta de Hanna procedente de Berlín. Había vuelto de sus viajes, decía, pero en realidad escribía para transmitirme la triste noticia de que dos meses antes Constanze se había quitado la vida en São Paulo, Brasil. La noticia al principio me impresionó, pero enseguida la impresión se convirtió en sorpresa y luego más o menos lo comprendí. No conocía bien a Constanze, pero me daba cuenta de lo febril y exaltada que era, y de cómo chocaba con el mundo. Resultó que las dos habían reñido —«fue muy desagradable», escribía Hanna— y se habían separado después de casi un año viviendo en Costa Rica. Hanna se fue al este y estuvo vagando por el Caribe mientras Constanze ponía rumbo al sur, hacia Brasil. La carta venía acompañada por un ejemplar del libro que habían conseguido compilar juntas antes de la ruptura: *Winter in Mexico und Costa*

*Rica: Tagebuch einer Reise.* Contení tres de mis fotografías, sin firmar. Era mi primera aparición entre las tapas de un libro.







HANNELORE HAHN, GUADALAJARA, MÉXICO, 1934.

## 2. Los disturbios de Maroon Street

El miércoles por la mañana, a las diez, me encontré con Lockwood en la estación de Fenchurch Street, como habíamos acordado. Me enseñó la pequeña cámara que pensaba utilizar, una Foth-Derby. Yo llevaba mi Zeiss Contax, que cabía perfectamente en mi bolso. Por la noche había llovido y las calles todavía estaban húmedas, y el aire tenía un color gris crudo. Me alegré de haber cogido mi impermeable y un sombrero hongo verde de fieltro.

Encontramos un puesto de café y nos tomamos una taza de té.

—¿Tienes hambre? —me preguntó—. Me tomaría uno de esos bollos de crema.

—Tú mismo, Lockwood, por favor. Tenemos gastos ilimitados.

—Estoy entusiasmado con este trabajo —dijo mientras se comía el bollo.

—Creo que hemos de andarnos con muchísimo cuidado —le dije—. Esta marcha no ha sido anunciada. La policía está al corriente, pero los detalles solo han circulado entre los miembros de la UBF. No desean la presencia de la prensa, de lo contrario habría carteles por todas partes.

—¿Por qué es algo tan secreto?

—Están preparando marchas más grandes para octubre. Esto es una prueba. Si alguien te ve sacando fotos, métete la cámara en el bolsillo y sigue caminando.

—Tú eres la jefa, Amory.

Quedamos en mantenernos lo más separados posible para no reproducir las mismas fotos, y en volver a encontrarnos en la oficina al final de la jornada. Entonces iríamos sin rodeos al cuarto oscuro, revelaríamos, positivaríamos y elegiríamos las imágenes que más nos gustaran y las mandaríamos directamente a los Estados Unidos.

Caminamos hasta Trinity Square, delante de la Torre, donde pude ver a una multitud reunida, unos doscientos manifestantes, calculé, aparte de unos treinta camisas negras, jóvenes corpulentos ataviados con sus seudouniformes, gorras con visera y botas altas, lo que les daba un aire de amenaza preventiva y engreimiento, mientras organizaban a los manifestantes —miembros de la UBF, supuse— en una columna. Divisé a Faith entre ellos; no llevaba sombrero, tan solo un pañuelo violeta protegiéndole el pelo.

A las once se desplegó una enorme pancarta que rezaba: UNIÓN BRITÁNICA DE FASCISTAS Y NACIONALSOCIALISTAS, y cuatro policías a caballo aparecieron sobre sus magníficos corceles.

Sonaron unos silbatos y la marcha comenzó a moverse despacio, liderada por los camisas negras, dirigiéndose hacia el norte por Minories y después girando a la derecha hacia Whitechapel High Street, después de lo cual todo el mundo se desvió una vez más hacia Commercial Road. La policía a caballo detenía el tráfico, y los transeúntes observaban con una curiosidad un tanto divertida, o eso me pareció. Nadie tenía la impresión de que los fascistas supusieran una amenaza para la capital

del país.

Apreté el paso hasta rebasar la cabeza de la marcha, y entonces, ocultándome en los portales y detrás de los coches y camionetas aparcados, comencé a sacar fotos. Miré a mi alrededor, pero no había señal de Lockwood.

A medida que la marcha avanzaba de manera ordenada por Commercial Road, advertí pequeños grupos de jóvenes que observaban en las esquinas; se les veía nerviosos, inquietos, charlando entre ellos en voz baja. Entonces se empezaron a oír gritos ilocalizables: «¡Fascistas!» y «¡Fuera fascistas!». Los camisas negras contestaron a esos gritos levantando el brazo en el saludo romano, y se pusieron a gritar al unísono: «¡Extranjeros! ¡Extranjeros! ¡Extranjeros!». En cuanto alguno de los camisas negras se acercaba a los grupos de jóvenes, estos se dispersaban y desaparecían. Sin embargo, era evidente que la tensión se había intensificado. No había duda de que la marcha no era ninguna sorpresa; la información se había filtrado. Los manifestantes cerraron filas y los camisas negras se desperdigaron para cubrir los flancos de la columna.

Tuve la premonición de que aquello iba a ponerse feo, y observé que, de manera misteriosa, el número de camisas negras iba aumentando a medida que otros jóvenes de uniforme se unían a la marcha sin llamar la atención. Conseguí fotografiar a unos veinte camisas negras que salían de la estación de Stepney y formaban una especie de falange, mientras la totalidad de la marcha giraba ahora hacia White Horse Street y se encaminaba al salón parroquial de St. Dunstan's.

Y entonces me encontré con la prueba definitiva de que la marcha secreta no había sido secreta en ningún momento. En el cruce de Matlock Street habían volcado un camión, y lo flanqueaban unas barricadas rudimentarias: carretillas, cajas de embalaje y muebles viejos. Los policías a caballo se detuvieron, sonaron más silbatos y la marcha aminoró el paso hasta quedar inmóvil. Ahora los grupos de jóvenes situados en los callejones y calles laterales eran mucho más numerosos, y vi que entre ellos también había mujeres. El barrio de Stepney no estaba dispuesto a que esa marcha tuviera lugar. Comenzaron a canturrear: «¡No pasaréis! ¡No pasaréis!».

Saqué una foto de una joven esgrimiendo una sartén a su espalda, supuse que como posible arma. Entonces, al otro lado de la calle vi a Lockwood rondando junto a un grupo de agentes de policía, uno de ellos un inspector con un megáfono en la mano.

El inspector dio un paso al frente y gritó a través del megáfono, al parecer dirigiéndose al propio camión volcado, como si fuera personalmente responsable de la obstrucción que suponía.

—¡Les ordeno que saquen esas barricadas! —tronó su voz amplificadora—. Esta es una manifestación legal. ¡No tienen derecho a impedirla!

La respuesta llegó en forma de sonoros insultos y una lluvia de piedras y hortalizas, sobre todo patatas. De manera instintiva, los manifestantes retrocedieron unos cuantos metros por White Horse Street.



Me llegó el sonido de pies que corrían y me volví para ver más camisas negras surgiendo de un callejón. También había muchos más policías —estaba claro que todo el mundo esperaba problemas—, que comenzaron a acompañar la marcha mientras esta se alejaba de la barricada de Matlock Street y giraba a la derecha por Salmon Lane. Miré el mapa, que había arrancado de mi guía de Londres. El objetivo era sortear la barricada y marchar por Maroon Street hasta St. Dunstan's. Así que donde había que estar era en Maroon Street, me dije, y decidí dar un rodeo para llegar antes y poder ver cómo se acercaba la marcha. Llegué corriendo a Belgrave Street y me encontré a más gente —hombres y mujeres— que salía de las casas con palos rudimentarios —patas de sillas, mangos de hacha, balaústres— y corría por Maroon Street para detener a los manifestantes antes de que pudieran seguir avanzando. Saqué una foto de un joven en camiseta que llevaba un tirachinas y una bolsa de canicas —nadie me descubrió— y seguí corriendo hasta St. Dunstan's.

Por increíble que parezca, Maroon Street ya estaba bloqueada por un tranvía requisado y adoquines arrancados del suelo y hechos pedazos para obtener posibles misiles. Arrojaban muebles desde las ventanas superiores de las casas para construir barricadas improvisadas. No obstante, estaba claro que los antifascistas de Stepney tendrían que enfrentarse a la policía, no a los camisas negras. Numerosos refuerzos habían aparecido de no se sabía dónde, y ahora se veían docenas y docenas de agentes, toda una gruesa hilera azul oscura a la cabeza de la marcha. La pancarta de la UBF había desaparecido, y me dije que ojalá también Faith se hubiera esfumado.

La marcha comenzó a avanzar poco a poco por Maroon Street, y los agentes que estaban en primera línea entrelazaron los brazos. En la fila que avanzaba detrás de ellos se exhibían porras de manera ostentosa. Más de una cabeza acabaría partida. Lo más extraño, comprendí mientras sacaba fotos de la línea de policías, era que todos los camisas negras de repente habían desaparecido.

Supuse que tendría lugar otro movimiento de flanqueo, y que los camisas negras rodearían y asegurarían el salón parroquial antes de que llegara la marcha. Subí corriendo Ocean Street hasta Ben Jonson Road, me detuve en el cruce y me asomé por la esquina.

Unos cincuenta camisas negras que portaban fustas de cuero y palos recibían las imperiosas instrucciones de un hombre vestido con un traje gris claro, que señalaba distintas calles y gesticulaba.

Doblé la esquina disimuladamente, levanté la cámara y saqué cinco fotos en rápida sucesión. Uno de los camisas negras me vio y dio un grito al tiempo que me señalaba.

—¡Cogedla! —chilló furioso el hombre del traje gris claro—. ¡Cogedla ahora mismo!

No me detuve a comprobar cuántos se ponían a perseguirme. Di media vuelta y a toda prisa rodeé la espalda de St. Dunstan's y me adentré en un pequeño cuadrado de calles tiznadas que se llamaba Spring Garden Square.

Ese fue mi error. O mejor dicho: mi mala suerte.

Creo que habría conseguido escapar, pero en Spring Garden Square había unos treinta camisas negras más esperando recibir órdenes. En mi carrera, me di de bruces con ellos, con la cámara aún en la mano, y me paré en seco. Todos se volvieron y se me quedaron mirando. Metí la cámara en el bolso.

—¡Es de la prensa roja! —gritó alguien a mi espalda.

—¡No es verdad! —contesté mientras los camisas negras me rodeaban rápidamente y me impedían el paso a medida que iban llegando los perseguidores de Ben Jonson Road.

Miré a un lado y a otro; en cierto momento vi al hombre del traje gris claro y evoqué el terrible recuerdo de aquella noche en Berlín, cuando Hanna y yo nos topamos con un grupo de camisas pardas borrachos. Primero camisas pardas, y ahora camisas negras. Pero en aquel momento no tenía a Hanna conmigo.

Volví a ver al hombre del traje gris claro y le grité:

—¡Eh! ¡Escucha! ¡Trabajo para una revista norteamericana!

En cuanto lo hube dicho comprendí que, por lo que a él se refería, era lo mismo que si hubiera dicho: «Trabajo para una revista judía».

—¡Quitadle la puta cámara! —ordenó el hombre del traje gris claro.

Uno de los jóvenes camisas negras me agarró del brazo. Era de nariz respingona y tenía las mejillas sonrosadas; estaba agitado, furioso.

—¡Dame la cámara, zorra judía!

—¡No! —grité a mi vez—. ¡Suéltame!

Lancé una mirada a mi espalda, buscando al hombre del traje gris claro, como si pudiera ser el único capaz de razonar entre todos aquellos iracundos irracionales, pero parecía haberse esfumado. Desde más allá de St. Dunstan's me llegó el clamor de las voces que avanzaban por Maroon Street.

En ese momento me agarraron tres camisas negras. Me quitaron el bolso, encontraron la cámara, la abrieron, sacaron la película y la velaron.

El joven de nariz respingona me dio una bofetada, fuerte, lo bastante como para girarme la cara y tirarme el sombrero. Grité de dolor.

—¡Putra roja judía! —me chilló, y su saliva me roció las mejillas.

Me tiraron al suelo. Vi cómo me pisoteaban la cámara con las botas, hasta hacerla añicos. Escuché los silbatos de la policía, sonoros y estridentes por encima de las voces de la manifestación de Maroon Street, y mientras estaba rodeada por esos jóvenes que se cernían sobre mí, percibí su incertidumbre, su ansiedad. La policía se acercaba, esos camisas negras todavía no controlaban las calles, como ocurría con los nazis en Berlín: en Londres aún prevalecían la ley y el orden, aunque frágiles. Percibí su impulso de dar media vuelta y echar a correr, vi que miraban a un lado y a otro, intranquilos.

—¡Dadle una lección, chicos! —gritó el de la nariz respingona mientras el grupo que me rodeaba comenzaba a desaparecer en busca de un lugar más seguro.

Me escupió. De pronto uno de sus amigos, como si se le acabara de ocurrir, me dio una patada en el brazo. Aquella primera patada desencadenó algo en los demás, y entonces una media docena empezó a golpearme con el puño mientras estaba en el suelo, y luego con los palos. Me acurruqué para protegerme, rodeándome la cabeza con los brazos —que no me den una patada en la cabeza, no dejaba de repetir mi cerebro, que no me den una patada en la cabeza—, pero dejé la espalda expuesta, doblada e indefensa, y un golpe en los riñones me hizo enderezarme por puro reflejo, arqueándome hacia atrás de dolor, y justo en ese momento —vulnerable, boca arriba—, el de la nariz respingona me dio una patada en la barriga, abajo y muy fuerte, y sentí que algo se partía y cedía en mi interior. No conseguí amortiguar el golpe, pues estaba preocupada por el dolor que me atravesaba la espalda, y cuando la punta de su bota conectó con mi bajo vientre, sentí todo el daño que acababa de provocar.

Ahora me encontraba semiinconsciente, la sangre de un corte que tenía encima de un ojo me corría por la cara. Me agarré la barriga con las dos manos —mi dolorida barriga— y solté un atávico aullido de sufrimiento. Eso les hizo retroceder y apartarse como si yo fuera una apestada.

—Ahora sí que la has hecho buena, Lenny —oí decir a alguien débilmente mientras el mundo se oscurecía y quedaba borroso. Entonces se oyeron los silbatos de la policía, como violentos y estridentes gorjeos, hasta que comprendí que ahora era Lockwood el que me hablaba al oído:

—Ya estás a salvo, Amory, estás a salvo. No te preocupes, vamos a llevarte al hospital.

Y eso fue todo.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Los disturbios de Maroon Street —o escaramuza, o altercado, que fueron los diversos nombres que se le adjudicaron— quedaron ensombrecidos dos meses más tarde por la famosa «batalla de Cable Street», en octubre del mismo año, cuando miles de habitantes del East End bloquearon y repelieron una impresionante marcha de los camisas negras de Mosley y de unos cuantos miles de partidarios de la UBF. Aquel día se presentaron seis mil policías que se enfrentaron a la multitud antifascista. Los camisas negras, frustrados, abandonaron el East End de Londres y un pesaroso Mosley fue a despedirlos al puente de Charing Cross, y se podría decir que ese revés, esa derrota, supuso el final de cualquier auténtico movimiento fascista de estilo continental en Gran Bretaña. Por virulento que fuera el mensaje que seguían transmitiendo Mosley y sus acólitos, el hecho fue que la Unión Británica de Fascistas nunca se hizo con el control de las calles londinenses, y quizá eso fue lo que socavó su moral y nos salvó.

Debo decir que yo permanecí completamente ajena a todo lo que ocurrió durante el resto de 1936 —como la guerra civil española, la crisis de la abdicación,<sup>[4]</sup> el segundo mandato de Roosevelt o el inicio del pacto del Eje Roma-Berlín—, pues lo pasé en un pabellón del Hospital de Londres de Whitechapel. Los médicos aconsejaron que era «demasiado peligroso» moverme, ¿y quién era yo o cualquier otro para discutir con ellos, teniendo en cuenta la gravedad de mi estado después de la paliza que había recibido?

Sin embargo, *Global-Photo-Watch* consiguió sus fotos, todas ellas tomadas por Lockwood, y así fue como capitalizaron la exclusiva y publicaron un número especial de la revista. Se alertó al mundo del siniestro potencial de la Unión Británica de Fascistas, y luego me enteré de que siguió un cierto revuelo. Lockwood se hizo un nombre, y rápidamente lo contrataron como fotógrafo a tiempo completo en el *Daily Sketch*, aunque, como digo, todo esto ocurrió sin que yo me enterara.



No había ninguna duda acerca de mi problema de salud: sufría una hemorragia vaginal intermitente, casi constante, producida por la última patada que me lanzó Lenny Nariz Respingona. Permanecí en la cama durante dos días sin ningún problema, pensando que todo se había calmado, y a la mañana siguiente me desperté con las sábanas empapadas de un rojo vivo.

Me hicieron tres transfusiones de sangre antes de que finalizara el año, aunque al parecer sin ningún resultado. Llevaba un dispositivo acolchado consistente en un pañal con una braga de goma elástica que conseguía detener la hemorragia y que no pasara mucha vergüenza, pero a medida que transcurrían los meses, me sentía cada vez más débil. Los médicos que deliberaban en torno a mi cama no encontraban ninguna solución. Lo único que podían proponerme era dieta y descanso. Solo

tomaba comidas blandas —cuajada, manjar blanco, arroz, budín de sebo, pastel de patata y empanadillas de leche— como si todo lo que fuera insípido y de color pálido pudiera contener el incesante flujo sanguíneo.





IMÁGENES DE LOS DISTURBIOS DE MAROON STREET. (FOTOGRAFÍAS DE LOCKWOOD MOWER.)

Sin embargo, en la primavera de 1937 consideraron que ya estaba lo bastante bien como para trasladarme a una granja hospital en el campo, cerca de Lewes, llamada Persimmon Hall, más próxima a mi casa. Y una vez allí, pareció que recobraba lentamente la salud, mientras me pasaba las horas sentada en un banco del jardín durante los días soleados (sin quitarme mi pañal acolchado), y donde podía recibir visitas de amigos y familiares. Había perdido mucho peso, a pesar de mi dieta rica en leche y crema; me sentía anémica y siempre estaba cansada, pero me decía que por fin iba mejorando. Lockwood vino a verme y me relató la historia de mi rescate, y no paró de darme las gracias por el empleo a tiempo completo que había conseguido en el *Sketch* tras la publicación de sus fotos. También vino a verme Faith Postings, que me contó el viaje en moto hasta Southampton con las fotos y los negativos de Lockwood. Mi madre y Xan eran los visitantes más habituales, e incluso mi padre aparecía de vez en cuando, aunque percibía en él el callado temblor del malestar, a pesar de su constante sonrisa, infeliz sin darse cuenta al encontrarse de nuevo en un ambiente hospitalario. Dido me mandaba un enorme ramo de flores una vez por semana. Greville me visitó y me hizo reír. Y un día Faith Postings se presentó y me dijo que iban a cerrar la oficina de GPW.

Y entonces vino Cleve Finzi.

### 3. Persimmon Hall

«Granja hospital» no parecía el nombre más adecuado. «Hotel-hospital rural» habría sido más idóneo. Ubicado en unos vastos terrenos situados junto a la carretera entre Lewes y Uckfield, Persimmon Hall parecía un pequeño hotel rural con anexos. Había un edificio central —una mansión georgiana de tamaño medio de arenisca clara—, al que se unían dos alas alargadas más modernas que daban al césped y a los jardines en bancal. Había un par de pabellones, pero casi todos los pacientes tenían su propia habitación, donde estaban muy bien atendidos por un personal uniformado (limpiadores, camilleros, sirvientas) y por las enfermeras.

A través de las puerta-ventanas de mi habitación del ala este podía ver la terraza delantera, con sus caminos de arenisca de York, arriates herbáceos y bancos de teca bien ubicados delante de un muro de contención de poca altura. Unas escaleras conducían a una zona con césped y a un estanque con nenúfares. La linde la señalaban cedros, rododendros y araucarias. Todo era muy burgués y sedante.

Descubrí que el proceso de recuperación de una larga enfermedad simplificaba la vida de una manera inimaginable. Todo lo que el paciente tenía que hacer era soportar la dolencia e intentar ponerse bien. Todas las demás preocupaciones —bañarte, comer, comunicarte con el mundo exterior— eran cosa de personas que vivían entre bastidores, por así decir. Yo estaba postrada en la cama, débil y cansada, y me daban de comer y me medicaban, me sacaban a pasear, me cambiaban las bragas acolchadas cuando estaban empapadas de sangre, y me quedaba inconsciente cada noche como un reloj, después de la pócima que me daban para dormirme.

Y el mundo giraba y la historia transcurría: la incendiaria destrucción del dirigible *Hindenburg*, la guerra chino-japonesa, el estreno de *Blancanieves y los siete enanitos*. Y también el cierre de la oficina de *GPW* en Shoe Lane y el despido de Faith Postings. Mi madre y Xan vaciaron mi piso de Walham Green y guardaron todas mis cosas, mis muebles, y cancelaron el alquiler mientras yo yacía en la cama, letárgica y sin preocuparme por nada. Debo decir que había algo adictivo en el hecho de ser tan inútil, tan dependiente. Era una regresión. Una agradable sensación de total irresponsabilidad se apoderó poco a poco de mí, y me puse a pensar —sentada en un banco delante de la habitación, un día cálido y soleado, con una taza de té en la mano— por qué mi vida no podía ser siempre así. Era casi un ideal. Sucumbía a la poderosa atracción de estar semiinválida.

Pasaron los meses. Seguí perdiendo peso, pero más lentamente, a pesar de la cantidad de pábulo que ingería. Todavía me sentía cansada, y cada pocos días mi cuerpo expulsaba de manera ritual una media pinta de sangre, más o menos.

Fue mi madre quien me alertó de lo de Cleve. Estábamos sentadas en el banco delante de mi habitación, abrigadas porque hacía frío.

—Quería decirte una cosa —dijo interrumpiendo cualquier anécdota que me estuviera relatando—. He recibido una curiosa llamada telefónica de un americano.

Un tal señor Finzi. Dice que te conoce.

—Era mi jefe en Nueva York, madre.

—Bueno, pues quiere venir a verte... aquí. ¿Te lo puedes creer?

Por primera vez en mucho tiempo experimenté una sensación de auténtico entusiasmo. Por un momento me pareció que volvía a estar completamente viva.

—A mí me parece bien —dije, reprimiendo una sonrisa—. Será una distracción.

Cleve se presentó en Persimmon Hall. Fue un miércoles de junio por la mañana, y yo llevaba mi camión de cuadros escoceses. Estaba sentada en el banco, mirando en dirección al estanque y a los South Downs, cuando lo vi llegar guiado por una enfermera por el camino procedente del edificio principal.

El corazón me dio un vuelco, ese antiguo estremecimiento que me hacía languidecer, pero enseguida me recuperé.

Vestía un terno azul marino con una corbata rojo brillante, y la temida aguja de corbata que la prendía a la camisa. Llevaba el pelo engominado y aplastado, y se le veía muy bronceado, como si hubiera estado navegando durante semanas por un océano al sol. Absurdamente guapo, me dije. Demasiado guapo, en realidad: era como una especie de chiste.

Me besó en la mejilla y se sentó en el banco a mi lado, mirándome fijamente, sin perder detalle.

—¿Puedo cogerte la mano?

—Daremos mucho que hablar. Muy bien, adelante, correremos el riesgo.

Con sus dos manos tomó la mía.

—Tienes buen aspecto, Amory. Un poco delgada de más, tengo que decir.

—No es verdad, pero acepto el cumplido. Sin embargo, tú tienes un aspecto repugnantemente fabuloso.

Charlamos un rato de mi estado de salud, de la perplejidad general que rodeaba mi dolencia. Le expliqué que había visto a docenas de médicos, que me habían hecho radiografías, que ahora seguía un régimen de pastillas de hierro; pero algo profundo había ocurrido durante aquel ataque, por culpa de aquella última patada lanzada por Lenny Nariz Respingona, que me había provocado una herida tan grave que mi cuerpo aún no se había recuperado.

En ese momento le vi apenado e infeliz. Se puso en pie, metió las manos en los bolsillos de los pantalones y dio unos cuantos pasos.

—Tengo que decirte una cosa, Amory. Siento que todo es culpa mía.

—No seas ridículo.

—Fuiste a esa marcha porque te presioné. Porque insistí. Mira lo que ocurre en el mundo desde entonces. No era importante. ¿Por qué estaba yo tan obsesionado con eso?

—No podías saberlo —dije—. No fue más que la maldita mala suerte. ¿Y si me hubiera atropellado un autobús? ¿También te culparías?

—Fue porque llevabas una cámara.



—Si hubiera aparecido en otra calle, no habría pasado nada. Fue solo mala suerte. Se sentó y volvió a cogerme la mano.

—Bendita seas por decir eso. Pero no puedo evitar pensar que mi... —buscó la palabra—, mi impaciencia. Mi insistencia...

—No tuvo nada que ver con eso.

Pareció relajarse. Sonrió. Me besó la frente.

—¿Puedo fumar aquí fuera?

—Siempre que me des una calada.

Fumó un cigarrillo, que yo compartí, y dijo que quería enviarme a un especialista de Londres, un eminente ginecólogo. A Cleve le preocupaba que esa dieta de comida blanca y píldoras de hierro no fuera lo bastante buena, no fuera medicina moderna.

—Bueno, como quieras —dije—. Es muy amable por tu parte.

Cuando se marchó me dijo:

—En cuanto te recuperes, reabriremos la oficina. Vuelve al trabajo. Sigue haciendo fotos.

Sir Victor Purslane había supervisado el alumbramiento de docenas de bebés de miembros secundarios de la familia real y de importantes aristócratas, y cobraba veinte guineas por media hora de consulta en sus habitaciones de Wigmore Street. Era un hombre muy alto y delgado, exhibía ese leve arqueamiento de espalda tan común en los hombres muy altos. Era calvo, y el pelo gris que le quedaba en las sienes lo llevaba peinado hacia atrás en dos alas engominadas por encima de las orejas. Era un hombre impecablemente educado, elegante, si no apuesto, que vestía un traje caro, y tenía unos ojos pequeños y tiernos, con bolsas.

Lo acompañó a mi habitación una guardia de honor formada por dos enfermeras y el doctor Wellfleet, el director de Persimmon Hall. El gran hombre se había dignado visitar las provincias; tanta deferencia era casi grotesca.

Me examinó a conciencia, por dentro y por fuera; miró mis radiografías; consultó el historial del Hospital de Londres, en Whitechapel, y los informes diarios de Persimmon Hall. A pesar de la exorbitante tarifa que sir Victor le cobraba a Cleve, tuve la impresión de que tenía prisa por largarse de allí lo antes posible sin que resultara una descortesía, resistiendo valerosamente la tentación de mirar su reloj, que colgaba de una cadena de oro y llevaba embutido en el bolsillo de su chaleco. Persimmon Hall no era su hábitat natural.

Al final sir Victor miró su reloj y suspiró.

—Me temo que va a quedar decepcionada, señorita Clay —dijo.

—Decepcióneme, sir Victor.

—No tengo ni idea de qué ocurre. De por qué sangra así.

—Ah.

—La causa fue el trauma que sufrió, pero eso lo sabe usted tan bien como yo. Mejor aún —de repente se le vio incómodo—. La medicina moderna... Sus éxitos...

Creemos comprenderlo todo del cuerpo humano, haber resuelto sus misterios. Pero la verdad es que sabemos muy poco —metió la mano en el bolsillo y sacó una abollada pitillera de plata, escogió uno de los cinco cigarrillos que contenía y lo encendió—. La semana pasada —prosiguió— estuve presente en el parto de un bebé completamente sano como una manzana. Cuatro kilos. Murió ayer. No tengo ni idea de por qué.

—Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio...

—... de las que puede soñar toda tu filosofía. Exacto.

Se puso en pie y me acercó la palma de la mano a la frente, alisándome el pelo hacia atrás. Fue un gesto irreflexivo y espontáneo, puede que impulsado por el recuerdo de la misteriosa muerte del bebé... ya que conmigo se enfrentaba a otro misterio. En cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, apartó la mano rápidamente.

—Tiempo, señorita Clay, tiempo. Se pondrá bien, pero su cuerpo es el que tendrá que hacer todo el trabajo. Los médicos y los medicamentos no podemos ayudarla. No tengo ni idea de cuánto tardará, supongo que serán meses, pero comenzará a sentirse realmente mejor. Usted misma se dará cuenta. Es joven y está en la flor de la vida. La propia naturaleza la curará.

—Gracias.

—No me las dé. Esa es la buena noticia. Ahora le daré la mala.

—¿Mala? —sentí un espasmo de alarma.

—A mi juicio, como resultado de las diversas lesiones internas que sufrió por el ataque, creo que nunca podrá tener hijos.

Lo miré asombrada. No lo había considerado ni por un momento.

—¿De verdad? ¿Está seguro? —dije confusa, y sintiéndome de repente muy acalorada.

—Esta continua hemorragia. El coágulo que se observó en la sangre en las primeras semanas. Todo apunta a una infertilidad permanente.

—Muy bien —sentí el asomo de las lágrimas en las comisuras de los ojos—. Tendré que pensar en ello. Asumirlo.

—Sí, naturalmente. Y ahora, debo ir a coger el tren.

Me estrechó la mano de manera muy formal y se marchó.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Hoy ha sido uno de esos extraños momentos mediterráneos con que a veces te bendice la costa oeste de Escocia. El cielo de un azul despejado, sin brisa, un sol constante y cada vez más caliente, sombras afiladas. Solo con que hubiera cigarras... Flam y yo hemos ido andando hasta la pequeña bahía, y allí me he tomado un picnic:

un sándwich de queso, una manzana, un cuadradito de chocolate y un gin tonic helado que me he llevado en un termo.

Cuando rememoro mi encuentro con sir Victor Purslane y su dictamen de que no podría tener hijos, todavía recuerdo lo mucho que me afectó, pero la consecuencia más extraña de la visita fue que casi de inmediato dejé de sangrar. Pasaron dos días, cuatro, seis... y ni rastro de sangre. También acertó en otra cosa: percibí que algo estaba cambiando: supe que algo había pasado, que había dejado atrás la enfermedad, y empecé a sentirme mejor, de manera lenta e irrefutable. Estaba menos cansada, noté cómo me regresaba mi energía natural, quería ingerir alimentos que tuvieran colores. Dejé de perder peso y mis mejillas, pálidas hasta entonces, comenzaron a recobrar su saludable tono habitual.

Dido me dedicó una de sus raras visitas y me trajo en persona el ramo de flores semanal.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué ha ocurrido? Eres la viva imagen de la salud. Tienes que marcharte de este espantoso lugar.

Y así fue como volví a casa, a Beckburrow, y recuperé mi antiguo dormitorio. Contratamos una enfermera para que me cuidara, pero se fue antes de transcurridas dos semanas, pues no tenía nada que hacer. Comencé a comer lo mismo que mi familia —empanadas de carne, pollo asado, brócoli, crumble de frambuesa— y me iba a dar caminatas, cada vez más largas, con mi afable y siempre sonriente padre.

Sir Victor había informado a mis padres, mediante una carta escrita a mano, de que ahora era estéril. No expresaron demasiada emoción. De hecho, un día que estábamos solas, mi madre —madre de tres hijos— me dijo como si tal cosa:

—Descubrirás que no es tan grave como parece, querida.

Recuerdo que mientras yo estaba convaleciente en casa, Xan pasaba mucho tiempo con nosotros, a la espera de ir a Oxford, otro hecho asombroso. Después de años de bobalicona mediocridad, había experimentado un repentino arrebato de energía intelectual, como si se hubiera roto un dique. Los resultados de sus exámenes de bachillerato fueron excelentes. Se presentó a su entrevista en el Balliol College vestido con un traje amarillo canario y una pajarita a juego. Cuando le preguntaron cuáles eran sus ambiciones, dijo que quería ser poeta. Se le concedió una beca de cien libras.

Comencé a interesarme de nuevo por el mundo y por lo que ocurría en él. Escuché la radio, leí periódicos y me enteré de que Alemania se había anexionado Austria, que un meteorito de quinientas toneladas había aterrizado cerca de Pittsburgh, Pensilvania, que se había inventado algo llamado café «instantáneo», de que Orson Welles había emitido por la radio *La guerra de los mundos* y había sembrado el pánico.

No obstante, mi padre vivía en el aquí y ahora más inmediato, más próximo. Se diría que la lobotomía —que era la operación que le habían practicado— no le había cambiado mucho, al menos a primera vista. Su estado de ánimo era siempre bueno,

pero había perdido el interés por su antigua profesión, el mundo de las letras: no escribía una palabra, no leía nada. Al parecer, toda su vida intelectual se centraba en los problemas de ajedrez de mate en dos jugadas: las inventaba, las planeaba, las ponía a prueba y las mandaba a periódicos y revistas de ajedrez. Y era extravagantemente impuntual. Se presentaba a comer a las cinco y media de la tarde, o llegaba a una cita con su dentista en Brighton con tres días de retraso. En una ocasión lo estuve esperando en la estación de Lewes durante dos horas (tenía que venir a recogerme con el coche). Telefoneé a casa y me dijeron que había salido para venir a buscarme justo después de desayunar. No teníamos ni idea de lo que había hecho ni dónde había estado cuando regresó a casa poco antes de medianoche. Sonriendo, dijo que había ido a recogerme, pero que no me había encontrado. Era un aplicado jardinero y daba largos paseos por los Downs, con un pequeño tablero de ajedrez de viaje asomando siempre del bolsillo de su chaqueta. Su mundo se había vuelto muy reducido, pero era completamente feliz en él.

A final de año Cleve me mandó una larga carta de disculpa (yo le había escrito contándole mi mejoría, aunque no el diagnóstico de sir Victor). La oficina de Londres no se reabría, decía, enumerando las excusas habituales —el dinero, la crisis mundial, la situación editorial de los Estados Unidos, los recortes de gastos en el ramo de las revistas, la aparición de otras áreas de expansión prioritarias—, pero quería que conociera a una amiga suya, una tal Priscilla Lucerne, que iba a viajar a Londres a principios de año. Me dijo que lo arreglaría todo para que nos encontráramos, que pensaba que valdría la pena.

En febrero de 1939 llegó la carta de Lucerne. Se quedaría en Londres una semana, y se alojaría en el hotel Claridge antes de trasladarse a París. Le encantaría invitarme a tomar el té. Así que quedamos en vernos en el Palm Court. Era una cuarentona menuda, delgada, elegantemente vestida, con el pelo teñido color negro Biblia y un corto flequillo hasta media frente. Utilizaba un carmín del escarlata más intenso. Fumaba cigarrillos con una boquilla de veinticinco centímetros. No consiguió ocultar su decepción cuando quedó claro que lo único que sabía de ella era que conocía a Cleve. No perdió tiempo a la hora de sacarme de la ignorancia: era la editora de *American Mode*, y quería ofrecirme un trabajo como fotógrafa en plantilla.

Vi la mano de Cleve Finzi en todo aquel asunto: su sentimiento de culpa, el intento de solucionarme la vida después del desastre de *Global-Photo-Watch*.

—Pero yo no soy fotógrafa de moda —le dije a Priscilla.

—Cleve Finzi dice que eres una excelente fotógrafa, y eso es lo único que me interesa —dijo, insertando otro cigarrillo en la boquilla. Me miró de frente—. Seamos honestas, mi querida Amory. Sacarle una foto a una modelo encaja perfectamente dentro de tus aptitudes. Supongo que sabes iluminar un interior.

—Sí, por supuesto.

—Nosotros escogemos a la modelo, el vestuario, la localización..., a veces incluso la pose. Seguro que lo harás de maravilla.

Me pregunté qué le debía Priscilla a Cleve Finzi, qué deuda acababa de saldar al ofrecerme esa oportunidad. No parecía especialmente entusiasmada; ni siquiera solicitó ver mi *book*. Le pedí un tiempo para pensarlo. Le expliqué que estaba convaleciente tras una larga enfermedad.

—Tómate todo el tiempo que quieras, querida —dijo con una sonrisa amplia pero vacía. Ya había cumplido con su deber.

Me lo estuve pensando unas semanas mientras recuperaba las fuerzas y volvía a ser la de antes. Cleve me escribió para insistirme en que aceptara. Y como no tenía nada más en perspectiva y debía ganarme la vida, al final le contesté a Priscilla Lucerne que estaría encantada de aceptar su amable oferta. Siguieron algunas formalidades; aparecieron las inevitables demoras burocráticas, pero en el verano de 1939 embarqué de nuevo para los Estados Unidos de América, abandonando una Europa al borde de la guerra.

## 4. *Le Capitaine*

Habíamos pasado la mañana en Central Park, West Side, subiendo desde la calle 80 hasta la 90, fotografiando el exterior como si estuviéramos en el campo, y ahora, por la tarde, nos habíamos trasladado a un estudio alquilado en la Séptima Avenida en el Distrito Garment. Estaba sacando fotos para una sección de *American Mode* titulada «Cuando te marchabas». En las últimas dos o tres páginas de la revista había un desplegable de fotos de moda que mostraban ropa «asequible» de diseñadores norteamericanos anónimos, agregadas como a última hora, para lectores que no podían permitirse la alta costura francesa... y tampoco es que esta abundara, ahora que la guerra ya había comenzado. Así me ganaba la vida; no es que el trabajo me encantara, y tampoco se me daba muy bien, a decir verdad, pero era un sueldo, y mi nombre nunca aparecía en las fotos.

Del mismo modo, las modelos que utilizábamos en «Cuando te marchabas» no eran las más conocidas; quizá ya había pasado su mejor momento, y no les importaba aceptar una reducción de su tarifa habitual solo para poder seguir trabajando. La modelo que había fotografiado en Central Park era Kitty Angrec, que ya había cumplido los treinta, como yo, y también, igual que yo, estaba relativamente contenta de ser una chica de contraportada.

Le saqué las fotos sobre un fondo de papel color magenta con un foco de quinientos vatios y una lámpara photoflood número uno con reflector plateado. Sabía que quedaría bien, pero no puse mi corazón en el trabajo, y ella tampoco: las dos estábamos ya algo cansadas; había sido un día muy largo. Yo tenía un ayudante, Todd —siempre los cambiaban, un día era un chaval, y otro día otro—, y le dejé que sacara la película de la cámara, la etiquetara y la mandara a los laboratorios de *American Mode*, y seguí a Kitty hasta el vestuario para tomar una copa y fumar un cigarrillo.

Kitty era una chica larguirucha a la que le faltaba muy poco para ser una auténtica belleza. Por culpa de esa extraña geometría de las caras —el ojo con respecto a la nariz y los labios— se había quedado en guapa sin más. Tenía el labio superior un tanto demasiado largo, la conexión cejas y pestañas quedaba algo torcida... Había intentado analizarlo, pero era incapaz de comprender qué era lo que descompensaba aquella cara. Las dos encendimos un cigarrillo y yo saqué una botella de ron que servimos en vasos de plástico. Kitty comenzó a desvestirse.

—¿Quieres que salgamos esta noche, Amory? Tengo canguro.

Kitty tenía un niño de tres años cuyo padre estaba en la armada de los Estados Unidos.

—No es mala idea. ¿Dónde quieres que vayamos?

Repasamos nuestras opciones mientras ella se quitaba la ropa. Cuando se quitó la falda aparecieron unas medias de rejilla y unos zapatos de tacón alto, y al despojarse de la combinación se le cayó el cigarrillo y se agachó para recogerlo.

—No te muevas —dije, y me fui corriendo a buscar la cámara. Se la arrebaté a

Todd: era una Rolleiflex.

—¿Ya has sacado el carrete?

—Todavía no, señorita Clay.

Volví corriendo al vestuario y encendí todas las luces.

—Haz lo mismo que antes —le dije a Kitty—. Agáchate como si fueras a coger el cigarrillo.

Se inclinó, doblando las rodillas y recogiendo un cigarrillo imaginario. *Clic*.



La imagen que resultó fue mi mejor foto de moda —en mi opinión— de entre las centenares que tomé para *American Mode*. La saqué en diez segundos con la iluminación que había en el vestuario. La hice positivar y se la llevé a Priscilla al día siguiente.

—Bonita —dijo—, pero no puedo publicar esto en la revista.

—¿Por qué no?

—No somos *Bazaar*, ni *Vogue*. Somos *American Mode*. Hay una gran diferencia —me devolvió la foto—. Buen intento, Amory. Pero es demasiado... provocativa.

Habría estado bien en tu escandalosa exposición, pero no en mi revista. Lo siento.

Pensé en lo que había dicho mientras volvía a introducir la foto en un sobre marrón.

—¿Cómo sabes lo de mi exposición? Fue hace muchos años.

—Cleve Finzi me lo contó.

De nuevo la conexión Cleve.

—En fin —dije—, valía la pena intentarlo.

—Sigue trabajando como hasta ahora, Amory —dijo Priscilla, rebuscando entre los papeles que había sobre su escritorio—. Todos estamos muy contentos contigo.

No tardé en comprender que yo no era fotógrafa de moda. Una y otra vez miraba mis fotos para *American Mode* y solo veía rigidez, falsedad, afectación... mediocridad. Las pocas imágenes que conseguía sacar a las modelos mientras se cambiaban, tomaban una taza de café o charlaban al final de una sesión me parecían mil veces más llenas de vida. Pero esas imágenes no le interesaban a nadie.

Aun así cumplía mis obligaciones con diligencia cada vez que me llamaban, y disfrutaba de la vida que los Estados Unidos me brindaban. Ganaba trescientos dólares al mes y vivía en el Upper East Side (no tenía ganas de volver al Village). Me encontraba bien, había recuperado peso, tenía el pelo lustroso. Ya no sangraba, aparte de alguna mancha o mota en las bragas, y no había vuelto a tener la menstruación: se había parado del todo, tal como había predicho sir Victor. Algunos meses volvía a sentir los dolores menstruales, la sensación, el malestar, los cambios de humor..., pero no ocurría nada. Lenny Nariz Respingona había provocado un daño permanente.





LOS AÑOS DE *AMERICAN MODE*. LO MEJOR Y LO PEOR.

A medida que pasaba el tiempo, a veces me preguntaba por qué había vuelto a Nueva York, y la razón principal, o esa era mi explicación racional, era que consideraba la ciudad un símbolo de mi recuperación. Había reemprendido mi antigua vida: Amory Clay volvía a sacar fotos y le pagaban por hacerlo, aun cuando se me hacía extraño estar en los Estados Unidos mientras en Europa había una guerra. Leía las noticias de los periódicos, escuchaba los boletines de la radio; me llegaban cartas de casa; comencé a enviar paquetes de comida a Beckburrow: era innegable que había guerra, y que se libraba allí, pero de algún modo quedaba en un ultimísimo plano.

Por la mañana salía del apartamento en la Tercera Avenida con la calle 65 y caminaba hasta el metro, compraba un periódico que mencionaba los bombardeos alemanes de Londres, que Japón había invadido Singapur, que el Afrika Korps había recuperado Tobruk, que la armada de los Estados Unidos había triunfado en la batalla del mar del Coral, pero era como si estuviese en un polvoriento volumen de historia. En Manhattan todas las luces estaban encendidas, en Estados Unidos todo era derroche y diversión.

Naturalmente, la auténtica razón por la que había vuelto era Cleveland Finzi. Reemprendimos nuestra relación a los dos meses de mi llegada, pero ya no era como los días despreocupados de antaño. También sentí cierta aprensión la primera vez que hicimos el amor, la primera vez desde mi accidente, pero, para mi alivio, todo pareció ir bien: no sentí dolor, solo placer. Mi libido funcionaba con normalidad.

Puede que yo sintiera lo mismo, pero a Cleve se le veía diferente: tan cauteloso que parecía casi aterrado. Teníamos que encontrarnos con tal secreto que habríamos sido el orgullo de cualquier experto espía.

—Frances ni siquiera sabe que has vuelto a los Estados Unidos —me explicó cuando me quejé de las ridículas medidas que tomábamos para que nadie nos descubriera—. Si se enterara, eso acabaría con ella.

—Pues sería un comienzo —dije—. Lo siento, no tiene gracia.

Estábamos echados en mi cama bebiendo whisky con soda. Habíamos hecho el amor. Era hora de comer.

—De ninguna manera puede enterarse de que estás en la ciudad —dijo—. Imagínate las consecuencias.

—Muy bien —dije cogiendo un cigarrillo—. Ya lo he pillado —no tenía ganas de hablar de Frances Moss Finzi.

Cleve cogió un mechero, encendió mi cigarrillo y luego el suyo.

—Tenemos que ir con mucho cuidado, Amory. Con mucho cuidado.

—Por supuesto. No quiero poner en peligro tu feliz matrimonio.

Pareció relajarse al oír mis palabras, como si lo hubiera dicho en serio.

—Pero ahora estás aquí, te he recuperado y estamos juntos, y eso es lo que importa.

Me abrazó y besó, y sentí lo mismo de siempre: el ensancharse de mis pulmones, la cabeza que me daba vueltas. Cleve me producía ese efecto. Todavía me conmovía y me alteraba; por mucha culpa que experimentara, o intentara mitigar; por mucho que se engañara; por mucha insatisfacción y rabia que me provocara su autocomplacencia y egoísmo. Le veía tal como era, pero no podía resistirme a él. O al menos no me molestaba en resistirme, para ser más exactos. Me daba igual: no estaba para pensar en el futuro. Me lo debía a mí misma, me dije, por todo lo que había sufrido desde aquel espantoso día en los disturbios de Maroon Street. Si no era completamente feliz, al menos no era completamente desdichada, y eso tampoco era una minucia.

El cataclismo de Pearl Harbor lo transformó todo al instante, como una inmensa borrasca que barre todo el país. Cambió la presión, los barómetros sociales enloquecieron. En Nueva York me sentía como si de repente nos hubieran ordenado que nos volviéramos serios y responsables; aquellas vacaciones eternas tocaban a su fin, el deber nos llamaba, el conflicto mundial se plantaba en nuestra puerta. Era como si, de la noche a la mañana, todo el país hubiera madurado colectivamente y

asumiera sus deberes de adulto.

Recibía cartas exultantes de mi madre y de Dido. ¡Por fin, por fin! ¿Por qué habíais tardado tanto? Desde mi punto de vista —aunque me sentía feliz ante el cambio en el equilibrio de poder militar— el efecto principal del ataque sorpresa de Japón a la flota norteamericana en Hawái fue que Jean-Baptiste Charbonneau volvió a aparecer en mi vida.

Un sábado por la tarde de principios de enero de 1942 sonó el teléfono de mi apartamento.

—¿Amory Clay?

—Sí. Soy yo.

—¡No me lo puedo creer! *Putain!*

—¿Quién es?

—¿Tú quién crees? ¡Charbonneau!

En honor a nuestra primera cena juntos, acordamos encontrarnos de nuevo en el Savoy-Plaza a la noche siguiente. Yo llegué pronto a propósito y me senté a esperarlo en el vestíbulo, de buen humor y con ganas de verlo. A lo mejor Charbonneau era lo que realmente necesitaba ahora: un amigo de verdad.

Un sujeto alto y delgado, con bigote y ataviado con un insólito uniforme militar, entró por las puertas giratorias y miró a su alrededor. ¿Era él? ¡Sí! Charbonneau, militar..., imposible. Me vio y se me acercó abriendo los brazos. Nos abrazamos, me cogió la mano y acercó los labios, sin besarla, con ese estilo francés simbólico y formal. A continuación volvió a abrazarme y sentí que me apretaba contra él con demasiadas confianzas.

Lo aparté.

—¡Tranquilo!

—Estás preciosa.

—Y tú estás muy raro.

—Soy capitán del ejército de la Francia Libre. Deberías hacerme un saludo militar —retrocedió un paso y me miró de arriba abajo, como un granjero que inspecciona el ganado—. Sí. Llevas el pelo más corto —dijo—. Y has adelgazado.

—Tú también —me encogí de hombros—. Estuve enferma... mucho tiempo. Pero ahora estoy mejor.

—Y yo he estado huyendo de los nazis.

Entramos en el comedor. A Charbonneau no le gustó la mesa que nos habían asignado, así que probamos otras dos hasta que por fin quedó contento. A continuación pidió una botella de champán y otra de Château Duhart-Milon de 1934 para que la decantaran y estuviera en su punto para el plato fuerte.

Levantó la copa de champán hacia mí y me sonrió.

—Siento que vuelvo a estar vivo, Amory. Como si nada hubiera ocurrido desde la última vez que estuvimos aquí sentados.

Ambos saboreamos la ironía. El siglo galopaba veloz sin nosotros.

Me habló de la caída de Francia, de su huida de París a Burdeos, donde el gobierno provisional había establecido su capital temporal durante un par de semanas. Después del armisticio, pensó en quedarse en Francia, pero decidió que era mejor probar suerte en el extranjero, de manera que se encaminó a España y luego a Portugal.

—Lisboa es una ciudad interesante —dijo con aire reflexivo—. Un día te llevaré.

A principios de 1941 se trasladó a Londres —en hidroavión— para unirse al gobierno de De Gaulle en el exilio, las Forces Françaises Libres.

—Sí, y cuando estaba en Londres fui a verte —dijo—. Fui a tu pequeño apartamento de Walham.

—Walham Green.

—Estaba cerrado. Y no estaba Amory.

—Ya había vuelto a Nueva York.

Se recostó en la silla.

—Y aquí estamos los dos, en Nueva York. Ahora. No me digas que la vida no es muy extraña.

—Este uniforme no te sienta muy bien.

—El ejército de la Francia Libre es muy pobre. Pero creen que si llevo uniforme, me tomarán más en serio. Este lo pedí prestado. Incluso las medallas son prestadas —señaló la hilera de cintas de medalla colocada sobre el bolsillo izquierdo. A continuación me dirigió una mirada tristonca y apuró su champán de un sorbo—. En Washington los franchutes no son muy apreciados. Roosevelt odia a De Gaulle. Churchill odia a De Gaulle. Mis compatriotas no lo comprenden. ¿Es que no somos aliados? Pero no —sirvió más champán—. Un funcionario norteamericano del Departamento de Estado me dijo: De Gaulle no es más que un brigadier del ejército francés: ¿por qué hemos de darle tanto dinero y tanto apoyo? —arrugó la frente—. Es un auténtico problema, ya te lo digo, Amory, *ma puce*.

Llegó la comida, otra repetición: filetes poco hechos con ensalada de tomate. Charbonneau sirvió el Duhart-Milon.

—Carne americana, vino francés, una hermosa chica inglesa. El mundo está en guerra, pero la vida es bella.

Chocamos nuestras copas y tomamos un bocado. A continuación me cogió la mano. Sabía lo que iba a decirme.

—Tengo la impresión de que es nuestro destino, nuestro sino —dijo bajando la voz y mirándome a los ojos—. Encontrarnos así. Quiero pasar el resto de la noche contigo. No quiero decirte estúpidas palabras románticas, tirarme horas con esa cháchara idiota. Te respeto demasiado, y te lo digo de frente, Amory, *en toute franchise*.

—No.

—¿Por qué no? —pareció auténticamente irritado—. ¿Qué tengo de malo?

—Nada. Pero estoy enamorada de otra persona.

Farfulló para sí mismo en francés, a continuación suspiró y me miró.

—Algún día serás mía, Amory. Espera y verás.

No pude por menos que reírme.

—Cómete el bistec, *mon capitaine* —dije—. Se está enfriando.

Recuerdo exactamente dónde estaba cuando me enteré de lo de Pearl Harbor. Había entrado en una pequeña *delicatessen* de la Sexta Avenida, y me estaba tomando un sándwich de pastel de carne, que bajaba con un Dr. Pepper. Me estaba adaptando a los gustos americanos. Era domingo por la mañana en Hawái, y las primeras y confusas noticias llegaron por radio a la costa este. Toda la tienda quedó en silencio, y miramos la radio del mostrador como si fuera un instrumento demoníaco de propaganda.

—¡John Jack Anthony! —gritó alguien al fondo de la sala: un juramento que nunca había oído antes, ni oí nunca después—. ¿Qué demonios va a pasar ahora?

Recuerdo que Dido vino a Nueva York hacia finales de 1941 para dar un recital en el Carnegie Hall, como parte de una gran campaña probritánica de únete-a-nuestra-guerra. El programa consistía en música inglesa: Elgar, Delius, Moxon, Vaughan Williams.

Dido y yo fuimos al Club 21 después del recital. La sala se puso en pie y la aplaudió al entrar: mi hermanita, a sus veintisiete años, era una mujer valerosa, guapa, radiante y segura de sí misma conforme iba repartiendo besos y saludaba suavemente con la cabeza mientras todo el mundo la aclamaba. Una nueva Gran Bretaña. Reculé unos pasos para que toda la atención fuera para ella.

Comimos huevos benedict y bebimos Chablis frío.

—Me siento en otro mundo, en otro universo —dijo—. El viaje ha sido completamente aterrador. Deberías ver Londres. Las luces apagadas por los bombardeos, la impenetrable oscuridad. Y luego, cuando sale el sol, ruinas humeantes por todas partes. La gente asustada, abatida. Intenta comprar una caja de cerillas. Imposible. La gente te dice: «Antes muertos que derrotados». Es aterrador —recorrió con la mirada aquella sala luminosa y estridente—. Estamos perdiendo, Amory. No podemos ganar nosotros solos, ni siquiera con los rusos..., y esos acabarán derrotados cualquier día. Eso es lo que nos aterra —bajó la voz—. ¿Por qué los yanquis no entran en la guerra? ¿Qué se lo impide? ¿Es que no ven ese peligro tan terrible?

—Es muy complicado —dije—. Cuando lleves aquí un par de días, comenzarás a comprenderlo. Lo que ocurre en Europa parece quedar a un millón de kilómetros. No tiene nada que ver con nosotros.

—Voy a pedir otra ración de huevos benedict —dijo—. ¿Crees que soy demasiado glotona? Huevos, huevos, huevos. Qué cosa tan maravillosa.

Llamé al camarero y pedimos otra ración de huevos benedict y otra botella de

Chablis.

Dido encendió un cigarrillo.

—Por cierto —dijo—. Agárrate fuerte. Xan se ha alistado en las fuerzas aéreas.

Recuerdo que la revista me mandó a una sesión fotográfica en Taos, Nuevo México, en enero de 1942, justo antes de volver a encontrarme con Charbonneau. No era para «Cuando te marchabas», sino que la foto se utilizaría como telón de fondo para el número de moda veraniega, y necesitábamos sol. Supuse que Priscilla no había podido encontrar ningún fotógrafo reputado, por lo que había decidido confiarme el encargo. Toda la semana que pasamos allí estuvo lloviendo, y mis fotos fueron rechazadas. Presenté la dimisión. La aceptaron, y veinticuatro horas más tarde la anulaban. Cleveland Finzi estaba manejando mi vida de nuevo.

Lo que el incidente me demostró fue que tenía que dejar de sacar fotos de chicas guapas enfundadas en vestidos caros, y comencé a buscar en mi pequeño archivo con la intención de reunir una colección de mi obra, fotos de las que estuviera orgullosa. No eran muchas, así que empecé a sacar nuevas fotos, una secuencia que llamé «Ausencias». Platos limpios sobre una mesa de cocina. Sillas vacías en el camino de grava de una plaza ajardinada. Un sombrero y una bufanda colgando de un perchero. La presencia humana brillaba por su ausencia, pero permanecían sus huellas. Me dije que el origen de esas fotos era lo sola que me sentía en los Estados Unidos, lejos de casa, pero después de pensarlo un poco comprendí que esas fotos de lugares vacíos o que se acababan de vaciar tenían algo que ver con mi esterilidad. La ausencia que acompañaba mi vida.

Recuerdo que entré en el Saks de la Quinta Avenida y compré un traje gris con cuadros verdes por treinta y cinco dólares. Me lo llevé puesto y fui directamente al hotel Algonquin a encontrarme con Cleve. Tomamos un cóctel y luego subimos a la habitación que él había alquilado a hacer el amor. Aquella noche vimos una película titulada *Dark November* y comimos en Sardi's antes de volver al Algonquin. Mientras regresábamos, las calles estaban llenas de soldados y marineros —¡Estados Unidos había entrado en la guerra!—, y recuerdo que me sentí especialmente feliz, como si hubiera ganado un premio. Y al tiempo que experimentaba esa felicidad, también comprendí que la vida no podía seguir así. El cambio flotaba en el aire para todos; el mundo cambiaba, y yo también.

Recuerdo el momento en que supe que todo había terminado. Cleve y yo nos alojábamos en un pequeño hotel, el Sawtucket Inn, en la bahía de Cape Cod. Hacía más de un mes que no le veía, pero había conseguido que pudiéramos pasar dos noches seguidas juntos. Frances no sospechaba nada. Cleve le había dicho que iba al funeral de un colega y que estaría fuera un par de días.

Era por la mañana y estábamos en la cama, en ese estado de dicha neblinosa y autoindulgente que experimentas cuando has hecho el amor al despertarte y sabes que

no tienes que levantarte para ir a trabajar, ni a ninguna otra parte, si no te apetece, y contemplas vagamente la posibilidad de volver a follar antes de tomar un gran desayuno. ¿Lo hacemos? ¿Cuándo volveremos a estar juntos así? No sé si puedo. Oh, te sentará estupendamente, déjame a mí...

De algún modo, la conversación se desvió hacia una película. Cleve se inclinó sobre mí y me apartó el pelo de la frente. Sentí su polla engordando contra mi muslo. Me besó en el cuello.

—Es como ese momento —dijo—. Ya sabes, aquella película que vimos..., cuando Haden Frost mira a..., ¿cómo se llamaba?... Lucille Villars. ¿Cómo se titulaba la película? Y lo sabes. Sabes que van a acabar en la cama.

Arrugué la frente, pensativa.

—¿Qué película?

Cleve me pasó las manos por los pechos. Me besó los pezones, la oreja derecha.

—Vamos. Lo dijiste tú misma. La mirada más sexy que habían cruzado dos actores. En toda la historia del cine.

—¿Yo dije eso?

—La mirada más sexy *nunca vista*.

—Haden Frost no actuaba en *Dark November*.

—Lo sé. Era *I Want Tomorrow*.

—No he visto esa película.

Ni siquiera me estaba escuchando, ese fue su error.

—Hablamos de la película durante media hora, cariño. ¿No te acuerdas? De que esas miradas, si funcionan, son más efectivas que diez páginas de diálogo. Eso es saber actuar... —se interrumpió, y de repente se dio cuenta.

Me incorporé lentamente, mi cerebro funcionaba a gran velocidad. Se apartó de mí y cogió un cigarrillo.

—No he visto esa película —repetí—. Nunca hemos tenido esa conversación.

Cleve era bueno, no dejó entrever nada. Encendió su cigarrillo con mucha calma y me sonrió, encogiéndose de hombros.

—Lo siento. Entonces seguramente la comenté con Frances.

—Lo más probable.

Volví a acurrucarme a su lado, pues no quería que me viera la cara ni la turbación que reflejaba. Fue entonces cuando comprendí que se veía con otra. Frances nunca iba al cine por culpa de la silla de ruedas. Había otra mujer en la vida de Cleve Finzi. Ahora éramos tres.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Hoy he almorzado en el hotel Glenlarig con Alisdair McLennan, el hijo de Greer

y Calder. Estaba de visita con sus dos hijos, a los que dejaba con sus padres todo lo que podía. Dijo que quería conocerme, hablar de Vietnam, y de ahí el almuerzo. Es un hombre de unos treinta y tantos, con un hermoso pelo rubio rojizo, y una cara vulgar y franca —pestañas claras, ojos azul claro—, y lo encontré atractivo de una manera vital, superinteligente, totalmente relacionada con su intelecto. Su mentalidad es inquieta y obstinada, y siempre encuentra algo que decir o comentar; alguna aguda observación acerca de la cantidad diaria de algas que se acumulan en la playa, de cómo los sindicatos manipulan el Partido Laborista, de los monopolios de los ferris en las islas Hébridias Occidentales, de que Anthony Eden era el mejor primer ministro que habíamos tenido... solo que no nos dimos cuenta. No había nada que su intelecto no aprovechara.

Al cabo de unos minutos supe que no me caía bien, no solo por su manifiesta inteligencia, sino por ser uno de esos hombres incapaces de ocultar su interés sexual —su curiosidad sexual— por casi todas las mujeres que conocen.

Era consciente de que me estaba observando, mirándome los pechos, la cara, el pelo, la ropa, desnudándose en su imaginación, mientras tomábamos un gin tonic en el bar del hotel. Ahí estaba yo, a mis sesenta y nueve años, charlando mientras me sometía a la lujuria interrogadora de ese joven, a su evaluación insolente, que al final me rechazaba con indiferencia. Quizá es algo que hacen los hombres: consideran instintivamente el potencial sexual de todas las mujeres que conocen. No sabría decirlo. Pero todos los hombres que he conocido procuran ocultártelo, si eres una mujer, a no ser que el encuentro se dé de forma expresa con algún fin sexual en mente, claro.

Comprendí que el radar sexual de Alisdair se apartaba de mí y se dirigía a Isla, la joven camarera que nos había traído el menú. Isla era una chica grande y feúcha, con unos extraños ojos color caramelo, y percibí que, mientras nos tomaba el pedido, el veleidoso interés carnal de Alisdair McLennan ahora se centraba en ella, como la luz de una linterna, investigando, considerando, y luego apagándose. Nada que hacer.

De resultas de ello, me mostré un poco arisca con él, un poco cortante y cínica, como si dijera: te he calado, amigo, y no me va tu rollo. Pero no creo que él captara esos matices, esa clase de hombres no suele hacerlo. Es una variante del puro ego: nunca se dan cuenta de que los demás también los juzgan.

En cualquier caso, hablamos de Vietnam, vagamente. Le dije que había pasado mucho tiempo desde que había estado allí, y que no creía que mis observaciones fueran ya válidas.

—Tuvo algunos problemas allí, ¿verdad? —dijo como quien no quiere la cosa, sirviendo otro vaso de vino.

—¿Cómo lo sabes? —dije, más cortante aún que antes.

—Ya sabe, todo eso de las fuerzas especiales.

—Todavía no has contestado mi pregunta: ¿cómo lo sabes?

—Leí su expediente.



—¿Qué expediente?

—Todo el mundo tiene expediente en alguna parte, sobre todo si llevan una vida tan interesante como la suya —sonrió, y no pudo ocultar su actitud condescendiente—. Estoy en el servicio diplomático, tengo que ver expedientes.

Me tomé mi tiempo antes de contestar. Di un sorbo a mi Burdeos, dejé la copa en la mesa, la hice girar un momento sobre el mantel y a continuación lo miré fijamente.

—Fue una época muy difícil, sobre todo a finales de los sesenta. Todo el mundo mentía. Todo se desmoronaba.

—Bueno..., todo eso es historia antigua —volvió a sonreír y cambió de tema.

Enseguida supe que, aunque en apariencia debía de haber ido a Saigón como diplomático, trabajaba para los servicios de seguridad: un espía, o uno de esos que adiestran a los espías. Por eso había querido conocerme.

—Por cierto, ¿todavía mantiene contacto con alguien de por ahí? —me preguntó más tarde, sirviendo lo que quedaba de vino.

—No —contesté—. Ya están todos muertos.

## 5. Operación Antorcha

Lo más extraño de la aventura que comencé con Charbonneau fue que de inmediato pareció casi normal, como si lleváramos años siendo amantes, y empecé a preguntarme por qué habíamos tardado tanto.

Habíamos cenado juntos dos o tres veces siempre que Charbonneau podía escaparse de Washington y venir a Nueva York. Recuerdo que a final de año me llamó de un humor de perros y me dijo que tenía que huir de D. C. y de su *foutue mission*. ¿Quedamos para cenar? Escoge algún restaurante francés nuevo. Probémoslo, como hacíamos antes. Necesito divertirme. Le contesté que primero viniera a mi apartamento y tomaríamos una copa. Que encontraría algún lugar interesante.

Mi nuevo apartamento se encontraba en la calle 65, entre la Tercera Avenida y Park Avenue. Ocupaba el piso de arriba de un antiguo edificio de piedra rojiza que se caía a pedazos, con mi propia entrada en el lateral. Una señora anciana y su doncella vivían en el resto del edificio, pero casi nunca las veía. En una ocasión, pasaron dos meses sin que les echara el ojo encima.

Llegó Charbonneau, se quitó la guerrera de capitán que tan mal le sentaba y exploró mis habitaciones mientras yo preparaba dos Manhattans. Le oí abrir los armarios y los cajones, dejar correr el agua en el cuarto de baño como si fuera a alquilar el piso.

Regresó a la sala de estar y le entregué su copa.

—¿Todo bien? —pregunté—. Te veo un poco deprimido.

—Mañana invadimos el África francesa —dijo—. Marruecos. O mejor dicho, vosotros la invadís. Americanos y británicos combatiendo a los franceses. *C'est bien déprimant*.

—Combatiendo a los malos franceses. Vosotros sois los buenos franceses.

—Es muy complicado.

—Todo es muy complicado, Charbonneau. La vida es complicada. Es lo que tú siempre me dices.

—Es máximo secreto. No se lo digas a nadie.

Levanté mi copa.

—*Bon courage aux alliés*.

—Tu acento es terrible, pero apruebo el parecer tuyo —hizo una pausa, pensativo—. Tu parecer —dibujó una triste sonrisa—. Al menos tenemos a doce millones de soldados rusos de nuestro lado. ¿Cómo podemos perder, a la larga? —de repente se le vio incómodo—. ¿Qué ocurre, Amory? ¿Por qué me miras así?

—Solo te miro. Cuando el juego acaba, el rey y el peón vuelven a la misma caja.

—¿Has encontrado restaurante?

—No.

Su exasperación era evidente.

—Muy bien. Pues no comeremos. Pediremos comida china.

—Después.

Se me quedó mirando; al fin comprendía adónde quería llegar. Cerró los ojos e hizo un bailecito, arrastrando los pies y girando los hombros. Volvió a mirarme.

—¿Y?

—La respuesta es sí.

Estaba echada en la oscuridad de mi dormitorio junto a Charbonneau —que dormía el sueño de un hombre saciado— y pensaba en Cleve. ¿Me había acostado con Charbonneau porque había descubierto que había otra mujer, quienquiera que fuese? Tal vez. Entonces me dije: quizá sea más complicado, igual que todo, tal como ha dicho Charbonneau; quizá fuera una forma de demostrarme que era libre.

Por la mañana le llevé a Charbonneau una taza de café a la cama.

—¿Es café «claro» o «negro»? —preguntó.

—Me temo que es claro. Con un montón de leche caliente.

—Solo en Estados Unidos.

Me senté a su lado.

—Quiero que sepas una cosa —dije—. Te conté que había estado muy enferma. Una de las consecuencias es que no puedo tener hijos.

Se encogió de hombros, dejó su taza en la mesita y me tomó la mano.

—Bueno, ya sabes, podría ser peor. Yo tengo una hija. Nunca la veo.

—¿Tienes una hija?

—De mi primer matrimonio. Se llama Séverine. Tiene diez años.

—No sé mucho de ti —dije.

—Yo tampoco sé mucho de ti —replicó apartando la sábana—. ¿Y si nos vamos conociendo un poco mejor?

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Supongo que debería añadir, para ser justa en la comparación con los demás hombres con los que he hecho el amor, que el pene de Charbonneau era bastante pequeño y achatado, aunque tenía un escroto sorprendente y desproporcionadamente grande y pesado. De todos modos, lo que primero me impactó cuando estuvo desnudo fue lo peludo que era. Tenía una gran capa de pelo negro que le cubría el pecho, la barriga y el lomo. Entre ese matorral asomaba su pene pequeño y oscuro. También tenía pelo en la espalda, y desde luego en los brazos y las piernas. Al principio me provocó cierta alarma, pues nunca había visto ningún hombre tan peludo, pero en cuanto me abrazó comprendí que gracias a esa mata su cuerpo poseía una cualidad blanda y mullida, como una piel fina y cara, y al cabo de un rato

encontré su hirsuta presencia muy estimulante.

Hoy he sacado mi vieja Leica y me he dirigido al final de la bahía, donde están las pozas de marea. Hacía sol, apenas se veían unas cuantas nubes veloces, y quería fotografiar las pozas con el sol brillando justo encima: sus deslumbrantes destellos de luz. En otras palabras, pretendía fotografiar la luz de manera que no te dabas cuenta de que esta se reflejaba en las pozas de marea. Ese era mi nuevo plan, mi nueva obsesión. Lo que quería captar eran efectos de luz: momentos abstractos luminiscentes, como explosiones de estrellas que ningún pintor podría reproducir. Ventanas que reflejaban farolas; primeros planos de una carrocería cromada a pleno sol; charcos moteados por el sol. La luz detenida: la luz estática. Solo el ojo automático puede hacerlo. Tenía un nuevo libro en mente.

\* \* \*

Cuando mi intermitente aventura con Charbonneau duraba ya unas cuantas semanas, me pareció que Cleve comenzaba a intuir algo. Percibió un cambio en mí, pero sería erróneo afirmar que se mostró suspicaz.

Unos dos días después de la última visita de Charbonneau —que venía de Washington y de su *projet inutile*—, recibí una llamada telefónica de Cleve a una hora bastante tardía de la noche. Me alarmé, pues nunca me llamaba al apartamento.

—¿Qué ha ocurrido?

—Quiero que nos veamos. Pero en la oficina. Una reunión de trabajo.

—¿Y si Frances se entera?

—Ya no importa.

—¿Qué ha cambiado?

—Ven a verme. Te lo explicaré.

Al día siguiente nos encontramos en las oficinas de *GPW*. Me crucé con Phil Adler en el pasillo, de camino al despacho de Cleve. Llevaba un vaso de plástico en la mano y se detuvo tan bruscamente al verme que se le derramó al suelo.

—¡Amory! Has vuelto. ¡Dios mío! Llámame, tenemos que vernos —me besó en la mejilla—. Esto es estupendo.

—He vuelto, aunque no sé hasta qué punto —dije—. Pero te llamaré.

Cleve me dijo que me sentara y los dos encendimos un cigarrillo. Todavía estaba bajo el influjo de mi relación con Charbonneau, y descubrí que podía mirar a Cleve de una manera objetiva, sin que el miasma de la emoción me entorpeciera. Llevaba unos tirantes color malva sobre la camisa azul pálido, y una corbata color cereza, un tanto floja. Era la viva imagen de un apuesto editor de revista en su despacho del fondo, pero ya no me seducía tanto como antes. Comprendí que eso era lo que más le gustaba a Cleve de su vida, y explicaba por qué nunca dejaría a Frances. Sería poco práctico, y le costaría mucho mantener esa imagen. Y naturalmente, yo formaba parte de esa imagen perfecta, satinada y espléndida. Gracias, Jean-Baptiste. Estaba viendo

a Cleveland Finzi tal como era.

—¿Qué ocurre, Cleve?

—Vamos a reabrir la oficina de Londres.

—¿De verdad?

—Y naturalmente, quiero que vuelvas a dirigirla.

—¿Por qué?

—Hay centenares de miles de militares norteamericanos en Inglaterra. Y siguen llegando. Soldados de tierra, mar y aire. Nos lo estamos perdiendo. *Collier's*, *Life*, *Saturday Evening Post*, todos tienen gente ahí. Se lo planteé a la junta: estuvieron de acuerdo en que volvamos a abrir. Ya has hecho el trabajo antes; tienes todos los contactos. Les ganaremos por la mano.

Me quedé sentada en silencio unos segundos, y a continuación sacudí la ceniza del cigarrillo. Supe enseguida que iba a decir que sí, pero quería que se esforzara.

—Me gustaría ir —dije— y te echaré de menos.

—Iré continuamente. Y cuando esté allí, todo será distinto... mejor. No tendremos que escondernos, no tendremos que seguir con esta vida de agente secreto.

—Pero mi apartamento, *American Mode*...

—Yo me encargaré de todo. Setenta y cinco libras al mes, gastos aparte.

Me dije: Diana Vreeland gana quinientos dólares al mes y es la editora de moda de *Bazaar*.

—¿Me lo puedo pensar?

—De ninguna manera. Tienes que ser tú. No puedo enviar a otro.

—¿Cuándo tendría que marcharme?

—Ayer.

Charbonneau se sirvió otro vaso de vino, y a continuación vació la botella a invitación mía.

—Pidamos otra —dijo—. Salgo del *chiant* Washington D. C. y vengo a Nueva York a verte... y por fin la vida tiene algún sentido. Me entran ganas de emborracharme. Como un pez.

—Borracho como un pez..., eso me gusta. Pero no te emborraches demasiado. Hemos de disfrutar de nuestra última noche juntos.

Se atragantó con el vino y le salió disparado; se limpió la barbilla con la servilleta y colocó lentamente la copa sobre la mesa.

—¿Qué me estás diciendo, Amory?

—Vuelvo a Londres. Tengo un nuevo trabajo. Lamento darte la mala noticia en esta deliciosa velada.

—Bueno, no es tan mala —en su cara apareció su sonrisa enorme y salvaje, de alguien muy satisfecho consigo mismo—. Una de las razones por las que bebo tanto es que yo también tengo una noticia que darte, y no sabía cómo hacerlo.

—¿Qué noticia es esa?

—Yo también vuelvo a Londres.

---

## **Libro quinto: 1943-1947**

# 1. Typhoon

—Teniente de vuelo Clay, por favor —dije.

—Ah, sí... Sí, señorita, la estábamos esperando. ¿Le importaría repetirme el nombre de su organización?

—*Global-Photo-Watch*. Es una revista norteamericana.

Me encontraba en la oficina de comunicaciones de la RAF de Cawston, en Norfolk. Un sargento de vuelo estaba comprobando el diario de citas y cotejando la entrada con mis documentos de identidad y cartas de presentación. Todo parecía en orden.

—La conduciré hasta allí, señorita —dijo—. ¿Puedo echarle una mano con las cámaras?

—No hace falta, gracias.

Salimos, me guio hasta un vehículo del ejército color verde oliva y avanzamos a toda velocidad a través de la base, junto a hangares de poca altura en cuyos tejados crecía la hierba y cañones antiaéreos colocados aquí y allá, en dirección a unos lejanos aviones aparcados junto a una pista larga y delgada.

—Creía que le interesarían más los yanquis de al lado —dijo el sargento de vuelo.

—Iré a verlos mañana.

—Comerá bien, eso seguro. Ya lo creo que sí —con la misma envidia culinaria, comparó lo que servían en la cantina de sargentos de la RAF en Cawston y el banquete gourmet de «manduca de primera» que se servía en Gressenhall, donde estaba la fuerza aérea de los Estados Unidos—. Es otro mundo, señorita, ya se lo digo.

Le dejé seguir charlando sin revelar mi familiaridad con la «manduca» americana, concentrada en la perspectiva de ver a Xan después de tanto tiempo. Tenía la impresión de haberme perdido todo un capítulo de su vida. Dos capítulos. El escolar cohibido y el criador de hámsters que yo había conocido había acabado en Oxford, publicado un libro de poesía y ahora era piloto de combate. ¿Cómo ocurren esos cambios tan drásticos en la vida? Después de pensarlo un momento, comprendí que es algo que sucede continuamente. El tiempo es un caballo de carreras que devora un circuito tras otro mientras galopa hacia la línea de meta. Apartas un momento la mirada, te despistas un instante, y vete a saber lo que se te ha pasado por alto.

Aparcamos junto a un caza Typhoon, rodeado por un grueso parapeto semicircular de sacos de arena de metro ochenta de altura. El Typhoon era un aparato grande y voluminoso para ser un monoplaza, muy inclinado hacia atrás sobre su sólido tren de aterrizaje, y poseía una ancha toma de aire —como una boca— bajo la hélice de tres palas. A su lado estaba Xan, con una mano en el bolsillo, viéndonos llegar mientras fumaba un cigarro. Llevaba una chaqueta de piel de borrego y su traje de vuelo, como era obligatorio. Lo encontré más alto y más delgado que la última vez



que nos vimos en Beckburrow. Nos abrazamos. Retrocedí y lo miré de arriba abajo.

—Bueno, bueno, Marjorie... Quién lo iba a pensar.

Se rio, y durante un momento volví a ver en él al chaval que había conocido.

—Ya lo creo —dijo señalándome con el dedo—. Cuando vi la petición: «Señorita A. Clay, de Global-Photo-no-sé-cuántos», que quiere sacar una foto, comprendí que había gato encerrado.

—Solo quería verte —dije—. Mañana tengo que fotografiar a los aviadores norteamericanos y sus bombarderos, así que me dije que antes le haría una visita a mi hermanito.

Le hice colocarse junto a su Typhoon; se apoyó en el ala junto a la cabina de mando abierta, como si estuviera a punto de meterse dentro y despegar para ir a una misión, y fingí que le sacaba algunas fotos —no llevaba película en la cámara— para que se lo creyera el sargento de la oficina de comunicaciones que estaba a nuestro lado, mirando con aprobación.

Rodeé el aeroplano: una máquina grande y sólida, como un tanque con alas: era bastante voluminoso, no como los otros cazas, los Spitfires o los Hurricanes. Aquello era una bestia.

—¿Qué clase de avión es este? —pregunté.

—Un Typhoon.

—Eso ya lo sé, tonto. ¿Qué clase de Typhoon?

—Un Hawker Typhoon Mark Ib. Puede disparar misiles.

—¿Por qué lleva estas rayas blancas y negras?

—No estoy autorizado a decírtelo.

—¿Tiene algo que ver con la invasión?

—¿Vamos a la cantina? Tengo un regalo para ti.

Subimos al vehículo y nos llevaron a la cantina de oficiales, una antigua rectoría fuera del perímetro de la base. El salón daba a un jardín descuidado en el que había una pista de tenis con la hierba sin segar. Oí cantar a un cuco en el bosque que había más allá de la tapia de ladrillo color rosa.

Xan me trajo una ginebra con naranja y él tomó media pinta de cerveza. Encendimos un cigarrillo y hablamos de la familia: de la salud de padre (buena, estable), de madre, de la fama de Dido, de primos, tíos y tías. A continuación me entregó un libro delgado dentro de una bolsa de papel marrón.

Saqué el libro y me lo quedé mirando asombrada. La portada era color púrpura con unas letras doradas mate. *Vertical Poems*, de Xan Clay, V. L. Lindon y Herbert Percy. En mis ojos asomaron lágrimas de absurdo orgullo. Rápidamente me puse a hojearlo para engañar la emoción. Comprendí el título de inmediato: todos los poemas eran delgados como escaleras, una o dos palabras por línea.

—¿Por qué lo has escrito así, verticalmente?

—Lee el epílogo. No ahora, claro, sino cuando tengas un momento —sonrió, se reclinó en la silla, buscando un cenicero—. Es un pequeño movimiento poético que

hemos iniciado dos amigos de Oxford y yo. Pretendemos hacer una poesía un tanto diferente, fuera de lo normal, darle un pequeño meneo, si podemos. A lo mejor te gustaría escribir acerca de nosotros en tu Global-Photo-lo-que-sea.

—Tienes que dedicármelo.

—Ya te lo he dedicado.

Busqué en la portada: «Para Amory, con cariño de Marjorie Clay».

Me soné la nariz y tosí un poco para disimular las lágrimas que ahora empezaban a brotar.

—Tendrías que estar feliz, no echarte a llorar —dijo Xan.

—Son lágrimas de felicidad, Marjorie —dije—. No tienes ni idea de lo orgullosa que estoy de ti.

Agarré su cabeza con las dos manos, la atraje hacia mí y lo cubrí de besos. Tuvo que rechazarme.

Media hora más tarde ordenó al camarero de la cantina que llamara a un taxi para llevarme a mi hotel de Fakenham. Mientras esperábamos bajo el porche de la rectoría me presentó a los compañeros pilotos y oficiales que pasaban junto a nosotros. Todos tenían aspecto de haber hecho novillos en la escuela. Ese era el curioso efecto que ejercían sobre mí mis hermanos. Me sentía como la tía abuela de Xan —décadas mayor que él—, mientras que cuando estaba con Dido me sentía como una niña.

Me besó en la mejilla y me abrió la portezuela del taxi.

—Qué vergüenza —dijo—. No te he preguntado absolutamente nada de ti. Solo hemos hablado de mí, de mí y de mí.

—Justo para eso he venido a verte —dije—. Ahora estoy del todo *au courant*.

—¿Eres feliz, Amory? Pareces feliz.

—Me siento feliz de verte, querido —dije, eludiendo la respuesta.

Nos pusimos en marcha y volví la mirada. Por la ventanilla de atrás vi que me despedía con la mano. Entonces alguien le pidió fuego y se dio la vuelta, buscando el encendedor en el bolsillo.

Me limpié los restos de lágrimas. ¿Por qué me había hecho llorar? Sospeché que se trataba de la transformación que había visto en él. En mi ausencia, se había convertido en una persona completamente distinta. Un Xan competente, un joven capaz de coger su enorme avión armado de misiles, hacerlo surcar el aire y entrar en combate. Comprender aquello impresionaba.

—Dígame, señora —dijo el taxista medio volviéndose—. ¿Cuándo cree que será la invasión, en julio o en agosto?



LOS POETAS VERTICALES, OXFORD, 1942. DE IZQUIERDA A DERECHA: HERBERT PERCY, V. L. LINDON Y XAN CLAY.

«Premoniciones», de Xan Clay

Las estrellas  
predicen  
la caída  
de  
los zares.  
El rasgueo  
de una guitarra  
lleva a  
compases  
ocultos.  
Hurras  
saludan  
las noticias  
de la vida  
en  
Marte.  
El tiempo  
se  
detiene  
en  
Shangri-las.

## 2. High Holborn

Las nuevas oficinas de *GPW* (Londres) se encontraban en el extremo oeste de High Holborn. Disponíamos de tres habitaciones en la planta superior de un edificio que nos regalaba una vista oblicua de los tejados cubiertos de suciedad del Museo Británico. Una era mi oficina, otra el anexo de Faith y la tercera una especie de sala de espera donde se reunían periodistas y fotógrafos y que rápidamente se convirtió en un club informal. Disponíamos de un armario con un aceptable abastecimiento de licor (ginebra, whisky, bourbon, jerez) y cigarrillos —cortesía de nuestra oficina madre en Nueva York—, un par de sofás blandos y raídos y paredes cubiertas con fotografías enmarcadas y números atrasados de *Global-Photo-Watch*. En el intervalo que transcurría entre el cierre de los pubs después del almuerzo y su reapertura por la tarde se transformaba en un concurrido local en el que nos reuníamos y pasábamos las horas muertas de la tarde. Bebida y cigarrillos gratis y espíritu de hermandad.

Nos convertimos en una especie de refugio para diversos periódicos y revistas norteamericanos y para los servicios de teletipo. Al parecer, nuestra capacidad para proporcionar una rápida acreditación vía ETOUSA (las siglas en inglés de Teatro de Operaciones Europeo del Ejército de los Estados Unidos) había alcanzado bastante renombre. No tenía nada que ver conmigo: Faith Postings era quien actuaba de enlace y se encargaba del papeleo, y estaba claro que se le daba muy bien. Así que al final resultó que actuábamos de representantes —cobrando una tarifa— de alrededor de una docena de publicaciones y agencias de prensa estadounidenses, entre ellas *Mademoiselle* y el *Louisiana Post-Dispatch*. En cuanto los periodistas o fotógrafos poseían su acreditación de ETOUSA, se les asignaba una unidad concreta del ejército —la fuerza aérea era la más popular—, donde recibían la supervisión del oficial y el departamento de prensa de esa unidad.

En esa fase de la guerra el proceso funcionaba con bastante fluidez. Una vez acreditados, los periodistas —entre los que había varias mujeres— recibían uniformes y el rango honorario de capitán. Aquello siempre implicaba bastante papeleo, pero, una vez asignado cada periodista, el ambiente de trabajo dependía de la buena o mala disposición de cada unidad hacia la prensa —que en algunas era laxa y amistosa y en otras hostil y autoritaria—, y que generalmente venía determinada por la personalidad y carácter del oficial al mando.

Un día de finales de mayo, Faith asomó la cabeza por la puerta de mi despacho y puso una mueca de disculpa.

—Hay un extraño caballero que pregunta por ti. Insiste. Dice que te conoce.

—¿Cómo se llama?

—Dice que es el señor Reade-Hill.

Greville estaba de pie en nuestra habitación-club estudiando las fotografías que había en la pared a través de unas gafas tan gruesas que parecían opacas.

—¿Greville?

Se dio la vuelta, se quitó las gafas y en dos zancadas cruzó la habitación para abrazarme y darme un beso en cada mejilla. Emanaba un olor a pobreza, ese agrio hedor de los que no se bañan ni pueden lavarse la ropa. Se le veía pálido y considerablemente mayor, y llevaba el bigote sin arreglar, de color gris. Su traje brillaba de raído, y los evidentes remiendos eran muy toscos: cosidos por el propio Greville, sin duda.

Fuimos a dar un paseo, tomamos una taza de té y un sándwich en un café, y acabamos sentados en un banco de Bloomsbury Square, bajo el encapotado sol de mayo. Hasta ahora habíamos hablado de cosas banales, asuntos familiares, y en un tono bastante falso me había preguntado acerca de mi trabajo en *GPW*. Esperaba que me revelara la verdadera razón de nuestro encuentro.

En el lado de la plaza que se abría a Great Russell Street bajaban con un cabrestante un globo de barrera plateado, desinflado y de tres aletas. Media docena de chicas pertenecientes al cuerpo de Auxiliares de las Fuerzas Aéreas deambulaban por allí, y sus voces nos llegaban a través del césped.

—La cosa es, querida, que estoy bastante arruinado —dijo Greville, mirando en dirección al globo de barrera y esquivando mis ojos—. Me temo que el joven Bruno me cuesta una fortuna, entre una cosa y otra —percibí que su orgullo y su seguridad en sí mismo de antaño se habían convertido en amargura. Recordé la apuesta y deslumbrante figura que componía vestido de esmoquin, codeándose con la realeza, con aristócratas y millonarios.

Ya habían acabado de depositar el globo sobre la hierba, y las auxiliares de las Fuerzas Aéreas rodeaban su extremo posterior, buscando la fuga, supuse. El globo era enorme, de más de quince metros, y como estaba medio deshinchado, palpitaba y se hinchaba como si estuviera vivo, casi jadeando, un fantástico monstruo marino que la corriente había depositado en esa pequeña plaza del centro de Londres.

—Hablé con tu madre —dijo Greville con una voz apesadumbrada de vergüenza y disculpa—. Y ella mencionó, de pasada, que... esto... estabas contratando a la mitad de los fotógrafos de Londres.

—Eso no es cierto. Prácticamente solo tratamos con norteamericanos. Somos una revista norteamericana.

—Sí. Por supuesto..., tonto de mí. Ya me pareció que ella no lo había entendido bien. De todos modos, al menos he tenido la oportunidad de ponerme al día contigo —se volvió hacia mí—. Siempre lamenté nuestra..., nuestra pequeña riña por tus fotos perdidas. Tus fotos berlinesas.

—No tuvimos ninguna riña, Greville. Todo aquello fue una pesadilla.

—De todos modos, ojalá hubiera sido un poco más valiente. Creo que tener a todos aquellos policías en casa me hizo perder la cabeza. Y que se mencionara continuamente la palabra *obsceno*. Una palabra muy alarmante, *obsceno*, sobre todo cuando se repite cada cinco segundos, pone muy nervioso. No conseguía pensar con

claridad.

—Eso fue hace mucho, mucho tiempo —dije para consolarle, y sin pensar le puse la mano en la rodilla, que sentí huesuda, descarnada, como una ramilla bajo el ajado estambre de sus pantalones. Aparté la mano.

—Y esta maldita guerra está acabando conmigo —dijo con cierta vehemencia, y pasó a relatarme que desde 1939 prácticamente había dejado de trabajar de fotógrafo de la alta sociedad.

—Yo, que he retratado al príncipe de Gales —dijo—. ¿Sabes cuál ha sido mi último trabajo? Hace tres meses. Una jodida mujer quiso que fotografiara su cacatúa.

—Ah. Fotografía de mascotas.

—Exacto. Lo más bajo.

Lo pensé un momento. No soportaba la idea de que Greville Reade-Hill fotografiara mascotas.

—Hay un trabajo que creo que te iría bien —dije—. Pero tendrías que irte al extranjero. A Italia.

—Me encanta Italia.

—Greville, ahí también hay guerra. No son unas vacaciones —recordé que uno de nuestros fotógrafos de *GPW* había recibido una herida de metralla y lo habían repatriado.

—Sí, por supuesto. Espero que no me mandes a Monte Cassino. No parece nada divertido.

—No. Pero podría conseguir que te acreditaran como uno de los fotógrafos que tenemos con el Segundo Ejército.

—¿El ejército británico?

—Norteamericano.

—Me encantan los norteamericanos.

—Con una condición: que no te acerques al frente.

—¡Joder, no me lo dirás dos veces!

Nos pusimos en pie y le sugerí que regresara conmigo a la oficina para darle sus datos a Faith. Volvimos a High Holborn a paso lento. Percibí que Greville recuperaba la seguridad en sí mismo: un cambio casi físico parecía estar teniendo lugar; lo vi más alto, su zancada se ensanchó, como si se hubiese producido una especie de transfusión mística.

—¿Dónde vives ahora? —pregunté.

Pareció un poco abochornado.

—En realidad, vivo en una especie de hotel en Sandgate, en la costa sur. Tu madre ha sido muy amable ayudándome. ¿Cuánto cobraré en este empleo, por curiosidad?

—Cien dólares semanales.

—¿Y cuánto es en dinero real?

—Unas veinte libras.

—Maravilloso. Por todos los diablos. Me has salvado la vida, Amory, querida — asintió, irguió los hombros y se volvió de nuevo hacia mí. Me sonrió—. Mi querida Amory, mi ingeniosa, amable, simpática y encantadora Amory..., ¿no podrías darme un pequeño anticipo de mi salario?

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Esta mañana he traído a Flam de vuelta a casa, después de que pasara la noche en la consulta del veterinario de Oban, y lo he colocado dentro de su cesto, junto al fuego. Se le veía un poco más animado, y ha intentado lamerme la cara, contento de estar en casa. Lo he dejado allí y le he puesto delante un cuenco de comida para perros «alta en proteínas». La ha olisqueado, pero no le ha interesado mucho.

Ayer por la mañana me pareció que tenía muy mal aspecto: el cuello y la cabeza gachos, y tosía cada cinco segundos más o menos. Le miré la cara y vi que de las fosas nasales le salía un poco de mucosa. Se repuso algo al verme, pero se movía con torpeza. Así que lo cogí, lo coloqué en el asiento delantero del Imp y conduje hasta Oban para visitar al nuevo veterinario. Resultó ser una joven holandesa (casada con un escocés) llamada Famke Vogels. «Grandota», como solía decir mi madre de manera eufemística, pero me cayó bien porque no se anduvo con sutilezas y fue directamente al grano. Me dijo que dejara a Flam aquella noche y regresara a la mañana siguiente, cuando ya tuviera el diagnóstico.

—No es más que una neumonía bacteriana —dijo cuando regresé—. Nada de que preocuparse.

Le había puesto una vacuna antimicrobiana, y me proporcionó un tratamiento de píldoras antibióticas que había que administrarle dos veces al día.

—¿Sabe cómo hacerlo? —me preguntó.

—Sí. No es mi primer perro.

Mi primer perro, que también era un labrador negro, se llamaba Flim. Lo atropelló un tractor y le partió la columna vertebral. Cuando el angustiado campesino me lo trajo —el pobre chucho estaba en las últimas, deformado, gemía— supe que no había nada que hacer. O mejor dicho, que solo se podía hacer una cosa.

El veterinario de Oban, el predecesor de Famke, un tal señor McTurk, le echó un vistazo y me dijo: «No hay otra opción. Lo sabe, ¿verdad?». Asentí y se llevó a Flim, después de que yo le diera un beso de despedida, y lo libraron de su terrible sufrimiento, pobre perro. Lo enterré, llorando desconsoladamente, al borde la playa, de cara a la bahía. Pensaba: pobre perro... y también que había sido un perro afortunado, porque su dolor terminó y se fue de este mundo deprisa y sin sufrir más de lo que ya había soportado. Ah, perro afortunado: las personas deberíamos tener la

misma suerte, la suerte que tienen los perros enfermos.

Mientras Flam se arrellanaba, fui a buscar el frasco de píldoras y me agaché a su lado.

—Es la hora de tu medicina, amiguito —dije.

Procuro no hablar con mi perro como si fuera un ser humano racional, pero es imposible, como os dirá cualquiera que tenga perro.

Abrí la boca de Flam y le coloqué la píldora en la parte posterior de la lengua, a un lado. A continuación le cerré las mandíbulas con una mano y las levanté —lo aceptó con total docilidad—, aguantando un par de segundos. No me pareció que se la hubiera tragado, así que le soplé en el hocico y le masajeeé el cuello suavemente. Noté el reflejo en su garganta y lo solté. Se pasó la lengua por los dientes; se había tragado la píldora.

Le di un beso en la frente y le rasqué detrás de las orejas: vi cómo meneaba la cola de placer.

—¿Qué harías sin mí, eh, Flam? —dije.

Intentó subirse encima de mí para lamerme la cara, pero lo aparté. Un pensamiento indeseado entró en mi mente: ¿quién me dará la píldora cuando llegue el momento?

\* \* \*

Ahora me acuerdo de que Charbonneau se había mostrado demasiado confiado en que lo iban a destinar a Londres. Cuando llegué allí procedente de Nueva York, en 1943 —a bordo del *Queen Mary*, nada menos—, a Charbonneau lo mandaban al norte de África para cubrir la invasión de la Operación Antorcha, y se vio inmerso en la guerra interna de quién iba a controlar la Francia Libre. Supongo que las autoridades gubernamentales de la Francia Libre, quienesquiera que fuesen, pensaron que su experiencia americana y sus conocimientos prácticos les irían bien para tratar con Eisenhower y su Estado Mayor.

Recuerdo que entré en el amplio vestíbulo del hotel Savoy para encontrarme con Cleve en su primera visita a Londres, y que al verlo allí de pie, esperándome, vestido con un traje oscuro y una camisa blanca deslumbrante, me sentí parte de un sueño o una fantasía absurdos. Comimos en el restaurante de la planta baja y a continuación subimos a su suite e hicimos el amor. En Londres se comportaba de otra manera; era como en los viejos tiempos en el Village. Se le veía perfectamente relajado, con su entusiasmo habitual, divertido, mordaz, y nos paseamos por la ciudad sin que ni una vez mirara a su espalda.

En eso Cleve había tenido razón: alejarnos de Nueva York y de sus paranoias había revigorizado nuestros encuentros, ahora que volvían a sucederse, más o menos



cada seis semanas. Pero en ese tiempo, yo había cambiado: ahora habría que considerar el factor Charbonneau, un asunto que Cleve desconocía. Me llegó a la oficina una carta breve y llena de frustración de Charbonneau procedente de Argel. Las palabras que recuerdo son: «Creía que Washington era malo. Ahora me cortaría la mano derecha por estar de vuelta allí». Pobre Charbonneau.

Recuerdo que cuando Greville se fue a Italia, lo acompañé a la estación Victoria para despedirlo. Iba a unirse a un convoy que zarpaba de Portsmouth. Se le veía elegante, con un aire un tanto granujilla, con su uniforme oscuro de corresponsal de guerra y las insignias que lo indicaban, y se cubría con un gorro cuartelero que lucía en un ángulo convenientemente chulesco. Le colgaba del hombro una bolsa de lona con su equipo de fotografía y accesorios. Me conmovió ver que se había recortado el bigote y se lo había teñido de color avellana. Casi parecía el de antes y le felicité.

—De hecho, llevé el uniforme a mi sastre para que le hiciera algunos arreglos —dijo—. No me sentaba nada bien.

—Bueno, pues se te ve muy auténtico, capitán Reade-Hill, estás muy en tu papel de gallardo corresponsal de guerra. Pero no hagas nada que sea gallardo.

—Cobardía es mi segundo nombre —dijo. Me dio un beso y susurró—: Bendita seas, querida.

Recuerdo que la consecuencia más irritante de mi precipitada marcha de Nueva York fue que me perdí la publicación de mi primer libro, *Absences* (Frankel & Silverman, 1943). Apareció dos meses después de mi regreso a Londres, y la prensa lo recibió con el más absoluto silencio. Mi editor, Lewis Silverman, dijo que me mandaba seis ejemplares. Nunca llegaron, víctimas, supongo, del errático servicio de correos durante la guerra o de algún ataque de submarinos. Le pedí a Cleve que me trajera algún ejemplar cuando viniera a Inglaterra, pero siempre —típico de él— se le olvidaba. Finalmente conseguí ver un ejemplar de *Absences* después de la guerra, en 1946, tres años tarde, pues en esa época hacía mucho que estaba ya agotado. Me pregunto si se trata de una experiencia única en la historia de la edición. Era una pieza de coleccionista, muy rara, o eso me dijeron los libreros cuando intenté localizar un ejemplar.





IMÁGENES DE ABSENCES, DE AMORY CLAY (FRANKEL & SILVERMAN, 1943).

### 3. El Día D

Cleve vino a finales de mayo de 1944 para quedarse una semana. Pasamos dos noches juntos en su suite del Savoy, con una espléndida vista del río pardusco, siempre cambiante. La mañana del 4 de junio, después de nuestra segunda noche juntos, nos quedamos en la cama hasta mediodía, y llamamos al servicio de habitaciones para que nos subieran tostadas con mermelada y té, que bautizamos con bourbon. Volvimos a hacer el amor antes de bajar a almorzar.

El restaurante estaba lleno de veteranos del ejército y la armada, junto con algunos de los clientes habituales. De no haber sido por los uniformes —y el menú un tanto reducido—, habría resultado imposible adivinar que nos encontrábamos en el cuarto año de la guerra. Nos divertimos escuchando la conversación de dos señoras ancianas con exceso de maquillaje sentadas detrás de nosotros, y cuyas voces patricias resultaban perfectamente claras y sonoras.

—Después de esta guerra me voy a vivir a Irlanda —decía una.

—Me preocupa que Irlanda se ponga demasiado de moda —decía la otra.

—Nunca se pondrá de moda al estilo de Kenia.

—Supongo que no... Hay algunas casas bonitas.

—Casas bonitas y personal abundante y barato.

—Siempre es una ventaja. ¿Por qué no quieres quedarte en Londres?

—Londres será triste y aburrido. Necesito un cambio. Necesito un tedio celestial.

Cleve se acercó hacia mí y susurró:

—¿Nuestros muchachos están muriendo por esta gente?

—Bueno, la verdad es que no son representativas de...

Entonces vi a Charbonneau entrar en el restaurante y me quedé a media frase. Llevaba un uniforme caqui y su sombrero redondo estilo gendarme, que se quitó enseguida. Lo llevaron hasta una mesa un poco alejada de la nuestra, junto a la pared del fondo. Se me secó la boca y de repente me sentí mareada. Cleve le hizo una seña al camarero para que trajera más café.

—¿Te importa si pagamos la cuenta? —dije.

—Espera —dijo Cleve—. No quiero perderme el siguiente capítulo. Por nada del mundo.

En el momento preciso, la primera señora anciana dijo:

—Sabes, creo que Gloria carece de encanto femenino.

A lo que su compañera contestó:

—No ha desarrollado su instinto social, ese es el problema.

No oí nada más porque en ese instante Charbonneau me divisó y nuestras miradas se encontraron. Durante un terrible segundo pensé que iba a vomitar, pues lo vi levantarse y cruzar el comedor hacia nosotros.

—Hola —conseguí decir, con la esperanza de que mi voz reflejara suficiente sorpresa—. ¿Cómo está?

Cleve le dedicaba ahora su atención. Así que le presenté.

—Cleveland Finzi, este es... Lo siento, creo que he olvidado su nombre.

—Jean-Baptiste Charbonneau —me estrechó la mano, dándole un furtivo apretón, y a continuación se la estrechó a Cleve.

—Conocí a la señorita Clay en Nueva York. Me sacó una foto.

—Es cierto —dijo Cleve—. Publicamos un artículo sobre usted, ya me acuerdo. Escribió una novela, un best-seller.

—Lo fue durante una semana —dijo Charbonneau, con una simpática modestia muy poco típica de él. Me di cuenta de que se lo estaba pasando la mar de bien.

—Qué coincidencia —dije, con una voz más floja de lo que pretendía—. Y aquí estamos todos, en el Savoy Grill.

—Me alegro mucho de verla otra vez —dijo con una leve inclinación de cabeza—. Encantado de conocerle, señor Finzi —le dijo a Cleve antes de regresar a su mesa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Cleve.

—La verdad es que estoy un poco mareada —dije—. Creo que preferiría volver a la habitación.

De nuevo en la suite, seguí con la farsa. Entré en el cuarto de baño, produje unas sonoras arcadas, escupí y dejé correr el agua.

—Habrà sido algo que he comido —dije—, es mejor que me vaya a casa, te veo mañana.

Cleve quería llamar a un médico. Dije que no, insistí en que me encontraría mejor. Me hizo sentarme y beber un vaso de Bromo-Seltzer efervescente que llevaba en la bolsa, y me sentí mejor.

—¿Sirve para las náuseas? —pregunté.

—Sirve para todo.

Media hora más tarde salí del Savoy Court al Strand y me encontré a Charbonneau esperándome en la puerta de una tienda, fumando un cigarrillo.

Una vez en Chelsea, en mi nuevo piso en la esquina de Oakley Street y King's Road, serví dos whiskies con agua mientras Charbonneau se comportaba como siempre, abriendo cajones al azar, examinando mi pequeño dormitorio, tirando de la cadena del váter.

—Era él, ¿verdad? —dijo cuando le entregué su whisky.

—¿A qué te refieres?

—Tu novio americano. Era él.

—Novio no es la palabra adecuada. Es el hombre del que estoy enamorada, sí.

—No le amas, es evidente.

—Te equivocas, Charbonneau, le amo.

—Creía que me amabas a mí.

—Ja, ja. A ti te tengo mucho cariño. Pero amo a Cleve.

—Tonterías. En el fondo, *au fond*, en realidad me amas a mí.  
Cerré los ojos. No iba a proseguir aquella conversación.

Nunca me he considerado promiscua, ni una «fresca», como lo habría expresado mi madre. Tenía treinta y seis años y solo había hecho el amor con tres hombres. Aquello no era ninguna prueba de ninfomanía, pero, mientras permanecía despierta en la cama, al lado de Charbonneau, que roncaba suavemente, descubrí que me costaba aceptar el hecho de que en las últimas veinticuatro horas me había acostado con mis dos amantes..., bueno, en menos de veinticuatro horas, en realidad. En cierto modo, no parecía propio de mí... y sin embargo, no se podía dudar que lo había hecho. ¿Qué estaba ocurriendo? No es que lo hubiera planeado, y eso me tranquilizaba un poco.

Salí de la cama y caminé sin hacer ruido hasta la cocina. Eran más de las cinco de la mañana según el reloj de la estantería que había junto a los fogones. Una tenue luz cítrica —entre un color uva y naranja— iba impregnando el cielo de Chelsea, y vi que el día sería nuboso y borrascoso, si es que el oscuro zarandeo de las copas de los plátanos servía de indicador. ¿Dónde estaba el verano? Era junio, por amor de Dios. Puse el hervidor al fuego y saqué la tetera. Dejaría que Charbonneau siguiera durmiendo y procuraría aclararme un poco la mente. No había esperado que volviera a entrar en mi vida con una sorpresa tan embarazosa.

A eso de las nueve de la mañana salió del dormitorio en busca de café, vestido con sus pantalones caqui y mi bata demasiado pequeña, con las muñecas peludas asomando de las mangas de tartán. A aquella hora yo ya me había vestido y había estado trabajando en el papeleo de GPW. Había telefoneado a la oficina para decir que todavía me encontraba mal, pues había quedado para almorzar con Cleve, cosa imposible con Charbonneau por allí. Me abrazó y me besó en el cuello.

—Eres lo mejor de mi vida, Amory. Cuando no estoy contigo, me descubro pensando en ti... no siempre, pero sí bastante —sonrió—. No es normal en mí.

—¿Y qué es normal en ti?

Hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Tienes café? Soy incapaz de beberme vuestro té inglés.

—¿Por qué fuiste al Savoy? —pregunté—. Fue una increíble coincidencia que aparecieras así, sin más.

—No, no. Sabía que estabas allí. Fui a tu oficina y tu encantadora secretaria dijo que tenías una reunión en el hotel Savoy. Así que me presenté en el Savoy y pregunté por ti en recepción. No, la señorita Clay no está. Entonces te vi con ese hombre, entrando en el restaurante. Salí, me tomé una copa en un pub, y me dije: «No, tengo que ver a mi Amory, me da igual con quién esté» —extendió las manos—. Y aquí estamos. ¿No te alegras?

—Me queda un poco de esencia de café.

—No, no te preocupes. Me fumaré un cigarrillo.

Se acercó a la ventana, encendió el cigarrillo y se quedó allí mirando en dirección a King's Road. Oí el repentino tamborileo de la lluvia en el cristal.

—Hoy no será la invasión —dijo—. Eso seguro.

—¿De qué estás hablando?

—De la invasión de Francia. Probablemente será mañana.

Faith llamó a la puerta del despacho, y su doble golpeteo significaba que era importante. Yo estaba entrevistando a un fotógrafo. Cinco más esperaban en el salón-club: de repente necesitábamos gente en Normandía, con urgencia. *GPW* no tenía a nadie en la flota de la invasión, y yo no comprendía cómo habíamos sido tan negligentes ni por qué nadie nos había dicho nada. Cleve no tenía ni idea, así que tuve que trabajar deprisa.

—Es tu madre —dijo Faith—. Dice que es un asunto muy urgente.

Cogí el teléfono en el escritorio de Faith.

—Madre, ¿qué ocurre? Estoy muy ocupada.

—Prepárate para una noticia triste, querida.

—¿Qué? ¿Qué noticia triste?

—Tu padre ha muerto.

Era el 6 de junio de 1944. *Le Débarquement*. Y el día en que murió mi padre. El Día D. El Día de su Defunción.

Mi padre se había sentado en su lugar favorito: al abrigo de un pequeño cenador de madera abierto que había construido al pie del jardín en Beckburrow, absorto en uno de sus problemas de ajedrez de mate en dos jugadas cuando mi madre lo llamó para almorzar. Después de comer dijo que se sentía cansado y se fue a echar una siesta. A la hora de cenar mi madre lo llamó de nuevo, y como no aparecía fue a buscarlo y lo encontró dormido, o eso pensó. Lo zarandé... pero estaba muerto. Un ataque al corazón, parecía la explicación más probable.

El funeral se celebró el 10 de junio, con una rapidez casi precipitada, teniendo en cuenta los importantes momentos que estábamos viviendo, y tuvo lugar en la parroquia de Claverleigh, St. James the Less. Fue un funeral breve: un himno, una lectura —leí uno de los poemas del libro de Xan: «Un monje, vigilante»— y unas palabras pronunciadas por Eric Maude, el dramaturgo, que había adaptado el relato de mi padre «La bendición de la belladona», el único éxito auténtico de su vida. Maude era un hombre mayor de mejillas coloradas y una melena leonina de cabellos blancos y muy finos, y de no muy buena memoria. Por alguna razón, continuamente se refería a mi padre como «Brotherton» en lugar de Beverley. «Brotherton fue el colaborador más generoso.» Me di cuenta de que mi madre estaba cada vez más irritada.

También asistieron algunos colegas de la revista *Strand* y de las editoriales para las que mi padre leía, aunque su editor no acudió. Dido apareció, naturalmente, e

interpretó una enérgica y compleja tocata de Buxtehude y consiguió que nos silbaran los oídos mientras salíamos al cementerio. Xan estaba en misiones de combate en el norte de Francia con su Typhoon, y Greville se encontraba en Italia con el Segundo Ejército de los Estados Unidos.

Mientras bajaban el ataúd, durante unos minutos el fragor de unos bombarderos que cruzaban el Canal a gran altura llenó el aire, y todos levantamos la cabeza. Cuando se pronunció la bendición final, el ruido de los aviones disminuyó y yo recorrí con la vista el pequeño cementerio, sin lágrimas en los ojos, contenta de que la muerte de mi padre hubiera sido tan repentina, y lamentando tan solo que las dos décadas y media posteriores a su terrible experiencia en la Primera Guerra Mundial lo hubieran destruido hasta ese punto. Me alegró pensar que sus últimos años habían sido más tranquilos, y que sus problemas por fin habían terminado. «Descanse en paz», dijo el vicario, apenas disimulando su aburrimiento, igual que podía haber dicho: «Pásame la sal», pero no pude estar más de acuerdo con él.

Al menos en East Sussex el día era fresco pero soleado, y a medida que se disipaba el zumbido de los aviones, lo reemplazaba el zureo de una paloma torcaz entre las hayas que flanqueaban el cementerio, detrás de la tapia de sillares que nos llegaba a la cintura. «Cada vez que oiga palomas torcaces pensaré en mi padre», me dije, y ese truco mnemotécnico me consoló.

Decidí volver caminando a Beckburrow, donde se serviría jerez y galletas en un modesto velatorio. Dido y yo acompañamos a Eric Maude, que se ayudaba de un bastón, aunque caminaba a buen paso, y dijo que estaba encantado de regresar caminando, mientras recordaba —algo completamente falso— los muchos paseos que él y Brotherton habían dado por Claverleigh. Pronto alcanzamos a mi madre, que encabezaba aquel grupo, deseando ser la primera en llegar a casa. No ponía muy buena cara, y se la veía ceñuda y disgustada.

—No te preocupes, madre —dije cogiéndola del brazo—. Ha sido un funeral muy bonito.

—No ha habido necrológica. ¡Es una vergüenza!

Su humor no mejoró, y cuando por la tarde los invitados se hubieron marchado, se metió en la cama.

Dido y yo nos dirigimos al cenador con una botella de jerez y un paquete de cigarrillos. Allí encontramos el tablero de ajedrez de mi padre, con seis piezas colocadas: una torre, un peón, dos caballos y los reyes. Era el último mate en dos jugadas en el que había estado trabajando.

—¿Tú entendías estos problemas que preparaba? —me preguntó Dido señalando el tablero.

—Ni idea. Mate en dos jugadas. Es algo que me supera.

—Era incapaz de recordar qué hora era, pero podía solucionar complicados problemas de ajedrez... Es curioso, el cerebro humano. Tú eras la favorita de papá —dijo de repente, llenando nuestras copas de jerez—. Era un tipo extraño, nuestro



padre. A mí y a Xan apenas nos soportaba.

—Intentó matarme, Dido.

—Ah, sí, claro. Lo había olvidado —encendió un cigarrillo.

Me puse a pensar en lo que había dicho Dido y me pregunté si era cierto. ¿Yo había sido la favorita de mi padre? Si lo había sido, eso hacía que su caída en la locura resultara aún más dolorosa, y que la inevitable grieta que se había abierto entre nosotros fuese aún más triste y me causara más remordimiento. Todo había cambiado después de aquel día en el lago, y mientras permanecía allí sentada contemplando su imposible problema de ajedrez, el arrepentimiento empezó a pesarme de una manera casi insoportable. ¿Qué había perdido, en realidad? ¿Qué le había hecho la guerra a mi padre, arrebatándomelo de ese modo?

Dido estaba diciendo algo: me alegró que me apartara de mis cavilaciones.

—Lo siento. Estaba pensando en papá.

—Tengo que decirte una cosa.

—¿No puede esperar?

—Voy a dejar a Peregrine.

Lo pensé un momento. Sí, aquello era importante: dejar a Peregrine Moxon, el compositor, el mentor, el hombre que había creado a Dido Clay a partir de la humilde Peggy, la niña prodigio.

—¿Lo dejas sin más, o lo dejas por otro?

—Lo dejo por otro.

—¿Lo conozco?

—Reggie Southover.

Ni idea.

—¿Debería haber oído hablar de él?

—¡Por amor de Dios, Amory! Reginald Southover, el dramaturgo.

—Al menos no es Eric Maude.

—Eso no tiene ni pizca de gracia. Seguro que has oído hablar de él. Tuvo dos obras en cartel en el West End el verano antes de la guerra.

—Yo estaba en Nueva York.

—Bueno, pues estamos locamente enamorados.

—¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta y cinco. No, cincuenta y siete.

—Dido, tú tienes veintinueve.

—Pero mentalmente soy mayor.

—En eso tienes razón. ¿Es rico?

—Eso no tiene nada que ver —silencio—. Admito que dinero no le falta.

—¿Y Peregrine?

—Dice que va a suicidarse.

—Pobrecillo.

—Pues yo le digo que buena suerte.

Cerré los ojos mientras Dido seguía perorando acerca de los defectos de Peregrine —su inmenso egoísmo, su profunda debilidad como hombre, sus celos y su insistencia en controlar su carrera— e intenté evocar una imagen de mi padre antes de su enfermedad, y en mi imaginación lo vi haciendo el pino, burlándose y compadeciéndose de nosotros, pobres ilusos habitantes de nuestro mundo boca abajo.



PEGGY (DIDO), MI PADRE Y YO ALREDEDOR DE 1918.

Recuerdo el mes de junio de 1944. Me quedé en Beckburrow para hacerle compañía a mi madre, y cada día iba y volvía de Londres, pero en realidad no era necesario, pues ella pareció reanudar su vida anterior como si nada hubiera pasado. Imagino que durante todos aquellos años, mientras se dedicaba a sus cosas, apenas había reparado en la discreta presencia de mi padre, que había llevado una vida reservada, trabajando en sus problemas de ajedrez. En la casa había un cocinero y una doncella que se encargaban de sus necesidades y lo vigilaban, y mis padres solo se veían por la noche para cenar... y no siempre. Ahora que había desaparecido, se habían marchado con él las pocas huellas de su existencia en Beckburrow.

En aquellos días de junio, el cielo de East Sussex estaba cubierto por los aviones que se dirigían a Francia y volvían. A mitad de junio volvieron a llegar las bombas volantes, anunciadas por el irritante petardeo de sus motores. Eran grandes, como aviones de poco tamaño y un solo asiento. Recuerdo que me encontraba en el tejado de las oficinas de Holborn y vi pasar tres aviones al mismo tiempo, y entonces el motor de uno de ellos se detuvo y cayó formando un arco, como cuando lanzas una piedra, cerca de la catedral de St. Paul. Se escuchó una explosión percusiva, y el impacto produjo una nube de humo y polvo de ladrillos en forma de flor. Cuando estaba en mi piso de Chelsea me echaba en la cama y las oía llegar, como una

pequeña motocicleta en el cielo, o un cortacésped aéreo. Pero me quedaba tendida, rígida: el ruido era lo que quería oír; cuando de repente se paraba, el miedo te atenazaba, pues las imaginabas cayendo del cielo nocturno.

Recuerdo que después de mi noche con Charbonneau solo vi una vez a Cleve, brevemente. No parecía sospechar nada; todo iba bien y dijo que volvería en agosto. Pero le dije a Charbonneau que no podía quedarse en mi piso, lo que le irritó en lo más hondo. Hacer el papel de embutido en el sándwich Charbonneau-Finzi me parecía imposible. Paradójicamente, no me gustaba que los dos estuvieran al mismo tiempo en la ciudad; me parecía algo diferente de la situación en Nueva York. ¿Cómo explicarlo? Quizá porque Cleve volvía a ser el de antes y me sentía culpable por traicionarlo. La vida ya es bastante complicada, y me daba la impresión de que, ahora que mi padre había muerto, no necesitaba más complicaciones.

Charbonneau no se quedó mucho tiempo en Londres. Se marchó una semana después que Cleve, destinado a Córcega para preparar la Operación Dragón, la invasión del sur de Francia que tuvo lugar dos meses más tarde. Actuó como enlace entre el Primer Ejército Francés del general De Lattre de Tassigny y el Séptimo Ejército de los Estados Unidos. Me escribía postales con abundante regularidad en las que me detallaba lo harto que estaba... y lo bien que comía.

Recuerdo que me fui tres días de vacaciones a Woolacombe, en Devon, a finales de junio. Un fotógrafo inglés de *GPW*, Gerry Mallow, tenía una casita allí y un queche, llamado *Palinurus*, amarrado en el puerto de Ilfracombe. Nos íbamos de pícnic con el queche, provistos de abundantes botellas de cerveza y sidra, y nos dirigíamos a la isla de Lundy.

Resultó una extraña experiencia estar de vacaciones con personas a las que no conocía muy bien. Iba a pasear y leía, encantada de dejar la oficina a cargo de Faith. De manera inconsciente, ahora comprendo que iba aceptando poco a poco la muerte de mi padre. No sentía pena; estaba verificando el final de una relación. Mi relación natural padre-hija con B. V. Clay había terminado la tarde en que, en su locura, intentó matarnos a los dos. Posteriormente, cada encuentro que había tenido con él había quedado ensombrecido por ese hecho, y a pesar de las corteses e ineludibles señales de afecto entre nosotros, cuando estaba con él adoptaba una actitud recelosa, vigilante. Los vínculos se habían roto, y todo cuanto había quedado había sido la designación oficial: un padre, una hija.

Naturalmente, me llevé una cámara a Woolacombe, pero apenas la utilicé. Un día que salimos a navegar con el *Palinurus* me la dejé junto a la cabina de mando y alguien me sacó una foto. Lo descubrí dos semanas más tarde cuando revelé el carrete.



YO EN EL *PALINURUS*, 1944.

\* \* \*

#### EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

No tengo muchas fotos mías —algo muy común a casi todos los fotógrafos profesionales, creo—, pero siempre sentí mucho cariño por esta, no sé por qué. Probablemente, de las fotos en las que salgo yo es la segunda que prefiero, después de la que me sacaron el día de mi boda.

Flam se ha recuperado muy deprisa. Ya vuelve a ser el de siempre. Hoy hemos ido andando hasta la casa de los McLennan y se ha cansado bastante: no debo olvidar que, si contamos en años de perro, es tan viejo como yo.

\* \* \*

Recuerdo que la mañana del 1 de julio, muy temprano, sonó el timbre en mi piso de Chelsea. Eran las seis y media, según vi en el reloj de la cocina. El timbre sonaba y sonaba. Me puse la bata y bajé corriendo hasta la entrada de la calle. Era mi madre, pero nunca la había visto así: el pelo alborotado, los ojos completamente enrojecidos de tanto llorar. La hice subir a mi apartamento. Sollozaba y era incapaz de hablar. Se sentó, y se quedó allí temblando, mirándose las manos.

—¿Qué ocurre, madre? ¿Qué ha pasado?

—Se trata de Xan. He recibido un telegrama.

Sentí que se me vaciaban los pulmones y se me doblaba la columna. Me senté lentamente.

—Xan ha desaparecido. Desaparecido en combate, dicen.

## 4. París

Volví a mirar el mapa.

—Coja la próxima a la derecha —le dije a Pearson Sorel, el conductor de mi jeep.

Recorríamos un camino lleno de baches, una pista hundida entre altos setos de hayas y avellanos en las profundidades del *bocage* de Normandía, y giramos a la derecha para adentrarnos en el patio delantero de una granja llamada Le Moulin à Vent. Un pastor escocés atado nos recibió con una chillona descarga de furiosos ladridos y enseguida volvió a echarse.

—Espere aquí —le dije a Pearson.

Me bajé del jeep y me acerqué a la puerta principal de un edificio de piedra de poca altura con un tejado a dos aguas con poca inclinación. A un lado del patio había un granero de madera abierto y un pequeño establo con dos boxes separados. Yo vestía un uniforme de faena verde oliva y un casco de hojalata, y procuraba transmitir un aspecto lo más marcial posible. En la mochila llevaba la cámara y una caja de doscientos cigarrillos Lucky Strike para utilizar como regalo si hacía falta. Llamé a la puerta y dije «Bonjour» a la encorvada anciana envuelta en un chal que me abrió. La mujer me miró de arriba abajo y gritó: «¡Arnaud! ¡Arnaud!», y al momento apareció Arnaud, un sonriente hombre desdentado de mejillas sonrosadas y un inmenso mostacho estilo Nietzsche. ¿Hija o esposa? No estaba claro. Le enseñé el documento que tenía —en francés—, pero no hablaba el idioma lo bastante bien como para explicar lo que deseaba. El hombre se puso a buscar, encontró unas gafas y leyó con atención.

—*Ah, finalement* —dijo—. *Suivez-moi, mademoiselle.*

Recorrimos el patio y atravesamos un hueco que quedaba entre el establo y el granero. El terreno descendía hasta un gran manzanar, que tendría más o menos una hectárea de superficie. Era septiembre y las hojas amarilleaban, y entre árbol y árbol el suelo estaba lleno de frutas caídas. Atravesamos el manzanar hasta la otra punta. A mitad de camino comencé a ver los árboles aplastados, alguno limpiamente cortado por la mitad, y allí, como una especie de extraña ruina metálica inclinada, se encontraba el Typhoon de Xan. El enorme cubo de la hélice había quedado enterrado en el césped, las alas estaban destrozadas, y el lomo del aparato partido. La cubierta de Perspex estaba abierta, y el asiento y el panel de instrumentos ya se veían mohosos y musgosos, y distinguí una telaraña que se tendía entre la palanca de mando y el carenado de la cabina. Una de las alas se encontraba a cincuenta metros de distancia, arrancada por el impacto; la otra había quedado levantada, casi vertical, y mostraba los afustes vacíos donde iban montados los misiles.

Por extraño que parezca, el Typhoon, destrozado como estaba, me pareció aún más grande y pesado en el manzanar que cuando lo vi aparcado junto a la pista de la RAF en Cawston. A lo mejor era el tamaño de los manzanos, adultos pero achaparrados y anchos, como suelen ser habitualmente, lo que provocaba esa ilusión,

con lo que el avión accidentado parecía aún más fuera de lugar, hasta un punto surrealista, entre aquellos manzanos.

Arnaud se quejaba, y comprendí que preguntaba por qué todavía no se habían llevado ese avión que se hallaba en su huerto desde hacía más de dos meses.

—*Bientôt* —le dije con seguridad—. *Très bientôt* —como si yo dispusiera de poder para llevar a cabo su traslado.

Di una vuelta alrededor del Typhoon, sacando fotos y pensando en el último vuelo de Xan. Había utilizado mis conexiones periodísticas con el Ministerio del Aire, y a continuación con su escuadrón, para reunir toda la información disponible.

Xan había salido de misión a finales de junio. Tenía como objetivo un castillo en la zona de Argenton que, sospechaban, era el cuartel general de un grupo de ejércitos alemán. Él y los otros tres Typhoons de la misión habían soltado sus misiles ante la oposición de un fuego antiaéreo ligero, y habían causado graves daños en el castillo. Así pues, fue mala suerte que el avión de Xan resultara alcanzado, y observaron que después de la primera pasada se alejó de la formación dejando una estela de humo, y posteriormente lo vieron estrellarse en el manzanar, a pocos kilómetros. Al parecer, Xan había sobrevivido al accidente, y estaba de pie junto a su avión cuando lo mataron a tiros las primeras tropas alemanas que llegaron, presas del pánico. Una semana más tarde, cuando las fuerzas canadienses invadieron el sector, el sacerdote local los condujo hasta el cadáver de Xan, que yacía en una cripta de la iglesia.

Esos eran los pocos datos de que disponía mientras rodeaba el avión y procuraba contener mi imaginación para que no completara los detalles de la historia, sin conseguirlo. El alivio de Xan al sobrevivir al accidente, saliendo entumecido de la cabina, quizá encendiendo un cigarrillo... Luego oía gritos, veía a los soldados alemanes corriendo hacia él a través de los árboles, se resignaba a que lo cogieran preso, levantaba las manos. Luego los disparos...

Me volví hacia Arnaud.

—*Le pilote. Il était là?* —señalé el suelo, junto al avión—. *Ou plus loin?*

Arnaud se encogió de hombros. No lo sabía. Había muchas tropas alemanas ocultas en el pueblo por culpa de los ataques aéreos. Habían visto caer el avión y habían llegado corriendo. Él se había quedado en casa.

—*Il a été abattu, le pilote. Vous savez?*

—Sí. Era mi hermano —dije sin pensar. A continuación, al ver en su cara que no me comprendía, lo traduje al francés—. *Il était mon frère* —sonaba muy diferente en francés, tan definitivo que fue demasiado para mí. Me eché a llorar y el anciano, Arnaud, me cogió la mano y me sacó lentamente del manzanar.

\* \* \*

Todavía pienso en Xan, después de tantos años, unos treinta, y me maldigo por haber llevado la cámara sin carrete aquel día en Cawston. ¿Por qué me irrita tanto? Tengo muchas fotografías de Xan, de niño, de joven: está congelado en el tiempo para siempre. Pero en cierto modo considero que habría estado bien sacarle una foto junto a su avión, aquel Typhoon que acabó siendo su ataúd. Un estúpido error. Otro error.

Estaba pensando en los errores que todos cometemos..., o mejor dicho, en el concepto de «error». Solo se pueden comprender en retrospectiva, sean grandes o pequeños. Fue un error casarme con él. Fue un error ir a Brighton aprovechando aquel puente. Fue un error escribir aquella carta en tinta roja. Fue un error salir de casa sin paraguas. No vemos venir los errores, que poseen un factor crucial de falta de previsión. Así que me encontré preguntándome: ¿qué es lo contrario de un error? Y comprendí que no existe ninguna palabra, precisamente porque un error siempre surge cuando las buenas intenciones se tuercen. No puedes proponerte cometer un error. Los errores ocurren... y no podemos hacer nada.

Recorrí la playa de mi pequeña bahía pensando en Xan. Solo tenía veintisiete años. Casi cien mil aviadores de la RAF murieron durante la Segunda Guerra Mundial, según leí en alguna parte. El hecho de que Xan fuera una unidad en ese número tan grande hace que resulte aún más terrible. Una baja en una familia entre los miles que se llevó ese conflicto.

\* \* \*

Pero fue la muerte de Xan lo que me llevó a París. Me pareció que tenía que marcharme de Londres, hacer algo, y después de la Liberación de París, en agosto, le mandé un teletipo a Cleve diciéndole que deberíamos instalar una oficina de *GPW* allí. «El *New York Times* y el *Chicago Tribune* han reabierto sus oficinas en París —le escribí—. Los demás nos cogerán ventaja». Una semana más tarde me llegó la autorización, aunque con una salvedad: codirigiría la oficina con un tal R. J. Fielding, un periodista avezado y corresponsal extranjero que por alguna oscura razón el *Washington Post* había dejado escapar, con lo que Cleve lo había contratado enseguida. No me importaba, me daba igual. Solo sentía ese deseo abrumador de ir a Francia y averiguar dónde había muerto Xan.

R. J. Fielding —«Jay»— era un hombre enjuto y alto de cincuenta años que había cubierto la guerra civil española y la guerra chino-japonesa, en la década de 1930. Tenía el pelo gris y lo llevaba rapado casi al cero; utilizaba unas gafas sin montura que le daban un aire de profesor deportista. Era viudo, y tenía una visión irónica e imperturbable de la condición humana. Le cogí mucho cariño, y estoy segura de que, tras la muerte de mi padre, lo utilicé como la figura paterna que tenía más a mano.



En 1944 París era una hermosa ilusión. Si solo veías la superficie, la ciudad no parecía haber cambiado, tan perfecta como siempre, incluso después de cuatro años de guerra. Pero si observabas con más atención, los cambios eran evidentes. Pequeñas cosas: el repiqueteo de los zapatos con suela de madera, no de cuero; un suministro eléctrico muy irregular; de los grifos de agua caliente no salía agua caliente; un restaurante elegante que servía un plato principal de guisantes de lata y nada más, sin acompañarlo de una palabra de disculpa. El estado de ánimo, a pesar de esas privaciones, era eufórico y optimista —la liberación era liberadora—, y en cierto modo esos pequeños inconvenientes no iban a socavar el espíritu parisino.

La nueva oficina de *GPW* se encontraba en el *deuxième arrondissement*: en un piso de la planta superior de un bloque de apartamentos en la Rue Louis-le-Grand, a pocas manzanas del hotel Scribe, la sede de todos los periódicos, emisoras de radio y agencias de prensa que cubrían el avance aliado hacia la frontera alemana. En la Rue Louis-le-Grand habíamos convertido la sala de estar en nuestra oficina (no teníamos teléfonos), y tanto Jay Fielding como yo contábamos con nuestro propio escritorio. Un dormitorio lo ocupaba nuestra impresionante secretaria, Corisande de Villerville, una joven pálida de cara redondeada, cortés casi hasta la exageración, que hablaba un perfecto inglés y estaba encantada de trabajar todas las horas necesarias por lo poco que le pagábamos. Yo tenía una habitación en el Scribe, pero a menudo dormía en la habitación libre del apartamento, pues había algo en el enloquecido ajeteo del Scribe que me ponía de los nervios: demasiada gente jugando a ser corresponsal de guerra, ufanos y dándose aires por estar en el París liberado. Todas las comunicaciones se encontraban en el Scribe, y también los censores militares, que expurgaban los textos y las fotografías, por lo que me veía obligada a pasar allí gran parte del día. Qué alivio poder marcharme y regresar a la calma y soledad del apartamento. Jay Fielding tenía una habitación en el Lancaster —yo sospechaba que era de familia rica—, y, naturalmente, yo contaba con Charbonneau.

El pequeño apartamento de Charbonneau se encontraba en el Boulevard Saint-Germain, aunque él casi nunca estaba. Me entregó un juego de llaves, pero solo pasé allí una noche sola, pues el ambiente Charbonneau —sus posesiones, su desorden, sus olores, su rastro personal, por así decir— me resultaba demasiado perturbador sin la presencia del propio Charbonneau. Él estaba ocupado viajando por la Francia liberada, encargándose de asuntos con las Forces Françaises de l'Intérieur, al parecer permanentemente agotado, siempre quejándose, pero contento, sin embargo, de tenerme en su ciudad, por no mencionar que yo le gustaba mucho de uniforme.

—¿Sabes?, los uniformes norteamericanos son mucho mejores que los ingleses o los franceses —decía mirándome de arriba abajo—. Más chics. Más resistentes. Incluso la forma del casco norteamericano es mejor. *Soigné*.

—Sí, sí, sí.

Me volvía loca con ese análisis. Al igual que muchos intelectuales franceses de la

época, Charbonneau sentía un sofisticado desprecio por los Estados Unidos —que encontraba un país grosero, vulgar, inculto, carente de cocina, obsesionado por el dinero, etcétera—, pero al mismo tiempo era, culturalmente, un apasionado americanófilo: películas, jazz, literatura.

Uno de sus autores favoritos, Brandon Ritt, estaba en París trabajando para la revista *Time*, y Charbonneau había conseguido conocerlo, tras lo cual habían entablado una especie de amistad, y a veces lo invitaba a cenar. Yo había oído hablar vagamente de Ritt durante mis años en Nueva York. Había escrito una novela de seiscientas páginas de enorme éxito, *La hermosa mentira*, que se había convertido en un impresionante best-seller antes de la guerra y se había adaptado al cine (un fracaso), y llevaba ya casi una década viviendo de su éxito mientras trabajaba en su secuela, *La fea verdad*, largamente esperada y muy anunciada. Rondaría los cuarenta y cinco años, y era bien parecido, con ese estilo castigado y disipado —hasta entonces no había conocido a nadie que bebiera tanto como él—, y su personalidad era una extraña mezcla de un desprecio hacia sí mismo a veces desarmante y divertido en guerra permanente con un egotismo desagradable y arrogante. «Puede que sea una mierda de escritor —recuerdo que dijo una vez—, pero soy más rico que los buenos». Charbonneau pasaba por alto esta polaridad, y siempre estaba dispuesto a elogiarlo como si fuera un genio, algo que Ritt estaba encantado de oír tan a menudo como Charbonneau lo mencionara.

Después de mi viaje a Normandía para encontrar el lugar donde se había estrellado el avión de Xan, intenté concentrarme en mi trabajo. Jay y yo andábamos muy ocupados: los ejércitos aliados estaban en Italia, avanzaban desde el Mediterráneo y cruzaban a toda velocidad Francia y Bélgica, en un frente que se extendía desde el canal de la Mancha hasta Suiza, preparándose para la ofensiva final hacia Alemania. Aparte de trabajar para *GPW*, todavía acreditábamos a periodistas y fotógrafos de otras revistas y periódicos, por lo que teníamos todo el día ocupado.

Un día me fui al Scribe para presentarle a una joven periodista que acababa de llegar de los Estados Unidos al oficial superior de Relaciones con la Prensa del SHAEF (las siglas en inglés de Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada, que ahora reemplazaba a ETOUSA). Se llamaba Lily Perette y era doce años más joven que yo. Mientras estábamos sentadas en el vestíbulo esperando que llegara el oficial, comenzó a especular a qué unidad la asignarían —«Cualquier cosa en el Tercer Ejército de Patton», dijo—, y de pronto me di cuenta de que la envidiaba. Al final la asignaron al Tercer Ejército, y me estuvo absurdamente agradecida, como si yo hubiera sido en cierto modo la responsable. Mientras tomábamos una copa en el bar del Scribe para celebrar su destino, comprendí que aún no me había abandonado el desasosiego, todavía me turbaba la muerte de Xan, y tenía ganas de hacer cosas y no de estar enterrada bajo la documentación burocrática de París. Y era fotógrafa, me recordé, no administrativa. ¿Por qué entonces no me asignaban a una unidad, exactamente igual que a Lily Perette?

Envié un telegrama a Cleve pidiéndole permiso y se negó. Le amenacé con dimitir y aceptó a regañadientes. Aceleré todo el procedimiento de acreditación — seguiría trabajando para *GPW*— y esperé a ver dónde me asignaban. La cosa se alargó más de lo previsto, pues había tantos periodistas que se dirigían al frente europeo, ahora que la guerra parecía entrar en su fase final, que las unidades de campo ya no querían más: se estaban volviendo una carga. Miré a mi alrededor en el *Scribe* y vi a docenas de hombres y mujeres merodeando por allí a la espera de destino. Le pedí a Jay Fielding que utilizara su experiencia de antiguo corresponsal de guerra y moviera algunos hilos.

Recuerdo que Charbonneau me dijo que tenía una semana de permiso y que podíamos hacer un viaje. Tenía un coche, tenía un *laissez-passer* y, lo más importante, tenía seis bidones de gasolina. Le dije que si me asignaban un destino, tendría que regresar de inmediato, pero como, para ser honesta, aquello tampoco parecía probable, me alegró marcharme con él.

Fuimos hacia el sur siguiendo las *routes nationales* hasta Provenza, y llegamos a un pueblo llamado Sainte-Innocence, a unos quince kilómetros al este de Saint-Rémy. Nos llevó dos días llegar, recorriendo una Francia de provincias que mostraba pocas señales de la ocupación. Al atravesar aquellos paisajes en el Citroën negro de Charbonneau tuve la impresión de haber retrocedido una década. Parábamos en pequeños hoteles, donde comíamos sorprendentemente bien, y nos poníamos en marcha bajo el sol matinal, con las ventanillas abiertas, mientras los plátanos que flanqueaban la carretera susurraban de forma monótona al pasar.

Llegamos a Sainte-Innocence al crepúsculo, y Charbonneau se paró en la carnicería del pueblo para coger las llaves de una casa. Salimos del pueblo y tomamos un camino de tierra que ascendía hasta un pequeño bosquecillo de pinos parasol, situado sobre un risco que era un peldaño, un umbral, que conducía a la montaña más rocosa y más grande que había detrás.

Abrió la verja de hierro y entramos en un jardín descuidado —apenas había luz— de adelfas, romero y un extenso cipresal plantado como barrera contra el mistral. La casa era un clásico *mas* provenzal de color rosa amarillento. Dos plantas, estrechas y alargadas, de una habitación de profundidad, con una terraza que rodeaba toda la fachada, y un viejo granero de piedra colocado delante para formar una especie de patio.

—Se llama el Mas d'Epines —dijo Charbonneau, mientras salía del coche y miraba a su alrededor—. Antes de que despejaran el terreno todo eran espinos.

—Es muy hermoso —dije—. Maravilloso. ¿De quién es?

—Mío —contestó Charbonneau, sonriendo como amo y señor del lugar—. Lo compré con los derechos de mi tercera novela: *Cacapipitalisme*. Un pequeño regalo que me hice. No venía desde 1939.

—Dios mío —dije—. Eres un hombre afortunado —no sé cómo, pero

Charbonneau siempre conseguía sorprenderme.

La casa estaba asquerosa, llena de hojas y de polvo acumulado durante años. En algunas habitaciones se habían instalado los pájaros. Por todas partes había arañas y telarañas, y no quería imaginarme cuál debía de ser la población de roedores. Encendimos una lámpara de aceite, abrimos un dormitorio y pusimos sábanas limpias sobre un colchón de crin. En Sainte-Innocence Charbonneau había comprado varias botellas de vino tinto de la zona y un gran salchichón seco, y nos sentamos sobre la tapia de la terraza mientras caía la noche comiendo rodajas de salchichón y bebiendo todo el vino que pudimos sin caer redondos. Cuando alcanzamos un agradable grado de ebriedad nos fuimos a la cama y expulsamos a un murciélago de la habitación antes de acomodarnos.

—Me encanta esta casa —dije, tumbada entre sus brazos, acariciando su suave pelambreira—. No sé por qué, pero me encanta.

—Creo que aquí podríamos ser felices —dijo Charbonneau.

—¿Eso es una proposición?

—Digamos que una invitación.

—Pero tengo que volver a París. Van a asignarme a una unidad.

—La guerra terminará pronto —dijo Charbonneau, colocándose encima de mí y mirándome a la cara—. Antes de lo que crees. ¿Qué harás entonces, Amory Clay?

Recuerdo que un día, después de regresar de nuestra semana en Provenza, y mientras aún esperaba mi destino, Jay Fielding y yo merodeábamos por el vestíbulo del hotel Scribe preguntándonos dónde podíamos ir a comer cuando vi salir del ascensor a Brandon Ritt. Se acercó hasta nosotros; se le veía un tanto vacilante.

—Jay, Amory. ¿Queréis ir a una fiesta en el Ritz? —dijo—. Habrá mucha bebida.

—Claro —dijo Jay—. Y a lo mejor podría darme una ducha —el Ritz era famoso por ser el único hotel de París que en 1944 siempre tenía agua caliente—. ¿Vienes, Amory? —me preguntó.

—¿Por qué no? —dije, y los tres recorrimos la escasa distancia que había desde el Scribe hasta la Place Vendôme.

Nunca había estado en el Ritz, y pasarme por aquella amplia plaza con su alto monumento, en dirección a la entrada del hotel —mientras Ritt despotricaba con dureza contra un escritor americano del que yo nunca había oído hablar—, y luego entrar en el enorme vestíbulo fue otro de los viajes en el tiempo del París de 1944. Yo iba de uniforme —chaqueta oscura caqui marrón, falda gris perla, mi gorra de plato en el bolso—, pero, mientras subíamos en el ascensor hasta las suites de la tercera planta donde se desarrollaba la fiesta —se podía oír el estruendo cuando el ascensor llegó a la segunda planta—, tuve la sensación de ser una de esas ingenuas de las películas de la década de 1920, una joven que se dirige a una fiesta decadente donde presenciará cosas malas.

Ritt nos guio por el pasillo: una docena de personas ya habían salido de las

habitaciones mientras la fiesta se desbordaba de manera inexorable. Nos abrimos paso a empujones; el ruido era ensordecedor, como si todo el mundo gritara en lugar de hablar. Las ventanas que daban a la Place Vendôme estaban abiertas de par en par para intentar disipar la nube de humo de cigarrillo y de puro, que casi en su totalidad surgía de dos mesas de póquer en las que jugaban ocho hombres. Sobre un gran aparador colocado debajo de un adornado espejo de cristal tallado con apliques también de cristal se alineaban botellas de bourbon, ginebra y ron, y cubiteras llenas de hielo que enfriaban botellas de champán.

Rápidamente encendí un cigarrillo: es curioso cómo fumar en un lugar lleno de humo alivia el escozor de los ojos. Ritt me trajo una copa de champán. Jay había desaparecido, en busca de un cuarto de baño con ducha desocupado.

—Eres una mujer muy atractiva, Amory —me dijo con una mirada lujuriosa—. Háblame de ti y de Charbonneau. ¿Cuál es exactamente vuestra situación?

—Estamos prometidos —mentí.

—Eso es estupendo. Enhorabuena. Quizá podríamos divertirnos un poco antes de que seáis *fiancés* propiamente dichos...

—No creo que a Jean-Baptiste le hiciera mucha gracia.

Ritt me rodeó con los brazos.

—Jean-Baptiste me permitiría follarme a su...

No acabó la frase, porque detrás de él se oyó un gran berrido.

—¡Aparta tus sucias manos de esa joven, gilipollas sin talento!

Al volverme me topé con un hombre robusto y muy barbudo. Abrazó a Ritt, y a continuación hicieron unas fintas de boxeo. Ritt nos presentó, sin aliento.

—Amory Clay, la fotógrafa más hermosa del frente europeo. Este es Waldo Caradeculo.

Más sonoras carcajadas. Dije:

—Hola, encantada de conocerte.

—¿Eres inglesa? —preguntó el hombre, mirándome de arriba abajo—. Pero llevas uniforme norteamericano. Eso me gusta —me miró la insignia de la manga—. Ah, corresponsal de guerra, como yo. Bienvenida al club.

—La verdad es que soy inglesa.

—Bueno, pues escucha, mi hermosa inglesa, si eres fotógrafa, aquí hay un hombre al que tienes que conocer —se puso a gritar en español—: *¿Dónde está Montsocard?*

El grito de respuesta llegó de una de las mesas de póquer, y «Waldo» me llevó hasta ella —ya no había duda de que estaba borracho como una cuba—, donde un joven delgado vestido con un traje barato se puso en pie. Tenía la piel muy olivácea, y el blanco de su camisa, que llevaba con el cuello abierto, parecía resplandecer por el contraste.

—Felip Montsocard, quiero presentarte a una hermosa fotógrafa inglesa —nos dimos la mano y Waldo se volvió hacia mí—. Felip fue el puto mejor fotógrafo de la

guerra española.

Waldo se marchó tambaleándose y me dejó en compañía de Felip Montsocard en persona. Tuve la impresión de que me encontraba en un extraño juego de salón. ¿A quién conocería ahora? ¿A Marlene Dietrich? ¿A Maurice Chevalier? ¿A Oscar Wilde?

Montsocard se ofreció a llenarme la copa y se marchó, dejándome de nuevo sola. Encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana, sintiendo la densidad y el peso de las gruesas cortinas doradas de brocado, sujetas en un fruncido mediante tiras trenzadas de terciopelo negro. Al otro lado de la habitación, rodeado de alegres espectadores, Brandon Ritt estaba rompiendo una silla, convirtiéndola en astillas a patadas, como si esta le hubiera atacado.

Montsocard regresó con mi copa de champán.

—¿Eres fotógrafa? ¿Con quién estás?

—Con *Global-Photo*.

—Una buena revista —dijo con un fuerte acento español—. Yo estoy con *Life*.

—Lo sé.

—Así que sabes quién soy. Montsocard, el fotógrafo.

—Sí, es un placer conocerte.

—¿Conoces a Capa? También está aquí —señaló la mesa de póquer, concretamente a un hombre menudo y moreno que estudiaba sus cartas.

—No, no lo conozco.

—Ese es Capa.

En aquel momento Ritt lanzaba los restos de la silla por la ventana que daba a la Place Vendôme.

—No es mal tipo —dijo Montsocard, muy diplomático—. Pero Ritt es muy infeliz. En asuntos de amor, ya sabes.

Vi que Jay Fielding se abría paso a través de la sala en mi dirección. En su pelo casi al cero brillaban gotitas de agua.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—Dándome una ducha, ya te lo dije.

Miré a mi alrededor y vi cómo Capa abandonaba su silla en la mesa de póquer y se dirigía a las bebidas. Jay escudriñó la sala.

—Esta noche están todos. Mira, ahí tienes a Irwin Shaw, George Stevens, John Steinbeck... —me dirigió una sonrisa—. Solo nos falta Marlene Dietrich.

En ese momento entró Marlene Dietrich.

La verdad es que Charbonneau se enfadó mucho cuando le conté dónde había estado. Muchísimo.

—¿Brandon te llevó allí? ¿Al Ritz?

—Solo me dijo que íbamos a una fiesta. ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me llamaste por teléfono?

—Creía que estabas en Burdeos. Ritt me preguntó y le dije que no estabas en la ciudad.

Su exasperación se manifestó en un tono de voz estridente muy poco habitual en él. Cada vez estaba más enfadado.

—Pero si yo estaba aquí..., en mi apartamento, sin hacer nada.

—¿Cómo iba yo a saberlo?

—¿Irwin Shaw estaba allí?

—Todo el mundo, sí, incluido Irwin Shaw. Todos. Hasta Marlene Dietrich.

—*Putain!*

Se puso a dar vueltas por su pequeña salita, mohíno y enfurruñado. Igual que su apartamento de Nueva York, las paredes estaban forradas de columnas de libros que llegaban hasta el techo.

—Vi a Robert Capa y conocí a Felip Montsocard.

—¿Quiénes son?

—Fotógrafos. Fotógrafos famosos.

—Me importan una mierda los fotógrafos.

—Muchísimas gracias.

—¿Hablaste con Shaw?

—Sí, un buen rato.

—¿De qué?

—No me acuerdo. Ya estaba completamente borracha.

—*Ce n'est pas vrai. Ce. N'est. Pas. Vrai.*

Al cabo de un rato se calmó y nos dirigimos al Café de Flore, que estaba situado justo enfrente de su piso, y tomamos un plato de zanahorias y una botella de un Borgoña muy malo.

—Tengo noticias —dije con toda la despreocupación que fui capaz de aparentar, mientras terminábamos el vino.

—Vas a casarte con Ernest Hemingway.

—Me han dado un destino. Por fin. Me voy con el Séptimo Ejército de los Estados Unidos al macizo de los Vosgos.

## 5. El supertanque

Todos nosotros, los cuatro periodistas y los dos fotógrafos, estábamos sentados en nuestras sillas de lona plegables esperando a que llegara el coronel Richard «Dick» Bovelander. Nos hallábamos en el gélido vestíbulo de entrada de un pequeño castillo cercano a Villeforte, en las estribaciones del macizo de los Vosgos, al oeste de Estrasburgo, unos kilómetros por detrás del teórico frente que el Séptimo Ejército de los Estados Unidos mantenía en noviembre de 1944.

Nuestro estado de ánimo oscilaba entre la profunda irritación y la indiferencia. El coronel Bovelander, comandante en jefe del 631.º Regimiento de las Fuerzas Aerotransportadas, al que nos habían asignado, no era muy amigo de la prensa. Nos mantenía muy alejados del combate, en la retaguardia, confinados en una serie de casas: una abadía, *maisons de maître*, y ahora un castillo, mientras el Séptimo Ejército avanzaba implacable por el Rin. Nos había llevado a ver cómo los alcaldes de los pueblos liberados ofrecían ramos de flores a diversas unidades estadounidenses. Habíamos visitado hospitales base y depósitos de intendencia de la retaguardia. Habíamos visto pasar convoyes de centenares de camiones; habíamos fotografiado vehículos transportatanques; habíamos observado escuadrones de cazas P-51 Mustang despegar de las bases para dar apoyo a las misiones terrestres. Etcétera. Resumiendo, habíamos presenciado todo lo que puede hacer un ejército moderno en el campo de batalla excepto combatir.

Habíamos presentado una protesta unánime en nombre de nuestros periódicos y revistas, y de ahí ese encuentro cara a cara con el coronel Bovelander. De los seis representantes de la prensa, había dos mujeres: una veterana reportera de la revista femenina *McCall's* llamada Mary Poundstone (la cual, estaba casi segura, no me tenía mucho aprecio: Mary prefería ser la única mujer del equipo) y yo. De los cuatro hombres, tres eran periodistas y el otro un fotógrafo de Associated Press, y tampoco estaban muy contentos con aquella rutina aburrida pero fácil. Habíamos sido Mary y yo quienes nos habíamos aliado para provocar el consenso, este frente unido de libre expresión, y ahora no nos íbamos a dejar arredrar por la bravuconería de Bovelander.

Entró a grandes zancadas, acompañado por su oficial de relaciones públicas. Tenía treinta y dos años y era uno de los comandantes de regimiento más jóvenes del ejército de los Estados Unidos. Era rubio, alto y apuesto, y llevaba su accesorio característico: un pañuelo rojo anudado suelto al cuello.

—Mira el granjero —había dicho Poundstone en tono de burla la primera vez que lo había visto—. Caramba. Bonito toque.

—Señoras y señores —dijo Bovelander, sin andarse con formalidades—. Su protesta ha sido considerada... y rechazada. Me molesta que me hagan perder el tiempo. Cualquiera que no siga las instrucciones precisas del capitán Enright, aquí presente —indicó al oficial que estaba a su lado—, será arrestado y se presentarán cargos contra él.



—Cargos ¿de qué? Si no le importa decírnoslo —intervino Mary Poundstone.

—De insubordinación. Buenos días.

Sonrió y se marchó.

—Bueno —dije—. Al menos hemos protestado.

—Tengo que conseguir que me asignen otro destino —dijo Poundstone, y se fue a hablar con Enright.

Salí a la terraza posterior, que daba a un alargado y descuidado jardín. Las ruedas de los vehículos habían removido repetidamente las zonas de césped, y en la otra punta, junto a un establo ornamental, había un puesto de socorro avanzado cubierto por una gran lona con una cruz roja extendida sobre el tejado del establo. Encendí un cigarrillo y anduve sin rumbo. Conocía a unos cuantos médicos: estaban tan lejos del frente como nosotros, y nos acompañaban mientras avanzábamos. Vi a un joven soldado al que conocía —Ephraim Abrams— apilar fardos en la parte posterior de un jeep que tenía el motor en marcha. Le había sacado una foto a Abrams juntó a un cañón de campaña abandonado de 88 milímetros y le había regalado una copia para que pudiera mandársela a sus padres, que vivían en Nueva Jersey.

—¿Dónde vais? —pregunté.

—Nos dirigimos a Villeforte. Ayer despejamos el camino.

—¿Puedes llevarme?

—Claro.

—Estaré en dos segundos.

Entré en mi habitación, agarré el casco y la mochila con mis dos cámaras y un rollo de película, y regresé corriendo a los establos. Salté a la parte de atrás del jeep, me calé el casco y me rodeé la cara con un pañuelo mientras Abrams pisaba al acelerador y nos adentrábamos en un camino embarrado en dirección a Villeforte. Como siempre, había mucho tráfico en los dos sentidos: camiones, jeeps, semiorugas, y una larga columna de prisioneros alemanes que caminaban lentamente hacia la cautividad con una mirada hosca. Tardamos casi una hora en recorrer los tres kilómetros que nos separaban de la pequeña población. En Villeforte se veían pocos signos de lucha. Había un gran agujero en el tejado de la *mairie*, y algunas de las granjas más grandes de las afueras, que se habían empleado como posiciones fortificadas, habían quedado casi totalmente arrasadas, con las paredes hechas añicos y montones de escombros, pero no se veía ningún fuego, y el reloj de la torre de la iglesia daba la hora correctamente.

Abrams aparcó en un depósito de suministros y yo me bajé, aunque antes birlé un brazalete de la Cruz Roja que encontré en el suelo del jeep.

—¿Cuándo tienes que volver? —pregunté.

—En una hora. Más o menos.

—No te vayas sin mí.

Tomé la carretera que llevaba al pueblo y me puse el brazalete, experimentando un repentino arrebato de entusiasmo, como si cometiera una travesura. Sin la menor

duda estaba desobedeciendo a Bovelander; ignorando de parte a parte una orden explícita. Que le dieran por saco a Bovelander, me dije, pero entonces me detuve al ver, un poco más adelante, una pequeña unidad de la Policía Militar dirigiendo el tráfico. Doblé a la derecha y tomé un camino que conducía hasta una granja, y en cuanto ya no pudieron verme crucé un prado y me dirigí a otra carretera que me llevaría al centro del pueblo, guiándome por la aguja de la iglesia. Salté una verja de madera. Y me detuve.

Me acababa de topar con el cadáver de un soldado alemán: su cabeza era un nabo aplastado de sangre, hueso y pelo. Yacía a la sombra de un alto seto de endrino. Miré a mi alrededor, sintiéndome un poco mareada. ¿Cómo era posible que los sanitarios no lo hubieran visto? Saqué la cámara y tomé una foto. Mi entusiasmo había desaparecido, reemplazado por un estado de aprensión y extrema vigilancia. Era mi primera instantánea como fotógrafa de guerra. Seguí avanzando.



SOLDADO ALEMÁN MUERTO, VILLEFORTE, FRANCIA, NOVIEMBRE DE 1944.

Recorrí con cautela las estrechas callejas de Villeforte. Todas las casas estaban cerradas con llave y con los postigos echados. Por las calles se veían grupos de soldados, sentados, holgazaneando, comiendo, fumando. Ninguno de ellos me prestó atención: mi brazalete de la Cruz Roja era el pasaporte perfecto.

No obstante, cuando intenté acceder a la plaza principal me detuvo un centinela.

—Lo siento —dijo el soldado—. Los oficiales están examinando el tanque.

Retrocedí y di la vuelta. ¿El tanque? Desde otra calle lateral conseguí una visión oblicua de la plaza y pude ver un enorme tanque alemán —me pareció que tenía el

tamaño de una casa— pintado de un gris arena mate y que por lo visto estaba intacto, al que se estaban subiendo algunos soldados norteamericanos. Hablaban con entusiasmo y dejaban escapar un grito de euforia. Avancé a hurtadillas hasta un portal y tomé algunas fotos. Nunca había visto un tanque tan grande: ¿quizá habían capturado una especie de arma secreta? ¿Era otra de las razones por las que la prensa no podía ir a Villeforte?



EL MISTERIOSO TANQUE ALEMÁN. VILLEFORTE, FRANCIA, NOVIEMBRE DE 1944.

Miré mi reloj. Ya era hora de reunirme con Abrams en el depósito de suministros. Bajé por una calle adoquinada, en cuyo extremo se abrían los campos de cultivo. Me sentía eufórica, satisfecha con mi iniciativa de haber ido a mi aire. Mi intención era hacer lo mismo que Poundstone y solicitar que me reasignaran a una unidad diferente con un comandante en jefe más flexible. No valía la pena molestarse con Bovelander, era un...

De repente el aire se llenó de una curiosa combinación de sonidos: unos estridentes silbidos y el desgarrarse de una lona rígida. Entonces, procedente de la linde de la población, me llegó una descarga de explosiones percusivas. La onda expansiva recorrió las calles y pareció tirarme de la ropa. Me acuclillé. Gritos. Más silbidos estridentes y explosiones. A los pocos segundos hubo una enloquecida reacción de fuego, como si todas las armas de Villeforte dispararan al mismo tiempo.

Bajé corriendo aquella calleja y me pegué al muro de la última casa que había antes del comienzo de los campos. Vi una extensión arada, y más allá diversos grupos de árboles sin hojas. Me asomé por la esquina y divisé un pequeño escuadrón de soldados refugiados en un jardín, detrás de una tapia que llegaba hasta la cintura. De vez en cuando alguno asomaba la cabeza y disparaba unas cuantas ráfagas hacia un objetivo que estaba al otro lado del campo, en un bosque lejano. Me fijé, y pude escuchar algunos vehículos detenidos y con el motor en marcha en los matorrales que había junto a los árboles, y me pareció ver corretear algunas figuras enfundadas en un uniforme gris verdoso.

Les grité a los soldados y me acerqué corriendo a ellos, escondiéndome detrás de la tapia.

—¿Qué ocurre?

—Un puto contraataque. ¿Eres sanitaria?

—¿Qué? Sí.

Los obuses de artillería comenzaron a explotar en el bosque que había al otro lado del campo: supuse que eran de los nuestros. Se formaron unas enormes nubes de humo marrón chocolate, y acto seguido la onda expansiva nos sacudió. Vi caer un árbol a cámara lenta. La madera se partió en un crujido, y a continuación chocó contra el suelo y se oyó el estrépito de una nube de ramas y ramillas. De todas partes nos llegaba el petardeo de las armas cortas. Justo después, de la casa que teníamos detrás salieron volando fragmentos de tejas, que empezaron a caer tintineando encima de nosotros y a nuestro alrededor. Nos cubrimos la cabeza con los brazos. «Me están disparando —me dije—, así que esto es lo que se siente».

El hombre con el que había hablado llevaba barba de unos cuantos días y una insignia circular en el brazo con una estrella.

—Muy bien, muchachos —gritó—. Vamos a salir de aquí.

Señaló la entrada de un estrecho camino excavado.

—Vamos a llevar nuestros pellejos hasta allí. Voy a comprobar —y se fue correteando hasta el camino, acuclillado. Nadie le disparó y llegó a la entrada del callejón, y se quedó agachado entre sus gruesos taludes—. ¡Muy bien, venid! —gritó—. De uno en uno.

Detrás de nosotros, las tejas seguían recibiendo impactos, y los cascotes caían con un sonido frágil y casi melódico, como unas campanillas de viento. Nadie se movió. Uno de los hombres me miraba de manera extraña.

—¿Eres enfermera?

—Más o menos —dije.

—¡Joder, chicos, venid de una vez! —gritó el hombre que estaba en el camino excavado.

Hurgué en la mochila, saqué mi otra cámara, le coloqué una lente de 50mm e hice correr la película. La fotografía que había en mí pensaba: no te pierdas esto. Un contraataque. Te están disparando. No te lo pierdas.

El hombre que estaba en el camino volvió a gritar, pero nadie parecía muy dispuesto a seguir al intrépido soldado y recorrer aquellos metros al descubierto por el campo arado, ni siquiera para llegar a la evidente seguridad del camino, con sus altos taludes. Volvió a hacer gestos y a gritar, y de repente se oyó una explosión detrás de él y una gran nube de humo pareció bajar por el camino para envolverlo. Cayó al suelo y su carabina ascendió en espiral para acabar aterrizando a unos seis o siete metros de donde estaba. Se levantó, en apariencia ileso, y comenzó a correr hacia nosotros, sin preocuparse por su arma, con la mochila golpeándole la cadera mientras aceleraba hacia el abrigo de la tapia. Miré por encima y saqué algunas fotos del bosque. Todavía podía oír el petardeo de los fusiles y las ametralladoras, pero no veía moverse nada entre los árboles.

—¡Agáchate, joder! —me gritó el hombre mientras se acercaba corriendo hacia nosotros.

Me di la vuelta cuando gritó y vi cómo recibía un impacto. No fue más que una sacudida que le acortó el paso, y, por puro reflejo, apreté el disparador. Cayó al suelo y los demás corrieron para arrastrarlo detrás de la tapia. Estaba completamente inerte. Lo llevaron al abrigo de la calle que bajaba hasta la plaza del pueblo y lo apoyaron contra un muro. Los hombres se apiñaron a su alrededor, manoseando su guerrera y sus correajes. *Clic*. Otra foto. Justo en ese momento, vi un semioruga asomando en lo alto de la calle en pendiente, y fui corriendo hacia él. Tuve la presencia de ánimo de volver a meter la cámara en la bolsa.

—¡Tenemos una baja! —chillé, y comenzaron a salir hombres del vehículo y a correr hacia mí.

El coronel Richard «Dick» Bovelandier estaba sentado detrás de su escritorio y me miraba fijamente. Era una mirada de desdén.

—¿Sabe que tiene rango de capitán del ejército de los Estados Unidos? —me preguntó.

—Sí, lo sé.

—Por lo tanto está adscrita a mi regimiento, y yo soy su comandante en jefe.

—En teoría.

—En teoría puedo hacer que mi policía militar la arreste y la encierre hasta que comparezca delante de un consejo de guerra.

—Escuche, coronel, todos sabemos que...

—No. Escúcheme usted, señorita Clay. A los pocos minutos de que le diera una orden, usted la desobedeció. Faltó poco para que la mataran.

—Simplemente tenía curiosidad.

—Esto es una zona de guerra. No la ocasión para que alguien como usted..., una fotógrafa..., se ponga a sacar fotos.

Cerré los ojos durante un segundo. Dijera lo que dijera, Bovelandier iba a exigir mi cabeza. Sin embargo, tuve la sensación de que en otro momento, en otro lugar, nos

habríamos caído bien.

—Quiero el rollo de película que hay en su cámara —dijo extendiendo la mano.

—No. Ni hablar.

—¡Capitán preboste!

—Muy bien. De acuerdo.

Ya me lo esperaba. Saqué las dos cámaras de mi mochila, rebobiné el carrete, abrí la tapa de atrás y extraje la película. Estaban en blanco: los dos rollos que había utilizado los llevaba escondidos bajo las axilas, dentro de mi sujetador.

—Coronel —comencé a decir—, nosotros, los periodistas y fotógrafos, no somos una presencia subversiva que intenta dificultar su trabajo. Sus soldados (hijos, padres, sobrinos, nietos) tienen otro ejército, los cientos de miles de familias que están en los Estados Unidos, que se preocupan por ellos y quieren saber qué vida llevan. Sus órdenes nos impiden hacer nuestro trabajo. Es un error.

—Usted es inglesa, ¿verdad, señorita Clay?

—Sí.

—Quizá en el ejército británico hagan las cosas de manera distinta, pero mientras esté usted bajo mi mando, acatará las órdenes como un soldado norteamericano —me miró de nuevo con su aire desdeñoso. Crucé las piernas y saqué un cigarrillo. Ahora quería enfurecerlo.

—Por cierto, ¿tiene fuego, coronel, por favor?

—El sargento McNeal la acompañará a la estación. Si dentro de diez minutos todavía sigue aquí, irá al calabozo.

Me puse en pie.

—Le deseo suerte, coronel —dije, y abandoné su cuartel general sin volver la vista atrás.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

El coronel Bovelander murió en un incidente de fuego amigo pocos meses después, en marzo de 1945, cuando los obuses de la artillería aliada se quedaron terriblemente cortos durante la Operación Varsity, y él y dos miembros de su equipo murieron en su puesto de observación. Se le ascendió a teniente general a título póstumo. Me gustaría dejar constancia de ello como un ejemplo de la Maldición de Clay, pero la verdad es que lamenté enterarme de la noticia. No le guardaba ninguna animadversión, a pesar de que era un hombre engreído, aunque guapo. De todos modos, un hombre como Bovelander merecía un fallecimiento más heroico que el de ese trágico accidente.

Mi fotografía clandestina del misterioso tanque alemán —una especie de inmenso cañón autopropulsado, según me enteré después— apareció en la portada de *Global-*

*Photo-Watch* de diciembre de 1944, al igual que mi foto del soldado muerto que descubrí en un campo de las afueras de Villeforte. El titular de *mi* número —como me gusta considerarlo— fue «Exclusiva: Primera imagen del supertanque nazi». Adquirí cierta notoriedad en las inmediaciones del hotel Scribe. Cleve estuvo encantado con mi exclusiva, y me insistió para que volviera a primera línea. Pero no era tan fácil, pues Bovelander había dejado un informe feroz y condenatorio acerca de mí, en el que afirmaba que yo no era de fiar, por lo que resultó muy difícil conseguir que me reasignaran. Seguí solicitando otras unidades mientras dirigía las oficinas de *GPW* con la infatigable ayuda de Corisande —la equivalente francesa a Faith Postings—, mientras que Cleve enviaba a Jay Fielding a Guam para cubrir el teatro de operaciones del Pacífico.

Jamás publiqué la foto del soldado de primera Anthony G. Sasso —hasta ahora— cuya instantánea saqué en el momento de su muerte. Posteriormente averigüé su nombre: fue la única fatalidad del contraataque fútil y rápidamente abortado a Villeforte, y por suerte, buena o mala, yo estaba allí para conservar el instante de su paso a la posteridad.



*MUERTE DE UN SOLDADO. EL SOLDADO DE PRIMERA ANTHONY G. SASSO EN EL MOMENTO DE SU MUERTE. VILLEFORTE, 15 DE NOVIEMBRE DE 1944.*

Cuando revelé la foto y la positivé, de inmediato la titulé *Muerte de un soldado*, por la famosa fotografía de Robert Capa en la que se ve un soldado republicano de la guerra civil española. El fusil se le cae de la mano, se ve sacudido hacia atrás, extiende los brazos de forma dramática, todo ello sobre un fondo de onduladas colinas cubiertas de maleza. Es una de las fotos más famosas que se han tomado nunca, y es la que le dio renombre a Capa. Desde luego, esa imagen ha creado mucha polémica. ¿Era falsa? ¿Se trataba de una foto concienzudamente preparada? Se plantean otras cuestiones: ¿la gente muere en realidad de manera tan histriónica cuando sufre el impacto de una bala? ¿Una bala de fusil o de ametralladora te lanza hacia atrás así? Creo que ese es el problema. El soldado de Capa, al caer hacia atrás con las manos separadas, no habría quedado fuera de lugar en una película del Oeste de serie B de Hollywood. El soldado parece estar muriendo «en escena», por así decir.



Por el contrario, mi foto de la muerte de Anthony Sasso es mundana en extremo. El soldado simplemente acaba de recibir el impacto de una bala, y su cara, durante una fracción de segundo, de forma instintiva registra la sorpresa, al darse cuenta de ese hecho. La sacudida del impacto de la bala lo deja un poco más erguido, y la correa del casco se proyecta hacia delante al quedar momentáneamente detenido en su carrera. Más adelante descubrí que la bala entró por la axila derecha y le desgarró la cavidad torácica. Estaba muerto cuando tocó el suelo, medio segundo más tarde. Y yo estaba allí. La foto que tomé después a sus camaradas reunidos en torno al cadáver está sobreexpuesta y quedó borrosa (yo estaba muy afectada) pero es auténtica. Otra foto complementaria de Capa se limita a añadir más interrogantes. Han movido el cadáver. El fondo se ve un tanto distinto. Demasiadas anomalías.



UNOS SOLDADOS ATIENDEN EL CUERPO CAÍDO DE ANTHONY SASSO. VILLEFORTE, FRANCIA, 15 DE NOVIEMBRE DE 1944.

El factor clave que recuerdo de la muerte de Sasso es que cayó hacia delante, doblado hacia delante. No gritó ni abrió los brazos, simplemente se desplomó. Recuerdo que le pregunté a un veterano de la Primera Guerra Mundial —un viejo camarada de mi padre— que había visto a docenas de soldados abatidos a tiros a su lado durante los ataques a las líneas alemanas qué ocurría en el momento del impacto de una bala y la muerte. «Simplemente caes hacia delante —dijo—. No emites ningún ruido. Pam. Simplemente caes como un saco de patatas». Eso fue lo que le ocurrió a Anthony Sasso. Pam. Muerto.

\* \* \*

Pasé las Navidades y el Año Nuevo de 1944-1945 con Charbonneau en el Mas d'Epines, donde habíamos llevado a cabo algunas mejoras rudimentarias. Se habían pintado las habitaciones; fuera había un retrete que funcionaba. Habíamos instalado un horno de leña y una estufa en la cocina, que también calentaba el agua para podernos bañar (con cierto esfuerzo). Seguía sin haber electricidad, y aquel año el invierno fue frío, con heladas terribles, incluso en la Provenza. Encendíamos un gran fuego de leña en la habitación principal que manteníamos vivo todo el día, quemando grandes cantidades de troncos, hasta que nos íbamos a la cama, generalmente borrachos.

Resultó ser uno de los períodos más prolongados que Charbonneau y yo pasamos juntos viviendo como pareja bajo el mismo techo, y los días transcurrían de manera agradable y sin complicaciones. La casa y el entorno ayudaban —incluso en invierno, el paisaje era hermoso—, pero el factor principal de nuestro mutuo entendimiento era que disfrutábamos de la compañía del otro, cosa que, por banal que pueda parecer, es la explicación fundamental de cualquier unión satisfactoria y duradera. Charbonneau era un hombre interesante, divertido y provocador, y me gusta pensar que también sacaba lo mejor de mí. Incluso dos minutos en su compañía proporcionaban algún comentario u observación que me hacía reír o me llevaba a disentir violentamente de él, y, como consecuencia, esos dos minutos del día ya estaban bien empleados.

Recuerdo que dijo que iba a escribir unas memorias de su época en los círculos literarios de relumbrón del París de antes de la guerra, y que las titularía *Lettres et le Néon*. El título le parecía tremendamente divertido, y se reía solo. Yo no lo comprendía, hasta que me dijo que pondría furioso a Jean-Paul Sartre, y entonces lo pillé. Le pregunté si había leído *L'Être et le Néant*, y me dijo que lo había intentado. Le pregunté qué le había parecido. «*Ça ne vaut pas tripette*», me dijo. «¿Qué es “tripette”?», le pregunté. «Es tripa —me dijo—. No vale ni un trozo de tripa». «Ah, sí —contesté—: en inglés, cuando algo no vale nada lo llamamos también “tripa”». «Bueno —dijo—, *L'Être et le Néant* es “tripa” —a continuación sonrió—. *Tripa à la mode de Con*»,<sup>[5]</sup> dijo, cosa que le pareció aún más divertida, y rio a mandíbula batiente de su ocurrencia. Se estuvo tronchando durante días. Yo no tenía ni día de lo que estaba hablando.

En una ocasión cometí el error de decirle lo inteligente y lo divertido que lo encontraba (estábamos en la cama y yo me sentía indulgente) y él me contestó, con irritante petulancia: «Ahora comprendes por qué las mujeres hermosas disfrutan de la compañía de los hombres feos e inteligentes. *On s'amuse* —a continuación se corrigió—: De los hombres inteligentes, feos y *pobres*. Todos sabemos por qué a las mujeres hermosas les gustan los hombres ricos y feos —me sonrió antes de añadir—: Y si la vida no nos divierte, más vale que nos tomemos ahora mismo una píldora de cianuro, ¿no te parece?».

Mi nuevo destino llegó en febrero de 1945. Me asignaron al Noveno Ejército de

los Estados Unidos del general Bill Simpson, que se encontraba en Renania, a la espera de cruzar la gran barrera fluvial simbólica que conduciría a los ejércitos aliados al corazón de Alemania y provocaría su paro cardíaco. Me puse en camino para unirme al Noveno Ejército, y un avión me trasladó hasta Geldern, a unos ocho kilómetros al este del río.

Los periodistas y fotógrafos, los reporteros de radio y los cámaras de noticieros que acompañaban al Noveno Ejército —había docenas— nos alojábamos en el ayuntamiento semiderruido de un pueblo al norte de Rheinberg. Había tres oficiales de relaciones públicas que cuidaban de nosotros, lo que indica hasta qué punto el ejército y los medios de comunicación ahora coexistían y se daban apoyo. Todo el mundo aprendía deprisa.

El cuerpo de ejército de Bill Simpson se encontraba en la punta sur de una masiva ofensiva británica y canadiense a través del Rin, la Operación Saqueo. Oímos que el bombardeo de la artillería había comenzado el 23 de marzo, y esperamos a que llegara el momento de que nos trasladaran al frente para ver lo que había ocurrido. Para ser franca, empezaba a estar harta de que los oficiales de relaciones públicas nos llevaran en manada a todas partes y nos controlaran. En alguna reunión informativa volví a encontrarme con Mary Poundstone y le pregunté a qué unidad la habían asignado. «No estoy asignada a ninguna unidad, querida, estoy asignada a un general. Y eso lo cambia todo.» Tenía una aventura con el teniente general Edson Carnegie. Si necesitaba un avión para volver a París, le proporcionaban un avión. Si quería pasearse por el frente aliado sin que nadie la controlara, lo hacía. Si tenía algún problema, simplemente llamaba a Carnegie para que la sacara del lío o exigía un transporte para regresar a su cuartel general. Todo eso quedaba fuera de mi alcance.

Treinta y seis horas más tarde de que comenzara la Operación Saqueo nos llevaron al Rin. El lugar por donde cruzamos tenía al menos quinientos metros de anchura, y habían colocado un puente Bailey —prefabricado—, lo que nos dejó bastante impresionados.



EL LUGAR POR DONDE CRUCÉ EL RIN DESPUÉS DE LA OPERACIÓN SAQUEO, MARZO DE 1945.

Una vez al otro lado, las tropas con que nos encontramos estaban eufóricas. Parecía que por fin la guerra se estaba acabando. Conducían a miles de soldados alemanes a campos de prisioneros, y resultaba sorprendente y alarmante ver lo jóvenes que eran: casi todos adolescentes, la cara cubierta de pelusa, con un uniforme que les quedaba demasiado grande, heredado de hombres caídos.

Nos instalaron en una granja intacta situada más o menos a medio kilómetro de la población de Wesel, que había sido bombardeada la noche del 23 de marzo, antes de que la 1.<sup>a</sup> Brigada de Comandos británica ocupara el pueblo y lo asegurara. Nuestro oficial de relaciones públicas nos dijo que de ninguna manera nos acercáramos al pueblo, pues todavía estaban buscando francotiradores y defensores chalados. Parecía exactamente el lugar que debería visitar.



PRISIONEROS DE GUERRA ALEMANES, MARZO DE 1945.

Soborné a un correo motorista (sesenta cigarrillos) para que me llevara a Wesel de paquete. Me dejó en un aparcamiento de camiones y conseguí subirme a un camión achatado de cuatro toneladas y seis ruedas que entregaba diversos tipos de munición a las fuerzas del pueblo. Salté cuando nos detuvimos en el centro y me coloqué mi brazalete de «PRENSA». En el aire flotaba un asfixiante olor a polvo de mampostería, y se decía que solo la catedral de Wesel había sobrevivido parcialmente al bombardeo por saturación, en la medida en que aún se veía que era una iglesia. De casi todos los demás edificios quedaba solo la estructura, unas cuantas paredes tambaleantes, sin techo, rodeadas de montículos de ladrillos rotos y sillería destrozada.

Había soldados por todas partes, limpios y recién llegados, curiosos, que rebuscaban entre las ruinas y que a todas luces habían venido para ocupar más que para luchar. Saqué algunas fotos alrededor de la catedral y avancé por una carretera llena de cráteres hasta lo que antaño había sido un parque con un estanque con barcas. Los árboles eran ahora tocones astillados, y en el estanque, de poca profundidad, flotaban numerosos objetos, algunos de los cuales me parecieron seres

humanos. Me pregunté si encontraría imágenes mejores en el parque —el mundo había visto ya demasiadas ciudades fantasma, ruinas lunares de color gris—, si la naturaleza torturada podría ofrecerme algo más sorprendente. Recorrí el estanque manteniendo la distancia y sin querer mirar demasiado de cerca lo que flotaba, cuando de repente apareció un grupo de hombres, más o menos un centenar, que se sentaron alrededor de los restos retorcidos de un quiosco de música.

Eran soldados británicos —reconocí la forma del casco—, aunque podrían haber sido trogloditas o alguna raza de mineros a los que se había permitido salir fuera después de semanas de trabajo bajo tierra, tan sucios iban, casi negros de tierra, sudor y barro. Estaban sentados en silencio, fumando, comiendo sus raciones, bebiendo de su cantimplora, pero sus conversaciones, si se las podía llamar así, eran murmullos, susurros casi inaudibles. Me acerqué un poco más, con cautela. Parecían haber sufrido algún trauma colectivo, supervivientes de un terremoto o alguna catástrofe natural. Aquellas caras ennegrecidas estaban chupadas y demacradas por alguna terrible experiencia compartida, o esa impresión me dio.

Un hombre alto se puso en pie y me interceptó mientras me acercaba. Vestía un jersey de cuello en pico viejo y remendado, de color verde musgo, un jersey de civil, sobre su traje de campaña. Llevaba los pantalones metidos en unas botas hasta los tobillos con cordones, pesadas y de color caramelo, de las que se utilizan para ir a acechar ciervos, y también un revólver enfundado en una pistolera de lona que colgaba de su cadera derecha. Iba con la cabeza descubierta, y un mechón de pelo negro y grasiento le cubría un ojo. Mostraba profundas arrugas en las mejillas, y una mano sujetaba un cigarrillo encendido.

—¿Qué quiere? —dijo. Tenía una voz áspera, patricia. Me habló como si yo fuera una doncella que se hubiera entrometido en una partida de bridge.

—Me gustaría sacar algunas fotos —dije mostrando mi brazalete—. Si puedo.

—Váyase, joven —dijo—. Aquí no es bienvenida.

Ahora estaba más cerca de él, y podía ver los enjutos contornos de su cara y el color de sus ojos, de un azul gris pálido, en marcado contraste con la mugre de su piel. En su mejilla se percibía un temblor muscular, y en la línea del pelo había sangre seca.

—¿A qué unidad pertenecen? —pregunté—. Trabajo para una revista norteamericana —añadí, con la vana esperanza de que la antigua fórmula mágica funcionara, y levanté la cámara—. A la gente de mi país le gustaría mucho...

—Si intenta sacar alguna foto de estos hombres, la mataré, aquí y ahora —dijo sin inmutarse, pero sin sonreír.

—Muy bien, ya me voy —dije, de repente asustada por ese hombre alto y delgado de ojos claros.

Me di la vuelta y me alejé a paso vivo del parque sin volver la vista, sintiendo su mirada en la espalda, y desasosegada por la absoluta seriedad de aquella amenaza pronunciada con tanta calma.

Regresé a la granja —nadie había reparado en mi ausencia— y le pedí al oficial de relaciones públicas de servicio que me proporcionara una orden de traslado para regresar a París. De repente estaba harta de hacer de corresponsal de guerra, y quería volver a mi antigua vida. Ver a aquellos soldados británicos agotados y mugrientos descansando junto al quiosco de música, en aquel parque arrasado, me había afectado hondamente. ¿O había sido aquel hombre alto y delgado? Su comandante en jefe, quizá, que había amenazado con matarme de una manera tan afable y despreocupada. ¿Qué les había pasado a esos hombres en Wesel?, me pregunté. ¿Qué muerte y destrucción habían presenciado o llevado a cabo en aquella población en ruinas que les había dejado tan postrados y callados? ¿Qué historias aterradoras y sombrías contarían a sus hijos, si se atrevían? Quería regresar a París, volver a estar en París con Charbonneau.

Mi orden de traslado tardó dos días en llegar: los puentes que cruzaban el Rin estaban sometidos a un tráfico intenso y urgente, y peticiones como la mía no tenían gran prioridad. Los demás periodistas embarcaron hacia Fráncfort mientras yo iba en dirección contraria. Un jeep me depositó en una estación holandesa que había quedado sorprendentemente intacta, en una pequeña población llamada Nettwaard. Me habían entregado un papel que me autorizaba a subirme a un tren de transporte de tropas con destino a Bruselas. Una vez allí me dirigiría por mi cuenta a París.

El tren detenido en la estación lucía un número pintado que correspondía a mi salvoconducto, pero estaba cerrado, por lo que centenares de soldados, ingleses y norteamericanos, esperaban con paciencia con sus petates y mochilas a que alguien lo abriera y les diera permiso para subir. Me acerqué al otro extremo del andén, lejos de los soldados, encontré un banco iluminado por un sol deslavazado, me acomodé y encendí un cigarrillo. Era un gélido día de marzo, en el que el sol se abría paso de manera intermitente entre la brumosa envoltura de nubes. Me alegró llevar mi chaquetón y me subí el cuello.

—Hola otra vez.

Me volví. Era el hombre alto y delgado del parque de Wesel. Tenía mucho mejor aspecto: estaba limpio, afeitado y llevaba el uniforme planchado y sin barro. Incluso sonreía.

—Hola —dije—. Imagino que no me ha seguido hasta aquí para ejecutarme.

Puso una mueca, como si mi comentario le hubiera dolido.

—No, no. Solo espero el tren, igual que usted. ¿Puedo?

Se sentó en el banco a mi lado agachándose con mucho tiento, como si fuera a romperse en mil pedazos.

—Parece que me he fracturado media docena de costillas —explicó—. Voy vendado por todas partes, pero si toso, o me río... —me miró—. Por favor, no me haga reír.

Se cubría con una boina verde holgada, y vestía un traje de camuflaje debajo de

una chaqueta de cuero. En el hombro llevaba una insignia que decía «Comando 15». A todas luces era un oficial, pero no podía ver su graduación porque la chaqueta le cubría los hombros. No obstante, al acercarme más comprobé que su chaqueta estaba forrada de piel de cordero y que la guerrera estaba cerrada con botones de asta tipo trenca. Era un uniforme, sí, pero un uniforme que había pasado por las manos de un experto sastre.

—Quiero disculparme por lo del otro día —dijo—. No he podido sacármelo de la cabeza, mi grosería, mi amenaza..., y cuando la vi sentada aquí, al final del andén, no me lo podía creer —se quitó la boina y se pasó la mano por el pelo, muy negro—. Cuando nos encontramos en el parque, no estábamos en nuestro mejor momento.

—No se moleste en disculparse —dije—. Estoy segura de que lo de Wesel fue muy duro, fuese lo que fuese.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, como si intentara recordar.

—Fue muy... Sí. Fue terrible —sonrió, vagamente—. Usted tan solo hacía su trabajo. Yo no tenía derecho a ser tan ofensivo. Así que... mis disculpas —me tendió la mano—. Sholto Farr.

—Amory Clay.

Nos estrechamos la mano.

Al instante me sentí tremendamente atraída por ese hombre, hasta un punto que me alarmó. Ya había observado ese efecto antes, con Cleve, con Charbonneau, con algunos hombres que había conocido de manera fugaz. Es algo que comprendes de inmediato, aunque *comprender* es una palabra que tiene que ver demasiado con la lógica. Es algo que no buscas. Tu cuerpo lo nota primero, como puro instinto, y a continuación transmite la información a tu cerebro, donde, con un poco de suerte, el raciocinio ejerce cierta influencia. Estaba sentada esperando un tren en una estación, con algo de frío, un tanto aburrida, entonces aparece ese hombre, se sienta a mi lado y todo cambia.

—Usted es inglesa —dijo—. Pero me ha dicho que trabaja para una revista norteamericana, si no recuerdo mal.

—Es una larga historia —dije, y rápidamente le relaté los detalles básicos de mi extraña trayectoria profesional: de Londres a Berlín, y luego a Nueva York y París—. Y ahora dirijo la oficina en París —dije—. *Global-Photo-Watch*. Es una revista importante, tenemos mucho trabajo, pero decidí que quería salir de detrás del escritorio —me interrumpí—. Así lo hice, y ahora lo que más deseo es volver a mi escritorio.

Me miraba intensamente mientras yo hablaba, como si estuviera diciendo algo de gran importancia, en lugar de limitarme a darle conversación. De repente me vi incapaz de encontrar una frase coherente, así que extendí las manos y me sumí en el silencio. Ahora tenía que hablar él, o eso pensé. Pero no dijo nada, y además, el silencio que se creó entre ambos fue creciendo hasta que ya no se pudo pasar por alto. Al final, él lo rompió.



—París —dijo—. Sí.

Se metió la mano en la guerrera y sacó una petaca plateada y brillante y me ofreció un trago.

—¿Quiere? Es whisky de malta. El mejor.

—Sí, por favor.

Desenroscó el tapón y eché un trago, saboreando el sabor a fuego de turba de la malta mientras me bajaba por el gznate y mis fosas y mis senos nasales se calentaban.

Él echó un buen trago cuando le devolví la petaca.

—Medicinal —dijo.

—Desde luego.



COMANDO 15, DESIERTO OCCIDENTAL, TÚNEZ, 1943. SHOLTO FARR A LA DERECHA; ALDOUS KING-MARLEY A LA IZQUIERDA; Y EN EL CENTRO, DAVID FARQUHAR.

A continuación, nos distrajo la llegada de otro tren en el andén de enfrente, que se detuvo con el habitual y torturado chirrido de metal contra metal. Apareció un soldado y saludó a Sholto Farr.

—De hecho, ese es nuestro tren, señor —dijo señalando al que acababa de llegar.

—¿Viene con nosotros? —me preguntó Sholto Farr.

—No —dije—. Yo voy en ese.

—Es una lástima.

—«Trenes que pasan en la noche» —dije sonriendo. Y él soltó una carcajada y se agarró dolorido las costillas.

—Sobre todo le pedí que no hiciera eso —respondió poniéndose lentamente en pie, con una mano en el costado herido, mientras con la otra se colocaba la boina de

nuevo—. Espero que volvamos a vernos.

—Sí, yo también —dije con sinceridad, sabiendo de sobra que eso no volvería a ocurrir, y que ese era uno de esos encuentros que, con el tiempo, otro celebra en una canción o un relato.

Lo que pudo haber sido. Me hizo un pequeño saludo con la mano, se dio la vuelta y se alejó con el soldado para unirse a las hileras de hombres que cruzaban las vías arrastrando los pies para subirse al tren de transporte. Me di cuenta de que llevaba la cámara en mi petate, ¿por qué no se me había ocurrido sacarle una foto a Sholto Farr?

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Ayer vinieron a comer los McLennan. Yo no soy buena cocinera, ya lo sé. Sé cocinar —soy capaz de colocar un plato caliente en la mesa—, pero no muy bien. Comencé con macarrones con tomate y añadí una pizca de curry, tal como sugería la receta. A continuación, serví *poulet au paprika*, pero creo que añadí demasiada harina a la salsa, y mi arroz con verduras también me quedó seco. El factor clave cuando no eres una cocinera demasiado ducha es compensarlo sirviendo un vino muy bueno. Fui sirviendo el Valpolicella —dos botellas— sin dejar que se vaciaran las copas, y creo que al final de la comida podría haber sacado sándwiches de plátano sin que Greer y Calder se quejaran. Me sentí bastante satisfecha conmigo misma cuando serví un budín de naranja con salsa de naranja —infalible—, y ahí terminó mi desempeño de chef. Con café, whisky y cigarrillos llegamos hasta el final de la tarde.

Los McLennan planeaban un viaje a París, y en mi breve euforia me puse a darles todo tipo de detallados consejos acerca de dónde tenían que ir y qué tenían que hacer.

Greer me lanzó una mirada inquisitiva.

—Cualquiera diría que eres parisina —dijo.

—Bueno, la verdad es que viví allí bastante tiempo —nada más decirlo, lo lamenté.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo? —dijo Calder, que por entonces ya estaba bastante achispado—. ¿Viviste en París? No lo sabía.

—Hace mucho tiempo —dije—. Al final de la guerra. En 1946.

Greer se recostó en la silla y me miró fijamente.

—¿Algún secreto más, Amory?

\* \* \*

Seguimos dirigiendo la oficina de *GPW*, Corisande y yo, durante algunos meses después del Día de la Victoria en Europa, en mayo de 1945, aunque, como era

inevitable, cada día teníamos menos cosas que contar; y nuestro valor periodístico, por lo que se refería a *GPW*, iba disminuyendo bastante aprisa. Pasaron meses sin que se publicara ningún artículo datado en París. Intenté reducir costes abandonando la Rue Louis-le-Grand y trasladándonos a un apartamento de una sola habitación (con retrete) en la Rue Monsieur. Por mucho que ahorrara, la llamada era inevitable. Por entonces teníamos un teléfono que funcionaba, y una tarde de febrero de 1946 Cleve me sugirió amablemente que regresara a Londres y una vez más retomara mis responsabilidades en High Holborn. Le presenté mi dimisión, pero Cleve se negó a aceptarla y cambió de opinión. París podía seguir abierto siempre y cuando se hicieran más recortes. Comprendí que Cleve aceptaría casi todo lo que le pidiera, una situación que resultaba agradable y preocupante a la vez. Le sugerí una reducción del cincuenta por ciento de mi sueldo, y Cleve dijo que eso ayudaría, y que la oficina de París podía seguir abierta una temporada más. Llevaba más de un año sin verle, y tal como algunas relaciones amorosas simplemente se apagan o alcanzan una muerte pacífica, serena y casi inadvertida, así falleció mi relación con Cleve. Ahora Charbonneau era el hombre de mi vida.

O lo era de vez en cuando, digamos. La política francesa de posguerra lo mantenía mucho tiempo lejos de París, sobre todo en Argelia y Túnez y otros enclaves del Imperio francés, haciendo lo que podía para sustentar la Quatrième République. Yo me había trasladado a su apartamento de Saint-Germain y había procurado que resultara lo más acogedor posible. Aquellas columnas de libros hasta el techo ahora reposaban en anaqueles; las habitaciones se habían repintado siguiendo mi gusto habitual de colores vivos (nuestro dormitorio era de un verde alga, la cocina de color terracota); había lijado y rebarnizado el parqué y había añadido algunas alfombras de algodón de vivos colores. Cuando volvió a casa, Charbonneau se mostró complacido al señalarle los cambios. En el piso superior teníamos un insomne que se paseaba arriba y abajo toda la noche, y debajo un violonchelista que practicaba cuatro horas al día, pero, como ocurría con casi todos los parisinos, tu apartamento era simplemente un lugar en el que te bañabas, te cambiabas y dormías (a veces). La verdadera vida, el resto de la vida, tenía lugar en las calles. Yo no me quejaba nunca.

A principios de febrero de 1946 resbalé en una placa de hielo de la Rue Monsieur, caí al suelo a plomo y perdí el conocimiento. Me fracturé el codo derecho y tuve que llevar el brazo en cabestrillo durante dos semanas, pero lo más preocupante fue que la caída reavivó la hemorragia vaginal de antaño, después de años de inactividad, y me vi obligada a llevar de nuevo mis bragas acolchadas de goma. Estaba a punto de ir a visitar a un médico cuando de repente cesó.

No le conté nada de esto a Charbonneau, aunque cuando estaba en casa no hacía más que reprenderme por aburrída. He de admitir que no era la persona alegre y animada de siempre. Pero cuando la hemorragia cesó y descarté mi pañal, sentí que regresaba mi *joie de vivre*. Excepto que Charbonneau no estaba en casa y fue incapaz de apreciar mi rejuvenecimiento.

## 6. Transformaciones

Fue el día posterior a mi treinta y ocho cumpleaños: el 8 de marzo. Sonó el timbre de la entrada de la calle del 12 bis Rue Monsieur, y Corisande bajó a ver quién era. Regresó un tanto perpleja.

—Es un hombre, señorita Amory.

Me llamaba «señorita Amory», a pesar de que le había suplicado repetidamente que se olvidara del tratamiento de «señorita».

—Bueno, hazlo pasar.

—Trae flores.

—¿Es una entrega de la floristería?

—No lo creo.

Sonreí para mí. Charbonneau estaba en casa, y ese era uno de sus trucos para sorprenderme.

—Ya bajo —le dije, y salí de nuestro pequeño apartamento para dirigirme al vestíbulo que había junto a la puerta de la calle.

Me encontré a Sholto Farr con un ramillete de primulas en la mano.

¿Cómo se pueden describir esas sensaciones físicas, esas manifestaciones instintivas de tu estado mental que te recorren todo el cuerpo, sin que parezcas una boba sentimental? En esa fracción de segundo, nada más verlo —llevaba un traje de raya diplomática oscuro y un abrigo de piel de camello—, sentí que se me vaciaban los pulmones, como si los hubiera aspirado una bomba. Comprendí que me encontraba en estado de shock. A continuación, sentí calor —todo en otra fracción de segundo—, se me calentó el vientre, se me encendieron las orejas. Luego ya no pude controlar mis miembros: las rodillas parecían incapaces de sostenerme; un temblor me recorría los hombros y me bajaba por los brazos. Y entonces todos esos síntomas desaparecieron en otra fracción de segundo y me sentí por completo serena. La dama de hierro. Serena con una certeza absoluta.

—Hola, hola —dije jovialmente—. Qué maravillosa sorpresa. ¿Cómo me has encontrado?

Recuerdo los cuatro días que pasamos juntos con la misma viveza que si hubieran ocurrido la semana pasada. Sholto me entregó su ramo, nos estrechamos la mano y me invitó a cenar. Le dije que iría encantada. Se alojaba en un pequeño hotel en la Rue de l'Université, el Printemps, un nombre bastante oportuno. Le dije que le recogería allí a las siete.

Regresé a casa, al piso de Charbonneau, me bañé y escogí la ropa con cierto esmero. Me puse un vestido de seda negro mate con un motivo estampado de bellotas y cerezas y cuello de lentejuelas: elegante pero nada ostentoso. Un maquillaje discreto. Me sentía como una muchacha de dieciséis años que asiste a su primer baile. A pesar de los muchos objetos pertenecientes a Charbonneau que había en el

apartamento, conseguí desterrarlo de mi mente: aquella noche era una mujer soltera, me dije.

Sholto me llevó a Voisin, en la Rue Saint-Honoré. Era un restaurante caro, incluso para el París de la posguerra, e insistió en que comiéramos todo lo bien que fuera posible. Tomamos *foie gras*, *boeuf en daube*, queso y un *soufflé Monte Cristo*. Sholto fumaba tres cigarrillos por cada uno que fumaba yo. Era uno de esos fumadores para los que el acto de fumar es tan natural como respirar: encendía y fumaba un cigarrillo con la misma despreocupación con que se rascaba la barbilla o se pasaba la mano por el pelo.

Nos contamos cosas de nosotros. Lo más importante que me contó de él es que se acababa de divorciar. Se había casado demasiado joven, dijo (era dos años mayor que yo), y tenía un hijo, Andrew, de dieciséis años, en un internado de Escocia. Le pregunté a qué se dedicaba, ahora que se había licenciado del ejército, y me dijo que era granjero. Poseía una granja bastante grande en la costa oeste de Escocia, entre Oban y Mallaig, si conocía esas poblaciones y esa parte de Escocia. Le dije que no. Le hablé de mi familia —sabía quién era Dido, había oído hablar de ella— y de Xan y su muerte en Normandía. No le pregunté gran cosa de la guerra, de a qué se habían dedicado él y sus comandos antes de tropezarme con ellos en el parque de Wesel. No creo que hubiera querido contármelo, en cualquier caso: él procuraba evitar los asuntos militares.

De eso hablamos mientras cenábamos. Bajo la superficie —y sé que él sentía lo mismo— iba surgiendo una ardorosa corriente de atracción mutua. Llamémosla lujuria. Pero charlamos y sonreímos, fumamos innumerables cigarrillos y nos deseamos.

Sholto tenía un pelo muy bonito, casi negro azulado, con la raya a un lado, y procuraba que no se descompusiera con la ayuda de una potente gomina; pero a mitad de la comida fue perdiendo rigidez y se fue desplomando, y un rizo acabó colgándole sobre la frente. Una y otra vez se lo echaba hacia atrás —un gesto que acabé asociando con él—, y segundos más tarde volvía a caer.



SHOLTO FARR. ALEJANDRÍA, 1943.

Me di cuenta de que era una especie de dandi, igual que Cleve, y al revés que Charbonneau. La camisa que llevaba era hecha a medida —es algo que siempre se nota por cómo te queda el cuello—, al igual que el traje. Su corbata de seda granate exhibía un nudo duro del tamaño de una avellana, como si lo hubieran apretado con unas pinzas. En la barbilla, junto a la oreja derecha, se le formaba un diminuto punto color rubí, de un corte al afeitarse. Los ojos eran de un gris azulado muy claro (creo que ya lo he dicho). Para ser escocés, no tenía ni pizca de acento.

Recuerdo que cuando me dejó en casa de Charbonneau estuve a punto de preguntarle si quería subir a tomar una copa. Pero de algún modo me resistí. Le deseaba, aunque no le quería en la cama de Charbonneau. Me dio las buenas noches, me besó en la mejilla —apenas un roce de labios—, dijo que había disfrutado mucho de la velada y que al día siguiente estaba libre para almorzar. Le dije que, por suerte, mi cita para almorzar se había cancelado, y que podíamos encontrarnos, sería estupendo. ¿En Weber a la una? Perfecto.

Recuerdo que tomamos un helado en Weber: era un local famoso por sus helados.

Por entonces ya casi habíamos agotado la conversación, y el subtexto de nuestro segundo encuentro parisino era casi grotescamente obvio. No es que nos miráramos jadeantes y con la lengua colgando, pero tampoco faltaba mucho.

Pedimos café y coñac. Pedimos más café y más coñac. No se me ocurría nada que decir, y estaba claro que a él tampoco. Así que nos quedamos allí sentados, fumando y bebiendo café y coñac, y mirándonos con cara de estúpidos.

—¿Qué te ha traído a París? —dije por fin, algo que de hecho no le había preguntado—. ¿Negocios?

—He venido a París a verte —se limitó a decir, como si resultara obvio.

—Oh. Muy bien... ¿Te ha costado encontrarme?

—No. Ha sido sorprendentemente fácil. Recordé todo lo que me dijiste en aquella estación de Holanda. Tu nombre, que eras fotógrafa, que trabajabas para *Global-Photo-Watch*, que tenías una oficina en París. El recepcionista de mi hotel miró en el listín telefónico y allí estabas: Agence GPW, 12 bis, Rue Monsieur, Septième.

—Bueno. Es una suerte que te dijera en qué trabajaba.

—Mucha suerte.

—Naturalmente podría haberme trasladado. Cambiar de trabajo.

—Te habría encontrado, de una manera u otra.

Al oír eso sentí que me asomaban las lágrimas: tal vez fuesen las palabras más románticas que me habían dicho nunca.

—Bien.

Me cogió la mano y me miró los dedos un momento.

—Mi hotel es muy pequeño —dijo—. Pero me he tomado la molestia de reservar una habitación en el Crillon —entonces levantó la vista—. Creo que un hotel grande, con mucha gente entrando y saliendo, es mejor. Más discreto. ¿No te parece?

—Qué buena idea —dije—. ¿Vamos ahora?

Recuerdo que subimos en el ascensor hasta la tercera planta, donde estaba nuestra habitación. No llevábamos equipaje, naturalmente (nos lo «mandarían» desde el aeropuerto de Le Bourget, improvisó Sholto cuando nos registramos). El ascensorista era un anciano menudo, delgado y frágil que mantenía la cabeza gacha, concentrado en sus relucientes zapatos. Sin duda había visto a muchas parejas sin equipaje subir por la tarde a su habitación del Crillon.

Susurré al oído de Sholto:

—Hay una cosa que tienes que saber —dije—. Antes.

—¿Qué es?

—No puedo tener hijos.

—Pues qué suerte tienes.

\* \* \*

Esta mañana he recibido una postal de Greer McLennan, que está en París: una vista del jardín de las Tullerías. «¡Cuando regrese exijo que me cuentes toda la historia de París!», había escrito.

Aquel marzo, en París, Sholto y yo pasamos cuatro días juntos, casi todo el tiempo en nuestra gran habitación del Crillon que daba a la Place de la Concorde, saliendo a comer de vez en cuando, para regresar al hotel a la carrera, incapaces de contenernos sexualmente. Pero luego Sholto tuvo que volver a Londres, y de todos modos, Charbonneau tenía previsto regresar de Argel.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Sholto—. Sé que para ti es más complicado.

—Sí —dije—. No te preocupes. Puede que me lleve un poco de tiempo, pero se me ocurrirá algo.

—Avísame si me necesitas, y vendré enseguida.

Es curioso lo convencidos y seguros que podemos estar a veces de algo tan inconstante como una intensa emoción. Entre nosotros se forjó una confianza mutua instantánea, tácita, como si en lugar de conocernos desde hacía cuatro días nuestra relación se remontara a cuarenta años atrás.

Es posible que estuviera completamente segura de lo que sentía por Sholto, pero era un manojo de nervios, y lo que más me preocupaba era cómo me sentiría y me comportaría en cuanto regresara Charbonneau. El día después de que Sholto se marchara, mi cuerpo me hizo el favor de concederme un fuerte resfriado, de manera que cuando Charbonneau volvió, me encontró en la cama, tosiendo y sorbiendo por la nariz, con los huesos doloridos, la nariz en carne viva, roja y moqueando: en resumen, tenía un aspecto horrible.

—Necesitas unas vacaciones —dijo Charbonneau con una dulzura insólita en él—. Trabajas demasiado. Déjalo en mis manos.

Me llevó al sur. Fuimos en tren hasta Burdeos y desde ahí a Biarritz, en la costa del Atlántico, donde nos alojamos en el hotel du Palais, situado sobre un promontorio rocoso en un extremo de la suave media luna que formaba la *grande plage*. Yo estaba inquieta, y no solo por mi alterado estado emocional, sino porque Charbonneau se comportaba de un modo muy poco habitual en él: atento, mirando solo por mi bienestar. ¿Qué pretendía? ¿Sabía algo de los días que Sholto y yo habíamos pasado juntos?

Sin embargo, Biarritz obró sus encantos. Charbonneau había dicho que necesitábamos oleaje, un océano de verdad —no las flojas cabrillas del Mediterráneo—, y a principios de primavera la costa atlántica ofrecía espectaculares y espumajosos rompientes en interminable sucesión. Y la singularidad del Palais, en oposición a los grandes hoteles de primera línea de playa, era que se asomaba directamente al océano, sin que ningún paseo marítimo lo separara del oleaje.

Nos llevaron a nuestra suite de la tercera planta, y al abrir de par en par las



ventanas recibimos todo el panorama del mar, sin la interrupción del tráfico, en todo su embravecido esplendor. La cremosa espuma blanca acometía para romper en las rocas que teníamos justo debajo de nosotros. Era atronador —el océano puede llegar a ser muy ruidoso—, pero también tonificante.

Nos instalamos en la habitación, pero yo percibía cierto nerviosismo en Charbonneau: no era esa persona habitualmente hedonista y engreída, y comenzaba a recelar de su nuevo carácter solícito, pues una y otra vez me preguntaba cómo me sentía. ¿Necesitaba un descanso? ¿Quería que pidiera más café? No, no, dije, me sentía mucho mejor ahora que estaba junto al mar.

Sugirió que aquella noche comiéramos en la ciudad en lugar de en el pomposo restaurante del Palais, y encontramos una gran *brasserie* en la plaza principal. En 1944 habían bombardeado Biarritz, y todavía, casi dos años después, se veían las reparaciones de los edificios dañados, los cráteres de las calles rellenos, los gabletes y las fachadas de las tiendas que se sustentaban gracias a pesados puntales de madera inclinados. Sobre los acantilados se veían emplazamientos de cañones de cemento, y comprendías que se trataba del extremo sur del Muro Atlántico de Hitler. Aquel despreocupado centro turístico todavía no había suprimido del todo las cicatrices de la guerra.

Como siempre, Charbonneau estudió minuciosamente la lista de vinos, y al fin se decidió por un desconocido vino vasco de una singular variedad de uva. Mientras tanto yo fingía tranquilidad, que estaba de buen humor: todo me agradaba, el restaurante era encantador; el vino, delicioso; el aire del océano, perfecto en su frescor. Sabía que mi serenidad incomodaba todavía más a Charbonneau.

Esperó hasta el final de la cena.

—Sabes que te amo, Amory...

—Oh, querido, eso no presagia nada bueno.

—Por favor, no lo conviertas en un chiste. Es el peor hábito de los ingleses.

—Te equivocas, es nuestra mejor característica, lo que nos salva.

—Por favor.

—Continúa.

Encendí un cigarrillo con mi actitud más mundana, y lancé el humo hacia el techo.

—Voy a casarme —dijo de manera solemne—. Se anunciará formalmente en *Le Figaro* la semana que viene.

Aquello me pilló por sorpresa. Casi se me cae el cigarrillo.

—Es evidente que no vas a casarte conmigo. ¿Conozco a la afortunada?

—La has visto un par de veces.

—¿Y su nombre?

—Louise-Elizabeth.

—¿Louise-Elizabeth Dupont?

—No. Si quieres saberlo, se llama Louise-Elizabeth Croÿ d'Havré de Tourzel de

la Billardie.

—Dios mío. La sencilla Amory Clay no puede competir con eso, entonces. ¿Es de París?

—De Borgoña.

—Sin duda posee colinas y colinas llenas de caros viñedos.

—Sí, es cierto —me miró y sonrió—. *Le cœur a ses raisins que les raisins ne connaissent point.*

Se rio de su chiste, como hacía siempre, pero entonces su sonrisa desapareció y por un momento puso cara de abatimiento, jugando con la piel del queso que tenía en el plato. Soltó una especie de triste risita.

—Sabes, una vez fui sabio —dijo.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo fue eso?

—Cuando nací.

—Sé a qué te refieres. Después todo es más difícil.

—Quiero que sepas, Amory, que mi relación contigo no queda afectada por este matrimonio.

—Te equivocas. Te aseguro que quedará muy afectada.

—No te hagas la difícil. Seamos sofisticados.

—No. Seamos sensatos. Seamos honestos. ¿Por qué te casas con esta persona?

—Porque... Porque quiero tener hijos. Tengo cuarenta y cinco años. Estoy en una edad en la que un hombre...

—Perdona. Necesito tomar el aire.

Salí del restaurante y volví caminando hasta el hotel, con una sonrisa que crecía imparable. Caminé hasta el malecón, pasé junto al Casino Municipal, iluminado y ruidoso, hasta llegar a la playa. Bajé unos peldaños hasta alcanzar la arena, donde me quité los zapatos de tacón alto y me dirigí hacia el borde espumeante del agua. El constante fragor de las olas era la interferencia sonora que necesitaba: en aquel momento quería que mi cabeza estuviera llena de ruido. A la derecha, el barrido irregular de la luz del faro que había sobre el acantilado me alcanzaba los ojos. Unos ojos que veían con claridad. Me alegraba por Charbonneau y su joven y fértil aristócrata de *le gratin*. Sin duda, aquellos viñedos venían acompañados de un castillo pequeño y perfecto que los hacía aún más atractivos. Pero lo más importante es que me alegraba por mí. Se lo haría pasar un poco mal a Charbonneau, desde luego, exacerbaría sus sentimientos de culpa por haberme traicionado, pero, mientras estaba en aquella playa de Biarritz, tenía ganas de bailar y cantar; me apetecía lanzar los zapatos al aire y correr hacia el mar de lo feliz que me sentía. Ahora sabía hacia dónde se encaminaba mi vida, después de tantos años de errores, incertidumbres y tantos caminos hacia ninguna parte. Iba a casarme con Sholto Farr.

---

## **Libro sexto: 1947-1966**

# 1. La Casa de Farr

Recuerdo el día exacto en que comprendí que Sholto estaba gravemente enfermo, muy afectado por su dolencia. Fue el 12 de agosto de 1959, el comienzo de la temporada de caza del urogallo, para cuya celebración, como hacíamos cada año, reuníamos una partida de caza el primer día de ojeo.

Yo iba sentada en la calesa tirada por un poni en compañía de Rory McHarg, el segundo guardabosques, y recorriamos el camino rumbo al páramo que conducía a las laderas occidentales de Beinn Lurig, la gran montaña que se alzaba al final de nuestro valle. Llevábamos el almuerzo para la partida de caza y los ojeadores: sándwiches, salchichas en hojaldre, una caja de cerveza, y termos llenos de sopa y café. No era una gran partida —no habría mesas ni criados—, pero era una tradición que Sholto insistía en mantener. Había una docena de invitados: vecinos cuyas fincas lindaban con la nuestra, y, como siempre, los amigos del ejército de Sholto: David Farquhar, Aldous King-Marley, Frank Dunn (todos antiguos miembros del antiguo Comando 15, y nuestro médico de familia, Jock Edie.

Era un día frío y ventoso para agosto, con una llovizna intermitente, pero de vez en cuando se abrían las nubes y el sol brillaba sobre las montañas y el amplio valle que se divisaba en torno al río, el Crossan, que lo cruzaba serpenteando, una vista que en su asombroso esplendor y belleza te levantaba el ánimo. En el páramo, si el día era despejado, podías ver el dedo plateado del canal de Sleat, y, si el día era excepcional, más allá divisabas los montículos púrpura de los Cuillins de Skye.

Me llegaba un tintineo de cristal procedente de un saco de yute que formaba un rebujo a los pies de Rory.

—¿Qué traes ahí, Rory? ¿Un almuerzo líquido?

—No es nada, lady Farr —dijo, y vi cómo se ruborizaba bajo la barba. Introduce la mano en el saco y lo abrí. Dos botellas de whisky Bell's.

—¿Para quién es esto?

—Milord me ha pedido que las llevara.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—No lo sé, milady. Simplemente me dio esa orden.

Volví a colocar el saco a sus pies y no dije nada, aunque tampoco me sorprendía. Vi cómo los ojeadores cruzaban el brezal calcinado en dirección al refugio de piedra: aquella mañana el ojeo había terminado. Rory dio una sacudida a las riendas y el poni levantó las patas.

Colocamos el pícnic sobre una mesa con caballetes y alcé la mirada para ver a los cazadores que se acercaban desde la línea del campo de tiro. Intercepté a Sholto y me lo llevé a un lado.

—¿Cómo va?

—Veintidós pares. No está mal. Los pájaros llegan bajos y deprisa. Mejor que el año pasado.

—No. Me refiero a cómo estás tú.

Me miró perplejo, con los ojos desenfocados, vidriosos. Borracho perdido. Siempre me asombraba que fuera capaz de comportarse como si tal cosa: mantener una conversación coherente, disparar una escopeta, beber más. Yo llevaba en la mano el saco de Rory, y se lo entregué.

—Aquí está tu whisky. Por favor, si en el futuro lo necesitas, pídemelo a mí, no al servicio.

—Mis disculpas. ¿Has traído el vino?

Entonces perdí los nervios.

—¿Es que hoy no te podías contener? ¿Ni aunque fuera por un día? Las niñas vienen a casa.

—¿Qué niñas?

—¡Nuestras niñas, joder! ¡Nuestras hijas!

—Ah, sí. Ellas. No te preocupes, cariño. Ni se darán cuenta —entonces se volvió y le gritó a Frank Dunn—: ¡Guárdame un sándwich, cabrón avaricioso! —y se marchó para unirse a los demás, dejándome allí sola con los ojos llenos de lágrimas.

En 1946, en París, cuando Sholto se describió como «granjero», no me estaba diciendo toda la verdad. Era cierto que poseía media docena de granjas en las que trabajaban sus arrendatarios, así como ocho mil hectáreas de colinas, álamos y montañas en la costa oeste de Escocia. Durante esos cuatro días, tampoco me dijo que había acabado la guerra con el rango de teniente coronel y con numerosas condecoraciones, y que en realidad era Sholto, lord Farr, el duodécimo barón Farr de Glencrossan.

Todo esto lo confesó cuando volvimos a encontrarnos en Londres, después de que me propusiera matrimonio formalmente.

—¿Por qué me lo has ocultado? —le pregunté un tanto atónita.

—No quería que me dieras calabazas —dijo—. No todo el mundo quiere casarse con un lord, y ser de repente una «lady». Puedo entenderlo.

Sospecho que sus motivos eran más rebuscados. Al haberse divorciado hacía poco, lord Farr era probablemente uno de los solteros más codiciados de Escocia. Mejor comenzar una relación amorosa sin la carga de todo ese equipaje. Supongo que con ello quería poner a prueba mi sinceridad, pero en cierto sentido ahora me daba cuenta de que él tenía razón: yo no sentía especiales deseos de ser una «lady», en absoluto, y cuanto más iba descubriendo lo que implicaba estar casada con lord Farr, el duodécimo barón Farr de Glencrossan, más ganas me daban de pensármelo dos veces.

Comencemos por la casa: la Casa de Farr, como se la conocía. Se encontraba al final de un amplio valle de unos diez kilómetros de largo, y a unos quince del pueblo más próximo, Crossan Bridge, y casi a treinta de Mallaig, la población más cercana de cierto tamaño. La casa de Glen Crossan existía desde principios del siglo XVIII, pero en la década de 1850 fue demolida casi por completo, y el abuelo de Sholto, el

décimo barón, construyó en su lugar un pabellón de caza victoriano clásico, con almenas y torretas. Lo único que permanecía en pie de la antigua casa era el extravagante proyecto de molduras de yeso de Dunsterfield y la escalera de Robert Adam.



LA CASA DE FARR, GLEN CROSSAN, LOCHABER, 1958.

Pero la Casa de Farr era decididamente fría y húmeda cuando fui a vivir allí, y necesitaba un considerable y continuo mantenimiento para que resultara remotamente cómoda y moderna. Otra sorpresa fue la presencia de la madre de Sholto, Dilys, la viuda lady Farr, que ocupaba las suites de la planta baja, junto a la sala de billar, y que tenía una doncella propia que la cuidaba. Dilys Farr era una mujer pequeña y escuálida, que a sus más de setenta años todavía se teñía el pelo de un negro azulado, y que recibió mi llegada con un indisimulado recelo. Su especialidad era el comentario sarcástico, y parecía deliberadamente decidida a no dejarse complacer por lo que el mundo podía ofrecerle. «Limitate a no hacerle caso —me dijo Sholto en una ocasión en que me quejé de un comentario cruel e innecesario que la mujer había proferido—. Nació desgraciada, y, de todos modos, no le queda mucho».

Otra fuente de irritación secundaria era la presencia de su exesposa Benedicta, lady Farr, que vivía en una gran casa, la antigua residencia del pastor, en Crossan Bridge. El hijo de ambos, Andrew —el así llamado señor de Farr, el heredero— tenía dieciséis años y estaba en sexto curso en el Strathblane College, cerca de Perth.

Por si una suegra y una exmujer no fueran suficientes, la Casa de Farr contaba con un abundante personal. Había un ama de llaves, la señora Dalmire, y su marido, Peter —que hacía de chófer-mayordomo-encargado-de-mantenimiento—, y dos doncellas permanentes (cuando la casa estaba llena de invitados, se pedían algunas más). De la finca se encargaban dos guardabosques y un guarda forestal/jardinero, que vivían en casitas desperdigadas por el valle. Había un administrador que aparecía

de lunes a viernes —el señor Kinloss—, encargado de gestionar la propiedad y supervisar los alquileres de los granjeros. Me enteré de que además tenían propiedades, algunos pisos y casas, en Edimburgo y Glasgow, algunas casas remotas en los alrededores de Oban, y unas pequeñas caballerizas convertidas en vivienda en South Kensington, por no mencionar diversos fondos fiduciarios y portafolios de acciones y bonos gestionados por los banqueros de la familia, Carntyne Petre & Co., en Edimburgo.

Ese era, en esencia, el nuevo mundo al que accedí. Sholto me decía, a medida que ese paisaje se iba revelando: «No soy rico, Amory. Heredé una propiedad, y es una pesadilla: dirigir, organizar, obtener unos ingresos aceptables. No soy más que un *rentier* con una gran casa que lentamente se cae a pedazos. Puede que suene muy sofisticado, lo de ser un barón y todo eso, pero no lo es en absoluto».

Recuerdo nuestra boda, naturalmente, en una pequeña iglesia llena de tumbas y placas que conmemoraban a los difuntos Farr: se llamaba St. Modans y se encontraba en Crossan Bridge. Deslucía un poco su antigüedad una ristra de nuevas casas de protección oficial erigidas demasiado cerca, justo después de la guerra. No me importaba: me estaba casando con Sholto Farr, el hombre al que amaba, y el juzgado más sórdido me hubiera resultado suficiente. Nos casamos en junio de 1946, dos meses después de nuestro encuentro en París. Todas las fotos oficiales de la boda me resultaron odiosas —Dilys Farr ceñuda a mi lado—, pero Donalda McCrae, una de las dos doncellas, me sacó una foto cuando salía del coche (estaba a punto de coger el brazo de Aldous King-Marley, que era quien me entregaba al novio). Está un poco desenfocada y mal encuadrada, pero de las fotos en que aparezco yo, es mi preferida. No tenía ni idea de que me la estaban sacando —es natural, en el mejor sentido—, y está tomada un día durante el cual fui feliz de manera suprema, inequívoca y continua. Donalda detuvo el tiempo. Y siempre que la miro recuerdo todas las emociones que sentí en ese momento en que ella apretó el botón sin previo aviso. La vida parecía casi insoportablemente feliz.



Recuerdo que le escribí una larga carta a Charbonneau contándole que me iba a casar, y explicándole por qué me había marchado de París tan de repente. También le escribí a Cleve. La respuesta de Charbonneau fue encantadora y un tanto compungida: «¿Te casas? ¿Tan rápido?». Creo que sospechó que le había sido desleal... igual que él a mí. Cleve fue muy amable, me dio las gracias muy formal por todo lo que había hecho por *GPW*, insistiendo en lo personalmente (subrayado) agradecido que estaba y lo mucho que había disfrutado de nuestra estrecha (subrayado) colaboración a lo largo de los años. Añadía que si alguna vez necesitaba su ayuda, solo tenía que llamarlo, etcétera, etcétera. No era una carta íntima, pues creo que tenía la impresión de que alguien más podía leerla, pero todo el cariño estaba implícito, entre líneas, en los subrayados.

También tuve mis momentos de tristeza, por dejar el trabajo, por despedirme de Corisande: la oficina se cerró una semana después de que me marchara. Comprendí que una parte importante de mi vida —mi vida como fotógrafa profesional— había terminado. Sin duda la señorita Ashe habría aprobado mi cambio de posición social.

Recuerdo que Dido y mi madre vinieron a la boda. Mi madre no pudo ocultar su asombro y alivio al ver que su hija de treinta y ocho años por fin se casaba, y con un apuesto aristócrata escocés, nada menos. Creo que pensó que todo aquello era una especie de charada o pantomima —los gaiteros delante de la iglesia, la Casa de Farr iluminada por centenares de velas, las faldas escocesas y las escarcelas, los bailes típicos en la sala de billar, despejada para la ocasión—, y que de pronto se despertaría de ese sueño en East Sussex y se encontraría de nuevo con sus dos hijas solteras.

Greville vivía en Italia con un joven llamado Gianluca, y le pareció que a su edad era un viaje demasiado largo. Me mandó una botella de Brunello di Montalcino.



Dido —mi única dama de honor— todavía no se había casado con Reggie Southover, y no lo trajo a la boda. Por primera vez en la vida pensé que estaba celosa de mí.

—Vaya, vaya, lady Farr —dijo, comprobando la caída de mi vestido de boda—. ¿Tengo que hacerle una reverencia?

—Solo el día de mi cumpleaños. Y puedes seguir llamándome Amory cuando estemos a solas.

—¡Que te den!

Recuerdo que en agosto, al final de mi primer verano en Glencrossan, caí extrañamente enferma. Comencé a sufrir extraños dolores en el abdomen, por culpa de lo que se llama «timpanismo» o «meteorismo», una dolorosa hinchazón del estómago. Pensé que padecía una especie de obstrucción intestinal o una hernia interna. Cuando no me dolía, me encontraba tremendamente fatigada.

Sholto me llevó a Glasgow a visitar a Jock Edie. Me gustaba Jock —él y Sholto habían ido a la escuela juntos—, y era, según él mismo confesaba, uno de esos médicos para los que la medicina no es más que la manera de llevar una existencia placentera y sofisticada. Yo había cometido el error de buscar mis síntomas en un antiguo diccionario médico que había localizado en la biblioteca, y estaba convencida de que padecía «ascitis». Me daba golpecitos en el estómago hinchado con una cuchara de madera, imaginando que oía «un ruido sordo que se desplaza» o «vibración del fluido», horribles síntomas que aparecían en el diccionario debajo de la palabra *ascitis*. También me preocupaba sufrir algún tipo de disfunción hepática crónica, pues no paraba de orinar, o algún espantoso cáncer abdominal.

Así pues, me encontraba sumida en una angustia mal disimulada cuando Jock Edie me examinó, palpándome el estómago y escuchando con el estetoscopio. Se apartó un poco de la camilla de reconocimiento —mientras yo me arreglaba la ropa—, y primero sonrió, y después frunció la frente, dándose unos golpecitos en la barbilla con el dedo.

—Sabes, tendremos que confirmarlo, pero me apostaría lo que quieras a que estás embarazada, Amory.

—Eso es imposible. No puedo tener hijos. Hace años me dieron una paliza, y un especialista, sir Victor Purslane, me dijo que era estéril.

—Bueno, pues debo decir que en mi opinión sir Victor cometió un grave error.

El embarazo quedó confirmado. Y más que confirmado: iba a tener gemelos. Fue una extraña época para mí, pues de manera retrospectiva tuve que reconfigurar casi todas las certezas que tenía acerca de mi vida y mi persona. Me sentía contenta y preocupada. Estaba confundida, pues ya me había resignado a no tener hijos sin que eso me supusiera ningún perjuicio, y ahora, cuando ya iba a cumplir los treinta y nueve, estaba a punto de tener dos al mismo tiempo. Sholto afirmó estar encantado

ante esa absoluta sorpresa, pero no es difícil imaginar su consternación. Había supuesto que él y yo viviríamos felices como pareja, después de dejar atrás un matrimonio fracasado del que ya tenía un hijo, y ahora, en su mediana edad, se convertiría en padre de unos gemelos.

Hoy, cuando vuelvo la vista atrás, comprendo que fue una bomba que explotó en nuestras vidas y las hizo saltar por los aires. Todas nuestras agradables expectativas, todo lo que felizmente habíamos imaginado que sería nuestra vida, de pronto se vería reemplazado por otras nuevas, asimismo felices, diríase, pero del todo distintas y para las que no estábamos preparados. Y yo no comprendía en absoluto cómo había ocurrido aquello. Jock Edie dijo que no debíamos culpar a sir Victor Purslane. Cualquier doctor, en la época, habría dado el mismo pronóstico.

—Pero no tengo la regla —señalé.

—A lo mejor las tienes muy flojas o muy intermitentes —dijo Jock—. Como creías que no tenías nunca, tampoco las notabas.

—No, eso es imposible.

Entonces recordé mi caída en el hielo de la Rue Monsieur y cómo volví a sangrar hasta que la hemorragia se detuvo de repente. ¿Se había aflojado o liberado algo en mí? No había sido mucho antes de que Sholto llegara a París buscándome... ¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo podía explicarlo cualquiera? Recordé las palabras de sir Victor: creemos comprenderlo todo del cuerpo humano, pero en realidad sabemos muy poco.

—¿Cuándo tuvo lugar esa agresión, por cierto? —preguntó Jock.

—En 1936. Fue cuando los fascistas de Mosley marcharon por el East End de Londres.

—Dios mío... Parece que hubiera ocurrido en otro siglo... O sea, hace más de diez años.

—¿Y por qué no me he quedado embarazada antes?

—¿Quién sabe? ¿Tuviste una vida sexual activa? Perdona la pregunta.

—Bueno, sí... —me acordé de Cleve y de Charbonneau—. Bastante activa.

—A lo mejor simplemente fue suerte. Siempre lo hiciste en el momento adecuado, si sabes a qué me refiero.

—Y ahora voy a tener unos malditos gemelos.

—Considéralo una bendición.

—Sí. Sí, lo haré, Jock. Justo eso. Tenemos suerte. Hemos recibido una bendición.

Las gemelas llegaron puntualmente a principios de enero de 1947. Concebidas, como siempre pensé, en esos cuatro días de marzo en París. A causa de mi edad, decidimos no correr riesgos e ingresamos en el Western Infirmary de Glasgow en lugar de acudir al pequeño hospital de Oban, y fue una suerte, porque el parto se complicó. Una de las gemelas nació después de doce insoportables horas de parto. Comprendí por qué en inglés se utiliza la palabra *labor* para describir el proceso de

dar a luz. A la primera niña la llamamos Andra: un nombre habitual en la familia Farr. La segunda nació por cesárea, pues consideraron que yo estaba demasiado débil para seguir de parto. De hecho, estuve cuarenta y ocho horas sin poder ver ni coger en brazos a mis bebés, pues esa era la práctica habitual en la época. Cuando por fin me las pusieron en los brazos, me sentí decididamente extraña. Sholto estaba allí, con un ramo de claveles, y me puse a llorar; de alegría, supongo, pero también de temor y confusión, pues de repente me enfrentaba con esa doble responsabilidad y con la idea de que mi vida había dado un vuelco irrevocable. Ningún camino claro por delante: el mundo boca abajo, tal como lo habría descrito mi padre. Miré a mis niñas, Andra y Blythe —así habíamos llamado a la pequeña número dos—, y entonces me di cuenta de que no eran idénticas, cosa que, por alguna razón, me hizo feliz.

Después de una semana en el hospital todos regresamos a la Casa de Farr, nuestra sorprendente nueva familia de cuatro miembros, y me encontré con que nos esperaba una niñera, una chica bastante competente del pueblo llamada Sonia Haldane, que al instante se hizo con el control, y enseguida todo fue bien: Sonia podía con todo; para ella, tener dos bebés en brazos no era nada. La vida recuperó una suerte de estabilidad, la normalidad comenzó a imponerse.

Y éramos felices: eso no debo olvidarlo, cuando evoco aquella época. Yo era feliz con Sholto, y los dos éramos felices con nuestras pequeñas, Annie —que era como llamábamos a Andra— y Blythe. Pasamos cuatro, no, cinco años completamente felices. Entonces la madre de Sholto murió. No tuvo nada que ver con su fallecimiento, pero fecho el inicio del cambio en el momento de su muerte. La vida seguía siendo buena, aunque debajo de la superficie se agitaban los demonios.

## 2. La bodega

Dilys, lady Farr, fue enterrada en el pequeño cementerio de la iglesia en la que Sholto y yo nos habíamos casado: St. Modan's, en Crossan Bridge. Hubo una nutrida presencia de granjeros y vecinos, y tanto Andrew, el señor de Farr, como la madre de este, Benedicta, hicieron acto de presencia, esta última muy conmovida y llorosa. Por aquel entonces yo conocía a Andrew un poco mejor. Ahora estudiaba Administración de Fincas en el Heriot-Watt College de Edimburgo. Era un muchacho alto y desgarbado, no demasiado inteligente, con la misma cara angulosa que su madre. Por lo que yo podía ver, el único rasgo que había heredado de su padre eran aquellos cabellos finos y lacios, solo que los de Andrew no eran negros, sino de un marrón rata. Era algo bizco, lo que le daba un aspecto astuto y vigilante. Cuando hablabas con él, tenías que resistir la tentación de mirar tu espalda.

Benedicta era una incansable dínamo de energía, rubia, menuda, parlanchina y sabelotodo. Yo no le caía nada bien, a pesar de que no había tenido nada que ver con el hecho de que se divorciara de Sholto. Pero al ser la nueva esposa, y un tanto más joven que ella, decidió culparme de la ruptura de su matrimonio, de una manera ilógica y perversa. ¿Qué podía hacer yo? No me importaba, y como tampoco me resultaba simpática, procuré mantenerme lo más lejos posible de ella.

Después del funeral, todo el mundo fue a casa, donde servimos bebidas y canapés, y allí me acorraló, mostrándose afable y preocupada.

—Esto va a ser un golpe muy duro para Sholto —dijo muy compungida.

—No lo creo —contesté—. Él y Dilys no estaban muy unidos.

—Tú procura mantener la puerta de la bodega cerrada con llave.

—No sé de qué me hablas —dije.

—¿Qué tal te las apañas, en general?

—¿Con las niñas?

—Con Sholto.

—Somos muy felices. Muy, muy, muy felices. Gracias por preguntar, Benedicta. De verdad que somos muy felices.

Pero Sholto, como para confirmar el malicioso comentario de Benedicta, se emborrachó mucho aquella noche, más de lo que nunca lo había visto. Después de que todo el mundo se hubiera marchado, me lo encontré sentado con la mirada fija en la chimenea de la sala pequeña, con un vaso lleno de whisky en la mano: una buena media pinta de whisky. Se lo quité, pero ya hablaba de manera incoherente, arrastrando las palabras. Se puso en pie tambaleándose e intentó besarme, y yo lo aparté furiosa.

—Mírate —le susurré—. ¡Qué desagradable! —y me alejé indignada, odiándome al instante porque sabía que había hablado y me había comportado exactamente igual que habría hecho la detestable Benedicta.

Recuerdo cuánto solíamos beber en aquella época. Ni me paraba a pensarlo. Ginebra a la hora de comer: dos o quizá tres vasos con soda y amargo de angostura. Unos cuantos whiskies antes de cenar y luego vino. Sholto no dormía bien, así que se tomaba un pelotazo de cloral antes de irse a la cama que lo dejaba fuera de combate hasta por la mañana. Y nos poníamos a fumar después de desayunar y ya no parábamos. No nos importaba, éramos felices. Las pequeñas correteaban por ahí y a mí me parecía que Sholto disfrutaba mucho con su nueva e inesperada familia. Salíamos a pescar a los lagos de Beinn Lurig; cogíamos un bote y nos íbamos a Skye y las islas Hébridas; pasábamos varios fines de semana del año en la casa de Londres; nos fuimos todos de vacaciones a Roma en 1955, antes de que las niñas entraran en un internado. Naturalmente había problemas —sobre todo económicos— que nos obligaron a vender una de las granjas, y los dos pisos de Edimburgo, pero la Casa de Farr —húmeda y fría en invierno, que se caía a pedazos— era un auténtico hogar, un lugar alegre, sobre todo ahora que la amargada viuda Dilys se había ido para siempre. Comencé por repintar sus habitaciones, y compré nuevas alfombras y cortinas. Sí, entonces éramos felices.

Recuerdo que el único aspecto de mi nueva vida que me provocaba cierto malestar era haber dejado de ser fotógrafa. Seguía fotografiando, claro —instantáneas familiares—, pero no era lo mismo: sentía como si me hubiera deshecho de una parte de mí: ahora estaba casada, era esposa y madre y llevaba una gran casa. La antigua Amory Clay había desaparecido, se la había llevado el viento.

Guardaba mis cámaras en un armario cerrado con llave, envueltas en gamuza y selladas en bolsas de plástico. Las sacaba de vez en cuando, como un pistolero nostálgico que quiere sentir el tacto de sus armas, y saborear el peso y contorno de sus revólveres, asegurándose de que aún funcionan.

Entre las pocas fotos que saqué había algunas en color: diapositivas Kodachrome, caras pero que se convirtieron en la norma. Sin embargo, aunque me daba cuenta de que mis fotos reflejaban el mundo tal como era, de alguna forma quería que el mundo fuera como no era: en blanco y negro. Sabía que ese era mi medio, y de hecho llegué a sentirlo con tanta intensidad que me pregunté si, a medida que el mundo se pasaba a la fotografía en color, se estaba perdiendo algo vital. La imagen en blanco y negro era, de alguna manera esencial, el rasgo definitorio de la fotografía: ahí residía su fuerza, y el color disminuía su arte; paradójicamente, la fotografía funcionaba mejor en blanco y negro, por ser algo tan a las claras antinatural.

Con meticulosidad, envolvía de nuevo mis cámaras —mi Leica, mi Rollei, mi Voigtländer— y las colocaba en su estante del armario, y al cerrar otra vez la puerta con llave, me preguntaba si volvería a ser fotógrafa algún día.

Recuerdo que Hanna vino a pasar unos días. Elegante, de nuevo masculina, con el pelo corto y teñido de un rubio casi blanco. ¡Cómo la miraba la gente de Mallaig al

verla pasar! Aun así, el aspecto más extraño e inquietante de su visita fue la antipatía que surgió entre ella y Blythe. En aquella época las mellizas tenían seis años, y recuerdo que un día Blythe se me acercó y me dijo:

—Mamá, quiero que Hanna se marche.

—¿Por qué, cariño? Hanna es mi amiga.

—No me gusta, quiero que se vaya.

—Quiero, quiero..., eso no lleva a nada. No seas tonta. Vete a correr un rato.

Un día más tarde, Hanna me dijo en confianza:

—¿Va todo bien con Blythe?

—Claro. ¿Qué ha pasado?

—Ayer estaba caminando junto al río y alguien se puso a tirarme piedras. Era Blythe. Cuando me acerqué a ella, me gritó: «¡Vete!».



LAS MELLIZAS, 1953. BLYTHE Y ANNIE.

—No es más que una niña. Y se les meten en la cabeza ideas estúpidas. Hablaré con ella.

Hanna se encogió de hombros.

—Fíjate en cómo me mira. Fíjate hoy cuando comamos. Me odia.

Me fijé, y cuando estuvimos en la mesa vi que Blythe le lanzaba a Hanna unas miradas feroces que me parecieron alarmantes. Después de comer la cogí por banda y le pregunté si le había tirado piedras a Hanna. Lo negó con vehemencia, de manera que la mandé a su habitación sin cenar.

Pero estaba preocupada. A medida que los niños crecen y se convierten en personillas pensantes, has de ser boba para negar que, al igual que el resto de la raza humana, comienzan a desarrollar una personalidad definida..., y muy poco puedes hacer al respecto. El pequeño Johnny puede ser tímido o estúpido, divertido o raro, despreocupado o cruel, artero o cándido. Desde el principio me di cuenta de que Annie y Blythe se convertían en dos personas completamente distintas. Annie era dulce y servicial: la vida era divertida y había que disfrutarla al máximo. Blythe era más inteligente, lo cogía todo al vuelo, pero tenía un estado de ánimo sombrío y destructor y una veta tozuda que era casi patológica. Cuando Hanna por fin se marchó, al cabo de diez días, fue como si en cierto modo Blythe hubiera triunfado. Parece raro decir eso de una niña de seis años, pero durante un par de días estuvo eufórica, arrogante, y se pavoneaba por la casa con un aire casi insufrible.

Le mencioné ese comportamiento a Sholto y me contestó que no había observado nada fuera de lo normal.

Las palabras de Benedicta no se me iban de la cabeza: «Tú procura mantener la puerta de la bodega cerrada con llave». En Farr teníamos una gran bodega donde guardábamos el vino y el alcohol, y todo tipo de desechos del pasado de la casa. Era el dominio de Sholto: allí almacenaba la provisión de alcohol de la casa; todos los pedidos los encargaba a Naismith & McFee Ltd, la gran tienda de comestibles de Oban. Sus camionetas verde oliva se veían regularmente en el camino de entrada de la Casa de Farr: casi les comprábamos todas nuestras provisiones. La señora Dalmire llamaba para hacer el pedido y al día siguiente aparecía una furgoneta.

Bajé a la bodega y encontré la puerta cerrada. Le pedí la llave a Peter Dalmire y me dijo que colgaba de un gancho en la sala de armas de milord. Peter me enseñó dónde estaba y me puse a explorar la bodega. En un inventario improvisado, me pareció que contábamos con una ingente cantidad de bebida: seis cajas de ginebra, diez de whisky, tanto de mezcla como de malta, por no mencionar la cerveza, el vermut, el jerez y lo demás. Conté las botellas de ginebra y de whisky, y una semana después volví a contarlas, y calculé que en esos siete días la Casa de Farr había consumido dos botellas de ginebra y cuatro de whisky. Habíamos tenido dos visitas de amigos, pero no se explicaba ese consumo. Sabía lo que yo bebía —el habitual par de copas a la hora de comer o antes de cenar—, y comprendí, casi con horror, que todo el resto lo había consumido Sholto.

Comencé a vigilarlo y observé lo a menudo que llenaba el vaso. Registré su estudio y la sala de armas cuando él no estaba, y encontré más botellas escondidas en

armarios. No obstante, en apariencia todo iba igual que siempre: era divertido, cariñoso, lo pasaba bien, estaba feliz llevando su gran propiedad con sus muchas responsabilidades. Pero resultaba evidente que bebía como un cosaco, y yo no sabía qué hacer.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Hoy he repasado mis estanterías en busca de una Biblia: en vano. Estaba segura de que tenía una vieja Biblia de cuero negro agrietado con letras de oro repujadas, pero no he encontrado ni rastro de ella. Luego se me ha ocurrido una idea: sabía dónde podía pedir prestada una.

Cogí el coche y fui hasta Achnalorn. Aparqué delante de la iglesia que hay al final de la calle mayor, St. Machar's, o la Auld Kirk de Barrandale, como se la conoce. Era un edificio sin pretensiones, con su pequeño cementerio de terreno desigual, rodeado por una tapia de pizarra con serbales que crecen entre las lápidas inclinadas. Era sencilla, como una casa rectangular, con un empinado tejado a dos aguas de gabletes escalonados y una pequeña cúpula adornada con una campana — que nunca suena— y un remate en forma de piña en lo alto, regalo de algún rico y devoto parroquiano de principios del siglo XIX. A un lado se le había añadido toscamente un sencillo porche de piedra, que parecía la entrada a un cobertizo o a una carbonera, y en la nave había cuatro vitrales que representaban escenas de la vida de San Macario. Dentro había dos hileras de bancos de madera a cada lado de un pasillo central y un altar encima de una tarima, con un pesado crucifijo de latón en medio.

El reverendo Patrick Tolland en persona estaba dando los últimos toques a los jarrones de flores que flanqueaban el crucifijo —geranios amarillos y helechos—, y aunque entré sin hacer ruido se volvió enseguida. Era un vicario joven —supongo que treinta y pocos—, y tenía el pelo largo, que le caía sobre las orejas y el cuello. Llevaba un collar de cuentas africano del que colgaba su tosca cruz de peltre. Le había visto unas cuantas veces, pero, como estaba claro que no recordaba mi nombre, me presenté y le dije que había ido con la esperanza de que me prestara una Biblia. Una King James auténtica, si era posible.

Se alejó para ir a buscar una, y mientras me la entregaba me dijo:

—Espero verla el domingo en misa, lady Farr.

Yo nunca me presentaba como lady Farr —siempre decía Amory Farr—, por lo que evidentemente sabía quién era yo.

—Me parece que no —dije.

—Pero ¿y la Biblia?

—Quería buscar una cosa. Se la devolveré mañana.

—Ah. Muy bien —dijo, y por un momento pareció un tanto decepcionado. A



continuación me acompañó solícito hasta la puerta—. Un día precioso —dijo señalando el cielo soleado, con sus nubes pasajeras—. Y Dios vio todo lo que había hecho y pensó que estaba bien.

Le di las gracias y me alejé por el sendero que llevaba a la calle principal, y al hacerlo me metí en medio de una nube de mosquitos que zumbaban. Comencé a agitar los brazos, pero pude sentir las agudas picaduras. Me volví hacia el reverendo y grité:

—¿No podría conseguir que el Señor hiciera algo con estos malditos mosquitos?

\* \* \*

Cuando las niñas tenían diez años, en 1957, las mandamos a un internado. La verdad es que nunca pregunté por qué: a mí también me habían mandado, y no me había gustado. Protesté un poco, pero Sholto insistió: no había ninguna escuela buena para ellas en Mallaig, dijo, y no podíamos permitirnos tener profesores particulares. Naturalmente, había una escuela, aunque indigna de las hijas de lord Farr. De manera egoísta, y en secreto, me dije que sería bueno para los dos estar solos de nuevo, pues las mellizas habían llegado casi al principio de nuestro matrimonio. El egoísmo es casi siempre la verdadera razón oculta por la que la gente manda a sus hijos a un internado. Me dije que simplemente era algo que uno hacía a ese nivel social. Las llevé en coche hasta Edimburgo, sintiéndome culpable, y procuré dejarlas bien instaladas en la Escuela Femenina Maxwell-Milnes. Benedicta había sido alumna.

Echaba de menos a las niñas, pero pronto comprobé que había algo más alarmante en ese cambio en nuestras circunstancias familiares: las ventajas que había esperado nunca se materializaron. Quizá porque de pronto disponía de más tiempo, y comencé a observar el declive de Sholto con más claridad. Tenía la costumbre de ir a Londres regularmente para votar en la Cámara de los Lores sobre asuntos relacionados con Escocia y los terratenientes escoceses. Era un grupo de pares escoceses que se habían organizado en una especie de lobby, y Sholto se tomaba su responsabilidad muy en serio. A veces lo acompañaba, pero casi siempre viajaba solo: cogía un coche cama en Glasgow y se quedaba a dormir en la casa de South Kensington. Regresaba tres o cuatro días después, una vez cumplidos sus deberes legislativos.

Un viernes por la tarde, mientras Sholto estaba en Londres, recibí una llamada telefónica de un reportero de la columna de William Hickey en el *Daily Express*.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunté.

—¿Tiene algún comentario que hacer acerca de los problemas de su marido, lady Farr?

—Me temo que no le entiendo.

—Lo han arrestado.

—¿Por qué?

—Ebriedad y alteración del orden público. Intentó darle una paliza a un fotógrafo.

Colgué y no contesté al teléfono cuando volvió a sonar de inmediato. Llamé a la casa de Londres, pero nadie lo cogió. Al día siguiente fui a Mallaig y compré el periódico. Había una foto de Sholto vestido de esmoquin, con la pajarita aflojada, los cabellos húmedos de sudor, enseñando los dientes como un animal, mientras intentaba arrancarle la cámara de las manos a un fotógrafo. Detrás de él, tirándole de los faldones de la chaqueta, se veía a una joven que gritaba, ataviada con un abrigo de pieles blanco y corto y un vestido que revelaba gran parte de sus pechos. Pude ver un cartel de neón detrás de él que decía: THE GOLDEN WHEEL CLUB. Y en el pie de foto se podía leer: «Lord escocés héroe de guerra arrestado».

A Sholto lo liberaron con una reprimenda después de pasar veinticuatro horas en la comisaría de Rochester Row, y volvió a casa enseguida. Por la mañana fui a recogerlo a la Estación Central de Glasgow, y regresamos a casa en medio de cierta tensión. Se mostró avergonzado y arrepentido, explicó que había bebido demasiado y se había ido con unos amigos a ese club a jugar. Había por allí una estrella de cine, dijo, lo que explicaba por qué merodeaban los fotógrafos de la prensa. Estaba borracho y confesó que había perdido los nervios.

—Sé que fui un estúpido, cariño —dijo—. No volverá a ocurrir.

—¿Quién era esa chica que estaba contigo?

—¿Qué? Oh, alguna putilla de Mayfair que intentaba ligar conmigo.

Quise añadir que por qué salía en la foto gritando y tirando de él: lo normal era que las putillas intentaran escabullirse.

—Bueno, pues eres la comidilla del barrio —dije—. Como puedes imaginar, es imposible conseguir un ejemplar del *Daily Express* en kilómetros a la redonda.

—Se les olvidará. Ya saben que los Farr son bastante alocados. Ya lo han visto antes.

—Sí, en el siglo XVI.

No quiso seguir hablando de ello, pero percibí el escozor de su vergüenza, por muy a la ligera que hubiera querido tomárselo.

Aquella noche, estábamos bebiendo una copa antes de cenar en la pequeña salita del primer piso.

—¿Qué ocurre, Sholto? —dije en un tono razonable, sin agresividad—. ¿Qué ocurrió en Londres? ¿Qué ocurre en Londres?

—Nada. Bebí demasiado, ya te lo he dicho.

—Bebes demasiado cada noche de la semana. Me refiero a qué ocurre con nosotros.

—No te entiendo.

—Contigo, conmigo, con las niñas. La familia, la propiedad. Las mensualidades de la escuela, la Casa de Farr. El personal. Todo.

Se puso en pie y arqueó la espalda, y con las manos se apretó la columna vertebral, como si sintiera un agudo dolor lumbar. Se acercó a la mesa de las bebidas,

inevitablemente, y se sirvió un whisky cuádruple.

—Bebo tanto como mi padre —dijo con aire huraño.

—¿Qué clase de justificación es esa? Murió cuando tenías veintitrés años. Y no has contestado mi pregunta.

—Tenemos un pequeño problema —dijo—. Pequeño. Quizá nos toque vender un par de granjas más.

Seguí con mi amable interrogatorio y descubrí que aquella noche Sholto había perdido casi diez mil libras al bacará en el casino de Mayfair. No había ninguna estrella de cine presente. La rutina habitual del casino era dar la alerta a la prensa cuando alguien que había perdido mucho abandonaba el local: la inoportuna publicidad, las caras cegadas por los flashes tenían el efecto de recordarle a todo el mundo, sobre todo a los que perdían, cuáles eran sus responsabilidades fiscales.

Aun así, lo peor estaba por llegar. Mi interrogatorio abrió la puerta a las esporádicas sesiones de juego de Sholto. Intentó limitarlas a sus viajes a Londres, pero posteriores investigaciones descubrieron que un contable de Glasgow poseía pagarés de sus apuestas de los caballos. Sholto le debía cerca de ocho mil libras. Desde cualquier punto de vista, eran enormes sumas.

Mis peores sospechas se confirmaron cuando fui a la oficina de Naismith & McFee, en Oban. Yo disponía de un talonario de cheques, pero no me esperaba una línea de crédito que recientemente había superado la marca de las mil libras. «Agradeceríamos que pagara lo antes posible, lady Farr», me solicitó el señor Naismith en persona, en su oficina, con una afable sonrisa y una inclinación de cabeza que no conseguían disimular su angustia. Le extendí un cheque y al día siguiente fui a ver a nuestro banquero de Edimburgo, el señor Fairbairn Dodd, director general de Carntyne Petre & Co.

Fairbairn Dodd era un hombre rollizo, sonriente, inteligente y con el pelo completamente blanco, un hecho que contribuía a su aureola espuria de benevolencia desinteresada. Se mostró en extremo cortés, pidió que me trajeran un té, y me hizo un resumen de cómo había evolucionado la administración de la Casa de Farr en manos de Sholto desde que heredó las propiedades a la muerte de su padre, en 1929. Resultó que solo quedaban dos granjas, que proporcionaban una renta de ochocientas libras al año. Aún conservábamos varios miles de hectáreas de tierra, pero era suelo no agrícola y menos valioso: pantanos, páramo y montaña. Todavía disponíamos de unas cuantas casas en la zona de Oban-Mallaig, pero la renta que aportaban era insignificante. Las propiedades de Glasgow y Edimburgo se habían vendido casi por completo, y la casa londinense de South Kensington contaba ahora con una segunda hipoteca. El descubierto que teníamos con Carntyne Petre en aquel momento era de veintitrés mil libras.

—O sea, que estamos en la bancarrota —dije.

—Todavía poseen la Casa de Farr y su contenido, y varios miles de hectáreas de campiña escocesa. Son activos considerables.

—¿Qué deberíamos hacer, señor Dodd?

—En primer lugar, lord Farr debería dejar de tirar el dinero con este desenfreno. A continuación, quizá, vender los retratos de Raeburn y la colección de porcelana del décimo barón. Vender la casa de Londres —sonrió—. Nos podemos encargar de todo con mucha discreción. Alquilar el coto de caza de los urogallos a algún rico cazador inglés. Agosto y septiembre: es un coto de mil quinientos pares de urogallos. Un auténtico activo —se quedó pensando—. Y seguramente lord Farr podría ser un activo en las juntas directivas de algunas empresas... Defensa, whisky, turismo. Déjeme estudiarlo. Todo está cambiando, lady Farr. Su marido tiene un nombre y una reputación a los que puede sacar partido.

—En otras palabras, conseguir un trabajo.

—Es una opción que vale la pena considerar.

Regresé a Farr y le expuse los hechos a Sholto tal como me los había expuesto Fairbairn Dodd. Sholto pareció recapacitar mientras yo le enumeraba los terribles detalles de sus enormes deudas.

—Tienes que dejar de beber, cariño.

—Beberé menos, te lo prometo.

Y un mes más tarde tuvo un ataque al corazón. De nuevo estaba en Londres, en el vestíbulo de su club, el Brydges. No fue grave, y a la semana había salido del hospital, provisto de un montón de frascos de pastillas. Fui con él a ver a Jock Edie, y me negué a salir de la consulta cuando Sholto me lo pidió.

Jock tenía copias de las radiografías de Sholto.

—Bueno, la mala noticia es que tienes que dejar de beber y fumar. Para siempre —dijo Jock en tono afable—. Y la buena noticia es que si haces lo que te digo, conseguirás ver cómo se casan tus hijas e incluso mecer a tus nietos sobre tus rodillas.

—¿Así que esa es la buena noticia? —dijo Sholto, con una voz baja y monótona—. Supongo que crees que también debería ver a un psiquiatra.

—Solo si quieres. Para que un psiquiatra te sea útil has de desear su ayuda.

—Desde luego nos lo podemos pensar —dije intentando ser positiva.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

En Barrandale, el final de septiembre equivale a la desaparición de los mosquitos. Esas nubes borrosas de insectos que te picotean son la pesadilla de los veranos escoceses. Para celebrar su ausencia me llevé a Flam a dar un paseo, y no nos picaron ni una vez. Rodeamos el cabo del borde occidental de la bahía, y me sorprendió ver un Land Rover aparcado junto a la casa en ruinas. Había un joven sacando fotos y midiendo las habitaciones con una cinta métrica. Me dijo que era agrimensor.

—Alguien está interesado en comprarla —me confió—. Quiere poner un tejado nuevo y reconstruirla del todo.

Le pregunté quién era, aunque no me lo dijo.

Regresé a casa con la mente llena de cavilaciones, de suposiciones. Esa nueva persona sería mi vecino más próximo, pero estaría a más de dos kilómetros de distancia y yo no lo vería. Tampoco podía quejarme. Sin embargo, me dije que pensaba averiguar quién era, y lo conseguiría formulando las preguntas idóneas aquí y allá. En Barrandale era difícil mantener un secreto.

\* \* \*

Después del hospital, Sholto salió completamente transformado, físicamente delgado y débil; no tenía muy buen aspecto: la cara encarnada de un modo extraño, su fino bigote hirsuto había perdido su lustre, volviéndose seco y quebradizo. Era como si el *memento mori* que había recibido —el ataque al corazón— le hubiera sorprendido enormemente. Sholto Farr, el hombre invencible, barón y héroe de guerra, comando, había recibido un serio golpe.

Sholto siguió las órdenes del médico, aunque a su manera. Redujo los cigarrillos a dos cajetillas al día en lugar de tres. Solo bebía whisky por la noche, y para comer se contentaba con un vaso de cerveza. O eso decía. Yo no paraba de encontrar botellas aquí y allá, ocultas por la casa. Encontré una petaca medio llena de ginebra en su chaqueta de pescador. Escondía botellas en la tapia del jardín, y desde la sala de estar le veía desenterrarlas y dar unos cuantos sorbos a hurtadillas, y a continuación fingía inspeccionar las rosas.

Pero recuperamos nuestra solvencia, más o menos. Discretamente vendimos los cuadros de Raeburn a la Galería Nacional Escocesa —retratos dobles del séptimo barón de Farr y su mujer, lady Zepherina—, y la colección de porcelana del abuelo de Sholto. También nos deshicimos de la casa de Londres, y una agrupación de caza alquiló el coto de urogallos de Beinn Lurig durante tres años. El descuberto que teníamos con Carntyne Petre & Co. se redujo a dos mil libras. Sholto pasó a formar parte de la junta directiva de las Destilerías Glen Fleshan Ltd por un generoso estipendio anual. Un fideicomiso siguió pagando las mensualidades de la escuela de las niñas, y sorprendentemente pudimos prolongar —más o menos— el estilo de vida al que estábamos acostumbrados con las rentas que nos quedaban y el dividendo que de vez en cuando nos llegaba de nuestras acciones y bonos.

No obstante, de manera lenta pero implacable, la casa entró en decadencia. Del personal que teníamos, solo conservamos a los Dalmire. Comencé a hacer labores domésticas. Despedimos a un guardabosques y a un guarda forestal y alquilamos sus casas a los turistas en verano.

Y a medida que la casa se volvía más lúgubre y húmeda, e íbamos vendiendo más muebles en subastas para pagar las facturas (conseguimos unas asombrosas mil libras

de un armarito chino lacado), Sholto parecía acompañarla en su declive. Teníamos unas broncas a grito pelado, o mejor dicho, yo le gritaba mientras él permanecía sentado en su butaca, con un cigarrillo en una mano y un vaso de whisky en la otra, la cabeza gacha, como un anciano prematuro castigado por la arpía de su esposa.

Recuerdo que estaba pasando la aspiradora por nuestro dormitorio cuando oí un disparo dentro de la casa, en la planta principal. Bajé corriendo las escaleras y oí más disparos —de escopeta— procedentes de la sala de armas de Sholto. El pánico que sentí al pensar que se había suicidado dio paso a la irritación: Sholto disparaba a los conejos del jardín desde la ventana. Abrí la puerta de golpe y lo vi sentado detrás de su escritorio apuntando a algo que estaba en la cornisa del edificio. Disparó y yo reculé tambaleándome cuando el estallido de pólvora impactó en el techo.

—¡Le di! —gritó.

—¡Qué estás haciendo, chalado! —le chillé.

La señora Dalmire apareció en la puerta.

—Una puta mosca —dijo Sholto—. No paraba de dar vueltas, me volvía loco.

Abrió la escopeta, sacó los cartuchos gastados y se puso en pie, apoyándose con una mano en el escritorio. Estaba borracho como una cuba.

—No hace falta que armen tanto alboroto, señoras —dijo, y luego cayó de rodillas y vomitó encima del parqué.

Recuerdo que una noche se me acercaron Annie y Blythe mientras yo miraba la televisión en la sala de atrás.

—¿Qué le pasa a papá? —dijo Annie con aire alarmado.

—No le pasa nada.

—Si no le pasa nada, ¿por qué está echado en calzoncillos en el césped de delante? —dijo Blythe sin inmutarse.

Recuerdo que fui a Glasgow a ver a Jock Edie para pedirle consejo.

—Es muy sencillo —dijo Jock—. Y se lo he dicho a la cara. Si no deja de beber y de fumar, se morirá. Muy pronto, lamento decir.

—¿Y por qué se hace esto, a él y a nosotros?

Jock juntó suavemente las puntas de los dedos varias veces mientras se lo pensaba.

—Creo que es por algo que ocurrió en la guerra. Al final, en el 45.

—Nunca habla de ello. Se niega.

—Fue algo que le oí mencionar a Frank Dunn, de pasada. «La masacre de Sholto», es lo que dijo. Un comentario casual. Deberías preguntarle a Frank.

Recuerdo que de hecho se lo pregunté al propio Sholto. Era de noche, bastante tarde, y estábamos en la sala de la televisión. Se había tomado un par de whiskies grandes, y, como el agudo observador que había sido, estaba comentando algo de las

noticias: la invasión de bahía de Cochinos; la guerra estaba en el aire y parecía el momento, la excusa perfecta. El fuego permanecía encendido y la sala caldeada, las cortinas corridas. Encendí un cigarrillo e hice acopio de valor.

—¿Qué ocurrió en la guerra, cariño? ¿Qué te pasó?

La cuestión le pilló desprevenido. Parpadeó como si se pensara la respuesta, y optó por tomárselo a la ligera.

—Muchas cosas. A partir de 1942 no paré ni un momento.

—¿Fue algo que te ocurrió en Wesel? ¿Cuándo nos conocimos?

El nombre de Wesel pareció sobresaltarle, físicamente.

—Oh, Wesel. Jesús. Sí, eso fue... —buscó las palabras—. Una puta pesadilla.

Me acordé de cuando me lo encontré, acompañado de sus hombres, sentados en silencio en torno al quiosco de música hecho trizas; me acordé de sus caras sucias, ojeras y demacradas.

—¿Ocurrió algo, entonces? —insistí suavemente—. En Wesel. Marzo de 1945.

—Oh, Dios, ¿qué ocurrió?... Ah, sí. Eso es. Maté a docenas de personas. Mucha gente.

—¿Personas?

—Soldados. Bueno, ni siquiera eran soldados —se le deformó la cara y le temblaron los labios—. Eran niños.

Y ya no dijo nada más.

Recuerdo que Annie, en las siguientes vacaciones escolares, bajó a buscarme y me dijo que subiera rápidamente, que algo le pasaba a papá. Le contesté que se marchara, subí las escaleras y entré en silencio en nuestro dormitorio. Sholto estaba sentado en la cama en pijama, y miraba por la ventana que daba a Glen Crossan, llorando.

—¿Qué ocurre, amor mío? —dije en voz baja, mientras me sentaba a su lado y le rodeaba los hombros con un brazo.

—Quiero morir —susurró—. ¿Por qué tarda tanto?

El deseo de Sholto se cumplió con su segundo y fatal ataque al corazón, en septiembre de 1961. La señora Dalmire lo encontró inconsciente en el suelo de la sala de armas. Llamamos a una ambulancia que se lo llevó a toda velocidad al hospital de Oban, y cuando ya no pudieron revivirlo lo trasladaron a la Royal Infirmary de Glasgow donde, justo antes de la medianoche, se le declaró muerto. Tenía cincuenta y cinco años.

### 3. Consecuencias

El señor de Farr, Andrew Farr (soltero) se convirtió en el decimotercer barón Farr de Glencrossan. Y Benedicta, lady Farr, se convirtió en una mezcla de cardenal Richelieu, Jezabel y duquesa de Malfi. Otro error: Sholto había muerto sin cambiar el testamento, y el que existía era el que había redactado tras el nacimiento de Andrew. No había añadido ningún codicilo referente a mí, Annie y Blythe. Y así mis problemas comenzaron de nuevo.

El desorden de las finanzas de los Farr provocó la consternación inmediata. Dos semanas después del funeral de Sholto, me convocaron a una reunión en casa de Benedicta, en Crossan Bridge. Andrew estaba presente, y también el señor Archibald Strathray, el abogado de la familia, y el señor Fairbairn Dodd, de Carntyne Petre & Co. Sirvieron el té; yo pedí un whisky con soda.

Benedicta no perdió tiempo a la hora de repartir las culpas. ¿Qué había ocurrido exactamente en los quince años que llevaba casada con Sholto? ¿Cómo era posible que una propiedad tan próspera hubiera acabado en la miseria? Sugerí que Fairbairn Dodd le confirmara a Benedicta lo que me había dicho una vez, a saber: que Sholto había dilapidado en el juego decenas de miles de libras sin que yo lo supiera, y que había ido vendiendo las propiedades para intentar ocultar su adicción.

—¿Adicción? —se burló Benedicta—. Eso es absurdo.

—Señor Dodd, por favor.

—Sí, yo conocía el problema, lady Farr —le dijo a Benedicta.

Se sentía incómodo, pero no podía hacer nada. A continuación Benedicta y Andrew (este apenas asintiendo y farfullando su consentimiento mientras su madre hablaba) expusieron sus planes. Yo tenía que abandonar la Casa de Farr: el testamento era explícito, Andrew iba a heredarlo todo. Me quedé allí sentada y escuché con detenimiento cómo trazaban mi nuevo futuro, sintiendo dolor por la pérdida de Sholto y al mismo tiempo una creciente cólera ante su imprevisión. Todo podría haber sido mucho más sencillo: otro maldito error, me dije mientras comenzábamos a discutir por los despojos. Benedicta estaba especialmente indignada por la venta de los Raeburn —«¡Nuestra herencia, desaparecida para siempre!»— y la casa de South Kensington (sus vacaciones en la capital echadas a perder). Cada vez que me reprendía, yo me volvía hacia el señor Dodd, el cual me daba su apoyo con una voz tensa.

—Lady Farr no tenía alternativa —le dijo a lady Farr.

—De hecho, señor Dodd —intervine—, vendí los Raeburn siguiendo su consejo.

—Creo que así fue.

Nos separamos sin haber resuelto nada. Mientras recogíamos nuestros abrigos en el vestíbulo, Archibald Strathray se volvió hacia mí y en voz baja me recomendó que me buscara un abogado, y deprisa. Yo tenía aliados entre los funcionarios.

Así que le pregunté a Jock Edie si conocía a alguien feroz, inflexible y no



demasiado caro, y me recomendó a un paciente suyo, un joven abogado de Glasgow llamado Joe Dunraven. Concertamos una cita. Joe Dunraven era un hombre menudo, rubio y guapo con un inconfundible acento de Glasgow, y enseguida descubrí que todo aquel a quien considerara indolente y socialmente privilegiado despertaba su cólera. Creo que yo eludí su censura tan solo porque se dio cuenta de que estaba arruinada y la familia me perseguía. Al cabo de cinco minutos de conversación le solicité que me representara, y, para mi sorpresa, accedió de inmediato. La verdad es que no era barato, pero Dido se ofreció a pagar sus honorarios. Estaba impaciente por que tuviera lugar su inminente encuentro con Benedicta, lady Farr. Le dije lo que quería, por una cuestión de supervivencia básica: primero, un lugar donde vivir, ahora que me expulsaban de la Casa de Farr, mi residencia durante quince años. Estaba claro que no iba a ser bien recibida en la propiedad de Glen Crossan; quería que pagaran la escuela de mis hijas, y recibir una renta básica hasta que terminara su educación.

—Creo que podemos conseguir algo más que eso, Amory —dijo con una sonrisa confiada. Lo había invitado a llamarme Amory después de que él insistiera en que yo lo llamara Joe. Ahora nos relacionábamos en términos de igualdad.

No asistí a la siguiente reunión en Crossan Bridge, y dejé que mi vehemente representante defendiera mi caso. Cuando todo acabó, vino a casa, sin poder reprimir una sonrisa, y nos tomamos un generoso whisky y fumamos un cigarrillo para celebrar lo que había obtenido de los Farr.

Me iban a dejar elegir entre tres «residencias» gratuitas propiedad de la familia, y la que yo escogiera sería mía «a perpetuidad». El fideicomiso que pagaba la escuela de las niñas continuaría, y cada una recibiría una bonificación de mil libras el día que cumplieran veintiún años. A mí se me garantizaba una renta personal de quinientas libras anuales durante los próximos diez años. El *quid pro quo* consistía en que mi familia y yo no podríamos reclamar nada más de la propiedad.

Me declaré conforme y estreché afectuosamente la mano de Joe Dunraven, y a continuación, de manera espontánea, lo besé en la mejilla, tal fue mi alivio. Eso le animó a invitarme a cenar, pero le puse una excusa: todavía estaba de luto, y no era una buena compañía. Aun así, me quedé un tanto sorprendida: creo que Joe Dunraven había adquirido un repentino interés por la aristocracia escocesa, aunque yo fuera un miembro espurio del clan.

Estudí las tres propiedades que me ofrecían y escogí la menos valiosa, una casita en la isla de Barrandale. Las otras dos eran una casa adosada en Mallaig y un gran bungalow en Newton Mearns, Glasgow, que me demostraron que Sholto no había conseguido agotar la herencia de los Farr, y me pregunté qué otras propiedades tendrían escondidas. Pero no me importaba. En cuanto hube visto la casa, no fue una decisión difícil. Aun cuando Barrandale apenas era una isla, quedaba simbólicamente separada del resto, y me gustaba la idea de vivir en una casa aislada, aunque estuviera un tanto decrepita, con su propia bahía y una magnífica vista del océano Atlántico.

Las niñas estuvieron de acuerdo al instante, y muy entusiasmadas. Era el perfecto contraste y antídoto a la Casa de Farr, un lugar al que nunca volví.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Después de todos estos años, todavía sueño con Sholto. Su muerte me causó un efecto terrible y devastador, aun cuando supiera que no podía demorarse mucho; pero al mismo tiempo tampoco podía negar que él la deseaba ardientemente, ¿y quién era yo para exigirle que prolongara el infinito tormento que, a todas luces, era su existencia? Sholto quería morir más que ninguna otra cosa, y yo me alegré por él. No lloré en su funeral, concentrada en esta idea y pensando: «Eres libre, Sholto, todos tus problemas han terminado. Seguiremos al pie del cañón sin ti, pero tú ahora formas parte de la historia trascendental del universo. Polvo al polvo, átomos a los átomos». Mientras escuchaba los panegíricos y cantábamos los himnos, comprendí que Sholto había disfrutado muy poco de la vida aquellos últimos años: ni yo, ni sus hijas, ni su casa, ni sus tierras, ni su patrimonio le habíamos importado gran cosa. Y si eso es lo único que te provoca la vida, si esta no te ofrece el más mínimo consuelo, si no saboreas nada, ni siquiera lo más insignificante que el planeta y tus semejantes te pueden ofrecer, entonces mi opinión es que no tiene sentido continuar. Como me dijo una vez Charbonneau: es el momento de tomarte la pastilla de cianuro.

Pero también me quedó claro que los terribles hechos ocurridos en Wesel en 1945, fuesen los que fuesen, habían acabado dominando sus pensamientos, de manera lenta pero inexorable, y habían comenzado a definir el tipo de persona que era Sholto; eso era lo que le había impulsado a beber tanto, lo que explicaba por qué se había vuelto tan indiferente, en todos los sentidos de la palabra, por qué había perdido su amor por las cosas. No había dejado de ser el soldado valiente de antaño, y eso le impedía volarse los sesos o matarse con pastillas, por lo que lo hacía con los demás medios que tenía a mano: el alcohol, el tabaco, los medicamentos, el no cuidarse. Su muerte me provocó una enorme tristeza, pero también —¿resulta escandaloso admitirlo?— un inmenso alivio y una cierta felicidad por él, ahora que se había librado de sí mismo, del mundo y sus cargas.

Todo esto no se lo conté a Annie y a Blythe, que al principio quedaron destrozadas, abatidas, perplejas, aunque se recuperaron rápidamente, tal como ocurre con los jóvenes, que prefieren mirar hacia el futuro. «Pobre papá —dijeron las dos—. ¿Por qué no se cuidó más? ¿No se daba cuenta de lo que se estaba haciendo?». Hablamos mucho, las tres, y aludí a su sombría infelicidad, a algo que le había ocurrido en la guerra y que lo había trastornado un poco, y las dos dijeron que lo comprendían y me aportaron más anécdotas del extraño comportamiento de Sholto que habían presenciado y no me habían contado.

En cuanto nuestra nueva casa estuvo preparada, nos marchamos de la Casa de Farr, sin lamentarlo demasiado. Le compré un labrador, Flim, a un criador de perros de Oban, y comenzó nuestra nueva vida.



FLIM, BARRANDALE, 1962.

\* \* \*

Viajé hasta Inglaterra, a Hereford, para encontrarme con Frank Dunn. No había podido asistir al funeral, pero Aldous King-Marley (que me había dado la dirección) me dijo cómo ponerme en contacto con él.

En 1945, durante el ataque de la Brigada de Comandos a Wesel, Frank Dunn tenía veinte años y era alférez. Ahora, a los treinta y siete, seguía en el ejército, y era comandante en el 22.º Regimiento de las Fuerzas Especiales. Estaba casado y tenía dos hijos, y mantenía su aspecto enjuto y muy en forma que recordaba el de Sholto justo después de la guerra. No era de esos hombres panzudos y carrilludos asiduos de la taberna de oficiales: Frank Dunn no había dejado de tomarse en serio su papel de militar, eso era evidente.

Salimos de su casa y fuimos hasta un pub que había calle abajo para poder hablar sin que nos interrumpieran sus hijos. Hablamos de Sholto, con franqueza, y Frank admitió que el hombre en que se había convertido al final de su vida era una pálida sombra de su antiguo comandante en jefe.

—¿Qué ocurrió en Wesel? —le pregunté—. Sholto nunca me lo contó.

—Bueno, yo no estuve allí toda la noche —dijo Frank—. Un fragmento de

metralla me había alcanzado en el tobillo, y tuvieron que vendarme en un hospital de campaña, por lo que me perdí gran parte de lo ocurrido, aunque luego me lo contaron, naturalmente. De hecho, todo el mundo lo sabía, pero nadie quería hablar de ello.

Frank me contó lo que había sucedido aquella noche, utilizando nuestras gafas, el cenicero y las cajetillas de tabaco para conformar la geografía de la población de manera inteligible. Poco después de la medianoche del 23 de marzo, el avance del Comando 15, que reducía y despejaba los núcleos de resistencia que habían sobrevivido al bombardeo masivo, se vio detenido por un fuego vivo procedente de un edificio en concreto, una antigua oficina de correos, que dominaba una encrucijada. El edificio tenía una gran bodega, y a ras de calle había unas ventanas bajas, empotradas y provistas de barrotes con gruesos parteluces hacia la acera en la pesada piedra rusticada de la planta baja, lo que ofrecía una excelente protección y permitía perfectas posiciones de fuego en las calles que convergían en el cruce.

—Estábamos teniendo bajas. Aquello era como un búnker. La parte de arriba del edificio se había hundido, pero la planta baja tenía unos muros sólidos y gruesos, y esas troneras les permitían dispararnos desde todos los ángulos. Metralletas, *Panzerfausts*, *Panzerschrecks*... como bazucas, sabes. Entonces alguien divisó una pequeña entrada trasera en la calle siguiente.

Dijo que Sholto tomó la decisión de liderar una sección, y que vieron que si podían volar la puerta, tenían la posibilidad de entrar en la bodega.

—Y eso fue lo que hicieron. Volaron la puerta —dijo Frank—. Sholto tenía una bolsa llena de granadas y las fue arrojando, una tras otra. Bum-bum-bum. Se ametrallaba a cualquiera que intentase salir. Entonces una de las granadas debió de impactar contra una provisión de municiones, y todo el lugar se vino abajo. Todo quedó en silencio.

»Luego —añadió Frank en tono grave—, Sholto entra el primero, y le sigue David Farquhar. Casi todo el mundo está muerto, volado en pedazos, asfixiado, de todo. Por todas partes hay un denso humo. Unos cuantos heridos gritan y lloran —puso cara ceñuda—. El problema fue que, en cuanto se disipó el humo, vimos que todos eran miembros de las Juventudes Hitlerianas, adolescentes de catorce o quince años... o incluso más jóvenes. Había un par de oficiales más veteranos, pero básicamente habíamos combatido contra críos, muchachos. Y Sholto los había matado a todos él solo. Eso nunca pudo olvidarlo.

Frank siguió contándome que cuando llegó cojeando, media hora más tarde, la batalla de la oficina de correos había terminado, habían sacado los cadáveres a la calle y los habían dispuesto en hileras.

—Había más o menos unos treinta en total —dijo—. Todo aquello nos afectó mucho, no había manera de apartar la mirada, de dejar de ver a aquellos muchachos muertos. No había sido justo, sabes, pedir a aquellos niños que lucharan contra nosotros. No habían tenido la menor oportunidad.

Me acordé de aquella mañana, el quiosco de música en aquel parque en ruinas, y

del sobrecogedor silencio de los comandos, que todavía asimilaban lo que acababan de ver y hacer.

—Existe una diferencia entre un soldado joven y un muchacho —dijo Frank—. Casi todos los soldados son muy jóvenes, pero esos eran de las Juventudes Hitlerianas. Lo que quiero decir es que yo solo tenía veinte años, por amor de Dios. Pero era un hombre, excepcionalmente bien adiestrado en mi trabajo. Aquellos chavales deberían haber estado en la escuela, o en casa con su padre y su madre. Y entonces pudimos ver que aquello había afectado muchísimo a Sholto. Creo que fue porque él era quien había arrojado todas aquellas granadas. Todos dijimos: ¿cómo íbamos a saberlo? Nos estaban disparando, nos mataban y nos herían. Por lo que a nosotros respecta, era como si se tratara de tropas de asalto de las SS. Pero aquello le impresionó mucho... y a mí también. Ahora pienso que no deberíamos haber sacado los cadáveres del sótano, ni alinearlos en la calle de aquella manera. Deberíamos haberlos dejado en el sótano y seguir adelante. Muchos de nuestros hombres quedaron muy conmovidos cuando vieron a los jóvenes que...

Su voz se apagó y terminó su gin tonic. En ese momento, al evocar el pasado, también le vi triste y conmovido.

—Creo que necesito otro de estos, y grande —dijo. Repliqué que yo también.

## 4. «Scotia!»

—Todos preparados. ¡Una gran sonrisa! ¡Decid «Sííí»!

El grupo se puso tenso, comprobó sus posiciones, dibujó una sonrisa forzada y saqué la foto. Eran unas veinte personas alineadas en dos filas: el novio y la novia en el centro, delante de la entrada de la vieja parroquia de Peebles, en el valle del Tweed. Saqué dos fotos más de propina y dejé que los invitados a la boda se dispersaran hacia la recepción del hotel Tontine, a unos cien metros de distancia.

Recogí la cámara y el trípode y los trasladé hacia donde tenía aparcado el Imp. Sentí el peso de la depresión habitual, pero no le hice caso. No, Amory. Basta. No estaba fotografiando animales domésticos, pero casi. Y sin embargo, tenía un trabajo, ganaba dinero. No tenía derecho a quejarme ni a sentirme afligida.

Trabajaba para una revista mensual ilustrada llamada *Scotia!* Rivalizaba con revistas parecidas, como *Scottish Field*, *Caledonia*, *Scotland Today*, *Bonny Scotland* y otras similares, cuyo menú periodístico habitual lo componían las tradiciones estacionales de nuestro pequeño país: la caza, la pesca («Caña, carrete y sedal»), el acecho, las ferias de caza, las ferias agrícolas («Noticias agrarias»), la robusta moda para la vida al aire libre, los coches, y —ahí es donde entraba yo— la vida social. Bodas, bailes («Cómo llevar un fajín»), bautizos, encuentros en las tierras altas, torneos, desfiles militares, funerales, etcétera, todo lo cubría *Scotia!*, con todos los matices y estilo artístico reservados para las fotografías de equipo de los clubs de rugby, fútbol, golf y *cricket*. La gente se ponía en hilera y yo los iba fotografiando. Si se trataba de una pareja, lo mismo. Por lo general todos ellos pedían luego una copia de dichas fotografías, lo que proporcionaba un importante flujo de ingresos para la revista. No había que tomárselo a la ligera, eso me decía regularmente el editor.

*Scotia!* la editaba un cliente de Joe Dunraven, que me había conseguido el empleo como favor en cuanto se enteró de que yo había sido fotógrafa profesional. Su cliente, Hughie Anstruther, estuvo contentísimo de aceptarme, teniendo en cuenta mi experiencia (y mi título), aunque enseguida me aconsejó: «No se haga ilusiones, lady Farr, esto no es *American Mode*». No me las hice.



EL MUNDO DE SCOTIA! © SCOTIA MEDIA ENTERPRISES LTD, 1964.

Hughie Anstruther era un hombre pulcro, cáustico y vanidoso que amontonaba una cortinilla de pelo sobre su cabeza calva en un elaborado peinado, como si fuera un mantelito individual o una cuerda de cáñamo, y era ajeno al efecto humorístico que producía su apariencia, por lo demás respetable. Pero acabé apreciándolo, a él y al trabajo que me proporcionó para complementar mi asignación procedente del acuerdo con los Farr. Yo no era pobre, pero tenía que administrarme con cuidado. Disponía de una casa en la que vivir, aunque desde luego no era un palacio. Sin embargo lo que me sorprendió fue que, sin darme cuenta, había vuelto al punto de partida. Cuando era joven y pobre, en los años veinte, había comenzado tomando fotos de sociedad con Greville para llegar a fin de mes, y ahí estaba, décadas más tarde, en mi mediana edad e igual de pobretona, haciendo exactamente lo mismo.

Después del torbellino de mis últimos años con Sholto, empezaba a tener la impresión de haber entrado en una suerte de limbo. La casa era de lo más confortable, aunque un tanto básica; las chicas estaban a punto de dejar la escuela; yo era relativamente solvente y tenía una casa relativamente cómoda, me sentía bastante segura y tenía trabajo, más o menos. No podía quejarme. Pero ¿era feliz?

Me había integrado, en la medida que podía conseguirlo cualquier recién llegado, en la pequeña pero diversa comunidad isleña de Barrandale. Había encontrado nuevos amigos, con la ventaja de que, al ser nuevos, podía contarles cuanto quisiera, mucho o poco, de mi pasado. Nunca me presentaba como la viuda de Sholto, lady Farr. Era simplemente la señora Farr, o Amory, para la gente con la que trataba o que consideraba mis nuevas amistades.

Yo no había buscado ese trabajo en *Scotia!* Había sido Joe Dunraven —quien, de hecho, sabía demasiado de mí— el que me había recomendado a Hughie, y este, creyendo que mi vinculación con los Farr le abriría más puertas, me había contratado enseguida. El trabajo no era nada exigente: en cuanto volvía a casa después de cualquier boda, sesión de música tradicional o funeral, revelaba la película, imprimía unos contactos, anotaba en ellos los nombres para llenar los pies de foto y los mandaba con los rollos de película a la oficina de Glasgow. Y al mes siguiente aparecía la prueba de mi trabajo en las «páginas sociales». Lo único que me consolaba era la idea de haber insistido en que mi nombre no figurara junto a las fotos y el hecho de que —por así decir— seguía siendo fotógrafa profesional.

Recuerdo que a los catorce Blythe dijo que quería una guitarra para su cumpleaños, y le compré una. Resultó que tenía dotes para la música —Dido estaba encantada— y asistía a clases de piano en la escuela. Una noche en que ella y Annie estaban en casa de vacaciones, le pedí que tocara algo. Me cantó una canción que había escrito, una versión en una tristona clave menor de la canción folclórica «Bobbie Shafto». La cantó con voz ronca pero auténtica mientras Annie y yo permanecíamos sentadas delante de ella, Annie a mis pies, en el suelo, y Blythe en un taburete ante el fuego, con su enorme guitarra en equilibrio sobre la rodilla.

Bonny Sholto se marchó  
y ya nunca regresó.  
Donde esté, allí se quedó,  
Papi Bonny Sholto.

La canción continuaba —«Bonny Sholto se fue a la guerra»—, pero a la mitad de la segunda estrofa las tres ya estábamos sollozando, y tuvimos que parar y abrazarnos. Fue un momento de auténtica catarsis para todas nosotras, y también comprendí lo mucho que las niñas sentían la pérdida de su padre. No era solo mi dolor; la difícil y complicada vida de Sholto Farr no había sido solo mi problema; el



daño no se había limitado a mí.

Recuerdo que las tres nos fuimos de vacaciones a Italia para ver cómo le iba a Greville con su nueva vida. Desde que *GPW* lo destinó allí en 1944, creo que no había recibido ni una foto de él. Pero de algún modo, en sus parsimoniosos viajes mientras seguía —a cautelosa distancia— a la 110.<sup>a</sup> División de Infantería en su avance por el norte de Italia, había contratado de traductor a un joven artista que se llamaba Gianluca Furlan. Gianluca había heredado una casa pequeña, pero encantadora, en las colinas que quedaban detrás de Viareggio, al norte de la Toscana. Después de la guerra, Greville se fue a vivir con él. Él sacaba fotos; Gianluca pintaba el paisaje de la Toscana. Parecían completamente felices, y Greville juraba que me lo debía todo a mí.



LAS MELLIZAS Y YO. VIAREGGIO, 1965.

Pasamos dos semanas con ellos en 1965. Las chicas acababan de superar su examen de Bachillerato. Era julio, y cada dos días más o menos cogíamos el coche y bajábamos a la ancha playa de Viareggio y pasábamos un día junto al mar. Greville nos sacó una foto a las tres. Las tres Farr, nos llamaba.

Recuerdo que compré un libro, una historia militar divulgativa sobre los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial titulado *Desperate Endgame: British Armies in the Final Year, 1944-1945*. Había un par de páginas dedicadas a la batalla de Wesel durante la Operación Saqueo. Lo único que mencionaba relacionado con Sholto era lo

siguiente:

El Comando 15, a las órdenes del teniente coronel lord Farr, encontró una férrea resistencia en un cruce situado al este del centro de la población. Tardaron unas cuantas horas en despejar aquella posición fortificada. Al amanecer, el Comando 15 se reunió en un pequeño parque, donde descubrieron que entre sus bajas se contaban seis muertos y catorce heridos. El asalto a Wesel fue una acción ejemplar del Comando: en la feroz lucha calle por calle demostraron su valía.

Sin comentarios.

Recuerdo que en una ocasión las chicas y yo estábamos de pícnic al pie de Beinn Morr, un día ventoso y soleado en que la hierba blanqueada se doblaba al empuje de la brisa, y Blythe, que estaba sentada a mi lado, me preguntó si podíamos jugar al juego de Greville. En aquella época de su vida, siempre me pedía que jugáramos a eso. Annie ni se molestaba en participar, pues lo consideraba «estúpido».

—Muy bien —dije—. ¿Qué me dices de ese riachuelo?

—Mojado, marrón, rápido, sedoso. Demasiado fácil, mamá. Hagámoslo con alguien.

—El señor Kinloss. ¿Lo recuerdas?

—Gordo, gris, cortés, misterioso.

—Muy bien, ¡sí! No se me había ocurrido —Blythe era rápida: nunca tardaba más de unos pocos segundos en encontrar adjetivos.

—Ahora te toca a ti —dijo muy animada—. Defíneme a mí. Y sé honesta.

—Eso no es justo.

—Va, defíneme y luego te definiré yo a ti.

Sentí un asomo de preocupación, pues comprendí que aquello podía tener consecuencias, no necesariamente agradables, pero no había manera de evitar el tema. Annie se había alejado con su botella de limonada y arrojaba piedras al arroyo somero que borboteaba cerca de donde nos encontrábamos de pícnic: estaba segura de que no podía oír nuestra conversación.

Observé a Blythe.

—Guapa, terca, inteligente, complicada.

Se quedó pensando con la frente arrugada, formando un pequeño puchero con los labios, sopesando los epítetos para ver si encajaban.

—Ahora defíneme tú a mí —dije.

—Guapa, terca, inteligente, complicada —dijo al instante.

Me eché a reír, y ella conmigo, pero ya había recibido el mensaje, sobre todo al ver que ahora Blythe miraba a su espalda para ver si Annie la había oído. Comenzaba a pensar que me había tendido una trampa, y ahora se había creado un vínculo íntimo entre nosotras. Me estaba diciendo —eso colegí— que de tal palo, tal astilla.

Probablemente tenía razón.

—Y ahora define a Andrew Farr —dije para relajar el ambiente.

—Bobo, hipócrita, aburrido, dominado.

Annie se acercó.

—¿De qué os reís? —preguntó irritada.

Recuerdo haber recibido por correo los resultados de los exámenes de Bachillerato de las mellizas, y llevar a cabo el ritual de apertura de los sobres mientras desayunábamos. A Annie le había ido bien; a Blythe un poco peor, pero dijo que no le importaba. Iba a dedicarse a la música, y esas notas no le servían de nada. Estuve de acuerdo.

Annie consiguió plaza en una de las nuevas universidades, la de Sussex, para estudiar una carrera llamada «Relaciones Internacionales», fuera lo que fuese.

La llevé a cenar a Oban para celebrarlo (Blythe estaba fuera, no recuerdo dónde). Una vez sentadas a la mesa me quedé mirándola y sentí cómo rebosaba el amor que sentía por la seria Annie. Tenía una cara larga y delgada —la de Blythe era más redondeada, más bonita— y también era más alta que Blythe.

—Mamá, ¿te importa si te pido un favor? —dijo.

—Lo que quieras.

—Ya sabes que, debido al título de papá, soy «la honorable» Andra Farr.

—Sí.

—Bueno, no me gusta que me llamen así. He recibido una carta de la universidad donde me llamaban «la honorable». Ha sido muy embarazoso.

—Tienes razón, cariño. Lo entiendo.

—Es que no quiero utilizar ese título nunca. Nunca más. No por falta de respeto a papá, ni nada parecido.

—Desde luego. A mí tampoco me gusta mucho que me llamen «lady Farr» —le apreté la mano—. Queda suprimido.

La universidad, su residencia estudiantil, se encontraba a menos de una hora de Beckburrow, y para mi gran sorpresa, un fin de semana sí y otro no los pasaba con su abuela, que ya era mayor y tenía achaques, pero que seguía siendo tan quisquillosa y despierta como siempre. Mientras Annie la visitaba, descubrió un escondrijo con mis primeras fotos, y otras de esa época. Me mandó una pequeña selección: había una bastante deslucida de cuando yo tenía veinte años, junto al estanque de Beckburrow, posando; y otra de cuando yo era pequeña con mi padre, que había tomado Greville. Debía de ser de 1913 a 1914, justo antes de que se fuera a la guerra.



Recuerdo un extraño momento. Blythe y yo habíamos salido a dar un paseo por la playa con Flim. Annie se había ido al sur a ver su nueva residencia universitaria.

—Odio a esa zorra de Benedicta —dijo de repente Blythe.

—Bueno, yo también —admití—. Menudo personaje tan desagradable. Codiciosa, engreída, maliciosa, falsa.

—¿Crees que si la mataran, alguien lo lamentaría durante un minuto, o un segundo?

—No digas esas cosas, Blythe, ni siquiera en broma.

—No es ninguna broma. Nos echó de casa.

Le cogí la mano: estaba roja, se estaba poniendo realmente furiosa.

—No importa, cariño. En aquella casa no habríamos sido felices. Nunca fue realmente nuestro hogar.

Aquello pareció apaciguarla. Al día siguiente ella también se marchaba a Londres, donde viviría con Dido y Reggie Southover en su imponente casa de Camden Hill. Blythe quería presentarse a audiciones para bandas de folk o grupos de rock. Le daba igual tocar los teclados o la guitarra, mientras pudiera dedicarse a la música. Dido era su inspiración, y se hicieron bastante íntimas. Había un gen musical

en la familia Clay, compartido por Dido y Blythe, y eran diferentes de los demás, los literatos, los fotógrafos.

Recuerdo que —algo insólito— recibí una carta de Charbonneau en la que me contaba que había nacido su segundo hijo, Luc. Incluía una foto: «Para que no olvides qué aspecto tengo». Vi que había ganado peso y que había vuelto a dejarse el bigote. Estaba de pie en una terraza, en algún lugar de la Riviera italiana, y supuse que de algún modo quería que me sintiera celosa por la vida de lujo que llevaba. No pude evitar pensar que no se le veía especialmente feliz.



JEAN-BAPTISTE CHARBONNEAU, 1962.

\* \* \*

#### EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Me gustaba interrogar a Greer sobre su antiguo tema de estudio, la cosmología, pues había aspectos que me intrigaban, aunque mis preguntas la exasperaban un poco.

—O sea, que el Big Bang ocurrió hace trece mil millones de años, ¿no? —le pregunté una vez que habíamos salido a pasear.

—Trece coma ocho mil millones de años. Día más día menos —contestó—. Dios mío, vas a hacerme más preguntas, ¿verdad?

—Porque me interesa —dije—. Tú has estimulado mi interés, Greer. Deberías

estar contenta.

Bajábamos de los cerros de Cnoc Torran, donde habíamos subido aquella mañana, y volvíamos a mi casa para almorzar. Desde lo alto habíamos tenido una magnífica vista de las diversas islas que rodeaban Barrandale. Había visto Mull con más claridad que nunca: hasta había distinguido un coche rojo surcando la carretera que seguía la punta norte del lago Don.

—El Big Bang explica todo esto —dije con un gesto que abarcó Mull y el océano que había más allá—. Ahí empezó todo.

—Todo. Lo explica todo. Tú y yo. Esta hierba, las nubes —fue señalando—. Ese insecto... y el universo. Todo comenzó entonces.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —me detuve para atarme el cordón de la bota.

—Bueno, tenemos una cosa que llamamos el Modelo Estándar. Lo explica casi todo.

—Casi.

—Sí.

—¿Y lo que no puede explicar?

Greer me dirigió una mirada maliciosa.

—Sé que lo voy a lamentar.

—Ahí es donde entra tu materia oscura, ¿verdad? —dije—. La materia oscura explica todo lo que no cuadra, en teoría.

—Por así decir.

—Y la gravedad oscura. Y la energía oscura.

—Sé que parece bastante sobrenatural y excitante, pero es complicado. Tiene que haber materia oscura para explicar las anomalías.

Chasqueé los dedos.

—Necesitas todas esas cosas «oscuras» para explicar por qué el Modelo Estándar no nos da todas las respuestas.

—Por así decir.

—¿Ves?, por eso me gusta la cosmología. Es exactamente igual para todos nosotros.

—No debes decir estas cosas, Amory. Es algo que detestamos. Los científicos detestamos esta..., esta apropiación. No lo entiendes.

—No, no lo entiendo —dije—. O sí. Igual que vosotros, los cosmólogos, nosotros no podemos explicarlo todo. Las cosas no cuadran. ¿Qué me dices del amor «oscuro»? ¿Por qué me enamoré de esa persona desesperada? El amor «oscuro» lo explica. ¿Por qué contraje esta irritante enfermedad? Enfermedad «oscuro». Algo que no veo y me afecta, y a mi manera de actuar.

—No, no, no. Estás convirtiendo la ciencia pura y dura en una metáfora.

—Y tengo derecho a ello. Enfermedad «oscuro». Clima «oscuro». Incompetencia «oscuro». Política «oscuro».

Tuvo que echarse a reír. Seguimos caminando, casi brincando colina abajo sobre

la hierba mullida.

—El concepto «oscuro» explica por qué no puedes explicar las cosas —dije—. Es maravillosamente liberador. ¿Por qué no ha arrancado mi coche esta mañana? Ayer arrancó. Mecánica de coches «oscura».

—No le digas a nadie que lo has sacado de mí.

—Ya ves, el Modelo Estándar de la condición humana tampoco funciona. Es inadecuado. Al igual que el Modelo Estándar del universo no funciona para vosotros.

—¿Qué tenemos para comer?

—Pastel de carne oscuro.

Recuerdo que durante aquel almuerzo bebimos mucho. Siempre bebíamos mucho, pero creo que Greer deseaba esa desinhibición que a veces proporciona un almuerzo abundantemente regado. Me habló de una aventura que había mantenido con un colega de Calder. El asunto terminó cuando él pasó a formar parte de un laboratorio de ideas radicado en Londres —la distancia siempre es profiláctica—, pero últimamente le había escrito pidiéndole que fuera a verlo.

—¿Alguna vez has tenido una aventura, Amory? —me preguntó.

—Bueno, cuando estuve casada no —dije—. Pero tuve una aventura mientras mantenía una aventura con otro —hice una pausa según lo recordaba—. Dos veces, de hecho.

—Solo tú podías conseguir complicarlo tanto —dijo.

—No acabo de comprender cómo ocurrió —dije—. ¿Amor oscuro?

—Comienzo a entender tu lógica —dio un sorbo de vino—. ¿Debería ir a Londres? ¿Qué opinas?

—Creo que deberías hacer lo que quieras. Como dijo el poeta: los deseos del corazón son tan retorcidos como un sacacorchos...

Se echó a reír.

—No me eres de ninguna ayuda.

—Exacto.

\* \* \*

Por alguna extraña razón, Dido le cogió el gusto a la casa de Barrandale. Se quedaba una semana dos o tres veces al año, para «descansar» después de sus giras y recitales. «Necesito recargar las pilas, querida —decía—. Paz, silencio, nada de nada, y un gran gin tonic, eso es todo lo que pido». En 1966 estaba en la cúspide de su fama: Béla Bartók le había dedicado un terceto para trompa; aparecía de manera habitual en los conciertos de la BBC; Harold Wilson la invitó a almorzar en el día de Downing Street; se le concedió la Orden del Imperio Británico. Sin embargo, su matrimonio con Reggie Southover tocaba a su fin. Dido tenía una aventura con un clarinetista de la Orquesta Nacional de España. «Es pobre como una rata —me dijo

—. Pero un encanto. Lo que anhelo es el espíritu latino, nunca debería haber tenido nada que ver con los anglosajones».



DIDO CLAY, ORDEN DEL IMPERIO BRITÁNICO, 1966.

Una vez me metí con ella y le pregunté si siempre tenía una aventura con algún músico de todas las orquestas con las que tocaba.

—De todas las orquestas no —dijo muy seria—. Soy muy estricta.

En una ocasión me dijo:

—¿Te has fijado en que Herbert von Karajan y Lenny Bernstein llevan exactamente el mismo peinado? Ese flequillo revuelto, esas distinguidas sienes plateadas, el mismo estilo. ¿Crees que es algo típico de director de orquesta?

—¿Te has acostado con alguno de ellos? ¿O con los dos? —pregunté.

—Bueno, tuve una cosilla con uno de ellos, lo confieso..., pero no te diré con cuál.



Aun cuando era evidente que le encantaba venir a Berrandale, siempre se estaba quejando de la casa y sus pequeñas privaciones. También comenzó a lanzarme pullas.

—¿Qué vas a hacer ahora que las chicas se han ido? No vas a pasarte el resto de la vida sacando fotos de bodas escocesas.

\* \* \*

EL DIARIO DE BERRANDEALE, 1977

Ha vuelto a pasar. Esta mañana he intentado coger un tarro de mermelada con la izquierda para colocarlo de nuevo en la nevera, pero no he podido. He sido incapaz de hacer fuerza con la mano. Me he sentado, he descansado unos minutos y he vuelto a intentarlo. Ha funcionado, pero cuando estaba a punto de volver a colocarlo en la estantería, se me ha aflojado la mano y el tarro ha caído al suelo y se ha hecho trizas.

Este es mi problema más preocupante, y no mejora. Mi cerebro le ha dicho a mi mano que hiciera fuerza, pero esta se ha negado. Jock Edie —al que le comenté este problema y me dijo que sospechaba lo que era— me comentó que algún día tendría que ir a ver a un neurólogo. A lo mejor ha llegado el momento.

He almorzado con Hugo Torrance en el hotel, donde pude sujetar los cubiertos sin problemas. Nos sentamos en nuestra habitual mesa del rincón, junto a la chimenea, donde resultó que ardía el primer fuego del otoño, tal como me informó Hugo. Como para justificar que lo hubieran encendido, fuera llovía copiosamente. Comimos rosbif poco hecho acompañado de vino tinto. Yo me sentía en la gloria, aunque recelosa.

—Todo esto tiene un fin —dije—. Lo veo en tu mirada.

—El fin es el que tú quieras.

—Venga, suéltalo.

—He vendido el hotel.

Aquello me sorprendió de verdad.

—Enhorabuena —dije—. ¿Estás contento?

—Sí. Y tengo otra noticia: he comprado esa casa en ruinas que hay después de doblar el cabo viniendo de tu casa. Vamos a ser vecinos.

\* \* \*

Después de que Dido regresara a Londres, Hughie Anstruther me telefoneó para recordarme que tenía que cubrir el Northern Meeting de Inverness. Tendría que quedarme a dormir allí, y me preguntó si necesitaría un ayudante.

—Este año nadie se lo quiere perder —dijo—. Así que ponte tu mejor vestido, querida.

No estaba muy entusiasmada. Ese sería mi tercer Northern Meeting. Podría

arreglármelas sola con el baile, pero la perspectiva de fotografiar la competición de gaita me provocaba una fatiga prematura. Dido tenía razón. Necesitaba un cambio, hacer algo completamente distinto. Pero ¿qué? Lo único que sabía hacer era sacar fotos.

Me fui a dar un paseo, supuestamente para pensar, pero mis pasos me llevaron directamente al bar del hotel Glenlarig. Pedí un whisky con agua y pregunté si estaba el señor Torrance. Me informaron de que estaba arriba, en su apartamento. Me dije que quizá era exactamente el hombre con el que meditar mi dilema, y me fui a buscarlo. Mientras me dirigía hacia su escalera privada de la parte de atrás pasé junto al salón de los residentes, donde la puerta estaba abierta de par en par y una televisión silenciosa emitía las noticias a un semicírculo de butacas vacías. Una explosión que se abría como una flor y lo inundaba todo de polvo llenó la pantalla: con su terrible energía en expansión, poseía una extraña belleza, como un crisantemo gris gigante o una dalia monocroma. Aquello me llamó la atención y entré un momento.

Una temblorosa cámara en mano enfocaba a una mujer con gafas enfundada en un uniforme sucio y sudoroso, acucillada en una zanja y hablando ante un micrófono. Llevaba un casco en el que se leía la palabra «Prensa» escrita en la parte frontal con letras blancas. Al fondo, dos irregulares columnas de humo surgían de la jungla. A pesar de su cara mugrienta y de aquellas gafas que no me sonaban, comprendí que conocía a esa mujer, y me incliné para subir el volumen justo cuando terminaba su retransmisión:

—Les ha hablado Lily Perette, provincia de Dang Tra, con el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos.

¿Qué fue lo que me decidió a ir a Vietnam? Al principio, el hecho de ver a Lily Perette en la pantalla de televisión y recordar la última guerra en la que habíamos coincidido. De repente tuve la sensación de que deseaba con todas mis fuerzas estar allí con ella, formularle algunas preguntas: ¿qué se sentía? ¿Era peligroso? ¿Cómo había acabado precisamente en Vietnam? Y entonces comprendí —tras analizarlo un momento— que lo que estaba experimentando era envidia. En ese instante envidiaba a Lily Perette, y sentí cómo una espontánea oleada de entusiasmo me recorría todo el cuerpo. Quizá también pudiera ir a esa guerra, igual que ella. Tenía la misma experiencia, las mismas cualificaciones, el mismo talento... No subí a ver a Hugo, sino que me fui al bar a tomar otra copa mientras cavilaba.

Me senté y consideré mis opciones. ¿Podía volver a formar parte de *GPW*? No. Ese camino estaba cerrado. ¿Había otra posibilidad? No podía comprar un billete de avión e irme a Vietnam como turista. ¿O sí? Y entonces, mi parte sensata me recordó que tenía un trabajo seguro y estable, aunque no muy bien pagado, y que lo que debía hacer era irme a Inverness a cubrir las competiciones de gaita y olvidarme de toda aquella locura impulsiva.

Sin embargo, cuanto más se alineaban delante de mí las soluciones realistas y

sensatas, más comenzaba a consumirme la idea de intentar como fuera ir a Vietnam. Quería recuperar mi último trabajo, quería volver a ser una fotógrafa de verdad. La idea de Vietnam y su lejana guerra parecía el antídoto perfecto a más bodas y bailes escoceses.

Ahora que ha pasado el tiempo, tengo la impresión de que lo que de verdad quería era enfrentarme de nuevo a la guerra. No tanto para ponerme a prueba —eso ya lo había hecho—, sino para ver cómo el «yo» que era entonces se desempeñaba en una zona de combate, si experimentaba la guerra de forma distinta. La guerra había modelado, dirigido y distorsionado mi vida de tantas maneras —a través de mi padre, Xan, Sholto— que creo que el fervor que sentí en ese momento fue una respuesta inconsciente a esa necesidad más profunda. Después de Sholto y de mi vida con él, quería experimentar algo de lo que él había sufrido, pero esta vez aplicando todo lo que había aprendido, de él, de mí. No podía retroceder en el tiempo —a toro pasado todo el mundo es muy listo—, pero podía ir hacia delante y buscar algunas respuestas por mí misma. La nueva Amory Clay, más vieja y más sabia, podía revivir lo que la anterior Amory Clay, más joven y más inocente, no había sido capaz de evaluar del todo. Mi educación como persona, me dije, nunca estaría completa si no lo hacía, si no lo veía por mí misma... y luego me vería a mí misma, sin disfraces. Tenía que averiguar cómo reaccionaría y respondería, lo que aquello me diría de mi vida y de mi persona. O eso razonaba en mi fuero interno en el bar del hotel a medida que transcurría la tarde. Pero también era madre, y tenía dos chicas preciosas a las que adoraba. No sabía si mis argumentos eran capciosos o fundamentados. ¿Estaba siendo fiel a mí misma o egoísta? Bueno, nunca lo sabría si no viajaba hasta allí y me enfrentaba a mis demonios cara a cara.

Fue mientras caminaba hacia casa en la oscuridad cuando me llegó la respuesta: comprendí que sabía exactamente a quién podía llamar. No, no era Cleveland Finzi, sino otro ex amante que quizá se encontrara en situación de ayudarme. Y para ser más concretos, Lockwood Mower me debía un gran favor desde hacía mucho tiempo.

Me desplazé hasta Londres y concerté una cita con Lockwood —para su sorpresa y alegría— en su oficina del *Daily Sketch*, donde ahora era el editor fotográfico. Se le veía más recio, con el pelo más gris y con el bigote más ancho, aunque sorprendentemente moreno, igual que sus cejas. El efecto era curioso, como si llevara un disfraz bastante malo y notorio. Cuando terminamos con las cortesías de rigor, le expliqué por qué necesitaba su ayuda en lo que quería hacer. Se quedó aterrado.

—¿Vietnam? ¿Es que has perdido el juicio? No puedes ir allí, Amory, es demasiado... —no terminó la frase al ver cómo cambiaba mi expresión.

—Me debes este favor, Lockwood. Mírate: editor fotográfico, un gran despacho, un periódico nacional —me incliné hacia delante—. Lo único que has de hacer es añadirme discretamente a tu equipo.

—No tenemos ningún equipo. No puedes ir allí en nombre de nuestra revista. Al

señor French le daría un patatús.

—¿Quién es el señor French?

—El director.

—Entonces, ¿de dónde sacarás tu información sobre Vietnam? Sabes que hay una guerra, ¿no?

—Muy graciosa, Amory. Compramos la información a las agencias.

—¿Qué agencias?

Se lo pensó un momento.

—Casi todas las fotos las obtenemos de los yanquis, desde luego. Muchas de esta empresa: Sentinel Press Services. Nos las dejan bien de precio.

—Norteamericanos. Mejor aún. Hace años trabajé para una revista norteamericana. Diles a estos de Sentinel que trabajé para *Global-Photo-Watch*, que dirigía las oficinas de París y Londres durante la guerra.

Se frotó la mejilla.

—No pasa nada por intentarlo, supongo.

—Quiero conseguirlo, Lockwood. Piénsalo: si voy allí, puedo asegurarme de que consigas el mejor material.

Estuvo de acuerdo, aquello le convenía. Encendió un cigarrillo y me di cuenta de que me miraba con la intensidad de antaño, casi como si volviéramos a trabajar en el estudio de Greville.

—Todo esto va en serio, ¿verdad, Amory? No es ningún capricho, ninguna locura, ¿cierto?

—Totalmente en serio.

—Muy bien. Llamaré a Sentinel. A ver qué puedo hacer.

Me quedé en Londres mientras esperaba noticias de Lockwood. Llevé a Blythe y Annie a cenar a un restaurante vietnamita de Cromwell Road llamado el Nam Quoc Palace como pretexto demasiado obvio para comunicarles mis planes. Cuando les conté que quería reemprender mi antigua carrera e irme a Vietnam para hacer de fotoperiodista, Annie pareció tan entusiasmada por la idea como yo... pero Blythe se quedó horrorizada.

—Eso es muy peligroso, mamá —dijo mirándome ceñuda—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Ya lo he hecho antes —dije—. Era mi trabajo. Sé lo que hago, y no correré ningún riesgo, os lo puedo asegurar.

Pero Blythe siguió protestando.

—Si lo has hecho antes, no entiendo por qué tienes que volver a hacerlo.

—Tengo que demostrarme algo.

—¿El qué? ¿Que eres estúpida?

Lo dejé pasar porque no quería que la cena acabara mal. Cuando Annie se marchó para coger el tren a Brighton, Blythe se quedó un rato y pedimos otro café y una

especie de empanadillas de arroz dulces. Parecía más calmada, y me cogió la mano y se puso a jugar con mi anillo de boda.

—Es por papá, ¿verdad? —dijo—. Por eso crees que tienes que ir.

—En parte sí —dije intentando ocultar mi sorpresa ante su perspicacia—. Y en parte tiene que ver conmigo. Con mi vida.

Hizo girar mi alianza, suspiró y me soltó la mano. Comenzó a liar con meticulosidad un cigarrillo muy fino. Yo también encendí uno para hacerle compañía, y las dos fumamos en silencio unos momentos.

—Es que está muy lejos —dijo por fin—. Creo que eso es lo que más me preocupa. Vas a estar en la otra punta del mundo.

—No me quedaré allí para siempre.

—¿Cuánto tiempo estarás, entonces? —me preguntó de manera casi agresiva.

—Todavía no estoy segura. Primero tengo que ir.

—A lo mejor no vuelvo a verte —dijo, de repente con los ojos llenos de lágrimas.

—No seas tan tonta, querida —repliqué, quizá más irritada de lo que pretendía—. Yo también tengo una vida, igual que vosotras. No puedo quedarme en Barrantale pudriéndome lentamente.

—Desde luego —dijo, mientras hundía el cuerpo en la silla, cerraba los ojos y sonreía para sí—. Es que me gusta la idea de tenerte cerca.

Nos dimos un abrazo de despedida en la calle y le prometí que la llamaría tanto como fuese posible. Ahora que habíamos salido del restaurante, pareció aceptar la idea de que me marchaba, y me pregunté si el haber elegido un restaurante vietnamita no habría sido una mala opción. De todos modos, ya era demasiado tarde. La vi alejarse hacia la parada del autobús, una joven alta, delgada y ágil enfundada en un abrigo peludo, el pelo largo hasta la mitad de la espalda, y sentí cómo me recorría de nuevo ese amor casi doloroso de antaño. Mi guapa, terca, inteligente y complicada hija.

Cuando regresé al hotel, me encontré con el mensaje de que llamara a Lockwood al *Sketch*.

—Hola, Lockwood, soy yo.

—Ya estás a bordo. *Bon voyage*.

## **Libro séptimo: 1966-1968**

## El álbum de recortes de Vietnam

*Lockwood no me había dicho toda la verdad: no estaba «a bordo» ni mucho menos. Sentinel Press Service había aceptado a regañadientes contratarme como corresponsal a tiempo parcial durante un mes de prueba, por el que recibiría doscientos dólares. También tendría que pagar el traslado a Vietnam de mi bolsillo, así como el alojamiento cuando llegara a Saigón. Y no cobraría dietas. Pero no me quedaba más remedio que aceptar. Sentinel contaba con una pequeña oficina permanente en Saigón, dijo Lockwood, donde trabajaban tres personas, incluyendo un fotógrafo. «Me ha costado convencerles, Amory», dijo en un tono de complicidad, y me pregunté si no eran Lockwood o el Daily Sketch quienes financiaban en realidad mi escaso sueldo. «Un fotógrafo nunca es suficiente», dije con convicción. Creo que Lockwood intentaba hacerme comprender la brutal realidad de la situación, pero yo estaba entusiasmada. No me importaba, me iba a mi guerra. Negocié otra condición a la luz de esas restricciones, y del hecho de que apenas me pagaban. No sé por qué insistí, pero resultó ser una de las jugadas más inteligentes que he hecho en mi vida. Le dije que autorizaría a Sentinel a ser los primeros en utilizar mis fotos, pero que me quedaría con el copyright. Me dijo que eso no sería ningún problema. «Simplemente procura que nos lleguen las mejores fotos.» Creo que por entonces Lockwood pensaba que yo iría a Vietnam a vivir una breve aventura, que allí sufriría y me sentiría desgraciada, se me quitaría la idea de la cabeza y volvería a casa después de haberme demostrado a mí misma lo que quería. Creo que calculó que duraría un par de semanas, y que doscientos dólares sería un precio barato para que no le diera más la tabarra. Se equivocaba, y mucho.*

*Cuando llegué a Saigón comencé a llevar un diario intermitente en el que anotaba mis impresiones y pensamientos y pegaba algunas de las fotos que tomaba. Creo que ya me rondaba la idea de que podría hacer un libro con esa experiencia.*



SAIGÓN, VIETNAM, 1967. DE *VIETNAM, MON AMOUR*.

Ayer estaba sentada en el centro de prensa de Saigón escuchando cómo el nuevo oficial de información nos leía la lista de los últimos fallecidos y desaparecidos en combate. Me dije que se parecía un poco a Xan, y al mismo tiempo observé las decenas y decenas de asientos vacíos. Alguien me había dicho que en Vietnam había setecientos periodistas. ¿Dónde estaba todo el mundo? Entonces Mary Poundstone se sentó a mi lado en una de las sillas de plástico. Tenía la cara tensa, apretaba los labios.

—No quieren renovarme el visado —dijo—. Menudos cabrones. Vamos a tomar una copa.

Nos fuimos al bar que había en la azotea del hotel Caravelle<sup>[6]</sup> y pedimos dos gin tonics con mucho hielo, y después buscamos una mesa alejada de los demás. Mary y yo nos habíamos vuelto a encontrar al poco de mi llegada, en febrero de 1967, después de la última vez que nos vimos, en el macizo de los Vosgos en 1944. Yo había seguido su carrera, y desde entonces se había convertido en una especie de leyenda: libros de reportajes, dos recopilaciones de relatos, un montón de premios; las nuevas generaciones de escritores la trataban con gran respeto. Pero en Saigón las dos comenzamos a pasar mucho tiempo juntas, buscándonos en las reuniones informativas, hasta el punto de que entre el cuerpo de prensa comenzaron a llamarnos las «abuelitas». Yo tenía cincuenta y nueve años; Mary, sesenta y cuatro: con mucho, éramos las periodistas más viejas de Vietnam.

Desde el principio me había aconsejado qué ropa llevar: prendas masculinas — pantalones y camisas— de color caqui, blanco o beis con un toque femenino. «Ropa de combate cuando salgas con las tropas, pero no parezcas un soldado ni tampoco una mujer elegante cuando estés en la ciudad o en alguna base. Y añade un pañuelo de



color, un broche, pulseras», me decía. Me decidí por los pendientes y elegí un par de pequeños aros dorados, de dos centímetros y medio de diámetro más o menos, que llevaba siempre —mi sello distintivo—, incluso cuando me ponía el casco. Mi *look* consistía en unos pantalones color caqui y una camiseta blanca debajo de una camisa de dril con muchos bolsillos y charreteras, casi siempre color habano, a veces tejana, a veces de lino. Truong,<sup>[7]</sup> mi chófer, me encontró un sastre en la calle Cong Thanh que me confeccionó media docena de estas camisas seudomilitares por un cartón de doscientos cigarrillos Salem.



TRUONG, MI CHÓFER. SIN EL CUAL...

Las oficinas de Sentinel Press Service (SPS) se encuentran en una estrecha calle lateral llamada An Qui, a una manzana de distancia de las oficinas del *Time*. El jefe es un sujeto gruñón y entrometido llamado Lane Burrell. Los dos periodistas asignados, los que están «en plantilla», son Ron Paxton y una joven que posee el inverosímil nombre de Renata Alabama, la fotógrafa. Lane Burrell me ha dicho que yo tan solo soy una «adjunta» a SPS, y que si alguna vez me preguntan, debo decir que trabajo para el *Daily Sketch* de Londres. Sin embargo, hará lo que pueda para

acelerar mi acreditación. Me ha dicho: «¿Qué le hizo a Lockwood Mower? Caramba, qué amor le tiene ese hombre». Estoy casi segura de que es Lockwood quien paga mi sueldo. Lane parece contento con este acuerdo, pero no creo que ni Ron ni Renata estén especialmente felices con mi llegada, y sospecho que no voy a conquistar su amistad.<sup>[8]</sup>

Burrell, Paxton y Alabama viven en un espacioso apartamento de tres habitaciones encima de las oficinas. Como parte del acuerdo con SPS, tengo que encontrar un lugar para vivir por mi cuenta. He cogido un apartamento situado encima de un restaurante francés en la calle Nguyen Van Thu, en el lado malo del río Saigón. El restaurante se llama Le Mistral de Provence, y lo que me ha impulsado a alquilar ese apartamento de dos habitaciones es que me ha hecho pensar en Charbonneau. No tiene agua caliente, ni aire acondicionado. Hay una sola cama, dos sillas de plástico y una mesa, y un cuarto de baño con una ducha de la que el agua sale más gota a gota que a chorro. Cuesta cincuenta dólares al mes.

Cuando llegué al aeropuerto Tan Son Nhut y me bajé del vuelo de la Pan Am procedente de Honolulu, el calor era tal que casi me vuelvo a subir al avión. Nunca había experimentado un calor como ese, de horno y húmedo al mismo tiempo. Era como estar mojado en un desierto seco. No sería capaz de describirlo adecuadamente. Tampoco había visto nunca tantos aviones en un solo lugar. Parecía haber centenares: civiles y militares, monoplazas y Boeings cuatrimotores a reacción —Pan Am, Cathay Pacific, PAL—, Flying Tigers, Phantoms, DC-3s y otros muchos. Aviones que despegaban y aterrizaban, aparcados por lo visto de cualquier manera en hileras irregulares, como si los pilotos los hubieran abandonado de repente y se hubieran ido a buscar un bar.

Entre los periodistas existe un curioso y tácito sistema de clases. Los que están «en plantilla» frente a los «*freelances*». Los primeros son periodistas profesionales serios; los *freelances* son impredecibles, excéntricos, chalados, amantes de la guerra, friquis, porreros, peligrosos. Hay un famoso *freelance* llamado John Oberkamp (un australiano) que lleva aquí desde 1965 y al que han herido tres veces en combate. Él y algunos amigos alquilan una gran casa en la calle My Loc —cerca de la calle Tu Do, donde están todos los bares—, que se conoce como el «Hotel de Suboficiales». Es como un club nocturno abierto las veinticuatro horas siempre a un paso del descontrol. Mucha bebida, música, drogas, y lo más valioso: información, contactos, rumores.

En Saigón todavía se deja notar la fuerte influencia de la época colonial francesa, a pesar de que ahora hay cientos de miles de norteamericanos en Vietnam. Y es posible comer muy bien al viejo estilo si te lo puedes permitir y encuentras dónde. Recuerdo que el otro día entré en el café del Hotel de la Poste y pedí un whisky.

El camarero dijo:

—¿Quiere un *bébé*? ¿O un *grand bébé*?

—¿Qué es un *bébé*?

—Un whisky pequeño.

Contacté con Lily Perette en una reunión informativa del CAMV y dijo que me recordaba del París de 1944. «Ya lo creo que sí. Usted consiguió que me asignaran a Patton. Le entrevisté gracias a usted. Así me hice un nombre.» La joven entusiasta que recordaba del hotel Scribe se había convertido en una periodista delgada, hombruna, un tanto amargada pero respetada. Vestía cazadora y pantalones tejanos y fumaba unos finos cigarrillos casi sin parar. En Saigón forma parte del contingente de «Abuelitas». No es que sea mayor —debe de rondar los cuarenta y cinco—, pero la mayor parte de la docena de mujeres periodistas y fotógrafas que hay en Vietnam son jóvenes, casi todas de veintipocos años. Lily, Mary y yo somos reliquias del pasado, de guerras más antiguas. Me sugirió dar una vuelta por la ciudad: comer algo y luego presentarnos en el Hotel de Suboficiales para divertirnos un rato.

—¿No somos un poco mayores para el Hotel de Suboficiales? —dije mientras nos dirigíamos allí en un taxi.

—Les importa un huevo —dijo Lily—. Y a nosotras nos importa un huevo. Lo principal es que sepan lo que necesitamos saber: a qué unidades les gustan los periodistas —ahora escribía para una revista llamada *Overseas Report*, que se consideraba demasiado izquierdosa y había encontrado dificultades a la hora de obtener una nueva acreditación—. No hacen más que decirme que no —dijo Lily—. Así que me voy a ocupar del asunto personalmente.

Tengo que decir que me sentía un poco mayor en el Hotel de Suboficiales, mientras recorríamos sus habitaciones, con la música a todo volumen, en medio de un ambiente estruendoso y extremo... y egocéntrico: el lugar estaba lleno de gente que lustraba o creaba su propio mito. Muchos de esos jóvenes —pues los *freelances* eran casi todo hombres— parecían colocarse con la guerra, eufóricos, relatando atrocidades, los extraños rituales de los soldados y la tremenda emoción de aparecer en helicóptero en medio de un tiroteo cerca de la ZDM, la zona desmilitarizada. El ambiente estaba lleno de acrónimos.

Me quedé en un rincón de una de las habitaciones, iluminada con neón azul, bebiendo una lata de cerveza en medio del olor acre de la marihuana, mientras los Rolling Stones les gritaban a todos que no invadieran su nube, y me dije: «Esto es diferente, por eso has venido, querida. Por eso no estás en el Northern Meeting de Inverness fotografiando gaiteros».

—Hola.

Me volví y me topé con un joven que llevaba una camisa sin cuello. Era azul; todo lo que había en la habitación era azul, nuestras caras incluidas. Ese hombre azul era menudo y apuesto, con unos ojos grandes y francos: tenía algo de elfo.

—Soy John Oberkamp.

—Amory Clay.

Nos estrechamos la mano. Hablaba con un marcado acento australiano, y me preguntó qué hacía y para quién trabajaba. Le dije que para Sentinel. Me respondió que él también era fotógrafo, y que en la actualidad no estaba vinculado a ninguna revista ni periódico, aunque cuando la conversación abordó, como ocurría siempre, la cuestión de las cámaras y las técnicas, comprendí que era más o menos un aficionado, capaz de cargar la película y apretar el disparador, pero eso era todo. Me trajo otra lata de cerveza.

—¿Podrías conseguirme algún trabajo en Sentinel? ¿Necesito algún tipo de validación?

Dije que era muy improbable; consideraban que incluso yo estaba de más.

—Estar de más —repitió la frase unas cuantas veces—. La historia de mi vida.

Encendí un cigarrillo.

—¿Por qué no puedes conseguir acreditación?

—Porque hay demasiados *freelances* de los cojones en esta ciudad. Los chavales se compran una cámara, se suben a un avión en Europa, llegan aquí y se creen que ya son «fotógrafos de guerra» —se encogió de hombros—. Llevo aquí más de dos años. Mis fotos se han publicado en *Life*, en *Stern*, en el *Observer* de Londres, pero no consigo una acreditación —me miró atentamente—. ¿Te importa si te pregunto cuántos años tienes?

—En absoluto.

Se lo dije.

—No pareces tan mayor.

—Es esta luz azul. Te quita años.

Se echó a reír.

—Es increíble de cojones que estés aquí —dijo—. Quiero decir que realmente es cojonudo, alguien como tú.

En aquel momento comprendí que llevaba un buen colocón, una idea que se confirmó cuando intentó tocarme los pechos. Suavemente le aparté la mano.

—No eres mi tipo —dije—. Lo siento —pero en realidad estaba pensando: fascinante, alocado, irresponsable, sexy.

Asintió con la cabeza.

—Estoy de más... ¿Has estado en combate? —me preguntó de repente.

—Sí.

—¿Doc Tri, Rockpile? ¿Highway One?

—En la Segunda Guerra Mundial.

—No jodas.

—Jodo.

—Esto es increíble de verdad. Increíble. ¿Puedo besarte?

Aquella velada en el Hotel de Suboficiales nos proporcionó a Lily y a mí

información acerca de una unidad que tenía reputación de ser amistosa con los periodistas, incluso con las mujeres periodistas. Lily sugirió que formásemos un equipo —texto e imágenes— y presentáramos una petición al CAMV como si procediera de Sentinel y *Overseas Report*, para que ella pudiera colarse de manera inadvertida. Presentamos la solicitud y nos aceptaron, y a los cuatro días volábamos en un avión de transporte Caribou hasta An Boa —«Ciudad de Sacos Terreros», como se la conocía—, una enorme base aérea y de apoyo al norte, junto a Da Nang.

Antes de marcharnos, Truong me llevó a un ruidoso bazar de la calle Hy Kiy, en cuyo mercado negro pude comprar un casco y un chaleco antimetralla de mi tamaño. «*Où allez-vous, madame?*», me preguntó Truong. Solíamos hablar una mezcla de francés e inglés. Cuando se lo conté me dijo: «*Ce n'est pas un buen sitio. Beaucoup peligroso*». Vi su preocupación. Le dije que era mi trabajo, pero que no correría ningún riesgo.

La noche antes de marcharnos, Lily y yo nos dimos un gran banquete en el hotel Majestic. Ella había estado en Cuba y Argelia, me dijo, y se preguntaba si el CAMV pensaba que era una especie de comunista por los reportajes que había enviado desde allí. Estaba impaciente por marcharse. Me di cuenta de que todavía poseía el ardor y la ambición del auténtico corresponsal, y que también la impulsaba el miedo a quedarse fuera, a perderse algo. Yo no tenía ese tipo de afán, de eso estaba casi segura, y al acordarme de la preocupación de Truong volví a plantearme los auténticos motivos que me habían impulsado a ir a Vietnam. Ahora que me hallaba en Saigón, mis vagos pensamientos de encontrarme a mí misma y mi necesidad de una nueva guerra para poder volver a poner a prueba mi carácter me parecían un poco confusos y pretenciosos. Me dije que a lo mejor tenía la misma ambición y las mismas ganas de demostrar algo que Lily Perette y me lo ocultaba. Me pregunté si no deseaba el mismo subidón de adrenalina, si todavía me preocupaba perderme algo, igual que a ella.

An Boa es una «base de apoyo», en la medida en que allí se concentran baterías de artillería de largo alcance y un gran número de helicópteros, pero ese nombre transmite una falsa impresión. El lugar es enorme, de varios kilómetros cuadrados, con sus distritos y calles, igual que una ciudad, aunque esté construida con sacos terreros, bloques de hormigón ligero, conglomerado y chapa de cinc. A la hora de comer hacemos cola en una cafetería gigante, donde nos sirven costillas y un surtido de seis helados; nos duchamos en cuartos de baño con azulejos, dormimos en búnkeres —«chabolas»— con ventiladores de techo; compramos packs de seis cervezas en la tienda del ejército.

Por la noche, sin embargo, cambia el estado de ánimo, y se oye la presencia de la guerra, aunque a lo lejos: escuchamos el apagado sonido de lejanas explosiones de mortero, vemos bengalas multicolores cayendo más allá del invisible perímetro. El

*duga-duga-duga* de los helicópteros sobrevolando nuestras cabezas, a poca altura, te despierta en tu camastro. Lily Perette padece disentería y mañana se vuelve a Saigón para ingresar en el hospital. Así que me quedo sola.

Me subo al helicóptero Huey y me aprieto detrás del artillero. Una sección de la Compañía D, Primer Batallón, 105.<sup>a</sup> Brigada de Infantería, viene conmigo. Tengo el pelo aplastado debajo del casco y estoy sentada sobre mi mochila, y llevo mis dos cámaras —una Nikon y una Leica— en un macuto, junto con seis rollos de película 35mm Ektachrome. Vamos a lo que denominan una «Feria Rural». Los helicópteros de la Compañía D aparecen en un pueblo del valle de Que Son, lo rodean, buscan a sospechosos del Viet Cong entre los habitantes y alijos de armas y municiones que puedan tener ocultos, y luego se marchan. Las operaciones llamadas Feria Rural, como su nombre sugiere, suelen ser rutinarias y generalmente seguras, y por eso decido ir. El pueblo se llama Phu Tho, en inglés «Plutón». «¿Hay vida en Plutón?», pregunta algún gracioso cuando despegamos. Son las seis menos cuarto de la mañana.

Bajo la perlada luz matinal, la neblina se evapora de los meandros del río y los arroyos, el azul del cielo surge de entre la bruma, Vietnam se ve muy hermoso. Solo las cicatrices, las costras color ladrillo que aparecen en lo alto de las colinas y los restos de bases de apoyo y puestos de observación abandonados estropean el exuberante verdor. Al fijarme con más atención, descubro zonas de árboles talados o aplastados, y esporádicos grupos de cráteres de bomba o de obús llenos de agua, como úlceras purulentas. El verde paisaje parece primigenio, virgen..., pero naturalmente no lo está.



LLEGADA AL PUEBLO DE PHU THO, EN EL VALLE DE QUE SON, 1967.

Al cabo de un rato descendemos con nuestro reverberante estruendo hacia los campos de arroz que rodean Plutón. Los hombres saltan de los Huey, que vuelven a ascender y se alejan después de abandonar la carga humana. Mientras nos mantenemos cerca de la tierra, me inclino hacia delante y —*clic*— saco mi primera foto. La Feria Rural de Plutón ha comenzado.

Los soldados se desperdigán, chapoteando a través de los campos de arroz, caminando pesadamente por los pasos elevados, y a toda velocidad rodean el pueblo. El capitán Durado se adentra en la población con el intérprete, y hacen salir a los más o menos doscientos aldeanos: separan a las mujeres, los ancianos y los niños de los jóvenes. Los aldeanos se sientan en cuclillas, pacientes, sin quejarse, a la espera de que termine esta descortés interrupción de sus vidas. Los hombres de la Compañía D ocupan el pueblo, los que manejan a los perros sueltan los pastores alemanes, que se ponen a husmear en busca de túneles y búnkeres enterrados, de cualquier señal de miembros del Viet Cong o del ejército de Vietnam del Norte.



RUMBO A LA «FERIA RURAL». VALLE DE QUE SON, 1967.

Mediodía. El clima es caluroso y húmedo. Bochornoso. Han incendiado todos los almiarés del pueblo, y el humo que sale de ellos parece reacio a llegar al cielo.

Le pregunto al capitán Durado por qué ha dado orden de quemar los almiarés, pues eso podría señalar nuestra presencia en el valle. Me contesta que él no ha dado esa orden: lo han hecho los propios hombres, es algo que les gusta, casi una costumbre, un rito de paso, infero. Me alejo y me siento al borde de una zanja de canalización, donde me como mis raciones C —jamón y frijoles y una lata de macedonia— y a continuación me fumo un cigarrillo.

—Perdone, señora, pero, si no le importa que se lo pregunte, ¿qué coño está haciendo aquí? —un soldado sentado un poco más adelante no puede reprimir la curiosidad.

Le explico que soy periodista. Es mi trabajo.

—Igual que tú tienes el tuyo —añado.

—Sí, pero yo no pedí este trabajo.

Carcajada general.

—No, lo que quiero saber —añade— es si no está un poco...

No acaba de formular su predecible pregunta porque todas las cabezas se dan la vuelta al oír disparos procedentes de la línea de árboles que se ve al otro lado de los arrozales. Todo el mundo comienza a maldecir y coge su arma. Yo salto dentro de la zanja de canalización y correteo rumbo a un conducto de drenaje hecho de madera. Resuenan gritos y órdenes. El capitán Durado está de pie sobre el conducto de drenaje ordenando a sus hombres que se pongan a cubierto. ¡Bum! ¡Bum! El primer proyectil de mortero explota y el capitán Durado salta a la zanja a mi lado. Los aldeanos comienzan a gritar y a dispersarse sin rumbo, dirigiéndose hacia la invisibilidad de la vegetación: nadie intenta detenerlos. Por toda la hilera de árboles se oye el constante tableteo de los disparos. Ahora respondemos al fuego con más intensidad. Creo que puedo ver de dónde proceden los disparos, pero soy incapaz de distinguir al enemigo. De repente me siento de nuevo en Villeforte, en el macizo de los Vosgos.

Al lado del capitán Durado aparece su operador de radio, que maneja los diales e interruptores de su aparato. Electricidad estática, voces.

—Quizá no deberíamos haber incendiado los almiars —digo sin dirigirme a nadie en particular.

El capitán Durado es joven —yo diría que tiene veinticinco o veintiséis años— y luce un ralo bigote. Suelta todo tipo de maldiciones mientras despliega un mapa y se lo queda mirando. Entrecierro los ojos y por encima de su hombro veo que aparecen diversas coordenadas y nombres garabateados en letras mayúsculas de color azul: ANIMAL, MORADA, JUDY, CERVEZA, PARÍS, CIUDAD.

—25 judy —le dice Durado al micrófono que le ha entregado su operador de radio—. Proximidad al enemigo, trescientos metros. 25 punto 1. D3 punto 2. Zona de fuego —parpadea y niega con la cabeza como si de repente recordara algo. Se pone en pie y le grita al sargento—: ¡Que algunos hombres vayan por detrás del puente!

Los proyectiles de mortero llegan con más frecuencia, pero se quedan cortos y caen en los arrozales húmedos, lo que les priva de su efectividad, pues apenas levantan columnas de agua embarrada, salpicándonos de fango.

Me alejo del capitán y avanzo por la zanja, ahora llena de soldados de la Compañía D que con sus CAR-15 responden al fuego del enemigo invisible que hay en la línea de árboles. Junto a la posición del capitán Durado, cerca del conducto de drenaje, el fuego de mortero parece más preciso. Se oyen gritos de alarma cuando los



estallidos se acercan e impactan sobre el paso elevado. Comienzan a volar por los aires piedras y tierra. Un guijarro me rebota en el casco.

Entonces oigo el sonido de nuestra artillería, solicitada por el capitán Durado a alguna base de apoyo lejana —un sonido como de chirrido de frenos mezclado con un zumbido que recorre el aire—, y, en una descarga gigantesca que llega como una oleada, toda la línea de árboles que hay al otro lado de los campos queda borrada por las explosiones de los obuses. El fuego de morteros se detiene de pronto. Se escuchan algunas ráfagas de las AK-47, y luego otra salva. El humo se disipa. Los árboles han desaparecido. Silencio. La Compañía D comienza a gritar y a armar jolgorio; los hombres empiezan a ponerse en pie, algunos encienden un cigarrillo, el estado de ánimo es de alivio y buen humor. Joder, mierda, diablos, cabrones, putos chinos, buen trabajo, tío.

La operación «Feria Rural» en Plutón no ha sido el paseo por el parque previsto. Me subo al paso elevado que cruza los arrozales y siento que me tiemblan las piernas. Tengo la boca seca y ganas de tomarme la macedonia de frutas con almíbar que había en mi ración C. Resulta que la última salva de mortero, más precisa, ha causado bajas. Tres heridos y un muerto en combate. Me acerco al grupo que rodea el cadáver —veo que no es más que un muchacho— mientras esperamos a que lleguen los sanitarios. Ha salido volando de su refugio en la zanja y su cuerpo ha quedado en mala posición al borde del arrozal. La explosión le ha arrancado la ropa y los correajes; le ha dejado solo los pantalones y las botas, revelando su esquelético torso blanco. Tiene el pelo de un vivo rojo anaranjado, y por eso su cuerpo muestra un aspecto tan extraño. Un pelirrojo pálido y con pecas muerto junto a un arrozal en el sureste asiático, con la espalda convertida en un pequeño cráter de costillas destrozadas, carne y órganos que asoman. Se me ocurre sacar una foto, pero la idea me repugna. Alguien arroja un poncho encima de él. Tomo una decisión: no más misiones de combate. Los hombres tienen razón: soy demasiado vieja. Para mí, una visita a Plutón ha sido guerra más que suficiente.

Estaba sentada en el bar de la azotea del hotel Caravelle tomando un dry martini y fumando un cigarrillo, mientras observaba los contactos que había revelado en el pequeño cuarto oscuro que había conseguido crear en el retrete poco utilizado de la planta superior del edificio de SPS. Me acordaba de la escuela: de Amberfield y la señorita Milburn, «la Mataniños». Habíamos enviado rollos de película a los laboratorios de Hong Kong y Tokio, donde los revelaban, positivaban y transmitían por vía satélite a la oficina de Nueva York. Pero ahora podíamos positivizar nuestros carretes (solo en blanco y negro) y enviar el material por cable, con una impresora de líneas de onda corta, de manera que competíamos con AP y UPI en términos de velocidad. Incluso Renata Alabama estaba agradecida. Para mí significaba poder guardarme copias de las fotos que me gustaban: tenía mi propio registro y mi propio archivo, que crecía cada día. Mi libro iba tomando forma.

Ahora tenía un nuevo plan. Después de mi experiencia en la Feria Rural de Plutón iba a dejar de lado el trabajo de campo —las zonas de combate y las «zonas calientes», y las misiones de búsqueda y destrucción— y a atenerme a las bases. Mi idea consistía en sacar fotos de los soldados cuando no estuvieran de servicio. Al verlos desembarazarse de sus fusiles y sus chalecos antimetralla, sus cascos y sus paquetes de municiones, de repente te dabas cuenta de lo jóvenes que eran: adolescentes, universitarios. Volvían a ser jóvenes; ya no eran esos guerreros amenazadores y con múltiples armas, anónimos en su abultado blindaje.

Y también comencé a viajar a las zonas rurales en compañía de Truong, donde saqué fotos de la población de este pequeño y hermoso país, que visitábamos como si yo fuera una turista y no parte del espectáculo de los medios de comunicación de una enorme maquinaria militar. Yo era fotógrafa de guerra, pero en el libro que tenía en mente esta no aparecería.







VIETNAM DEL SUR, 1967. DE *VIETNAM, MON AMOUR*.

Me volví al oír el chirrido de las sillas metálicas rozando las baldosas de terrazo, y vi el nutrido grupo de personas que estaban sentadas detrás de mí y se alejaban beodas y ruidosas. Reparé en el caos de restos que habían dejado: las botellas y los vasos, los ceniceros y las cajetillas de cigarrillos vacías, periódicos abandonados..., incluso un libro.

Grité:

—¡Eh! Os habéis olvidado... —pero era demasiado tarde: habían desaparecido. Me acerqué a la mesa y cogí el libro. Estaba en francés, y un espectral escalofrío me recorrió cuando leí el título y el nombre del autor.

*Absence de marquage*, de Jean-Baptiste Charbonneau.

Vietnam. El ruido de las ranas, ensordecedor, en el jardín de atrás de la cafetería Green Tree de la calle Binh Phu. Truong me presenta a su familia, y todos me hacen una reverencia como si los visitara la realeza: Kim, su mujer, y sus dos diminutas hijas, Hanh y Ngon. Una colina metálica de diez metros de alto formada por aparatos de aire acondicionado inservibles en un campo junto a la base de la fuerza aérea de Bien Hoa. La policía de Saigón con sus uniformes blanqueados y recién planchados: los «ratones blancos». El oficial de escolta de la prensa que se parece a Montgomery Clift. Las interminables lluvias de agosto. La masiva percusión de los ataques de los B-52: se sienten como si estuvieran a quince kilómetros, un temblor incontrolable de los músculos faciales. Los tamarindos de la calle Tu Do. Los niños ricos vietnamitas con sus ropas blancas de tenis en el Cercle Sportif. Unas mujeres con los dientes ennegrecidos en el mercado central que venden material del ejército de los Estados

Unidos. «We Gotta Get Out Of This Place», una canción de The Animals. Moteros. Tropas australianas que juegan al *cricket*. Hermosas villas en la costa, al pie de las colinas de Long Hai, construidas por los franceses, vacías y en rápido deterioro. Mujeres con unos sombreros cónicos hurgando en los vertederos del ejército de los Estados Unidos. El olor a varillas de incienso, perfume y marihuana: Saigón.

Un día, al salir de mi sastre, pasaba por un bar de la calle Tu Do cuando vi a una chica sentada delante de un chamizo llamado el A-Go-Go Club. Era una chica de barra americana, medianamente guapa, pero había algo en su aire pensativo, mientras estaba allí sentada soñando con otra vida, que me impulsó a detenerme y a sacar la cámara a hurtadillas. Llevaba unos tejanos blancos y una camisa blanca: a lo mejor estaba a punto de entrar a trabajar. Le saqué una foto. Ni se enteró.

—¿No crees que antes deberías pedir permiso?

Me di la vuelta y me encontré con John Oberkamp. Vestía tejanos y una camiseta ajustada azul ultramar de cuello ancho.

—Supongo que sí —dije—. ¿La conoces?

—Es mi mama-san. Entra y te la presento.

Se llamaba Quyen y trabajaba en aquel bar, y también de limpiadora en la base aérea de Bien Hoa. Parecía tenerle cariño a Oberkamp; cuando dijo «John, hombre número uno» parecía hablar en serio. Oberkamp la llamaba «Queenie». Entramos y pedimos una cerveza. Era media tarde y el lugar estaba tranquilo. Las muchachas se sentaban desperdigadas con sus diminutas y chabacanas minifaldas y sus tops de bikini. Charlaban, fumaban, se arreglaban el maquillaje y esperaban la llegada de la abundante clientela de la hora del cóctel. Oberkamp me contó que finalmente había conseguido una acreditación: ahora era un *freelance* reconocido de un periódico radicado en Melbourne, el *Weekly News-Pictorial*, y pasaba gran parte de su tiempo con la 1.<sup>a</sup> Fuerza Operativa Australiana en su base, Nui Dat, al sureste de Saigón, pero venía por la ciudad tan a menudo como podía para estar con Queenie. La besó en la frente —«Mi pequeña dama»—, y ella lo abrazó. Por casualidad me topé con ella dos días más tarde en Bien Hoa, donde estaba lustrando las botas de algunos artilleros de la Caballería Aérea. Se la veía diferente, con el pelo revuelto y sin arreglar: ahora era una sirvienta, humilde y trabajadora, nada que ver con las fantasías eróticas masculinas.

—Dile a John que le amo —me dijo—. *Beaucoup, beaucoup* amor.



Por alguna razón, era incapaz de leer el libro de Charbonneau. *Absence de marquage* ya llevaba dos semanas en mi mesilla. Conocía el origen de ese temor: sin pensar había leído la contraportada: era una de esas novelas francesas de tapa blanda y gran formato, color crema pálido, que en la portada solo llevan letras y ninguna ilustración. *Absence de marquage* era la historia de un joven diplomático de la Francia Libre —llamado Yves-Lucien Legrand— que se encuentra en Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial y mantiene una aventura amorosa condenada al fracaso con una hermosa inglesa, una fotógrafa llamada Mary Argyll.

De hecho, sentí náuseas cuando lo leí, y dejé el libro como si fuera un hierro al rojo. Mary = Amory. Argyll = *argile*, que en francés significa «arcilla», *clay* en inglés. Un *roman à Clay*, por tanto, me dije sin que aquello me hiciera gracia.

Naturalmente tenía que leerla, y la había estado hojeando en busca de aquellos párrafos referidos a «Mary Argyll», mi álter ego, mi *doppelgänger*... Produce cierta zozobra leer un relato de ficción cuando conoces todos los hechos en que se basa. Lo había estado consumiendo a pequeños sorbos, por así decir, leyendo un párrafo aquí, media página allá, solo para comprender que Charbonneau estaba relatando episodios de nuestra vida juntos sin alterarlos en lo más mínimo, aparte de cambiar los nombres y llamar a los personajes Yves-Lucien y Mary. Esta es su descripción de Mary Argyll después de su primera noche juntos.

Mary Argyll era una de esas mujeres casi hermosas, que no acaban de serlo. Pero para Yves-Lucien era eso exactamente lo que, de manera paradójica, la convertía en la mujer más hermosa que había conocido. Las mujeres hermosas son aburridas, se dijo; necesitaba algo más que la mera perfección para que una mujer le interesara. Mary tenía la nariz un poco prominente de más, y debería haber prestado algo más de atención a su pelo, castaño oscuro y liso, que de resultas de esa negligencia a menudo se veía lacio y descuidado.

Sin embargo, le encantaba su cuerpo desnudo. Era tan delgada que las costillas le asomaban, pero tenía unos pechos abundantes y generosos, y unos pezones perfectamente redondos. Los pies eran demasiado grandes, otra imperfección que él apreciaba, pues a veces la hacía parecer torpe y desgarbada, sobre todo cuando llevaba sus tacones más altos. Yves-Lucien encontraba ese *desgaire un peu loufoque* y de lo más excitante sexualmente.<sup>[9]</sup>



Mi éxito como fotógrafa en Vietnam lo obtuve con la publicación de esta imagen del piloto de un Huey a la espera de que le asignen una misión. Fue portada en tres revistas, y se publicó en más de cuarenta periódicos y revistas de todo el mundo. Debo admitir que vi su potencial cuando positivé la imagen. Ese hombre suspendido en el aire, las gafas de sol, la flecha de «peligro», la lata de cerveza: todo en perfecta yuxtaposición. De nuevo la fotografía detiene el tiempo (en blanco y negro); el momento histórico, sea cual sea la carga que lleve, idealmente congelado.

Al final del día me había sacado más de tres mil dólares, pero lo más importante fue que mi nombre empezó a correr de boca en boca, llegaron peticiones de otras imágenes parecidas, y de repente comprendí el dividendo comercial de trabajar en una zona de guerra donde los ojos del mundo están sobre ti. La acreditación era enormemente valiosa, no solo porque te daba acceso y te permitía visitar lugares a los que los demás fotógrafos no podían ir, convirtiéndote en un testigo único, sino también porque todo eso podía pasar a ser dinero contante y sonante. Esa era (aprendí enseguida) otra de las ventajas de los *freelances* que querían ver combates de cerca: si te arriesgabas, podías sacar un buen dinero.

Para mi sorpresa, Lockwood se mostró muy entusiasmado por la respuesta a mi foto de *Piloto en su hamaca*. Recibí de él un insólito télex: más de lo mismo, por favor, ya, ya, ya. La gente se estaba cansando de imponentes soldados y campesinos asustados; Zippos incendiando tejados de paja; heridos cubiertos de barro evacuados en helicóptero: enséñanos la cara humana oculta de Vietnam, me instó Lockwood. Aunque yo iba muy por delante de él.



Sin embargo, animada por sus palabras, y al descubrir que gracias a mi nueva reputación se me abrían más puertas, reemprendí mi viaje por las bases —Long-Binh, Bien Hoa, Da Nang— y sus suburbios y calles apartadas. Incluso fui a visitar a Oberkamp a Nui Dat y vi la pequeña chabola de cemento ligero y sacos de arena que ahora él llamaba hogar, en el perímetro del aeropuerto, pero no me dejó sacar ninguna foto de los australianos. «Los australianos son míos», dijo, y no bromeaba.

*Me encontraba en Hong Kong cuando en enero de 1968 se desató la ofensiva del Tet. Presencí el ataque en masa a unos treinta pueblos y ciudades de Vietnam del Sur mientras estaba sentada en mi habitación de un hotel —el Royal Neptune— que daba a la bahía de Kowloon. Veía los rostros de los reporteros de televisión que conocía, agachados y poniendo mala cara, bajo el rugir del fuego que les llegaba de Hué, Khe Sanh, del propio Saigón. Tan cerca estuvieron.*

*Necesitaba unas vacaciones, algún tipo de descanso, pues llevaba más de un año en Vietnam. Desde la oficina de la GPW de Hong Kong podía telefonar a mi familia y mantener una conversación de verdad: Annie estaba pensando en seguir estudios de posgrado; Blythe tocaba por los pubs de Londres en un grupo folclórico llamado Platinum Scrap.*

*Mantuve una larga conversación con Blythe, y hubo algo en la falta de inflexiones de su voz que me preocupó.*

—¿Va todo bien, cariño? —dije—. ¿Problemas con tu novio?

—¿Cómo sabes que tengo novio? ¿Te lo ha dicho Annie?

—Ha sido una intuición. ¿Es amable?

—Alto, rubio, con talento, granuja.

—No está mal. ¿También es amable?

—Solo cuatro adjetivos, mamá. Ya conoces las reglas.

*Pero parecía haberse animado, ahora que me lo había contado, y seguimos hablando de su grupo y de los terribles pubs en los que tocaban.*

*Mientras estaba en Hong Kong también conseguí aclararme con la mecánica financiera del nuevo éxito del que estaba disfrutando como resultado de la popularidad de mis fotografías de los jóvenes soldados. Mantenía correspondencia telefónica casi diaria con un rebelde empresario californiano que quería autorización para utilizar una de mis fotos en una camiseta. Se llamaba Moss Fallmaster.*

—Tengo treinta años, alto, flaco, con barba. Estoy casi seguro de que soy gay.

—No acabo de entenderte.

—De tendencia homosexual.

—Ah. Me alegro por ti. Mi tío también lo es.

—¡Vaya, eso es maravilloso! Estoy de tu parte, Amory, no te estafaré. Si yo gano, tú ganas. Haremos una fortuna.

*(Nunca gané la fortuna que Moss Fallmaster me prometió. Sin embargo, el*

*acuerdo me sigue proporcionando un menguante pero aún bienvenido dividendos.)*

*Compró los derechos de la foto que quería por mil dólares y un diez por ciento de royalties para mí por cada camiseta de dos dólares que vendiera. Imprimió un ambiguo pie de foto que captaba el signo de los tiempos. «Never Too Young To...»*



LA FOTO DE NEVER TOO YOUNG TO...

Había prometido no volver a entrar en combate, pero, para nuestra consternación general, después de que el cataclismo de la ofensiva del Tet pareciera haber amainado, en mayo de 1968 llegó la segunda fase, el Mini-Tet, y justo en nuestra puerta. Podía subir a la azotea del Caravelle, en el centro de Saigón, y ver cómo la aviación bombardeaba las calles de Cholon, a poco más de un kilómetro de distancia.

Mary Poundstone, que había vuelto a Vietnam plenamente acreditada por el *Observer*, dijo que aquello le recordaba el Madrid de 1936, cuando las fuerzas falangistas de Franco atacaron el corazón del distrito universitario. Salías del hotel — el Ritz, preferentemente— y podías ir a primera línea del frente en autobús. Mientras tanto, en la azotea del Caravelle, en 1968, bebíamos martinis, fumábamos y veíamos la rosácea luz tenue del arco de las balas trazadoras en el cielo de la tarde.

Le pedí a Truong que nos llevara en coche hasta Cholon —Mary vino conmigo, pues fue ella la que insistió—, lo más cerca que nos atreviéramos. Truong nos condujo por estrechas calles laterales, nos dejó y avanzamos lentamente para unirnos a cualquier unidad que pudiéramos encontrar, estadounidense o norvietnamita. Yo estaba muy nerviosa, pero me daba cuenta de que Mary volvía a sentir la vieja fiebre

de la guerra, de que su pasión se inflamaba de nuevo. Balas trazadoras, ametralladoras, morteros, granadas propulsadas..., todo aquello le encantaba de una manera perversa, la enloquecía.

Unos días atrás nos habíamos refugiado en una casa en ruinas durante un ataque aéreo. El aire fétido de la habitación parecía estremecerse físicamente con la fuerza percusiva de las bombas. Nos acurrucamos en un rincón con la espalda contra la pared.

—Mary —le dije—. ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Es que estamos locas? Somos dos señoras mayores.

—No somos mayores..., somos sabias. Hemos vivido, tenemos experiencia, por eso debemos estar aquí. No como esos porreros que se pasean por ahí intentando conseguir una herida de un millón de dólares. Eso no es para nosotras. Nosotras vemos las cosas con claridad.

Después de eso, solo me he visto una vez más en un tiroteo. Comienzo a tener la impresión de que se me está agotando la suerte.

Estaba en un bar bastante nuevo de la calle Tu Do llamado Marlon 'n' Mick's, quizá para atraer tanto a los fans del rock como a los aficionados al cine. Era un lugar sombrío y solo ponían música soul, motivo por el que yo lo frecuentaba. Me estaba convirtiendo en una admiradora incondicional de Aretha Franklin.

Entonces entró John Oberkamp acompañado de un amigo, un inglés desgarrado que también se presentó como fotógrafo y dijo llamarse Guy Wells-Healy. Los dos iban colocados, aunque controlaban, y buscaban «triqui triqui». Wells-Healy encontró a su puta, pero John Oberkamp estaba más interesado en hablar conmigo, y con un gesto de impaciencia espantó a las chicas que lo rodeaban. Le hice beber un litro de Coca-Cola y nos sentamos a una mesa, donde, con seriedad de universitarios, conversamos sobre la forma artística que practicábamos. Comencé con mi andanada habitual —que solo existen trece tipos de fotografía—, pero comprendí que no estaba dispuesto a entrar al trapo.

Sacó una cajetilla de Peter Stuyvesant, dentro de la cual había veinte porros ya liados que se vendían al precio de tres dólares con cincuenta en las calles de Saigón, y sugirió que probara uno. Levanté mi whisky con agua y le dije que esa era mi forma preferida de embriaguez. Pero siguió camelándome, y al final acepté compartir su porro.

Lo hice no porque deseara fumar marihuana, sino porque, por primera vez desde la muerte de Sholto, era consciente de que me atraía un hombre. ¿Cómo ocurren estas cosas? Yo no lo buscaba, pero es algo que se apodera de ti sin que te des cuenta, y, si eres honesta contigo misma, no puedes pasarlo por alto. Desde el primer instante en que conocí a Oberkamp en su Hotel de Suboficiales, percibí ese escalofrío que delata la atracción. Poseía una gracia y un algo impredecible que me conquistaba. Puede que fuera su sonrisa, o la manera en que me había tocado los pechos aquella noche (con lo

que sabía que se sentía atraído por mí). Quería colocarme porque pretendía que esa fuera mi excusa para hacer el amor con él, rechazando cualquier responsabilidad. No es culpa mía, señorita, él me drogó. Aquella noche deseaba a John Oberkamp, y no quería fingir lo contrario, no quería hacer lo más sensato y dar media vuelta.

Así que me fumé su porro y me sentí bien, aunque ya me sentía bien con el whisky. Quizá me sentí mejor, ¿quién sabe? Mi teoría acerca de la embriaguez es que todo depende del estado de ánimo y la predisposición. Si eres propenso a embriagarte, con un sorbo de Madeira tendrás suficiente. Si no, no te bastará ni una botella de ginebra de contrabando de cuarenta grados. Y desde luego, poseíamos el ingrediente añadido de que estar en zona de guerra resultaba un afrodisíaco. Si salías al exterior del Marlon 'n' Mick's y escuchabas con atención, podías oír el ruido apagado de las explosiones mientras la ofensiva del Mini-Tet tenía lugar en los barrios de las afueras de Saigón. En nuestro bar de la calle Tu Do estábamos a salvo, pero no lejos de allí la artillería lanzaba sus obuses y la gente moría. Eso te concentraba la mente en el aquí y el ahora.

Una vez sentados a la mesa, nos animamos mientras escuchábamos la versión de «Walk On By» de Dionne Warwick, y, tal como suele ocurrir cuando dos seres humanos sienten un interés sexual mutuo, están en una posición de estrecha proximidad y comprenden exactamente lo que ocurre, ninguno de los dos tuvo que decir nada. Al poco se habían mandado y recibido los mensajes pertinentes.

—No tengo dónde dormir esta noche —dijo John cogiéndome la mano.

—Si te interesa, en mi horrible piso tengo un incómodo sofá cama.

—Podría conformarme con eso. ¿Podemos ir a comprobarlo?

Y tras tomar otra copa nos marchamos. Fuimos a mi piso y una cosa llevó a la otra, tal como los dos pretendíamos, y John Oberkamp y yo hicimos el amor varias veces a lo largo de las doce horas siguientes.



JOHN OBERKAMP. SAIGÓN, VIETNAM, 1968.

Nos levantamos mucho después de mediodía, y por la tarde le pedí a Truong que me llevara al CAMV para el «numerito de las cinco»: la conferencia de prensa. John se fue a coger un avión que lo trasladaría a Nui Dat.

Nos despedimos con un casto beso, y John dijo que regresaría en una semana. Dije que muy bien, ya sabes dónde encontrarme, y se marchó, no sin antes volver la mirada y saludar con la mano. Sentí un cariño que no había experimentado en mucho tiempo. No me hacía ilusiones —era el clásico encuentro en Saigón—, pero lo necesitaba. John Oberkamp era la primera persona con la que me acostaba desde Sholto. Por lo que a mí respecta, había cruzado un Rubicón personal y sexual, y me sentía contenta y extrañamente satisfecha. El fantasma de Sholto por fin descansaba en paz.

Al final lamenté que se hubiera marchado a Nui Dat, pues por la noche recibí un télex de la oficina de Nueva York informándome de que una de mis fotografías, la que había titulado *La confrontación*, había ganado el premio Matthew B. Brady de fotografía de guerra. Era un honor que venía acompañado de un cheque de cinco mil dólares.

Salí con Mary Poundstone y un par de conocidos, también fotógrafos. Subimos por un lado de la calle Tu Do y luego bajamos por el otro, y acabamos en el bar del Majestic con un puñado de periodistas de la AP. En el curso de la velada bebimos hasta alcanzar un agradable estado de casi insensibilidad. Pero yo todo el tiempo

pensaba: ojalá John Oberkamp estuviera conmigo. Con John habría sido mucho mejor.

La ofensiva del Mini-Tet había acabado más o menos a finales de mayo. Mientras la lucha en las afueras iba perdiendo intensidad, comprendí que no solo me había inquietado el espectáculo nocturno de bengalas, artillería y el permanente tableteo de los helicópteros sobrevolando nuestras cabezas, sino la sensación de que la ciudad estaba rodeada por el Viet Cong y el ejército de Vietnam del Norte. Se había combatido en el norte y en el sur; en el sureste de la ciudad y en el noroeste, y así hasta describir todo el círculo. Parecía irreal, pues nos encontrábamos en la capital, y si te parabas a pensarlo, resultaba alarmante. Si estaban por todas partes, y tan cerca, ¿cuánto tiempo los podríamos contener, siendo realistas? ¿Qué ocurriría la próxima vez que...?



*LA CONFRONTACIÓN*, GANADORA DEL PREMIO MATTHEW B. BRADY, 1968.

Visité las áreas de Cholon donde los combates calle por calle habían sido más encarnizados y saqué fotos, aunque nunca utilicé ninguna. Los restaurantes estaban abiertos; las calles eran un atasco de tráfico y compradores entre un concierto de bocinazos, y de repente llegabas a un edificio destrozado, convertido en un agujero, abrasado y volado por una explosión; un enorme cráter de obús que poco a poco se iba llenando de escombros o de los restos carbonizados de un vehículo blindado. Y en aquellas calles había un extraño hedor que parecía pegarse a tus ropas y a tu pelo cuando por la noche volvías a casa, una especie de perfume dulce y salobre de humo, cordita, madera quemada, cuerpos en descomposición y gasolina, que todavía te rondaba las fosas nasales cuando te despertabas por la mañana.

Incluso a primeros de junio, por las noches, desde el bar de la azotea del

Caravelle podías ver las bengalas y el nervioso tableteo de una ametralladora mandando sus balas trazadoras, que ascendían en curva hacia el cielo negro. Los periodistas recién llegados estaban muy impresionados mientras tomaban sus copas. Oí decir a un inglés que se sentía como lord Raglan en las alturas de Balaclava.

Me encontraba en mi cuarto oscuro improvisado de la oficina, comprobando mi provisión de revelador, baño de paro y fijador cuando Renata Alabama se asomó por la puerta y dijo:

—Aquí fuera hay un australiano loco que insiste en hablar contigo.

Llevaba sin ver a John desde que pasamos la noche juntos —hacía una semana—, y sentí esa impaciencia que te deja sin aliento mientras bajaba las escaleras y recorría el pasillo hasta la recepción, mientras me atusaba el pelo con las manos y pensaba que ojalá me hubiera puesto carmín aquella mañana. «Boba —me dije—, ya no tienes dieciséis años».

Pero enseguida comprendí que él también se sentía nervioso, incómodo. Nos estrechamos la mano —Renata no nos perdía de vista, llena de curiosidad— y me preguntó si podíamos ir a un sitio tranquilo para hablar con calma. Recogí mi bolso y nos marchamos. Bajamos la calle hasta Bonnard's, un café estilo francés donde ponían la Radio de las Fuerzas Americanas a volumen bajo, con lo que podías hablar sin levantar la voz.

Nos sentamos, pedimos café, y yo encendí un cigarrillo.

—Te he echado de menos —dije—. Tonta de mí.

—Queenie se ha marchado. Ha vuelto a su casa.

—Bueno, ya sabes que estas chicas...

—Está embarazada.

—Estas chicas se quedan embarazadas, John. Es un riesgo laboral.

—Dice que es mío.

—Por favor...

—Dice que solo puede ser mío.

Un abatimiento se apoderó de mí. «Boba —volví a reprenderme por segunda vez en diez minutos—. No es más que un polvo de una noche, señora». Intenté razonar con él, pero John no quería razonar.

—No puedes estar seguro de que sea tuyo.

—Sí puedo. Queenie no me mentiría.

—¿Y qué tiene todo esto que ver conmigo? —pregunté, dejando que el cinismo me endureciera la voz. Debo admitir que estaba un poco dolida.

John se explicó. Sabía dónde vivían los padres de Queenie: en un pueblo llamado Vinh Hoa, en la Carretera 22 al oeste de Saigón, la que conducía a Tay Ninh. Necesitaba a alguien que hablara francés para poder explicarles la situación: los padres de Queenie hablaban francés, de lo cual ella estaba orgullosa, y por eso John lo sabía. Me di cuenta de que el pánico se estaba apoderando de él, y así se lo dije: si

podía ayudarle en algo, solo tenía que decírmelo. John quería ir enseguida a Vinh Hoa, pues estaba seguro de que Queenie estaría con sus padres, y también quería que llevara las fotos que le había sacado para poder identificar dónde vivía la familia.

—Un momento —le dije, al recordar un detalle—. Todavía hay combates en la Carretera 22.

—Muy esporádicos. Están limpiando la zona. De todos modos, solo está a treinta kilómetros. Máximo una hora —le daba igual cualquier precaución—. El tráfico es fluido. Lo he comprobado.

—A ver si Truong puede llevarnos.

—No podemos esperar. Tengo una moto. Vamos, Amory, es muy importante. Me lo debes.

Aquello me molestó: ¿se lo debía por un polvo?

Entonces se inclinó hacia delante, me besó y se lo perdoné.

—Lleva un hijo mío. No puedo dejar que desaparezca. Si no voy ahora, ya no la encontraré. Es ahora o nunca.

Supuse que tenía razón, o eso pensé mientras regresábamos a la oficina. Insistí en tomar una precaución: teníamos que pegar en la moto un papel con las palabras *Bao chi* en letras grandes.<sup>[10]</sup>

—Naturalmente —dijo John—. Podemos pegarlo al carenado —señaló una moto vieja y polvorienta de color rojo y blanco, con la pintura desconchada y descolorida.

—¿Qué clase de moto es esta? —pregunté.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Son cosas que me gusta saber.

—Es una Honda Super Cub.

—Conoces a la gente más simpática en una Honda.

—Ja, ja.

Entramos en la oficina y encontré lo que necesitaba, y también metí mi cámara en la bolsa (una Paxette en miniatura, de 35mm, sólida y pequeña). Sobre un trozo de cartón escribí BAO con rotulador negro, y en otro CHI, y coloqué cada uno en los dos lados del carenado. John puso en marcha el motor de una patada y yo me subí al pequeño asiento trasero. Entre los dos asientos había un asidero de aluminio, pero me sentía más segura rodeándole con los brazos.

—¿Te importa si me agarro a tí? —pregunté.

—En absoluto.

Nos pusimos en marcha y me mantuve abrazada a su camisa húmeda y sudorosa. Era de algodón barato, y llevaba un dibujo de unos clípers rojos a toda vela. Cerré los ojos un momento, y volví a sentirme como una adolescente. Resultó ser un día de lo más extraño, en medio de un vaivén de emociones: a veces me sentía blanda y tonta, y otras cínica e indiferente; se diría que había desconectado mi actitud de adulta responsable: ¿qué estaba haciendo en esa moto con Oberkamp, rumbo a la Carretera 22? Era como estar alucinando.



John parecía saber dónde iba. Llevaba un callejero doblado en un bolsillo que consultaba de vez en cuando, tras parar durante unos segundos para orientarse. Fuimos por calles secundarias para evitar el embotellamiento del aeropuerto de Tan Son Nhut, y finalmente llegamos a la Carretera 22, a cuatro o cinco kilómetros al norte de los límites de la ciudad. Me alegró mucho descubrir que estaba muy concurrida: vehículos civiles y militares circulaban en ambas direcciones. Quizá «carretera» no era un nombre muy acertado: no era más que una franja de alquitrán llena de agujeros, con anchos y polvorientos arcenes, más allá de los cuales había un paisaje cubierto de maleza y algún esporádico bosquecillo de cocoteros. Era un día de calor y calima: me dije que ojalá hubiera cogido un sombrero.

Pero al cabo de media hora éramos el único vehículo de la carretera. Le di unos golpecitos en la espalda y frené.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Señalé a mi derecha, donde, a unos tres kilómetros de distancia, un avión Dakota modificado, que recibía el nombre de «Spooky», ejecutaba un giro cerrado descendente. Entonces se oyó un ruido como de sierra mecánica cuando su ametralladora Gatling abrió fuego desde su posición en la portezuela lateral.

—Hay un problema —dije—. ¿Dónde está el tráfico? ¿A quién dispara el Spooky?

—Están limpiando el terreno. Lo he comprobado con la Oficina Central de Información, ya te lo he dicho. Vamos hacia el oeste. El lío está en el norte.

Entonces, como para respaldar sus palabras, se nos acercaron dos coches a toda velocidad.

—¿Lo ves? Estamos a solo quince minutos, creo.

—Muy bien, vamos.

Después de otro kilómetro la vegetación se volvió más rala, y a la izquierda distinguí un terreno llano en el que apareció un lago semiseco, que había sido drenado o se había evaporado por el calor. Aparcados en la orilla más cercana había tres vehículos blindados del ejército de los Estados Unidos, cuya tripulación estaba sentada a la sombra que proyectaban. Me alegró verlos, le dije a John que se detuviera, saqué unas fotos y los saludé con la mano cuando reemprendimos la marcha. Uno de los soldados se incorporó de un salto y nos gritó algo, cruzando los brazos, pero enseguida nos perdió de vista, pues doblamos una esquina. Le di unos golpecitos a John en la espalda y volvió a frenar la SuperCub.

—Esos soldados —dije—. Nos estaban diciendo que no siguiéramos.

—¡Si casi hemos llegado, joder! —protestó, señalando con la mano.

Un poco más adelante, vi un chamizo de madera junto a la carretera, con un tejado de hojas de palma y los desvencijados puestos de venta colocados delante, en el arcén, dispuestos a hacer negocio con los vehículos que pasaban, solo que no había ningún producto expuesto.

Me apeé de la moto y me coloqué en mitad de la carretera, mirando arriba y abajo

el reluciente asfalto. Todo el tráfico había desaparecido, y estaba sola en la Carretera 22. A lo lejos, el Spooky se ladeaba para llevar a cabo otro giro descendente en busca de objetivos. Hice visera con la mano, sintiendo cómo el sudor me recorría la columna vertebral mientras escuchaba atentamente.

—¡Vamos, Amory! —gritó John, y justo en ese momento vi algo que se movía en el chamizo que había junto a la carretera.

Los primeros disparos impactaron en la carretera, a unos tres metros delante de mí. Sentí esquirlas de asfalto en los antebrazos, y al volverme y echar a correr oí el sordo petardeo de varias AK-47 al abrir fuego, y noté cómo algo caliente me golpeaba el músculo de la pantorrilla derecha. Corrimos hacia la maleza y nos acucillamos. La SuperCub había quedado absurdamente de lado. Una bala impactó con un sonido metálico en la horquilla delantera, y a su alrededor se levantaron varias columnitas de polvo.

Me miré la pierna derecha. Mis pantalones tenían un desgarrón en la pantorrilla y se estaban impregnando de sangre. Me arremangué la pernera y vi un nítido surco de siete centímetros en la superficie del músculo. No sentía ningún dolor.

John se quitó la camisa y arrancó una manga —con extraordinaria facilidad—, y con ella vendó la herida, apretando el nudo. Los que manejaban la ametralladora del chamizo ahora disparaban hacia la maleza, buscándonos al azar. Por el momento estábamos seguros si manteníamos la cabeza gacha. Entonces oí el rugido de los motores de los vehículos blindados que había junto al lago, dirigiéndose hacia nosotros a toda velocidad. Cesó el fuego, y al levantar la cabeza vi a tres personas que salían corriendo del chamizo y se perdían en la maleza, justo antes de que el tejado de fronda de palma saliera volando en mil pedazos cuando la metralleta calibre 50 del vehículo que iba delante barrió el edificio. Parte de la estructura interna debía de estar dañada, porque todo el chamizo se medio derrumbó emitiendo un crujido y lo que pareció un suspiro, y una espesa nube de polvo cubrió la carretera. Salimos de la maleza con las manos en alto, por si acaso, y el vehículo que iba en cabeza frenó mientras su comandante, sentado en la torreta junto a la ametralladora, empezaba a insultarnos con todo su repertorio.

Tenía mi pequeña herida de guerra, que ya comenzaba a palpar. Y ahora que estábamos a salvo, John volvió a ponerse su camisa, con una sola manga; enderezó la SuperCub y manifestó su intención de seguir conduciendo hasta Vinh Hoa.

—¿Es que has perdido completamente la cabeza? —le chillé.

Me abrazó, me besó rápidamente en los labios para detener mis protestas y dijo:

—Volveré esta noche. Iré a tu casa. Traeré a Queenie.

—No, John, no lo hagas —dije furiosa y lo agarré del brazo. Pero lo solté al ver la expresión de sus ojos. Obsesiva, sin atender a razones.

—No se lo aconsejo, señor —dijo en tono seco el teniente que iba al mando del escuadrón de vehículos.

—Soy periodista —dijo John—. No me pasará nada. No se preocupe.

—Ah, claro. Uno de esos periodistas locos de los cojones. No le pasará nada. Adelante.





VEHÍCULOS BLINDADOS JUNTO AL LAGO RESECO. CARRETERA 22, SAIGÓN, 1968.

Sus hombres rieron.

John se subió a la moto, la puso en marcha, me sonrió, levantó los dos pulgares y se alejó por la carretera agitando un brazo en una última despedida antes de perderse en medio de la temblorosa calima.

Aquella noche lo esperé, pero no vino. Al día siguiente figuraba en la lista de Desaparecidos en Combate: los aldeanos de Vinh Hoa afirmaban que lo había cogido prisionero un cuadro del Viet Cong en retirada, sin duda los que nos habían disparado desde el chamizo que había junto a la carretera. No me preocupé demasiado: a menudo se capturaba a periodistas, pero generalmente los trataban bien y los liberaban al cabo de unos días, pues así hablarían bien de sus captores: una buena propaganda.

Pasó una semana sin que hubiera señales de John Oberkamp ni de su Honda SuperCub.

Dos semanas más tarde recibí una carta de su madre, la señora Grace Oberkamp, que me escribía desde Sídney, Australia. John le había escrito para contarle que pronto sería abuela, y por algún motivo le había dado mi dirección. Me pareció una precaución extraña, como si hubiera tenido la intuición de que podía ocurrirle algo. Yo había comenzado a experimentar una preocupación retrospectiva al recordar aquel momento en que me encontré sola en la Carretera 22, justo antes de que se iniciara el tiroteo. Comprendí que si aquellos miembros del Viet Cong hubieran sido mejores tiradores, quizá ahora estaría muerta. Annie y Blythe habrían quedado huérfanas. Sentí náuseas; estaba realmente afectada, y esos pensamientos e imágenes me

persiguieron en los días posteriores a la desaparición de John. Cerraba los ojos y me veía caer, sentía el impacto de las balas.

La señora Oberkamp decía en su carta que John estaba inquieto por sus posesiones, y que si algo le ocurría, se pusiera en contacto conmigo. Me preguntaba si sería tan amable de recoger sus pertenencias y enviárselas. Decía que me estaría eternamente agradecida y me reembolsaría todos los gastos que eso conllevara.

Y justo en ese momento llegó el primer ejemplar del libro. *Vietnam, Mon Amour* (Frankel & Silverman, 1968). Sabía que el título no era muy original, pero encajaba a la perfección con mis fotos de guerra sin combates. Además, su aparición causó cierto revuelo entre el cuerpo de prensa. Sabía que algunos de los fotógrafos que trabajaban en Vietnam habían planeado publicar un libro, pues a menudo lo habíamos comentado, pero yo fui una de las primeras, y solo se me adelantaron Jerry Strickland de UPI y Yolande Joubert de *Paris Match*. Incluso Renata Alabama me miraba ahora con respeto, y me preguntó si podría recomendar su trabajo a los de Frankel & Silverman. Debería haber saboreado aquellos elogios —y la descarada envidia—, pero de repente comprendí que todo el «*amour*» que podía existir entre Vietnam y yo disminuía rápidamente.

No dejaba de pensar (y lo que era peor, de soñar) en aquel momento en que me había visto sola en mitad de la Carretera 22, al sur de Vinh Hoa, en medio de aquel fantasmagórico silencio, solo roto por el lejano zumbido del Spooky al llevar a cabo su giro descendente. Se me había grabado en la cabeza como una serie de fotogramas, la escena de una película inacabada. Tenía mi rasguño de bala de siete centímetros, que había cicatrizado de maravilla, y mi libro nuevo y reluciente con sus fotos en papel satinado. Era consciente de que mi buena suerte me había llevado hasta allí. Pero sabía que deseaba volver a casa, a Escocia, a Barrandale.

Sin embargo, debía llevar a cabo una última tarea, cumplir un deber que tenía con John Oberkamp. Conseguí que me dejaran subirme a un Hercules de la Real Fuerza Aérea Australiana que cubría el breve trayecto de Saigón a Nui Dat, donde le enseñé la carta de la señora Oberkamp al oficial de escolta de la prensa.

—Ah, sí, Oberkamp —dijo—. ¿Alguna noticia?

Le dije que no.

Subimos a un vehículo y me llevó a la chabola de sacos de arena cercana al perímetro, junto a la pista principal, y entró delante de mí. Dijo que volvería a recogerme en treinta minutos. En el interior encontré un colchón Dunlopillo, algunas botellas medio vacías de ron y bourbon, unos mil cigarrillos, un ventilador eléctrico y un voluminoso saco de yute lleno de ropa sucia. Debajo de la cama descubrí una caja de cartón que contenía una docena de libros de bolsillo, dos cámaras y el sombrero chambergo australiano de John tan característico de él, con su críptico eslogan —«*Nacido para nacer*»— pintado en la parte delantera con esmalte de uñas color rosa coral. Me alegró ver que encima de la cama había clavado una de mis camisetas

de «Never Too Young To...». Eso era todo: John era de los que viajaban ligeros de equipaje; poco cargamento para un hombre que llevaba en Vietnam desde 1965. Volqué la ropa sucia sobre la cama y llené el saco con los libros y las cámaras, y las demás cosas personales que pude encontrar (dos Zippos, un cenicero del hotel Hilton de Tokio, unos cuantos rollos de película revelada). Me quedé el chambergo australiano y me lo puse en la cabeza, recogíendome el pelo debajo.

Decidí no esperar al oficial y eché a andar hacia la torre de control y los edificios administrativos con el saco de John a la espalda. Era media tarde, y el sol —un disco borroso y dorado— picaba a través del cielo lechoso. Se olía la inminencia de la lluvia.

Escuché el tableteo de los helicópteros y me detuve a contemplar un par de Huey de las fuerzas australianas que descendían cerca de la verja del perímetro, esparciendo polvo junto a una ambulancia acompañada de médicos que rodeaban una camilla con un goteo, a la espera de algún herido. Me quedé por allí.

Los Huey aterrizaron, los rotores se detuvieron y los hombres que había dentro empezaron a desembarcar con aire cansado. Los médicos echaron a correr y cargaron dos bolsas para transporte de cadáveres en la ambulancia antes de regresar con la camilla a buscar a otro soldado, inconsciente y con las dos piernas vendadas desde los tobillos a los muslos. Un jeep aparcó junto a la ambulancia y salió un oficial de alto rango. Comenzó a hablar con los médicos mientras estos, con mucho cuidado, colocaban su triste carga de sufriente humanidad a bordo de la ambulancia. Vi cómo un oficial tocaba el hombro del herido.

Ahora me encontraba cerca de los soldados que desembarcaban —algunos estaban de pie, otros sentados en el suelo, todos fumaban—, y reconocí ese aire de sucio y desamparado agotamiento que se apodera de los soldados después de horas de combate, de haber estado bajo el fuego enemigo. Lo había visto antes, sobre todo en Wesel en 1945, y cuando lo has visto una vez ya no se olvida. La ropa estaba empapada e incrustada de tierra; el uniforme, de dril verde, ennegrecido de mugre y sudor. Llevaban diversas armas —fusiles FN, M-16, incluso vi una AK-47—, suficientes para hacerme comprender que esos hombres no eran soldados regulares del ejército australiano; eran las fuerzas especiales australianas; en Vietnam, el Regimiento SAS. John me había contado que de vez en cuando había alguna unidad apostada en Nui Dat. Me acerqué lentamente —los mecánicos comprobaban los Huey, y había aparecido un vehículo para repostar combustible, de modo que había bastante actividad—, y pude ver un par de camiones de dos toneladas aproximándose para recoger a la unidad.

Me pregunté si podría sacar una foto a hurtadillas, y luego decidí que más valía preguntar. Me acerqué a un oficial, pero me detuve en seco en cuanto oí las voces de aquellos hombres hablando entre ellos. No eran australianos, sino ingleses. Distinguí algún acento *cockney*, también de las tierras bajas escocesas; otro era de Tyneside. Me agaché y fingí que ajustaba las correas de la mochila. Todos llevaban insignias de

la unidad del Regimiento de Servicio Aéreo Especial, amarillas y beis, y un par mostraba las boinas color caramelo del regimiento. Mientras los hombres se daban la vuelta y se preparaban para subir a los camiones que se acercaban, pude ver que en los distintivos que llevaban en las hombreras ponía «Australia». Aquellos hombres que a todas luces eran no australianos se esforzaban todo lo que podían por parecer australianos.

Se acercó el oficial de más rango que había estado en el jeep, y que vestía un uniforme de faena verde oliva perfectamente planchado, y los hombres se pusieron en pie y se enderezaron en una teórica posición de firmes mientras intercambiaban unas palabras con el oficial. Retrocedí con cautela. ¿Qué estaba sucediendo allí? Los camiones de dos toneladas se detuvieron, los hombres rompieron filas y subieron a bordo. Cuando el oficial regresaba a su jeep pasó cerca de mí.

—Hola, Frank —dije—. Qué pequeño es el mundo.

Frank Dunn se quedó petrificado, y a continuación se dio la vuelta. Casi pude oír los engranajes de su cerebro perplejo. Consiguió esbozar una sonrisa.

—Amory —dijo—. Maldita sea.

Se me acercó y me besó en la mejilla, eso hay que reconocérselo.

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí? —dijo retrocediendo y mirándome de arriba abajo—. Me encanta el sombrero —en aquel momento deseé no haberme puesto el sombrero australiano de John.

Me expliqué.

—Estaba recogiendo las pertenencias de un colega —dije levantando el saco de arpillera—. Está desaparecido en combate —hice una pausa—. Y lo que me pregunto es: ¿cuándo te uniste al ejército australiano?

—He dejado el ejército —dijo sin irse por las ramas—. Estoy retirado.

Le eché un vistazo: no llevaba insignias que indicaran su rango, ni nombre identificativo sobre el bolsillo de la pechera; iba vestido de soldado, pero eso era todo. No obstante, los hombres se habían puesto en posición de firmes cuando se les había acercado.

—Menuda manera de retirarse —dije—. ¿Por qué todos esos soldados británicos fingen ser australianos?

—Están adscritos al ejército australiano, como observadores.

—Vamos, Frank. Llevo aquí casi dos años. Estuve casada con un militar. No soy estúpida. Estos soldados vienen de combatir.

Frank Dunn entrelazó su brazo con el mío y me llevó hacia su jeep.

—Voy a decírtelo solo una vez, Amory. Y permíteme que sea claro. Has venido a NuiDat, has recogido las pertenencias de tu amigo y luego has regresado a Saigón. No los has visto. No me has visto. Y desde luego, no has hablado conmigo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Te dejaré en la oficina de información.

—Gracias.

Aun cuando nos despedimos de manera cariñosa —Frank me preguntó por las niñas, que cómo me las arreglaba, y me dio un beso de despedida—, supe que había cometido un error. Debería haber mantenido la boca cerrada.

Me encontraba en la oficina de SPS, intentando escribir una carta de dimisión dirigida a Lockwood. Contemplar las míseras posesiones de John me había deprimido: toda su joven existencia resumida en un saco de ropa sucia, unos cuantos libros hinchados de humedad y un par de cámaras. No había sido vida para John, y no era vida para mí: había llegado el momento de ponerle un final digno.

Renata golpeó con los nudillos el marco de la puerta. Parecía un tanto alarmada.

—Será mejor que bajes, Amory.

La seguí hasta la zona de recepción y me encontré a un sargento mayor de los Estados Unidos con un brazalete de la policía militar y a dos elegantes miembros de la policía militar del Ejército de la República de Vietnam que actuaban de escoltas.

—¿Amory Clay?

—Sí. ¿Qué ocurre?

Eché una mirada a la hoja de papel que llevaba en la mano.

—Su visado ha quedado rescindido. Se encuentra ilegalmente en este país. Está arrestada.

Escribo todo esto sentada sobre mi maleta, en algún lugar del aeropuerto de Tan Son Nhut. Es una cabaña con suelo de barro y sin mobiliario. La puerta está cerrada con llave y un policía militar del Ejército de la República de Vietnam está apostado fuera. Me van a deportar, y sé exactamente por qué: por lo que vi anteaer en Nui Dat. Sin la menor intención, ahora comparto un secreto, aunque es un secreto que nadie quiere compartir, de ahí estas extrañas prisas por sacarme del país.

El sargento mayor que me detuvo me contó lo mínimo mientras me permitía regresar al apartamento y recoger mis pertenencias: seguía órdenes de la autoridad superior. Estoy aquí sentada sintiéndome asustada y contenta. Contenta de marcharme (eso ya lo había planeado), pero asustada por esta exhibición de poder absoluto. A mi visado todavía le quedaban diez meses: lo había renovado a mi regreso de Hong Kong. Mi acreditación era sólida. Me estaban sacando de este país como si tuviera la peste. ¿Por orden de quién? ¿De Frank? Lo dudaba. No, Frank debía de haberle hablado a alguien importante de nuestro encuentro en Nui Dat; esa información habría ascendido por la cadena de mando hasta que alguien había tomado la decisión. Sáquenla de aquí. Estoy esperando un vuelo chárter de la Pan Am hasta Hong Kong, donde me quedaré en tránsito hasta que me pongan a bordo de un vuelo de la BOAC rumbo a Londres. No voy a tener que pagar pasaje.



## ÚLTIMAS REFLEXIONES AL ABANDONAR VIETNAM

John Oberkamp tenía más cicatrices en el cuerpo que Sholto. A lo mejor era eso lo que me atraía de él, que de alguna manera me recordaba a Sholto. No físicamente, sino el hecho de que estuviera siempre vigilante, su permanente curiosidad. La misma agilidad, ese porte resuelto. Todavía no hay noticias. No se sabe nada de su captura. [11]

Truong regresó justo cuando salía del apartamento con mi escolta de la policía militar. Absurdamente intentó agarrarme de un brazo y meterme en su Renault.

—¡No, Truong! —le grité—. Estoy bien. No pasa nada. Me voy a casa.

Se echó a llorar mientras se cubría la cara con las manos.

El nombre del sargento mayor que me acompañó hasta salir del país era Sam M. Goodforth. Se trataba de un hombre fornido, rubicundo y que nunca sonreía —parecía recién salido de un baño caliente—, con el pelo muy corto. Recuerdo su nombre porque lo llevaba impreso en un rectángulo de plástico sobre el bolsillo de la pechera izquierda. Goodforth: *go forth*, «vete» en inglés.

Después de que John Oberkamp se hubiera puesto en marcha de nuevo hacia Vinh Hoa, un tripulante de los vehículos blindados sustituyó el vendaje improvisado de John por otro propiamente dicho. «Debería ir a que le limpiaran bien la herida —dijo—. He oído decir que Charlie unta de mierda las balas». Como un favor, el teniente llamó a un helicóptero de evacuación médica, y ese fue mi último viaje en helicóptero Huey en Vietnam. Me designaron como «baja por herida leve (civil)» y me mandaron al hospital de campo de Saigón. Así es como me siento ahora al marcharme: una baja por herida leve (civil).

Y mientras estoy sentada aquí, preocupada, incómoda, un tanto deprimida, un tanto enfadada por esta marcha sumaria y obligada, me pregunto si hice lo correcto al embarcarme en esta aventura vietnamita, al abandonar mi casa y a mi familia por una misión no muy meditada con el fin de demostrarme algo, de descubrir algo de mí. ¿Qué he aprendido que no supiera? La verdad es que mucho. Y he sacado muy buenas fotos y las he convertido en libro. Y he ganado algo de dinero. Y he conocido y amado a otro hombre... No creo que se me pueda culpar por querer hacer lo que hice, y tampoco creo que Annie y Blythe me culpen. Después de todo, es mi vida, y tengo todo el derecho a vivirla hasta el límite. Ya lo creo, no dejas de repetírtelo, ¿verdad?

Oigo voces al otro lado de la puerta: voces de norteamericanos. ¿Ha llegado la hora de partir? ¿Por fin vuelvo a casa?

*Y ese fue el final de mi álbum de recortes de Vietnam, aunque no exactamente el final de mi experiencia vietnamita, que me acompañó unos cuantos miles de kilómetros más. Llegué a Heathrow en un vuelo procedente de Hong Kong a primera hora de la mañana. Mientras cruzaba la pista de estacionamiento en dirección al edificio del aeropuerto, dos agentes de policía me interceptaron y me condujeron a un coche aparcado allí cerca que no llevaba ninguna identificación. Les recordé que tenía una maleta a bordo; me dijeron que me la traerían.*

*Cruzamos el Londres de primera hora de la mañana por calles bastante vacías hasta llegar a St. John's Wood, al norte de Regent's Park, un bloque de pisos de lujo con su propio aparcamiento subterráneo. Me llevaron a un apartamento de servicio en la cuarta planta, donde me saludó una joven muy robusta de expresión agria, enfundada en un traje morado y unos zapatos cómodos y funcionales. Me acompañó a una sala de estar donde había un mobiliario tapizado de marrón y una chimenea de gas, y me ofreció una taza de té y galletas. Mientras señalaba un botón que había junto a la puerta, me dijo que si quería utilizar el retrete debía llamar al timbre. A continuación salió y me encerró con llave.*

*Me bebí el té y me comí las galletas integrales, y al cabo de una hora llegó mi maleta. Esperé. A la hora de comer me ofrecieron unos cuantos sándwiches de jamón y un vaso de zumo de naranja. Dormí en el sofá casi toda la tarde. Deliberadamente no le pregunté a mi guardiana qué ocurría. La cena fueron unos sándwiches de queso y tomate y un vaso de zumo de naranja. Volví a tenderme en el sofá y dormí —no muy bien— unas cuantas horas.*

*Bien entrada la noche me despertó la mujer del traje morado y me llevó por un pasillo hasta otra habitación en la que había una mesa de comedor y seis sillas. Me sirvieron otra taza de té. Al cabo de unos diez minutos oí voces en la puerta de entrada del piso, y unos momentos después dos jóvenes trajeados entraron y se presentaron mientras se sentaban delante de mí: el señor Brown y el señor Green. Tendrían unos treinta y tantos; uno era moreno y robusto (el señor Green), y el otro lánguido y corpulento, con el pelo rubio y ralo (el señor Brown). Sin duda ambos se habían educado en caras escuelas privadas y se habían graduado en excelentes universidades. Tenían un educado acento de clase media. Podrían haberse puesto a leer tranquilamente las noticias de la BBC.*

*Señor Brown: Lady Farr. Su nombre profesional es Amory Clay.*

*Yo: Correcto.*

*Señor Green: No la retendremos mucho tiempo. Lamentamos haberla hecho esperar.*

*Yo: Estoy impaciente por volver a casa. ¿Puedo preguntar por qué me retienen, en primer lugar? No soy consciente de haber hecho nada malo.*

*Señor Brown: Hemos tenido que retenerla por lo que usted cree haber visto en (consulta su cuaderno) la base aérea de Nui Dat, en Vietnam.*

*Yo: La verdad es que no recuerdo casi nada.*

*Señor Green: Supondremos, por su propio bien, que no recuerda nada en absoluto.*

*Yo: Desde luego. Se lo prometo.*

*Señor Green: Nada de nada. Nunca. Por su propio bien.*

*Yo: Repito que se lo prometo.*

*Señor Brown: Porque si se le ocurre decir una palabra...*

*Yo: Se lo prometo. Nada.*

*Señor Brown: Excelente.*

*Entonces los dos esbozaron una sonrisa forzada y se levantaron. Brown me preguntó si tenía algo de dinero y le dije que solo dólares americanos. Me entregó un billete de diez libras por el que tuve que firmar un recibo, y a continuación la mujer del vestido morado me acompañó a la puerta principal, donde me esperaba la maleta.*

*Bajé en ascensor sola y salí a la primera luz del amanecer en St. John's Wood. Paré un taxi y le pedí que me llevara a un café que estuviera abierto toda la noche. Resultó estar en la estación de autobuses Victoria, donde, bajo una luz incandescente y fluorescente, comí un desayuno grasiento y bebí muchas tazas de té fuerte, que disfruté una enormidad.*

*Pero sentada en aquella refulgente cafetería, me sentía cada vez más extraña, teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrirme en las últimas cuarenta y ocho horas, y comprendí que ya había experimentado antes esa sensación, aunque no recordaba cuándo. Esa sensación de miedo e impotencia; de otras fuerzas que de repente controlan el rumbo de tu vida; de andar completamente perdida en lo que considerabas un mundo conocido. Y entonces me acordé. El juicio por «obscenidad» a raíz de mis fotografías berlinesas, muchas décadas atrás, sentada ante el tribunal de Bow Street declarándome culpable cuando era inocente; descubriendo que mis fotografías iban a ser destruidas; recibiendo la admonición y la humillación del juez.*

*Toparse con el implacable poder del Estado supone una experiencia de lo más perturbadora. En una vida normal ocurre muy rara vez: quizá nunca, quizá en una o dos ocasiones. Pero de repente parece que tu ser individual, tu naturaleza individual, no vale nada, eres prescindible, y eso, básicamente, es lo que te asusta, lo que te afloja los intestinos.*

*Mientras el mundo comenzaba a despertar, telefoneé a Blythe a su piso de Notting Hill, pero nadie contestó. Así que probé con Annie, y la llamé a su residencia estudiantil de la Universidad de Sussex.*

*—¡Mamá! ¡No me lo puedo creer! ¡Has vuelto! Qué maravilla. ¿Por qué no nos lo has dicho?*

—Sí, es maravilloso y todo muy repentino, pero aquí estoy, querida. Se han acabado los viajes.

Hablamos un poco más y le dije que había telefonado a Blythe, pero sin éxito. Annie me dijo que siguiera intentándolo, que no se había mudado. Sentía la imperiosa necesidad de que alguno de mis seres amados me abrazara muy fuerte. Volví a telefonar, pero tampoco contestaron, así que cogí un taxi y le pedí que me llevara a Ladbroke Grove, a una casa de estuco medio desconchado de cuatro plantas delante de la cual había doce cubos de basura rebosantes. Llamé al timbre del piso de Blythe, y al final un adormilado norteamericano de pelo largo abrió la puerta. ¿Está Blythe? Soy su madre. Lo siento. Blythe lleva semanas fuera. Está de vacaciones. No pude más y me eché a llorar.

## **Libro octavo: 1968-1977**

## 1. Habitación 42, motel San Carlos

Me registré en recepción, donde me encontré con un joven aburrido que masticaba chicle, peinado con la raya en medio y con un problema de acné. Me asignó un bungalow, la habitación 42, junto al aparcamiento, en la parte de atrás del complejo. No me importó. El sol del desierto californiano caía a plomo mientras aparcaba mi Dodge Coronet azul cerceta del 65 lo más cerca posible de mi puerta. Metí el equipaje, conecté el aire acondicionado y deshice las maletas. Tenía una cama enorme, una máquina de hielo y un cuarto de baño limpio de azulejos blancos con un protector profiláctico de polietileno en el retrete. Albergaba la esperanza de no tener que quedarme mucho tiempo.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Uno de los placeres y alegrías que menos cuestan —si tienes suerte— es despertarse en una cama calentita y comprender que no has de ir a ninguna parte y puedes darte la vuelta y seguir durmiendo. Las primeras tres mañanas que pasé en mi casa, tras mi regreso a Barrandale, me quedé en la cama hasta bien entradas las once. Necesitaba esa calma, ese lujo banal y cotidiano del sueño.

Abrí la casa, la ventilé, me aprovisioné de comida y bebida, y fui a buscar a mi perro, Flam, a casa del granjero que me lo cuidaba. La evidente felicidad de Flam al verme fue otro clímax emocional: su ladrido en *stacatto*, sus saltos, su manera de lamerme la cara. Tardó horas en calmarse.

Rápidamente regresé a mi antigua vida. Largos paseos por la isla; visitas a amigos para hacerles saber que había vuelto, y volver a familiarizarme con una existencia que había quedado aparcada mientras estaba en Vietnam. Aunque, claro está, lo ocurrido allí y las circunstancias de mi precipitado regreso eran algo que me guardaba para mí.

Incluso ahora, después de todo este tiempo, todavía me pregunto si el único motivo por el que me permitieron abandonar Vietnam fue por mi título, porque era la viuda de Sholto, lord Farr. Dios bendiga el sistema de clases británico. ¿Qué me habría ocurrido de ser simplemente Amory Clay? Cada vez estoy más convencida de que, sin mi título de «lady Farr», en alguno de mis viajes habría entrado misteriosamente a formar parte de la categoría de Desaparecidos en Combate, y me habrían encontrado muerta entre los restos de algún tiroteo con el Viet Cong. Otro fotógrafo imprudente que cae buscando una primicia. Habría sido muy fácil de arreglar. Mi título y el hecho de que Frank Dunn me conociera y hubiera servido con Sholto en la guerra me salvaron la vida. Mi larga espera en el piso de St. John's Wood

representaba el tiempo que habían tardado en evaluar el riesgo que yo planteaba, ahora que conocía el secreto. Se había convocado una reunión. ¿Lady Farr? ¿Viuda de lord Farr, Cruz Militar, Orden por Servicios Distinguidos? No podemos hacer nada, ¿verdad? Es la viuda de un militar. Que prometa que se estará callada, veamos si podemos confiar en que no abra la boca. El señor Green y el señor Brown debieron de informar: no es ninguna tonta, sabe lo que hay en juego. Podemos dejar que se vaya.

\* \* \*

En aquella primera semana posterior a mi regreso, la oficina de Joe Dunraven me mandó un paquete con mi correo: todo se lo habían desviado a ellos, para poder pagar las facturas, mantener la casa, etcétera. Una vez al mes habían enviado las cartas personales a la oficina de Sentinel en Saigón. El paquete que recibí solo contenía el correo de las últimas semanas, y era insignificante, exceptuando una carta con matasellos de Los Ángeles. Dentro había una postal.

Querida mamá:

Solo quería que supieras que me encuentro bien y soy feliz. Ahora vivo en los Estados Unidos. No volveré a casa. Soy muy feliz y estoy muy bien, así que, por favor, no te preocupes por mí.

Con todo mi amor,  
Blythe

Debajo de la firma había un pequeño símbolo: una cruz cristiana, con un estilizado ojo dibujado sobre el eje vertical.

Telefoneé a Annie.

—No estoy segura de si es una broma o no, pero he recibido una postal muy extraña de Blythe.

—Yo también —Annie parecía alterada—. En mi caso ha sido una carta.

—¿Procedente de los Estados Unidos?

—Sí.

—No sabía que hubiera ido.

—Yo tampoco —Annie hizo una pausa—. Todo es muy dulce y bonito, y no deja de decirme lo feliz que es y lo bien que está. Pero también dice que nunca volverá. Nunca —había un temblor en su voz—. No me parece muy propio de Blythe. Es como si alguien le dictara lo que tiene que decir.

—¿Hay un extraño símbolo en tu carta?

—Una especie de cruz con un ojo encima. Creo.

—De todos modos, es su letra.

—Sí. Pero no parece su tono.

Ahora me sentía inquieta, con un asomo de alarma y preocupación. Le dije a Annie que había estado en su piso de Notting Hill y que allí me habían dicho que estaba de «vacaciones». Quizá alguien supiera algo. Le dije que hablaría con el norteamericano que estaba viviendo en su apartamento.

—Iré este fin de semana —dijo.

—No, no te preocupes. Ya iré yo.

El viaje hasta la habitación 42 del motel San Carlos no había sido sencillo, reflexioné mientras desempaquetaba mis ropas. Había pasado dos semanas en California y alguna vez había perdido la esperanza, pero ahora, en teoría, apenas unos cuantos kilómetros me separaban de Blythe; no tardaría mucho en encontrarme con ella cara a cara.

Me había desplazado a Londres a las veinticuatro horas de hablar con Annie, y me había dirigido directamente al piso de Blythe, en Notting Hill. Allí me encontré con el hombre que me abrió la puerta después de la noche que pasé en St. John's Wood. Era un tipo afable y franco, no yanqui sino canadiense, me corrigió cortésmente. Se llamaba Ted Lundegaard.

—¿Ocurre algo? —me preguntó—. ¿Blythe anda metida en algún lío?

—La verdad es que no sabemos dónde está —improvisé—. Necesita medicación, medicinas, se ha quedado sin su provisión y estoy preocupada.

—Caramba. Ya lo entiendo. Sé a qué se refiere. Puede ser muy desagradable.

Me dijo que Blythe se había ido a los Estados Unidos con su novio, Jeff, un norteamericano.

—¿Su novio?

—Tocaban juntos en un grupo, Platinum Scrap.

—¿Conoces el apellido de ese tal Jeff?

—Bellamont. Jeff Bellamont. Iban a montar un dúo, ya sabe: «Blythe y Bellamont». Jeff dijo que los habían contratado en un club de Los Ángeles.

—Los Ángeles... ¿Conoces el nombre de ese club?

—Lo siento. Se me ha olvidado. Sé que me lo dijo, pero... Un segundo.

Lo seguí desde la sala de estar, donde había dos sofás desvencijados y unos enormes altavoces, hasta un gran dormitorio con una ventana en saledizo, situado al final de la casa y que daba a una franja del descuidado jardín público que había delante. Ese era el dormitorio de Blythe, me informó Ted, de Blythe y de Jeff. En cierto modo, era tan deprimente como el chamizo de John Oberkamp en la base aérea de Nui Dat. Había un colchón de matrimonio en el suelo con unas sábanas inmundas y una manta, una luz central con una pantalla de papel polvoriento, un tocador con un espejo apoyado en la pared y una docena de cajas de cartón que funcionaban como armario, llenas de ropa y zapatos. No había alfombra. A ambos lados de la cama se veían ceniceros repletos de vetustas colillas. El olor a polvo, moho y colilla permeaba



el aire, entretejido con el de algún desodorante barato. ¿Qué sabemos de las vidas privadas de nuestros hijos?, me pregunté de manera retórica. Nada.

Ted buscaba en un panel de corcho colocado junto al tocador. Encontró una tarjeta y me la entregó.

—Vaya. Hemos tenido suerte.

La tarjeta decía «Downstairs at Paul's», bajo un logo de guitarras cruzadas, y en ella había una dirección de Fountain Avenue, en West Hollywood.

Así que me compré un billete de avión a Los Ángeles y me marché al día siguiente, agradecida a los dioses de la fortuna por poseer suficientes fondos para poder hacer aquello sin más, gracias a los ingresos del premio Matthew B. Brady. En el vuelo tuve muchas horas para pensar, y me pregunté si (a) me estaba comportando como una tonta; (b) estaba haciendo lo correcto o (c) me arriesgaba a distanciarme aún más de mi hija al correr tras ella en ese estado de pánico.

La finalidad de todo lo que decía en sus cartas era tranquilizarme —estoy bien, mamá, no pasa nada—, pero yo no podía quitarme de la cabeza la aprensión premonitória de que no todo iba tan bien, de que nada iba bien, y razoné que prefería enfrentarme a la irritación y a las acusaciones de Blythe que quedarme en Barrandale preocupándome vagamente por ella y sintiéndome culpable por no hacer nada. Entonces comprendí que la clave es que me sentía culpable. Me sentía culpable por haberme marchado, abandonándola, y mi sentimiento de culpa, cada vez más acusado, me impulsaba a llevar a cabo ese viaje, por molesto e inútil que pudiera resultar.

Todavía consideraba mis opciones cuando llegué a Los Ángeles, donde encontré un hotel muy cómodo, el Heyworth Travel Inn, en el bulevar Santa Monica, apenas a tres manzanas del Downstairs at Paul's.

Y así fue como acabé en un pequeño club de música jazz-folk en el que había un diminuto escenario y unos cuarenta asientos. El encargado me dijo que Blythe y Bellamont habían tocado dos noches en Downstairs, y que la verdad es que eran bastante buenos. Comprobó la fecha: hacía unas siete semanas. «Siete semanas —me dije—. ¿Dónde estaba yo hace siete semanas?». En mitad de la ofensiva del Mini-Tet, refugiándome en una casa bombardeada con Mary Poundstone, sin duda. Sentí cómo la estúpida e ilógica culpa se apoderaba otra vez de mí, y me dije que si hubiera estado en casa, Blythe no habría emprendido su existencia errante sin contarme sus planes, ni nos habría enviado, a su hermana y a mí, unas postales extrañamente anodinas.

Y entonces me acordé de que me había perdido el cumpleaños de las mellizas, su veintiún cumpleaños. Les había mandado una postal y un cheque a cada una. No podía haber sido eso lo que... Dejé de reprenderme. Cheques. Les había enviado a cada una cien libras por su cumpleaños. Un simple gesto, aparte de la herencia del patrimonio de los Farr que iría a parar a sus manos en su «madurez»: mil libras. Una

fortuna para alguien como Blythe, que vivía de aquella manera, y también una fortuna, se me ocurrió, para Jeff Bellamont. La llegada de ese dinero debió de haber sido el catalizador del viaje a los Estados Unidos; estaba segura de que eso lo explicaba todo.

Regresé al Heyworth y me pregunté qué debía hacer ahora. Era evidente que necesitaba algo de ayuda; había hecho todo lo que podía sola. Se me ocurrió llamar a Cleveland Finzi, mi caballero de bruñida armadura, pero fui incapaz de coger el teléfono: no era el momento ni el lugar ni la situación para aumentar mi deuda con Cleve. ¿A quién más conocía en Los Ángeles? Y entonces me acordé: mi «socio», Moss Fallmaster.

Le telefoneé. Me dijo que estaba encantado de oír mi voz, y aún más encantado de que me encontrara en la ciudad. Me invitó a su «factoría» de San Isidro Drive, en los cañones que hay encima de Beverly Hills. Fui allí con mi Coronet azul cerceta, curiosa y esperanzada.

Moss Fallmaster era alto, posiblemente la persona más alta que he conocido: uno noventa y cinco o dos metros, diría yo, y en honor a mi visita vestía una camiseta de «Never Too Young To...». Lucía una barba puntiaguda de brujo sujeta en su extremo por una ágata, y llevaba el pelo largo y recogido en una cola de caballo. Era como un encantador personaje de cuento de hadas, y locuaz; lo único que no casaba con ese personaje que había compuesto con tanto esmero eran las pesadas gafas de montura negra, más propias de un abogado o un funcionario del gobierno.

Su casa del cañón poseía una hermosa vista de la enorme ciudad y su planicie costera. A través de la neblina de sal y contaminación pude ver los borrosos rectángulos de los altos edificios que, a kilómetros de distancia, componían el centro de Los Ángeles. Por toda la casa —pasillos, vestíbulo, apiladas contra la pared— se veían cajas de cartón abolladas con palabras garabateadas en letra grande: Grateful Dead, Signo de la Paz, Marihuana, Mickey Mouse desnudo, No a la Bomba, Che, etcétera.

—Ah. Camisetas —dije.

Señaló una caja: «Never Too Young To...». Se inclinó como disculpándose:

—No es la que más vende —dijo—. Pero se sigue vendiendo. De hecho, creo que te debo dinero.

Fue a su estudio y salió con un fajo de billetes, de los que me entregó setecientos dólares, y me hizo firmar un recibo.

—Espero que las conversaciones de París se alarguen lo más posible —dijo—. Una guerra es un buen negocio. Solo bromeaba —añadió con una ladina sonrisa.

Nos sentamos en su terraza y me sirvió un vaso de vino tinto. Le conté por qué estaba en Los Ángeles.

—Dios mío. Madre inglesa viene a California en busca de su hija fugitiva. Compraré los derechos para el cine —inclinó hacia delante su largo torso y me llenó el vaso. Encendí un cigarrillo—. ¿Sabes, Amory?... ¿Puedo llamarte Amory? Yo que

tú volvería a casa. Tu hija regresará en cuanto se aburra de su pequeña aventura. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno.

—Se le acabará el dinero.

—Tiene mucho dinero. Ese es el problema.

Le expliqué lo del legado de Sholto. Le conté lo de la extraña postal que me había enviado, junto con la carta a Annie y su énfasis en que se encontraba bien y feliz.

—Mira —dijo—, la verdad que no entiendo por qué te parece preocupante... Dice que es feliz...

—Blythe no es así. La conozco demasiado bien. Algo le ha pasado.

—¿Sabes qué? —dijo—. Creo que necesitas un detective privado. Y conozco al hombre adecuado.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Esta mañana, mientras cruzaba el camino de grava hasta el coche, me he caído. No había hielo; no he tropezado, trastabillado ni me he dado con el pie contra el suelo: la pierna ha cedido y me he caído. Me he quedado sentada en el suelo un rato y he contado hasta cien antes de levantarme. Una vez de pie, todo parecía ir bien, aunque sabía lo que estaba ocurriendo: me lo había advertido el neurólogo. He comprobado si tenía fuerza en ambas manos agarrando el picaporte de la puerta: perfecto. Pero notaba la garganta seca y estaba asustada, como si algo se estuviera apoderando de mí: esa repentina pérdida de fuerza, la repentina pérdida de control motor es la señal elocuente de que la enfermedad va ganando terreno. Tranquila, muchacha, tranquila... Viene y va, escoge su propio ritmo. Puede que avance muy lentamente, que no te entre el pánico. Hay que vivir al día y todo eso. Recuerda que tú tienes la última palabra.

\* \* \*

Cole Hardaway, de Hardaway Legal Solutions Inc., era el investigador privado que Moss Fallmaster me recomendó. Tenía una oficina sobre un centro de manicura de Santa Mónica. Si te asomabas por la ventana, podías ver el océano reflejado en las ventanas del edificio de enfrente. De entrada parecía un hombre poco atractivo, en absoluto lo que esperaba o había imaginado de un detective privado. Llevaba unos pantalones gris claro y una camisa verde lima a cuadros. Era un hombre que rondaba los cuarenta y cinco, enjuto y de aspecto reflexivo, con un corte de pelo que no le favorecía: flequillo estilo Beatle, recto a la altura de las cejas. Supongo que le daba

un aire algo más juvenil, pero siempre he pensado que cualquier hombre de más de cuarenta años que deliberadamente se deja un flequillo infantil provoca cierto recelo. De todos modos, procuraba hacer caso omiso de ese detalle cuando hablábamos, y de manera lenta pero segura me fui dando cuenta de que mi impresión de Cole Hardaway era cada vez más favorable. Hablaba con una tranquilizadora y profunda voz de bajo, y de manera muy mesurada, siempre parándose a pensar, valorando visiblemente cualquier pregunta que le formulabas.

—Estuve en Inglaterra durante la guerra —dijo, y me explicó que había servido en el cuerpo de ingenieros. Había participado en la construcción de diversos pontones sobre el Rin en 1945. Le relaté que yo también había cruzado el Rin ese mismo año.

—¿No sería gracioso —dije— que hubiera cruzado el Rin por uno de los puentes que usted ayudó a construir?

Era un comentario como de pasada, pero el señor Hardaway reflexionó en silencio unos momentos, y asintió mientras sopesaba las posibilidades.

—Sería una coincidencia extraordinaria —dijo por fin. Estuve de acuerdo y continuamos con la cuestión de encontrar a Blythe.

Le proporcioné toda la información que tenía, además de una foto bastante reciente de Blythe que llevaba conmigo. Me informó que cobraba cien dólares al día sin incluir los gastos, y me aconsejó que regresara al hotel. «Relájese unos días —me dijo—, visite la ciudad». Me llamaría en cuanto tuviera algo concreto.

Cuando salía de su oficina, junto a la puerta vi colgada en la pared la foto de un joven soldado en uniforme de faena sentado sobre un montón de sacos de arena, sonriéndole a la cámara. Estaba claro que se trataba de Vietnam: podría haber sido una foto de mi libro *Vietnam, Mon Amour*.

—Acabo de regresar de Vietnam —le dije, y le expliqué por qué había ido.

—Es mi hijo, Leo —contestó con una voz monocorde—. Lo mataron en Da Nang el año pasado. Un accidente de tráfico.

Le perdoné a Cole Hardaway su estúpido flequillo.

Visité la ciudad, al menos lo que se podía visitar en Los Ángeles. Me di una vuelta por los estudios Universal. Saqué algunas fotos de Sunset Boulevard. Vi dos películas (*2001: Una odisea en el espacio* y *La zorra*), y me senté a leer junto a la pequeña piscina del hotel. Estaba planeando hacer una excursión a Anaheim para visitar Disneylandia cuando me llamó Cole Hardaway, tres días después de mi primera cita con él. Había localizado a Blythe y le debía cuatrocientos veinticinco dólares. Me sugirió que nos encontráramos: era un poco complicado.

Regresé a su oficina de Santa Mónica, donde me ofreció una copa. Le pedí un escocés, pero solo tenía bourbon.

—¿Quiere que vayamos a un bar? —sugirió—. ¿No le importaría ir a un bar?

En absoluto, dije, una idea excelente: me encantaban los bares. Así que bajamos a la calle y acabamos en un bar que estaba a una manzana de distancia, en el que,

evidentemente, Hardaway era un habitual, y nos sentamos a una mesa de la parte de atrás, en un sofá curvo de polipiel rojo. Una camarera con un ajustado vestido plateado sin espalda y con minifalda nos tomó nota.

—Aquí tienes, Cole —dijo con una cálida sonrisa mientras nos servía las bebidas—. Es un placer tenerte de vuelta.

—¿Puedo llamarte Cole? —pregunté.

—Naturalmente, señora Farr.

Me dijo que el factor clave que le había permitido localizar a Blythe había sido su novio, Jeff Bellamont, quien, muy considerado y sin pretenderlo, había dejado un rastro relativamente fácil de seguir desde Downstairs at Paul's: el alquiler sin pagar de un apartamento, el alquiler de un coche, una noche en un hotel, una pelea y una multa de tráfico en Fresno; todo eso le había llevado a otro hotel de Bishop, en Inyo County. Cole había ido hasta Bishop, a unos cuatrocientos kilómetros al norte de Los Ángeles. Disponía de una fotografía de Bellamont, una foto reciente de la policía que me entregó. Resultó que el tal Bellamont había conseguido reunir una considerable lista de delitos y faltas, e incluso había cumplido condena en la prisión de Folsom por robo. Tras preguntar a algunas personas de Bishop (que tampoco era un lugar grande) Cole había conseguido una identificación precisa y una localización probable.

—Estoy casi seguro de que sé dónde está —dijo—. Y si está allí, entonces lo más probable es que su hija también esté. Es solo que... —hizo una pausa para uno de esos momentos de reflexión—. Es solo que se trata de una situación un tanto rara. No peligrosa, no, no. Pero prepárese para algo que no es normal.

\* \* \*

EL DIARIO DE BARRANDALE, 1977

Hugo me telefoneó para invitarme a ver cómo progresaba su nueva casa, de manera que doblé el cabo y me lo encontré discutiendo con los contratistas. Ya habían colocado el tejado, y comprendí que iba a ser una casa de buen tamaño. Una vez estuviera sellada, y hubieran puesto las ventanas y demás, podrían trabajar dentro durante el invierno, me dijo. Esperaba instalarse en la primavera del año siguiente.

—Y seremos vecinos —añadió.

—Lo que será estupendo.

—Podrás pasarte a tomar una copa.

—Y viceversa.

Paseamos por las rocas a las que daba la casa: no tenía bahía. La bahía era mía.

—Sabes que deseo una relación vecinal especialmente estrecha —dijo cogiéndome la mano. En aquella época siempre me cogía la mano: no se lo impedí.

—Hugo —comencé a decir—. No creo que...

—No creas nada. No hay necesidad de creer nada. Procuraremos que no sea

complicado.

—Supongo que te das cuenta de que todo es complicado. A nuestra edad.

Suspiró.

—No, lo que quiero decir es... Ya no somos jóvenes, cierto, pero no estamos decrépitos. Algo así..., dos casas, no muy alejadas..., puede funcionar, Amory. Podemos cuidarnos mutuamente.

Eso parecía bastante tentador, así que me relajé.

—Bueno, la verdad es que sí, veo las ventajas —dije.

—Y podemos llegar a conocernos mejor.

Me pregunté si le confesaría mi problema concreto, y cuándo.

—Paso a paso, señor Torrance. ¿Podemos continuar? Me estoy quedando helada.

Algunas listas que he hecho:

Una lista de los libros publicados por Jean-Baptiste Charbonneau:

*Morceaux bruts*

*Feu d'artifice*

*Le Trac*

*Cacapitalisme*

*Avis de passage*

*Le Trapéziste*

*Absence de marquage*

*Chemin sans issue*

Una lista de los trece tipos de fotografía (además de una ocurrencia posterior):

Aide-mémoire

Reportaje

Obra de arte

Topografía

Erótica/pornográfica

Publicidad

Imagen abstracta

Literatura

Texto

Autobiografía

Fotografía de composición

Ilustración funcional

Instantánea

Haced la prueba: todas las fotografías quedan incluidas en una de estas categorías o en una combinación de ellas. De hecho, ahora creo que hay una categoría número

catorce, tan exclusiva de la fotografía como el mecanismo de disparo automático que es su rasgo definidor: la he llamado, la «foto mala». Ocurre cuando cometes un error: sobreexpones, expones dos veces, la cámara tiembla o se mueve, o el encuadre es malo. Mi fotografía más famosa, *La confrontación*, es una foto mala, mal encuadrada. Supongo que un error podría funcionar para bien en otras artes —al escultor se le resbala el martillo y el cincel, el pintor escoge un tubo de pintura equivocado, el compositor cambia la tonalidad sin darse cuenta— y quizá mejoraría el conjunto de manera aleatoria. Pero solo en la fotografía nuestros errores se pueden convertir tan fácilmente en virtudes, una vez, y otra, y otra.

Una lista de mis libros:

*Absences* (1943)

*Vietnam, Mon Amour* (1968)

Y de los libros que tenía planeados:

*The View Down* (fotos tomadas desde lo alto mirando hacia abajo)

*Sleepers* (imágenes de gente durmiendo o descansando)

*Static Light* (el proyecto final: la luz detenida)

*Bad-Crop* (una selección deliberada de fotos malas)

Y la joya de la corona:

*The Horizontal Fall: Photographs by Amory Clay*

Una lista de mis amantes:

Lockwood Mower

Cleveland Finzi

Jean-Baptiste Charbonneau

Sholto Farr

John Oberkamp

¿Hugo Torrance?...

## 2. Willow Ranch

Desde Los Ángeles, Bishop se encontraba a poco más de cuatrocientos kilómetros, al norte, en dirección al Valle de la Muerte. Al final tardé cinco horas y media, con alguna parada. Me puse en marcha por la Garden Park Freeway hacia Pasadena, y luego cogí la Carretera 395 hasta llegar a Bishop. Durante el viaje rodeé la enorme extensión de la base de la fuerza aérea de Edward. Vi los B-52 despegando lentamente —rumbo a Vietnam, sin duda— y luego seguí la periferia de la cordillera de China Lake, una zona de ensayos armamentísticos. Entrábamos en una zona desértica, de tierra árida, de pocas precipitaciones por culpa de las montañas de Sierra Nevada, desde donde podía ver su inmensa mole de dientes serrados —cumbres blancas de nieve y hielo— mientras conducía hacia el norte y me adentraba en el valle Owens. A ambos lados de la carretera se extendían las llanas estepas de matorral desértico —artemisa, trigo sarraceno, grama salada y creosota—, y mucha arena.

En una de las etapas aparqué en una zona de pícnic, junto a la carretera, para estirar las piernas y contemplar esa enorme zona desolada y reseca que se cocía al sol del verano. Lejos de la contaminación de Los Ángeles, el cielo era de un azul cristalino —un azul perfecto—, y las escasas nubes que colgaban inmóviles poseían una cualidad de dibujo animado en su blancura, como recién lavadas, de un volumen ideal, y no prometían ni una gota de humedad. De repente me sentí muy sola y dominada por un nerviosismo desconocido. Cole Hardaway había insistido en que me tomara la libertad de llamarle en cualquier momento si tenía la impresión de que necesitaba ayuda, pero me controlé y asumí una actitud de cólera razonada: algo le había ocurrido a mi hija, algo la había cambiado; me necesitaba y tenía que encontrarla yo sola. Se me ocurrió que esas cartas despreocupadamente robóticas eran, de hecho, un grito disimulado de ayuda. Lo cierto es que no me podía creer que Blythe se hubiera escapado y hubiera renunciado a nosotras, a nuestra pequeña y bien avenida familia de tres, como si tal cosa. Debían de haberla sobornado, convencido, quebrantado su voluntad de alguna manera. Tenía que encontrarla, hablar con ella, descubrir lo que había ocurrido e intentar convencerla para que volviera a casa, si eso era lo que de verdad quería.





EL MOTEL SAN CARLOS, GLENBROOK, CALIFORNIA, 1968.

Me adentré con el coche en Bishop y volví a salir, regresando sobre mis pasos, hasta que localicé el motel San Carlos, convenientemente situado a unos cuantos kilómetros, en la pequeña población de Glenbrook, valeroso guardián de los «límites del pueblo» mientras las afueras de Bishop se lo iban tragando sin piedad.

En mi habitación, entre el zumbido del aire acondicionado y una vez deshechas las maletas, extendí el mapa sobre la cama y planeé mi siguiente movimiento.

Cole Hardaway me había contado todo lo que había descubierto de Jeff Bellamont y Blythe. Habían llegado a Bishop procedentes de Los Ángeles, habían pasado una noche allí y luego se habían dirigido a un pequeño asentamiento llamado Line Lake. Allí habían hecho una parada en una tienda y habían comprado provisiones y realizado una llamada telefónica. A continuación, habían solicitado indicaciones y habían seguido hasta un rancho de vacaciones abandonado llamado Willow Ranch, que era donde, suponía él, había terminado el viaje, pues solo existía una carretera para llegar y marcharse. El propio Cole no había llegado a Willow Ranch, pero ahí era donde conducía el rastro. Que él supiera, allí seguían.

Luego me explicó que el problema era que Willow Ranch ya no estaba abandonado. Al parecer, según la gente del pueblo a la que había preguntado, una especie de comunidad de hippies se había apoderado de los edificios existentes, y llevaban unos dos años viviendo allí, en un aislamiento voluntario. «Cultivando verduras, tejiendo cestos y fumando marihuana, ya se imagina lo que es», me había detallado Cole, ciñéndose a los hechos con su profunda voz de bajo. En la actualidad vivían allí unas cuarenta personas, por lo que sabía la gente, pues la población de Willow Ranch fluctuaba, y siempre había quien llegaba y se marchaba. Era el benévolo feudo de un carismático veterano de Vietnam llamado Tayborn Gaines. Se decía que Gaines había servido tres años en Vietnam, y que al licenciarse se había unido al movimiento contra la guerra. Había sido un destacado orador en las

manifestaciones y marchas, y había adquirido cierta fama, pues en los debates era contundente y sabía expresarse. Pero ahora, instalado con su comunidad en Willow Ranch, Tay Gaines había desaparecido del radar de los medios de comunicación y casi nunca abandonaba su feudo. El lugar atraía a muchos jóvenes que se habían escapado, a muchas chicas, dijo Cole, dando a entender que Blythe Farr probablemente estaba entre ellas.

En las palabras de Cole se sobreentendían otras advertencias, aunque ahora su mensaje se me aparecía alto y claro. Los habitantes de Willow Ranch no se relacionaban con nadie de fuera, y no les gustaban las visitas. Vendían los productos de su granja y se presentaban voluntarios para los proyectos comunitarios de Bishop y Line Lake. Al parecer los lugareños aceptaban y respetaban su necesidad de intimidad.

—Vaya con cuidado, señora Farr —había dicho Cole—. Se encontrará en medio de una nada muy lejana y calurosa. El sheriff local está a kilómetros de distancia, en Bishop. He hablado con la policía. Ninguno ha estado nunca en Willow Ranch. Me dijeron que nunca ha habido ningún problema. Pero está claro que ese lugar, y lo que ocurre allí, es más o menos un misterio.

Con esto en mente, me había trazado una especie de plan con el que esperaba poder entrar en el rancho. Antes de marcharme de Los Ángeles había pedido que imprimieran unas tarjetas. «Amory Clay. Fotógrafa en plantilla. *Global-Photo-Watch*.» Suponía que casi todo el mundo se sentía halagado cuando un fotógrafo profesional se ofrecía a retratarlo, y pagando, además... Quizá incluso alguien tan reacio a la publicidad como Tayborn Gaines.

Al día siguiente coloqué sendos carretes en mis dos cámaras, llené un recipiente de plástico de litro con agua helada, me compré un sándwich de jamón y ensalada de repollo con mahonesa en una cafetería y me dirigí hacia Line Lake.

El lago propiamente dicho ya no existía, aparte de unos cuantos charcos salobres de poca profundidad. Como en casi todo el valle, la afluencia de agua se había desviado para alimentar el acueducto de Los Ángeles, y ahora era una planicie seca y alcalina que se agrietaba con el implacable sol, igual que la cerámica vidriada en un horno. El villorrio conseguía sobrevivir a base de excursionistas que pasaban por allí, y todavía había algunos que explotaban las minas por su cuenta en las profundas gargantas y arroyos de las estribaciones de Sierra Nevada: mineros que necesitaban alimentos y combustible y un sitio donde ir a beber. En Line Lake podían encontrar un bar, una gasolinera, una tienda y unas cuantas chozas de placas de yeso. Era un pueblo de mala muerte versión siglo XX.

Me detuve en la gasolinera, le pedí al dependiente que me llenara el depósito del Dodge y le pregunté cómo se iba a Willow Ranch.

—No creo que quiera usted ir allí, señora —dijo el gasolinero, un hombre huesudo y muy bronceado que podría haber tenido treinta años como sesenta—. Allí

no encontrará más que unos hippies chalados que se pasan el día fumando porros.

—Soy fotógrafa —dije, y le entregué mi tarjeta, para que quedara constancia de que había pasado por allí. La leyó atentamente—. Ah. Entonces no creo que le pase nada —siempre funcionaba.

El camino de tierra que salía de Line Lake discurría en mitad del amplio lecho seco de un torrente, donde el calor parecía incluso más intenso. Había visto un cartel roto que indicaba «Willow Ranch», y había seguido adelante. Me detuvo un tronco de pino atravesado en la pista, y junto a él había un VW Combi sin ruedas de cuyo lateral salía un toldo de lona que daba sombra a un destartalado tenderete en el que se vendía lo que allí producían: tarros de miel, calabazas, mazorcas de maíz, aguacates alargados y delgados y un surtido de cestos de paja de diversos tamaños. Un joven sin camisa salió del tenderete con las manos en los bolsillos, y me dedicó la mirada parpadeante y desenfocada de alguien que acaba de despertarse o que lleva un enorme colocón.

—Hey. Por aquí no hay nada que le interese, señora. Es... una especie de propiedad privada, ya sabe.

—Tengo una cita con Tayborn Gaines. Soy fotógrafa —le enseñé una de las cámaras.

—Ah. De acuerdo. Muy bien.

Apartó el tronco y seguí conduciendo hasta Willow Ranch solo para detenerme, unos cien metros más allá, en una especie de tosca verja. Sobre un desvencijado arco hecho de madera tallada y fragmentos de tablas había un mensaje, escrito con pintura negra, debajo del ojo estilizado, que ahora ya me resultaba familiar: NADIE ES TAN CIEGO COMO EL QUE NO QUIERE VER.

Pasé por debajo del arco, un poco más inquieta. Al cabo de un par de curvas, Willow Ranch apareció delante de mí. Me detuve para sacar una fotografía rápida.



WILLOW RANCH, INYO COUNTY, CALIFORNIA, 1968.

El abandonado rancho de vacaciones era más grande de lo que esperaba, y lo

formaba un surtido de desvencijados edificios de madera que se extendían sobre un terreno de una hectárea aproximadamente; casi todos ellos semiderruidos, algunos sin techo, y en el centro había un «salón» del Oeste de tres plantas y un corral invadido por arbustos de mezquite. Aparcados aquí y allá, a la sombra de algún encinillo y de algunos álamos raquíuticos, se veían diversos vehículos, coches y camionetas blanqueados por el sol y un antiguo autobús escolar. Debía de haber una fuente de agua, pues vi una bomba accionada por un generador junto a un pozo, y unas mangueras negras que serpenteaban hacia los diversos edificios en mejor estado y hacia pequeños huertos cultivados entre ellos. Aquí y allá otras señales indicaban la existencia de un asentamiento semipermanente: un vertedero, ropa tendida y pintadas, muchas pintadas. Aminoré la velocidad para leer los eslóganes: carteles de NO A LA BOMBA, signos, flores, y entre ellos, mensajes esmeradamente pintados y escritos con plantilla: LAVACEREBROS INCENDIARIOS SÁDICOS ASESINOS: ALÍSTATE HOY EN EL CUERPO QUE PREFIERAS. LAS CHICAS DICEN SÍ A LOS CHICOS QUE DICEN NO. LA GUERRA DE LOS RICOS. LA GUERRA NO ES SALUDABLE PARA LOS NIÑOS. HAZ EL ARTE, NO LA GUERRA. LA GUERRA ES UN BUEN NEGOCIO, INVIERTE A TU HIJO. DALE UNA OPORTUNIDAD A LA PAZ.

Algunos chicos y chicas me miraban con cierta curiosidad desde las puertas, los toldos de lona y los porches, mientras mi coche traqueteaba por la pista que pasaba por delante del salón, se detenía a la sombra de su fachada, y yo me bajaba. Ser una sesentona de pelo gris tenía sus ventajas —a veces—, pues no suponías ninguna amenaza evidente, pero me di cuenta de que me temblaban las manos y de que tenía un nudo en la garganta. Esboqué una sonrisa dirigida a un par de tipos que se me acercaban. Sonreían. Los nativos eran amistosos.

—Hola —dije con toda la calma de la que fui capaz—. Tengo una cita con un tal Tayborn Gaines.

—¡Tay! —gritó uno de los muchachos en dirección a un bungalow morado y blanco delante del cual había aparcado un jeep que había sido del ejército. Sobre la puerta delantera, más pintadas: el gran ojo estilizado y un mensaje: CLARIDAD DE VISIÓN = PENSAMIENTO = DETERMINACIÓN. Acto seguido añadió con una sonrisita burlona—: ¡Una señora quiere verte, tío!

Al cabo de un minuto apareció un hombre alto, en buena forma y bien parecido de unos treinta y pico años. Llevaba el torso desnudo y unos tejanos recortados, y una toalla roja echada sobre los hombros. El pelo le llegaba hasta los hombros y lo tenía mojado, como si acabara de darse una ducha. Se protegía con unas gafas de sol de aviador y lucía un bigote de puntas caídas estilo mexicano.

—Hola, señora, soy Tay Gaines, ¿qué puedo hacer por usted? —me preguntó con una actitud franca y amistosa, desplegando la toalla y secándose el pelo.

—Permítame que le entregue mi tarjeta —dije.

Tuve que dejar la bolsa con la cámara en el suelo, y mientras rebuscaba en ella tomé una foto a escondidas, rápidamente, con la esperanza de conseguir que Gaines saliera encuadrado. Las pruebas podrían resultar útiles. Me puse en pie y le entregué

una tarjeta.

—*Global-Photo-Watch*. No lo entiendo.

—Tenemos una cita, ¿no? —dije.

No sé muy bien lo que esperaba, supongo que un vagabundo rayano en la delincuencia, pero Tayborn Gaines era un hombre fornido y apuesto, y a todas luces orgulloso de su cuerpo enjuto y musculado. Y un narcisista de pies a cabeza, sospeché.

—No, no recuerdo ninguna «cita» —dijo cortésmente, recorriendo con la mirada a la pequeña multitud que se había reunido—. Creo que debe de haber cometido un error.

—Mi editor me dijo que viniera —insistí—. Me dijo que todo estaba arreglado.

—Lo siento, señora, pero no hemos tenido ningún contacto con... —miró la tarjeta— nada que se llame *Global-Photo-Watch* —sonrió—. Dejé de hablar con la prensa hace mucho tiempo.

Le entregó la toalla a otra chica, una muchacha negra de cara pálida con la cabeza coronada por un enorme peinado afro, cuando esta salió del bungalow, con ganas de ver lo que estaba ocurriendo. Gaines puso los brazos en jarras y se me quedó mirando con la cabeza ladeada.

—Un cruce de cables, supongo —dijo.

—Estamos haciendo un reportaje sobre las comunidades alternativas de California —dije—. Ya sabe, el Instituto Esalen, Hog Farm, Drop City, la comuna de White Lodge en Marin County —sonreí a modo de disculpa—. No soy más que una fotógrafa. Voy donde me mandan. Me dijeron que todo estaba arreglado.

Gaines también sonrió en señal de disculpa y volvió a mirar mi tarjeta.

—También me dijeron que se había acordado una tarifa de autorización de doscientos dólares. Lo siento —dije entregándole un sobre que contenía los doscientos dólares.

Era un viejo truco: generalmente el efectivo ayuda a superar la timidez ante la cámara. Gaines sacó el dinero y contó los billetes, que eran todos de veinte: comprendí que ahora estaba más interesado. Aproveché la oportunidad para dar media vuelta y mirar a mi alrededor. Había más o menos una docena de curiosos, todos jóvenes, desaseados, de aspecto mugriento. No vi ni rastro de Blythe ni de nadie que se pareciera a Jeff Bellamont.

—Me temo que hoy no nos va bien —dijo Gaines con una amplia sonrisa que revelaba una mala dentadura, con visibles huecos y un incisivo de color negro. Aquel hombre apuesto y en forma descubría una malnutrida juventud al sonreír—. ¿Dónde se aloja? ¿Cerca de aquí?

—En el motel San Carlos de Glenbrook —habría preferido no decírselo, pero no quedaba otra.

—Pues si le parece bien, le sugiero que vuelva a su motel y la llamaremos cuando estemos preparados para el reportaje.

—Sí, naturalmente. Le pido disculpas si ha habido una confusión, pero, como ya le he dicho, no soy más que la fotógrafa.

—Sí, sé lo que es eso. Tener que cumplir órdenes —dijo—. Por cierto, ¿le importaría decirme el nombre de su editor? Comprenderá que tenemos que ser un poco cuidadosos.

—El señor Cleveland Finzi.

—Tengo que hablar con mis amigos, ver si estamos dispuestos a considerarlo. Pero le prometo llamarla en las próximas veinticuatro horas.

Volví a subir en el coche y me alejé de Willow Ranch, conduciendo con las manos sudorosas. Un temblor de alta tensión me recorrió el cuerpo, pero también tuve la curiosa sensación de que, por extraño que resultara todo ese tinglado de Willow Ranch, no parecía siniestro. Se me ocurrió que quizá, después de todo, Blythe se encontraba bien y segura, tal como había dicho.

Transcurrió un día, y otro. Pasaba mucho tiempo en mi habitación, con la esperanza de que Gaines me telefonara, pues no quería que se me escapara. El tercer día, un miércoles, fui a dar un paseo por la mañana y cuando regresé, el recepcionista me dijo que un tal señor Gaines había llamado por teléfono, y que le iría bien que me pasara por allí a las cuatro de la tarde.

Preparé otro sobre con doscientos dólares, por si un poco más de incentivo económico podía ser de ayuda, cogí el coche y me dirigí otra vez a Willow Ranch, aunque sin esperar gran cosa. A lo mejor Bellamont y Blythe habían seguido viajando, y Gaines tan solo me utilizaba por lo que consideraba una oportunidad de obtener más publicidad. Pero el tronco atravesado en el camino de entrada había desaparecido, y no había nadie en el VW Combi, ni verduras resacas en el tenderete. Conduje con cautela bajo el arco con las palabras «Nadie es tan ciego» y volví a aparcar delante del salón, donde un joven con unas patillas de boca de hacha me esperaba para conducirme al interior del bungalow morado.



TAYBORN GAINES. WILLOW RANCH, LINE LAKE, CALIFORNIA, 1968.

Me dejó sola en el cuarto que hacía las veces de sala. Antaño las paredes habían sido blancas, pero ahora se veían llenas de manchas y churretones, como un pergamino viejo, con ese grasiento lustre que encuentras en los billetes muy manoseados. Había cuatro colchones repletos de manchas y combados, y la raída alfombra verde esmeralda producía unos ruidos apagados mientras la recorría nerviosa de un lado a otro. Había también ese incipiente olor a abandono: humedad, humo, olor corporal. Me recordó la habitación de Blythe en Notting Hill.

Entonces Gaines abrió la puerta y entró. Llevaba una guerrera verde oliva con una camiseta gris debajo y unos tejanos descoloridos. Sobre el bolsillo izquierdo se veía escrito «Us Army», pero sobre el derecho, donde debería haber figurado su nombre —«Gaines»— se veía un rectángulo más claro, como si lo hubieran arrancado. Al estrechar la mano vi la insignia que llevaba en el hombro: un cuadrado rojo bordado que contenía un círculo azul con las letras AA.

—82.<sup>a</sup> División Aerotransportada —dije—. All American.

—Sí, señora. 3.<sup>a</sup> Brigada.

—Estuve con alguno de sus chicos hace unas semanas. Por eso lo sé.

—No tengo nada contra la División —dijo sin alterarse—. No deberían participar en esa guerra corrupta.

—Yo también me di cuenta —dije.

—Odio este juego, esta guerra —dijo—. Decidí que no quería seguir participando. Por eso me trasladé a Willow Ranch. Todos los que piensan lo mismo y buscan claridad son bienvenidos.

—¿Me permitiría sacar algunas fotos?

—Me temo que no. Votamos y usted perdió.

—Ah. De acuerdo.

—Pero antes de que se vaya, me gustaría que viera a alguien —se dio la vuelta y dijo—: Cariño, ¿estás ahí?

Esperamos un momento, y entonces apareció Blythe.

Se me formó un bolo de vómito en la garganta. Se la notaba muy delgada, con un pelo que nunca le había visto tan largo, casi hasta la cintura, lacio y pesado. Tenía una expresión cansada, y unas manchitas rosadas en las comisuras de la boca. Vestía una camiseta blanca y larga, casi hasta las rodillas, con el número 3. Iba descalza y llevaba los pies muy sucios.

—Esta es mi esposa. La señora de Tayborn Gaines.

—Hola, mamá —dijo Blythe muy tranquila—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Hola, cariño. ¿Estás bien?

—Nunca he estado mejor. Ya te lo dije.

—Verá, *lady* Farr —interrumpió Gaines con una voz severa: toda su cortesía y cordialidad habían desaparecido—. Su hija está felizmente casada con un íntegro ciudadano norteamericano. Me molesta su subterfugio, su doblez. Es usted libre de ver a Blythe siempre que quiera. Suponiendo que ella desee verla.

Oía una especie de burbujeo en mi cabeza, una constante efervescencia, como si la sangre se me hubiera convertido en soda. Comprendí que no sabía cómo reaccionar.

—¿Cree que soy tan estúpido, *lady* Farr? —añadió Gaines, casi en tono de súplica—. ¿Cree que soy tan necio como para no hacer una llamada telefónica a *Global-Photo-Watch* y preguntar si han enviado a una fotógrafa inglesa a hacer un reportaje en California?

Hice caso omiso de sus palabras.

—Vuelve a casa conmigo, cariño —le dije a Blythe amablemente—. Todo irá bien. Te echamos de menos. Annie te manda saludos. Queremos que vuelvas con nosotras.

—Soy feliz aquí, mamá. Feliz con Tay. Le amo, y él me ama —lo dijo con una leve carcajada monótona.

De repente comprendí que quizás estaba drogada. Gaines le rodeó los hombros con un brazo y la apretó en un gesto cariñoso.

—Ha cometido lo que nuestros amigos mexicanos llaman un *error de cálculo*, *lady* Farr-Clay. Un auténtico *mal paso*. Pensaba que se encontraría con algo malo, pero ya puede ver que no es así. Somos una comunidad muy unida. Tan autónomos como nos es posible. No queremos tener nada que ver con el mundo exterior —hizo un gesto amplio, grandioso, como si abarcara la totalidad de California, de los Estados Unidos—. Este es nuestro mundo. Willow Ranch. Blythe lo buscaba y lo



encontró.

Blythe abrió los brazos y fui a abrazarla. Olía a sudor, no se había lavado y mientras la estrechaba su cuerpo me pareció demasiado delgado, todo huesos salientes y músculos desnutridos. Tuve la presencia de ánimo para introducirle en la mano un papelito doblado varias veces en el que figuraba el número de habitación y el nombre y dirección del motel. Gaines no vio nada, y Blythe no reaccionó cuando sus dedos se cerraron en torno a él. Sentí un estremecimiento de complicidad: no todo estaba perdido. Di un paso atrás.

—¿Puedo venir a verte otra vez? —pregunté sin poder ocultar el temblor de mi voz.

—Por supuesto —dijo Gaines—. Es totalmente bienvenida.

Me di la vuelta y me marché.

### 3. La señora de Tayborn Gaines

Más que disgustada, me sentía fría. Apática, en lugar de furiosa o espantada, como si no acabara de asimilar todas las complejas implicaciones de lo que había visto... o no quisiera asimilarlas. Cuando llegué al motel San Carlos telefoneé a Cole Hardaway y le conté que había encontrado a Blythe, pero no veía la manera de sacarla de Willow Ranch ni de su nueva vida.

—Está casada con este tal Tayborn Gaines —dije—. O eso dicen ambos.

—Puedo averiguarlo en una hora o dos.

—Estaría bien saberlo con certeza —dije sintiéndome un poco mareada. Entonces se me ocurrió otra cosa—. Gaines dice que sirvió en la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada, 3.<sup>a</sup> Brigada. Pero no sé si le creo.

—También puedo comprobar eso.

—Gracias, Cole —aún se me ocurrió otra cosa—. ¿Hay alguna manera de conseguir que la policía intervenga?

—Nos haría falta un motivo.

—¿Y si digo que creo que la retienen contra su voluntad?

—Me parece que eso no colaría. Sobre todo si está casada con ese hombre.

—Es que hay algo que me huele mal. Todo ese lugar parece un fraude.

—Nadie se ha quejado, ese es nuestro problema. Todos los que viven ahí están porque quieren, supongo.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —pregunté, más quejumbrosa de lo que pretendía.

—¿Qué le parece si voy mañana, hablo con el sheriff de Bishop y vemos qué puedo hacer? ¿Alguna señal de Bellamont?

—No. No le he visto. Creo que debió de marcharse.

Había estudiado la foto policial de Bellamont, y habría reconocido sus facciones caídas y hermosas y el gesto resentido de su cara (tenía el pelo rubio y largo, con un bigote a lo general Custer) de haberlo visto.

—Eso podría ayudar..., podría ser nuestro pretexto —Cole pensaba en voz alta—. Podríamos decirle a la policía que localice a Bellamont. Decirles que le robó dinero a su hija, o algo parecido. La veré mañana, señora Farr. No se preocupe, y no haga nada. Lo arreglaremos.

Colgué y cerré los ojos. Procuré no pensar en Blythe ni en su roñosa camiseta con el número 3 y sus pies sucios. ¿Qué le había pasado a mi pequeña Blythe? ¿Por qué había tomado ese camino? Comencé a echarme la culpa. ¿Por qué me había ido a Vietnam? ¿Por qué solo pensaba en mí? «Basta —me reprendí con firmeza—. Tus hijas son libres, pueden hacer lo que quieran y no se lo puedes impedir». Y Blythe tenía veintiún años. Sin embargo, eso no me consoló.

Aquella noche fui a Bishop y encontré una cafetería, donde me comí medio plato de espaguetis con albóndigas. Pero no me lo pude acabar; no tenía hambre. Me

compré una botella de medio litro de whisky irlandés en una licorería y me la llevé a mi habitación, donde me puse a ver la tele sin ganas y sin concentrarme, cambiando de canal cada vez que ponían anuncios, bebiendo el whisky en el vaso del baño. Lo cierto es que no podía hacer nada, solo esperar a que Cole Hardaway volviera a llamar.

Cuando me fui a la cama estaba un poco borracha y tambaleante, pero quería quedarme inconsciente, y tampoco me lo podía echar en cara, después de lo que había presenciado aquel día. Me tumbé en la cama y dejé que la habitación se inclinara y cayera, mientras escuchaba el zumbido del aire acondicionado y pensaba en lo desconcertante y extraña que era la vida, en la manera tan complicada en que a veces te lanzaba esas «bolas con efecto», como solían decir los soldados en Vietnam. A veces tenía la impresión de que mi vida estaba compuesta completamente de bolas con efecto y sorpresas inoportunas. Ninguna hija espera que su padre intente matarla metiendo el coche en un puto lago. Ninguna joven fotógrafa espera que la procesen por obscenidad, ni que unos putos fascistas casi la maten de una paliza... En mi indignación autocompasiva y alimentada por el alcohol, me puse a despotricar en vano contra todas las injusticias; los errores que había cometido, los errores que me habían venido impuestos...

Me había sumido en un sopor vacío y sin sueños, gracias a mi sobredosis de whisky, pero me desperté de pronto, completamente alerta, al oír el ruido del pomo de la puerta, que alguien estaba girando. Gracias a Dios había cerrado con llave y puesto la cadena de seguridad. La cabeza comenzó a dolerme cuando salí de la cama en pijama. Me acerqué a la ventana, aparté una de las cortinas y miré en dirección al aparcamiento que se hallaba a la espalda del motel. Las escasas lámparas de arco que había aquí y allá proyectaban un resplandor frío y blanco sobre las hileras de coches, y al asomarme me pareció ver una figura que correteaba entre las sombras. Me puse los zapatos y la bata de algodón, abrí la puerta y salí a la noche cálida y seca. Me alejé de la habitación rumbo hacia donde había visto la figura mientras mis ojos se acostumbraban lentamente a la oscuridad de la noche.

—¿Blythe? —dije, quizá de manera un tanto estúpida, pero tenía la esperanza de que hubiera venido, que de algún modo hubiera huido de Tayborn Gaines.

Di vueltas por el aparcamiento durante otro minuto pronunciando el nombre de Blythe en voz baja, pero el lugar estaba vacío: solo se alineaba el durmiente rebaño metálico de los vehículos. Inicié el camino de regreso a mi habitación: no había duda de que alguien había intentado abrir mi puerta, pero quizá se trataba tan solo de algún achispado huésped del motel que se había equivocado de sitio.

Cuando llegué de nuevo a mi cuarto, sintiéndome de repente agotada, empujé la puerta y entré. Estaba completamente oscuro, y al buscar a tientas el interruptor, comprendí que había alguien más conmigo. Oí su respiración.

Encendí la luz.

Blythe estaba sentada en un extremo de la cama.

—Hola, mamá —dijo—. He pensado que deberíamos tener una pequeña charla.

Llevaba una cazadora vaquera, unos tejanos negros y unas zapatillas de tenis. Se había recogido el pelo en un moño flojo, y algunos mechones le cubrían las orejas.

Le di un beso y me senté en una silla delante de ella. Me temblaban las manos y estaba casi sin aliento.

—¿Por casualidad no tendrás un cigarrillo? —preguntó.

—Naturalmente —cogí mi paquete, llena de alegría. Rebusqué sin prisas en mi bolso hasta que encontré el mechero. Me dije que tenía que calmarme y le ofrecí el cigarrillo. Encendí el suyo y el mío y me volví a sentar.

—Tayborn prefiere que no fume —dijo.

—Vale. Bueno, entonces no le caeré muy bien —volví a ponerme en pie y fui a por mi botella de whisky irlandés—. ¿Cuál es su postura acerca del alcohol? —dije mientras me servía un dedo.

—Echa un trago de vez en cuando. Aunque solo cerveza.

—Gracias a Dios. ¿Es religioso?

—A su manera. Cree en Jesús, aunque no en Dios.

—Parece razonable —la miré y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas—. No estás tomando drogas ni nada parecido, ¿verdad? —pregunté con cierta cautela.

—¿Qué? No, claro que no.

—¿Estás segura? No tienes muy buen aspecto, querida. Te veo, no sé, diferente.

—Porque soy diferente. He cambiado.

—No estarás realmente casada con él, ¿verdad?

—Sí. Le amo, mamá. Es un hombre maravilloso, fuerte, fascinante. Espera a conocerle mejor. Fue militar, igual que papá.

De repente me acordé de algo que mi padre solía decir: «Todos vemos el mundo de manera distinta a los demás; todos tenemos un punto de vista único». Observé a mi hija y, curiosamente, lamenté que no hubiera conocido a Beverley Clay, su abuelo. Tenía la sensación de que habrían hecho muy buenas migas.

Y entonces comencé a comprender lo que había ocurrido —al menos en parte— mientras ella hablaba con una extraña y sosegada pasión de la vida de Tayborn en el ejército y de las cosas horribles que había visto, hecho y experimentado en su obligado periplo por Vietnam, y cómo eso le había cambiado para siempre, le había hecho ver con claridad cómo funcionaba el mundo, y le había llevado a odiar la guerra y las fuerzas que libraban esa guerra, los políticos, los industriales, los generales. Me acordé de mi padre y de Sholto y quise decirle: no, cariño, tu Tayborn Gaines no se parece en nada a esos hombres. Pero ahora comenzaba a sentir náuseas, de manera que me obligué a quedarme sentada en silencio y fingir que escuchaba a Blythe mientras seguía hablando de las ambiciones de Tayborn de construir una nueva vida, un nuevo entorno protegido en el que la gente «pudiera ver con claridad», y que por eso se había trasladado a Willow Ranch y creado aquella comunidad.

—Pero ¿cómo has acabado ahí, querida? Creía que querías ser cantante, escribir

canciones, tocar tu música. ¿Qué ocurrió con tu novio, Jeff Bellamont? Vivías con él en Londres, por amor de Dios. ¿Dónde se ha ido?

—Jeff era amigo de Tayborn. Era un amigo. Fuimos juntos a Willow Ranch y al cabo de una semana Jeff simplemente se marchó. Desapareció. No dejó ni una nota. Cogió el coche y el dinero que tenía en mi bolso y se esfumó.

—Y apareció Tayborn.

—Me salvó, mamá.

—Oh, seguro que sí.

—No seas cínica.

—Lo siento —di una calada a mi cigarrillo—. De todos modos, ¿por qué diantres te casaste con él?

—Tayborn cree en el matrimonio. Como institución.

De repente me sentí débil y me serví el resto de la botella, apenas unas gotas.

—¿Cuánto hace que estás casada?

—Unas cinco semanas.

—¿Dónde está Tayborn ahora? ¿Sabe qué estás aquí? ¿Que has venido a verme?

—Naturalmente. Él me ha traído. Tiene el coche aparcado delante de recepción.

—Ven a casa, Blythe. Ven a casa conmigo.

—No, mamá. Willow Ranch es mi hogar. Tayborn es mi marido. Nunca he sido más feliz.

Hablamos un poco más, pero no volví a pedirle que regresara a casa conmigo. Ya se lo había pedido y había sido rechazada. La acompañé hasta el área de recepción, rodeando sus finos hombros con el brazo. Al otro lado de la calle vi el jeep de Gaines aparcado a la sombra del letrero del motel. Nos dimos un beso de despedida y me prometió escribirme, hacerme saber cómo le iba, y no dejó de tranquilizarme afirmando que era muy feliz y que se sentía en paz, en serio, mamá, te lo digo de verdad.

Le solté la mano y la observé cruzar el asfalto sombreado por la luna rumbo hacia su marido. No volvió la vista atrás, mientras dibujaba un fugaz gesto de despedida.

Cole Hardaway, con el rostro impasible, estaba sentado delante de mí en uno de los curvos sofás rojos de polipiel del bar que había un poco más abajo de la calle de su oficina. Los dos bebíamos lo que Cole llamaba un *highball*, pero que yo siempre había denominado whisky con soda. Sentía un impulso casi incontrolable de extender el brazo y apartarle de la cara aquel estúpido flequillo, arrancárselo, pero probablemente eso no era más que un síntoma de mi frustración. Cole Hardaway había acabado cayéndome bien.

—O sea, que está seguro —dije sin ocultar mi decepción: esa era mi última esperanza—. Es un matrimonio auténtico.

—Eso me temo. Los casó el funcionario de Inyo County hará cosa de un mes y medio.

Sentí un gran vacío en lo más profundo de mí, instintivamente; cuando di un sorbo mi whisky enseguida remitió. ¿Por qué Blythe había sido tan loca y estúpida? ¿Por qué precisamente Tayborn Gaines? Pero me pareció conocer la respuesta. Y entonces recordé que a su edad yo me había metido en la cama de mi tío homosexual y le había pedido que me hiciera el amor. No somos seres lógicos, sobre todo en lo que se refiere a los asuntos del corazón.

—Sin embargo —dijo Cole sin cambiar de expresión—, Tayborn Gaines no ha servido nunca en el ejército de los Estados Unidos. No consta en ningún archivo. Y desde luego no estuvo en la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada.

En aquel momento sentí una pequeña explosión de euforia. Había encontrado por dónde abrir una brecha, mi quinta columna para desestabilizar aquella unión. Así que Gaines no había sido militar, como yo sospechaba. ¿Qué fantasías bélicas y guerreras había elaborado para Blythe?

De vuelta en el Heyworth Travel Inn, con el aire acondicionado de mi habitación a toda potencia, me tomé mi tiempo para pensar la carta que quería escribir.

Querida Blythe:

Me encantó verte, aunque, para ser honesta, tu nueva vida me pareció un tanto preocupante. Créeme, comprendo mejor que nadie tu deseo de ser feliz, y comprendo que estés convencida de que has encontrado esa felicidad con Tayborn. Te quiero y todo lo que deseo para ti es que seas feliz: así de simple. Pero también me hubiera gustado que no actuaras de manera tan precipitada. A veces se tarda un poco en llegar a conocer a una persona, y me pregunto si realmente conoces de verdad al hombre del que estás tan profundamente enamorada.

Te lo digo porque he descubierto que, de las cosas que dice, hay una que no es cierta. Tayborn Gaines no ha sido militar. Nunca estuvo en la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada. Jamás sirvió en Vietnam. Y ahora te pregunto: si un hombre es capaz de mentir de forma tan convincente acerca de algo que, según él, tiene una importancia y una trascendencia tan fundamental para su persona, ¿qué implica eso entonces para...

Dejé de escribir. Sentí de nuevo esa náusea. Me daba perfecta cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, y comprenderlo me dio ganas de vomitar. Me levanté y me puse a dar vueltas por la habitación respirando hondo. Volví a sentarme a la mesa. Era la vida de Blythe, y tenía derecho a vivirla como quisiera. Muy despacio, rompí la carta en la que le iba a contar las mentiras de Tayborn Gaines. Mientras formaba un perfecto montoncito cuadrado con las trizas, me eché a llorar a moco tendido. Sabía que había perdido definitivamente a mi hija.

---

## **Coda en Barrandale: 1978**

Mi madre murió en 1969. Greville en 1972. La familia Clay menguaba.

¿Es cierto que la vida no es más que una larga preparación para la muerte, lo único de lo que podemos estar seguros los miles de millones de habitantes de la Tierra? Las muertes que presencias, las muertes de las que oyes hablar, de los que están cerca de ti, las que puedes causar o provocar, aunque sea sin querer (pienso en mi perro, Flim), te preparan, de manera sigilosa y acumulativa, para tu futura partida. Pienso en las muertes con que me he encontrado —las que me han dejado destrozada, las muertes de desconocidos que he visto por casualidad— y comprendo que me han llevado hasta este punto de vista, esta convicción intelectual que ahora mantengo. Cuando eres joven no te das cuenta, pero a medida que envejeces esa constante acumulación de saber te va aleccionando, se vuelve cada vez más pertinente para tu propio caso.

Pero entonces me pongo a pensar, le doy vueltas a esta idea. Todas las muertes con que te encuentras, ¿suponen algo positivo en tu vida? Tu historia personal de la muerte te enseña lo que es importante, lo que hace que valga la pena estar vivo: ser un ser que siente, que respira. Es una lección clave, porque si sabes eso, también sabes lo contrario: cuándo ya no vale la pena seguir viviendo, y entonces puedes morir feliz.

\* \* \*

Me encontré con Blythe en una cafetería de Westchester, en la calle 82 Oeste, al lado de Sepulveda Boulevard, cerca del aeropuerto internacional de Los Ángeles. Ya volvía a Escocia, por lo que era un sitio práctico, aun cuando me di cuenta de que se trataba de un barrio venido a menos y decrepito. Tardaron un rato en traernos lo que habíamos pedido, y Blythe se levantó y fue a hablar con la camarera. Blythe hablaba como una americana, y su acento inglés prácticamente había desaparecido. Vestía una camisa a rayas blancas y negras y tejanos; llevaba el pelo corto, mal cortado —en la parte de atrás le había quedado un mechón bastante largo— y no utilizaba maquillaje. Regresó a nuestra mesa y se sentó, y dibujó una sonrisa sincera, o eso me pareció.

—Hay un problema en la cocina. Tardará dos minutos.

—No importa, cariño, lo principal era verte otra vez —le cogí la mano y se la apreté, y a continuación la solté, y con un leve gesto señalé la calle que se veía por la ventana—. Así que aquí es donde trabajas.

—Nada más doblar la esquina. Tienes que acercarte tú a los necesitados, porque ellos no vienen a ti.

—Desde luego, lo entiendo.

—No hay nada que ver, no es más que una habitación con una máquina de café y unos pequeños escritorios.

—Bueno, al menos me he hecho una idea de tu barrio.



Era mi tercera visita a los Estados Unidos para ver a Blythe en los ocho años transcurridos desde que ella cruzó la carretera que había delante del motel San Carlos para reunirse con su marido, Tayborn Gaines, que la esperaba paciente en su jeep.

Supongo que me sirvió de consuelo que su matrimonio no llegara ni a su primer aniversario. Unos meses después de que yo me marchara, la policía registró la Comunidad de Willow Ranch, y encontró importantes cantidades de LSD y marihuana. Gaines fue procesado, pero lo absolvieron por falta de pruebas concluyentes. Él y Blythe se trasladaron a Los Ángeles, y una semana más tarde él se marchó. No sé qué ocurrió. Toda esta información la obtuve de Annie, que estaba más en contacto con Blythe que yo, pero sospecho que la herencia de Blythe finalmente se agotó. Y Tayborn decidió marcharse.

Es curioso que Blythe conservara el apellido de Tayborn: a partir de entonces se hizo llamar Blythe Gaines, no Farr. Creo que lo entiendo. El apellido era todo lo que le quedaba de la vida de ensueño que creía haber encontrado y luego perdido de manera repentina y cruel. O, ahora que lo pienso, quizás era un severo recordatorio para no volver a dejarse engañar. En cualquier caso se quedó en Los Ángeles y retomó la carrera musical que había abandonado: escribía canciones y tocaba en bandas de Los Ángeles y alrededores.

La primera vez que fui a verla vivía en una casa destartada en Coldwater Canyon Drive en compañía de media docena de personas, chicos y chicas, todos músicos, creo. Se había teñido el pelo de un color castaño rojizo, con la raya en medio: me pareció que no le quedaba bien. Fumaba tanto como yo. En los pocos días que pasé con ella debimos de consumir una docena de cajetillas de «pitillos», como ella los llamaba. Lo más importante que recuerdo del viaje fue que me preguntó si no me importaría que me llamara «Amory» en lugar de «mamá». Le dije que por mí estaba bien.

Tenía mejor aspecto. Se parecía más a la Blythe que yo conocía que a la Blythe del experimento de Willow Ranch, pero se la veía más distante, más fría conmigo — de ahí el cambio de nombre, supuse—, y a sabiendas me trataba como a una igual en lugar de como a una madre. Sabía por qué: sentía una vergüenza residual por todo el período de Tayborn Gaines, por haberse dejado engañar por él hasta ese extremo. Intenté sacar el tema con la esperanza de que dejara de sentirse culpable. Dije que debía olvidar toda aquella época, no sentir vergüenza. Todavía era muy joven; enumeré todos los errores que había cometido yo a su edad, pero me interrumpió de golpe y dijo que no quería volver a hablar de aquello nunca más. Así que no insistí. La gente a veces es impenetrable, incluso los que te son más próximos. ¿Qué sabemos de la vida interior de nuestros hijos? Solo lo que ellos deciden revelarnos.

Blythe volvió a Inglaterra un par de años después para actuar en un programa de televisión. Era una de las tres chicas de acompañamiento de una banda llamada Franklin Canyon Park, parte de ese movimiento de rock blando de principios de los setenta, que consiguió un par de éxitos en Europa. Recuerdo que vi el programa

cuando el grupo salió a escena, y que sentí un orgullo absurdo y desmesurado las dos o tres veces que vi a Blythe al fondo, en cada panorámica de la cámara entre los componentes principales del grupo.

Vino a Barrandale a pasar unos días y a recoger sus «cosas». Vacío su dormitorio y se llevó casi todos los vestigios de Blythe Farr del número 6 de Druim Rigg Road. De nuevo comprendí lo que estaba ocurriendo, pero la verdad es que durante el tiempo que estuvo allí tuvimos una buena relación. Íbamos a dar largos paseos; se encariñó mucho con Flam, mi perro, e incluso se me abrió un poco más y me habló de un hombre al que había conocido en un estudio de grabación (no se volvió a saber nada más de Gaines, como si hubiera desaparecido de la faz de la Tierra), un ingeniero de sonido llamado Griffin. «No te preocupes, Amory, no me casaré con él. No pienso volver a casarme.»

Tampoco consiguió nada importante en el mundo de la música. Annie me contó que una canción de Franklin Canyon Park de la que ella era coautora había llegado al número 36 de las listas de éxitos de los Estados Unidos, pero que esa fue su cima. Su vida con Griffin, el ingeniero de sonido, también llegó a su fin cuando los problemas de él con las drogas se volvieron demasiado difíciles de soportar, me informó Annie.

En mi segundo viaje a Estados Unidos descubrí que trabajaba de voluntaria en el Long Beach Memorial Medical Centre. Vivía sola en un pequeño apartamento en Anaheim, pero se la veía más satisfecha. Tocaba en bares los fines de semana, donde cantaba sus propias composiciones y clásicos del rock para ganarse la vida. Por suerte seguía cobrando una cantidad módica pero constante de sus derechos de las canciones que había escrito con Franklin Canyon Park (el grupo se había disuelto tiempo atrás), pero aceptó de muy buena gana el dinero que le ofrecí para ayudarla. «Es un préstamo, Amory. Te lo devolveré.» Creo que Annie también le enviaba dinero, y acordé con Moss Fallmaster que ingresara el dinero que cobrara de las ventas —en lento declive— de las camisetas de «Never Too Young To...» en la cuenta corriente de Blythe. Insistió también en que aquellos pagos ocasionales eran un préstamo, que todo me sería devuelto algún día. Parecía sobrevivir razonablemente bien. De hecho, llevaba una vida modesta, pero bastante ajetreada. Había ganado un poco de peso. Había otro hombre en su vida, según Annie, pero Blythe no me contó nada.

En mi fuero interno sabía que ya no volvería a Gran Bretaña. Cambió de empleo y se quedó en Los Ángeles, trabajando con exconvictas del Californian Institute of Woman (una prisión) en un centro de rehabilitación de drogadictos llamado Clean 'n' Sober en el distrito angelino de Westchester. A decir verdad, creo que nunca recuperaremos aquella relación franca e instintiva que teníamos antes. Annie la ha visto más que yo y dice que Blythe volverá a ser la de antes, que comprenderá la realidad de la situación. Solo hay que «darle tiempo». Bueno, la verdad es que no ando sobrada de tiempo.

Por fin llegó nuestro café y hablamos de esto y de lo otro. Me contó más cosas de su trabajo con drogadictas y alcohólicas, y de los terribles problemas de los pobres y

los oprimidos en Los Ángeles. Yo le conté más cosas de Annie: que daba clases en el CIDBS (el Conservatory for International Development and Business Studies), una universidad privada cerca de Bruselas, y que tenía un novio que yo no conocía: un colega sueco llamado Nils. Blythe no me preguntó por mí, ni por Dido, ni por la familia, solo me pidió que le mandara una foto de Flam cuando tuviera un momento. Eso era una buena señal, me dije. No la había perdido.

El café era fuerte —lo habían tenido hirviendo durante horas— y decidí que necesitaba endulzarlo. Cuando alargué el brazo para coger el azucarero, la mano no me respondió, y el azucarero cayó sobre la mesa de formica. Lo enderecé con la otra mano, pero Blythe había observado mi expresión.

—De hecho, creo que no tomaré azúcar —dije resignada—. Hay que reprimir esa vena golosa.

—¿Te encuentras bien, Amory? ¿Tienes algún problema de salud?

—Solo la torpeza de la edad —dije poniendo mi mejor sonrisa.

Me dirigió una mirada inquisitiva, perspicaz.

—Si te ocurriera algo, me lo dirías, ¿verdad? No te perdonaría que me ocultaras una cosa así.

—Desde luego, cariño. Pero no me pasa nada. Simplemente me siento feliz de estar aquí contigo.

Al final dije que debía irme a coger el avión, y me acompañó hasta donde tenía el coche aparcado.

—Me ha encantado volver a verte —dijo Blythe—. Disfruté de nuestra cena de la otra noche. Lamento haber estado tan ocupada. Ojalá pudiéramos haber pasado más tiempo juntas. Da la impresión de que has hecho un viaje tan largo para tomar una taza de café conmigo.

—Qué va. De todos modos tenía que venir a California —mentí—. Aquí tengo una especie de socio. Mi camiseta todavía se vende, ¿no es increíble? —era cierto: había ido a visitar a Moss Fallmaster y me había dicho que todavía me debía casi cuatrocientos dólares, que ingresaría en la cuenta de Blythe—. Siempre es una buena excusa para verte, cariño —dije—. Te echamos de menos, Blythe. Pero lo comprendemos.

Al oír esas palabras frunció la frente: sospecho que tuvo que reprimir las lágrimas.

—Tengo la impresión de que hago algo bueno —dijo—. Me ayuda... ayudar a los demás.

Caminamos hacia el coche: un Chevrolet Caprice color crema. Un joven rollizo con unos shorts anchos de color verde, una camiseta de los Mothers of Invention y una gorra de béisbol grasienta estaba junto al coche, fumando, como si nos esperara. Lucía un bigote de puntas caídas.

—¿Este es su puto coche? —me preguntó de manera agresiva.

—Sí —dije—. Bueno, es de alquiler.

—Lo ha aparcado en mi sitio, señora.

—Esto es un estacionamiento con parquímetro —dije—. No se puede reservar zona de parquímetro.

—Yo siempre aparco aquí, señora —dijo volviendo hacia mí sus ojos pequeños color rosa—. Lo tengo reservado.

—Muy bien, señor —dijo Blythe, muy educada, interviniendo al ver que yo estaba a punto de explotar—. Ya se marcha.

—Mis sinceras disculpas —dije con todo el sarcasmo que pude, y él se alejó farfullando para sí.

Blythe lo observó marcharse con los brazos en jarras.

—Gordo, repulsivo, roñoso, chalado —dijo en tono sarcástico.

Me eché a reír, y sentí una oleada de alivio tan grande que me estremeció. Le di un beso de despedida y ella me abrazó un instante, una presión de las manos en los hombros. De algún modo supe que todo iría bien.

\* \* \*

Todavía me siento responsable de ella, por ilógico que pueda parecer. No dejo de preguntarme qué habría ocurrido si no hubiera abandonado a las chicas para irme a Vietnam. ¿Habría cambiado algo? Se diría que mi marcha no afectó a Annie... ¿Quién puede decirlo? Las soluciones insatisfactorias, poco meditadas y poco acertadas de la vida a veces son lo mejor. Annie y su novio sueco en Bruselas; Blythe ayudando a los yonquis de Los Ángeles. La verdad es que me da igual lo que mis hijas hagan con sus vidas: no tengo nada programado para ellas, solo quiero que sean tan felices como puedan, teniendo en cuenta las rigurosas y repentinas exigencias de la vida, en cualquier camino que decidan seguir. Los deseos del corazón son tan retorcidos como un sacacorchos, como dice el poeta: no nacer es lo mejor para el hombre, la única manera de evitar las complicaciones de la vida.

Diría que pienso en el nacimiento porque en estos momentos estoy preparando mi muerte.

La semana pasada llamé a Annie para charlar un rato y me dijo: «Mamá, ¿has estado bebiendo?». No más de lo habitual, contesté, he tomado dos vasos de vino. «Pues arrastras las palabras —me dijo—. Tómalo con calma». Me sorprendió, porque no tenía ni idea de que arrastrara las palabras, aunque sabía exactamente lo que implicaba: una parálisis bulbar progresiva. Así que decidí que había llegado el momento. Se acercaba mi septuagésimo cumpleaños, siete decenas es suficiente para mí.

Esto es lo que miré en la Biblia que tomé prestada de la Auld Kirk: encontré lo que buscaba rápidamente. Salmos 90, 10:

Los días de nuestra edad son setenta años; y en los más robustos son ochenta. Con todo, su orgullo es molestia y pesar, porque pronto pasan, y volamos.

Sé lo que me ocurre y conozco el final: un cerebro que funciona, vital y pensante en un cuerpo muerto e incontrolable en el que nada funciona. No, gracias. Los días de mi edad serán setenta, lo he decidido. Les pondré fin y me alejaré volando.

Todo está en orden. Estoy sentada en mi sala de estar el 6 de marzo de 1978 esperando que llegue la medianoche. En la chimenea se amontonan ladrillos de turba y estoy muy cómoda. En la mesa que hay junto a mi butaca tengo una botella entera de whisky de malta Glen Fleshan, un vaso y un tarro de mermelada lleno de los benditos «dulces» de Jock Edie. Las píldoras de Jock son benzodiazepinas — Librium, en este caso—. Tómatelas con alcohol, me aconsejó: aumentará el efecto, llevándote al coma y luego a la muerte. Tendrás una sensación de tranquilidad, añadió, reconfortante. No te darás cuenta de nada. Flam está echado junto al fuego y me observa con atención. Creo que sabe que ocurre algo que no le va a gustar; percibe mi mente atribulada y eso lo desconcierta. Después de todo, los dos somos animales, así que no ha de sorprendernos que intuya que algo sucede. Me conoce muy bien.

Sobre la mesita baja que tengo delante está mi testamento, una carta para Annie y Blythe y la historia de mi vida dentro de una carpeta de cartón, a la que añadiré el «Diario de Barrandale» antes de irme. Clavado a la puerta de la casa hay un sobre para Hugo en el que pone: «Hugo. ¡Léelo antes de entrar!». He quedado con él para que venga mañana, supuestamente para ir hasta Oban a elegir ollas, sartenes y otros utensilios de cocina para su nueva casa. En el sobre hay una carta en la que le explico lo que he hecho..., lo que estoy a punto de hacer. No quiero que nadie se quede impresionado al encontrarme, y por eso estoy sentada en una butaca. Sospecho que cuando abra la puerta y entre en la sala me verá como si me hubiera quedado dormida. Y habrá leído la carta de advertencia.

No me gustan las palabras *suicidio* ni *muerte asistida*, ni *muerte compasiva* ni ninguno de los otros sinónimos. Prefiero la expresión «por mi propia mano». Me quitaré la vida por mi propia mano en el momento que elija yo... no mi enfermedad. «Por mi propia mano» revela autonomía, libre albedrío.

Me siento muy serena. Realmente creo que cualquiera que lo desee debería disponer de esta opción. De hecho, ahora que estoy a punto de ponerla en práctica, la defiendo con vehemencia: cualquiera debería poder hacerlo, pues es una cuestión de libertades civiles, de derechos humanos y dignidad humana. Vas a tu médico, le explicas la situación, firmas todo tipo de declaraciones juradas dando fe de tu determinación, lucidez y conocimiento de las consecuencias, etcétera. Si hace falta, firmas delante de testigos. A continuación te dan un frasco de pastillas, o incluso mejor, una sola pastilla, y te vas a casa, pones en orden tus asuntos, te despides de quien quieras, y ya estás a punto para dejar atrás tu vida. Fin de la historia. No le voy

a dar la pastilla letal a nadie. Si me compro un cuchillo de cocina, nadie me pregunta si voy a apuñalar a alguien con él. Con el cuchillo, también te entregan la responsabilidad de darle el uso para el que fue concebido, y lo mismo ocurre con mi pastilla imaginaria. Nuestras vidas están llenas de armas letales en potencia, a fin de cuentas; una pastilla que acabará con tu vida de manera indolora no es sino una más. Si nos tratan como seres responsables, solemos actuar de forma responsable.

Un escritor francés —Charbonneau me dijo el nombre, pero ahora no lo recuerdo— definió la vida como una «caída horizontal». Es una metáfora precisa. Ahora solo quiero poner fin a mi caída horizontal, antes de que la lóbrega cárcel de mi enfermedad particular se cierre a mi alrededor. ¿Hay algo más razonable que eso?

Al recordar el nombre de Charbonneau pienso en él con cariño, y en toda la gente a la que he amado durante mi caída horizontal. Mis setenta años han sido ricos e intensamente tristes, fascinantes, divertidos, absurdos y aterradores —a veces—, difíciles, dolorosos y dichosos. Complicados, en otras palabras.

Es medianoche. Me tomo la primera pastilla y la bajo con un sorbo de Glen Fleshan. He decidido seguir escribiendo en mi diario hasta el último momento de conciencia. Flam me observa, y su cola golpetea contra la alfombra. Lo he sacado a pasear, y ahora tendrá que esperar a que Hugo llegue por la mañana. Le he ordenado a Hugo que se lleve a Flam, y ya lo paseará luego. Mañana será un día bonito, para lo que es el mes de marzo en Barrandale: un día bonito para dar un largo paseo. Anunciaban cielos despejados, un clima soleado y tonificante. No debería haber escuchado el parte del tiempo. Cojo otra pastilla.

Mis ojos se pasean por la sala, la recorren por última vez.

Sobre la mesa, delante de mí, he colocado un cuenco con cuatro naranjas y un plátano. Y pienso —sin pensar—: ah, el desayuno de mañana. El plátano tiene unas bonitas pecas. Podría cortarlo a rodajas y comerlo con gachas. Podría exprimir las naranjas y luego tomarme un cuenco de gachas con el plátano cortado, y después dar un paseo con Flam, hasta la bahía, rodeando el cabo. Llamar a Hugo, invitarlo a comer. Una botella de vino..., solo que me doy cuenta de que ya no habrá mañana.

Cojo otra pastilla, y doy otro sorbo de whisky. No sentiré nada, me ha dicho Jock Edie, simplemente me dormiré y ya no volveré a despertarme.

Pero, de manera irritante, no dejo de pensar en el zumo de naranja recién exprimido y en el día que me espera. El sol reflejándose en las olas de la bahía y ese clima fresco y soleado que hay en la costa oeste es de lo más tonificante que puedes experimentar: las mejillas se entumecen, el aliento se condensa, el marcado contraste entre la luz y la sombra, la nitidez de las imágenes. Podría tomar algunas fotos de la luz en los charcos entre las rocas...

Flam ahora está de pie, como si percibiera esa nueva dirección de mi pensamiento, y sacude el cuerpo, se relame, se me acerca, me pone el hocico en la rodilla y me mira a los ojos. No, no voy a frotarte las orejas, viejo amigo, ve y échate.

Cojo otra pastilla...

Pero vuelvo a meterla en el frasco y cierro el tapón apretándolo bien. ¿Estaba cometiendo otro error?, me he dicho. ¿Mi último error? ¿Me estaba precipitando?... Si soy capaz de planear el desayuno y desear que llegue el día de mañana con sus sencillos placeres, ¿no es eso una señal? ¿No sería más sensato vivir el día que me espera y saborearlo como si fuera el último, y posponer un tiempo mi cita con las pastillas y el whisky hasta que llegue el momento en que ya no pueda soportarlo más y no desee que empiece otro día? Dispongo de los medios para decidir cuándo quiero que llegue el momento: Jock Edie dice que las pastillas no caducan hasta dentro de unos años. Aparto el frasco de pastillas y me sirvo un buen trago de Glen Fleshan.

Estoy pensando, concentrada. Mi vida ha sido complicada, cierto, muy complicada, y parece que está entrando en otro ámbito de complejidad. Pero ¿no es y no será la vida de cualquiera igual de complicada? Cualquier vida de una longitud razonable presenta todo tipo de complicaciones, tan enrevesadas como las mías. Cojo una naranja y la contemplo. Es una fruta extraordinaria. Compruebo la corteza con la uña. Es como la piel, suave y porosa. ¿Qué me espera mañana? Un hermoso día, un perro, un paseo, una playa blanca, el océano fruncido por el viento, una cámara, un ojo ansioso y concentrado, una mente curiosa y activa. Sopeso la naranja en la mano, huelo su intensidad cítrica. La singular belleza de la naranja... El aquí y el ahora. Vive el momento, Amory.

Sí, mi vida ha sido muy complicada, pero me doy cuenta de que son las complicaciones lo que más me ha atraído, lo que me ha mantenido con vida. Creo que debería permitir que mi caída horizontal prosiga un poco más..., seguir cayendo horizontalmente hasta que decida parar.

Sé que, ahora que he tomado esta decisión, no dormiré. Coloco el vaso de whisky al trasluz del fuego de la chimenea y observo cómo las pequeñas llamas se agitan y refractan a través del líquido dorado. Sí, bajaré a la playa con Flam, ahora, en medio de la noche sin luna, y escucharé las olas y caminaré por la orilla y contemplaré la oscuridad del océano, con todos los sentidos atenuados menos el oído; pasearé por mi playa mientras las luces de mi casa emiten su color amarillo detrás de mí, en medio del negro azulado del mar oscuro, y contemplaré este incierto futuro que yo misma acabo de abrazar... Yo, Amory Clay, un cierto tipo de simio en un pequeño planeta que da vueltas en torno a una estrella insignificante en un sistema solar que forma parte de un universo en expansión inimaginablemente vasto, y me quedaré allí con toda humildad y calma, en medio de la interminable, inmutable y consoladora invitación al silencio del océano... *shh, shh, shh...*

AMORY CLAY

Fotógrafa

Nacida el  
7 de marzo de 1908

Fallecida el  
23 de junio de 1983  
(por su propia mano)



## Agradecimientos

Hannelore Hahn, Annemarie Schwarzenbach, Margaret Michaelis, Lee Miller, Gerda Taro, Trude Fleischmann, Gloria Emerson, Steffi Brandt, Martha Gellhorn, Constanze Auger, M. F. K. Fisher, Nina Leen, Gerti Deutsch, Lily Perette, Harriet Cohen, Greta Kolliner, Louise Dahl-Wolfe, Renata Alabama, Marianne Breslauer, Lisette Model, Edith Tudor-Hart, Françoise Demulder, Dora Kallmuss, Catherine Leroy, Edith Glogau, Dickey Chapelle, Margaret Bourke-White, Mary Poundstone, Diane Arbus, Rebecca West, Kate Webb, Inge Bing (y todas las demás).



William Boyd nació en Ghana en 1952 y pasó gran parte de su infancia en el oeste de África. Es autor de catorce novelas, entre las que destacan *Un buen hombre en África*, *Como nieve al sol*, *Barras y estrellas*, *Las nuevas confesiones*, *Playa de Brazzaville*, *La tarde azul*, *Armadillo*, *Las aventuras de un hombre cualquiera*, *Sin respiro* y *Solo*, protagonizada por James Bond (todas ellas publicadas por Alfaguara). También ha escrito libros de relatos, un ensayo, una biografía, y guiones para cine y televisión. Ha sido galardonado, entre otros, con los premios Whitbread First Novel; Somerset Maugham; John Llewellyn Rhys; James Tait Black Memorial; Jean Monnet; Costa Novel of the Year, y Yorkshire Post Novel of the Year. Es miembro de la Real Sociedad de Literatura británica y Oficial de la Orden de las Artes y las Letras francesa. En 2005 fue nombrado Caballero del Imperio Británico. Hoy en día divide su tiempo entre el suroeste de Francia y el barrio londinense de Chelsea.

# Notas

[1] Las dos fueron amantes del príncipe de Gales. (*N. del T.*) <<

[2] De *greengrocer*, verdulero, o el que tiene una tienda de comestibles en general. (*N. del T.*) <<

[3] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[4] La propuesta de matrimonio del rey Eduardo VIII a la divorciada estadounidense Wallis Simpson, que se topó con la oposición del Gobierno, la Iglesia y la sociedad y acabó con la abdicación del monarca. (*N. del T.*) <<

[5] Hay un plato tradicional francés que es *tripes à la mode de Caen*. Charbonneau sustituye *Caen* por *Con*, que significa «idiota». (N. del T.) <<



[6] El hotel Caravelle era el favorito del Cuerpo de Prensa de Vietnam. AP y UOI tenían allí sus oficinas, y el bar de la azotea era el lugar más frecuentado. <<

[7] Contraté a Truong Ngoc Thong mi tercer día en Saigón. Había alquilado una Vespa que me permitía moverme por la ciudad. Tras estar a punto de sufrir dos accidentes en media hora comprendí que había cometido un terrible error de cálculo. Truong hablaba inglés mal; francés, mejor, y naturalmente, vietnamina con fluidez. Su coche era un viejo Renault Colorale azul. No habría sobrevivido sin él. <<

[8] Lane Burrell cumplió su palabra y mi acreditación llegó a su debido tiempo. Tenía mi identificación: mi certificado de identidad como «no combatiente» emitido por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Se me describía como «Fotoperiodista Británica». Tenía derecho a asistir a las reuniones informativas diarias del Comando de Asistencia Militar en Vietnam (CAMV) —el «numerito de las cinco», las llamábamos—, a obtener equipo de combate, raciones C y viajar en transporte militar, además del derecho a entrar en combate. <<

[9] *Un peu loufoque* es difícil de traducir, pues posee muchos matices: burlesco, extravagante y gracioso, entre otros. Es muy desconcertante leer un retrato así, sin disimulo, en un libro publicado. Es como escuchar a varias personas que hablan de ti sin darse cuenta de que estás presente. Te enfrentas al efecto que produces: lo último que uno sabe de sí mismo. <<

[10] *Bao chi* significa «periodista» o «prensa» en vietnamita. <<

[11] Nunca se encontró a John Oberkamp. Después de que el Viet Cong lo capturase en Vinh Hoa no se le volvió a ver. No se encontró ni rastro de su cuerpo. Su destino sigue siendo uno de los misterios de la guerra de Vietnam. <<